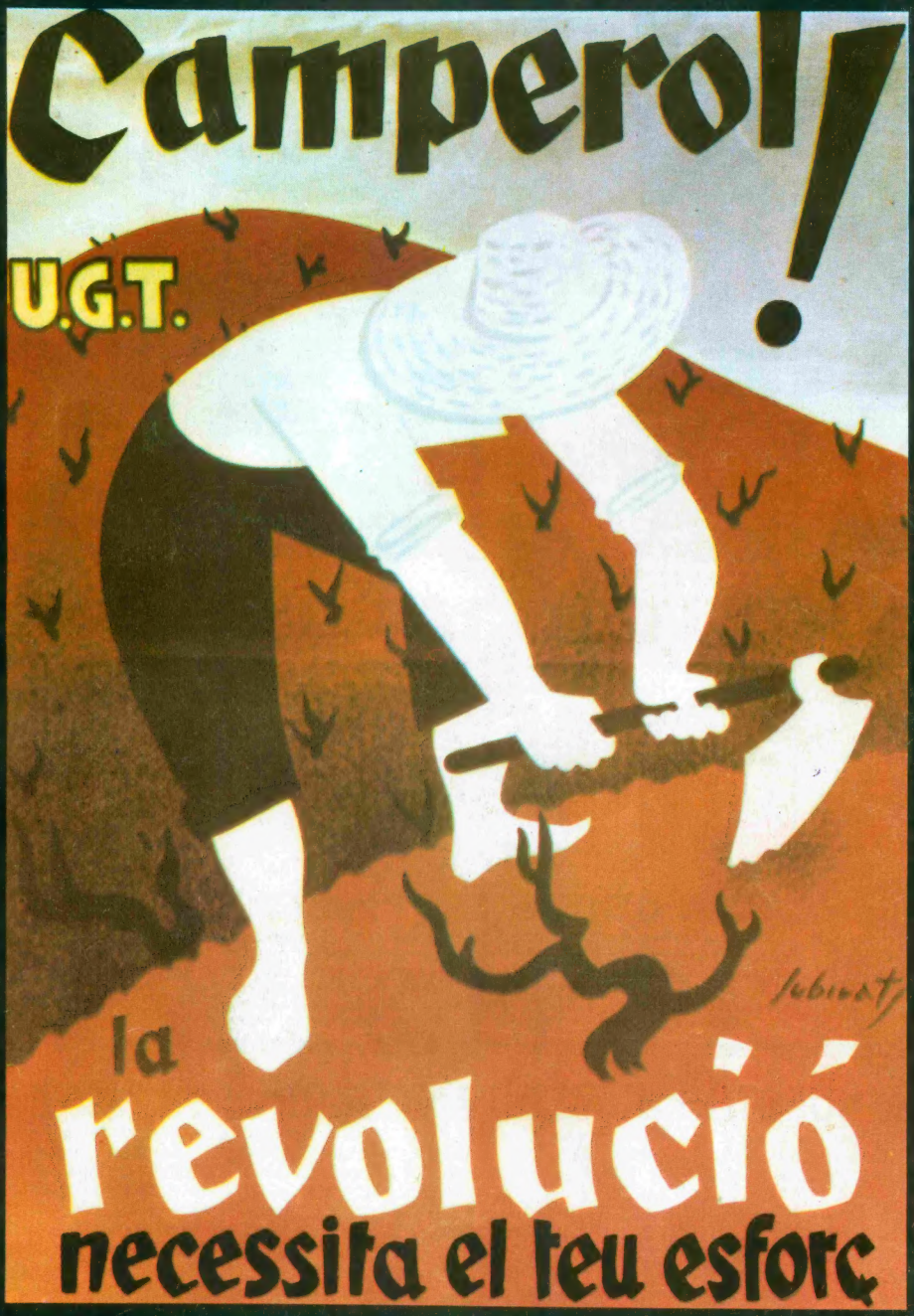
TIEMPO de HISTORIA

AÑO II • NUM. 19 • 60 PESETAS



NOTAS HISTORICAS SOBRE LA U.G.T.

TIEMPO de HISTORIA

AÑO II • NUM. 18 • 60 PESETAS

Marx y Engels, en los talleres de la «Neue Rheinische Zeitung» (1948).

LA DICTADURA DEL PROLETARIADO

Manuel Tuñón de Lara

1917-1920
UNA CRISIS INSTITUCIONAL

Director: EDUARDO HARO TECGLEN

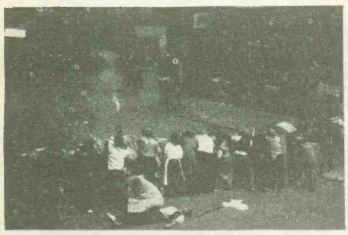
EN NUESTRO NUMERO ANTERIOR

EL PRIMERO DE MAYO DE 1890. LOS ORIGENES DE UNA CELEBRACION, por Manuel Pérez Ledesma. • 1917-1920: UNA CRISIS INSTITUCIONAL, por Manuel Tuñón de Lara. • «MUJERES LIBRES», UN MOVIMIENTO FEMINISTA EN PLENA GUERRA CIVIL, por Marina Pino. • UNA GRAN CONCIENCIA FEMINISTA. Entrevista con MARY NASH realizada por M. P. • RECORDATORIO DE UNA INFAMIA: LA MATANZA DE MY LAI, por Félix Grande. • MAYO DEL 68: LA REVOLUCION PERDIDA, por Teófilo Ruiz Fernández. • MARX, ENGELS Y LA DICTADURA DEL PROLETARIADO, por Mauricio Pérez. • EL COTO NACIONAL DE GREDOS. HISTORIA DE UNA INCAUTACION, por Pedro Vaquero Sánchez. • ESPAÑA 1946. Selección de textos y gráficos por Diego Galán y Fernando Lara. • ULTIMAS INVESTIGACIONES SOBRE EL FENOMENO RELIGIOSO, por Enrique Miret Magdalena. • LIBROS: Hispania, bajo la dominación de Roma; Los conflictos de la Castilla medieval; La «política hidráulica» de Costa; La reflexión como vía revolucionaria. • CINE: «Hindenburg»: Una incógnita sin despejar, por Josefina Pascual. • DEBATE: Claudín, protagonista de «las crisis del comunismo». Un triste «homenaje» a Ricardo Mella.

SUMARIO

AÑO II • NUM. 19 • JUNIO 1976 • 60 PESETAS

PORTADA: Cartel de la U. G. T. durante la II República.



CONTRAPORTADA: Fotograma del film «La ciutat cremada».

COPYRIGHT BY TIEMPO DE HISTORIA 1974. Prohibida la reproducción de textos, fotografías o dibujos, ni aun citando su procedencia. TIEMPO DE HISTORIA no devolverá los originales que no solicite previamente, y tampoco mantendrá correspondencia sobre los mismos.

	Págs.
NOTAS HISTORICAS SOBRE LA U. G. T., por Miguel Angel Molinero	4-19
HISTORIA DE UN PROCESO EMANCIPADOR: EL VOTO FEMENINO DURANTE LA II REPUBLICA, por Rosa María Capel	20-34
UN PARRICIDIO INTELECTUAL EN 1933: LA MUERTE DE LA «VIRGEN ROJA» por Gabriel Coca Medina	35-49
«LA CIUTAT CREMADA»: DIEZ AÑOS DE HISTORIA CATALANA (1899-1909), por José Batlló	50-61
DE LA TRATA DE ESCLAVOS A LOS PANTERAS NEGRAS, por José Monleón	62-86
LA ULTIMA VICTORIA DE LOS INDIOS AMERICANOS: LITTLE BIG HORN, EN SU CENTENARIO, por Eduardo de Guzmán	87-97
ESPAÑA 1946. Selección de textos y gráficos por Fernando Lara y Diego Galán	98-113
LENINISMO Y STALINISMO, por Valentín Medel Ortega	114-117
APUNTES PARA UNA HISTORIA DE LA CENSURA: LO QUE ERA «MALO» Y LO QUE ERA «BUENO» EN 1911, por Carlos Sampelayo	118-120
LIBROS: Los orígenes del catalanismo; La Masonería moderna; La prehistoria de un ejército de reserva; El trabajo, en perspectiva histórica; Ideas y formas políticas; La polémica entre Kautsky y Lenin	121-127
CINE: «El gran dictador», 36 años después, por Juan Antonio Pérez Millán	128-129
CHARLES CHAPLIN: «EL PODER QUE HAN USURPADO AL PUEBLO VOLVERA AL PUEBLO» (Discurso final de «El gran dictador»)	130

DIRECTOR: **EDUARDO HARO TECGLEN.** SECRETARIO DE REDACCION: **FERNANDO LARA.** CONFECCION: **ANGEL TROMPETA.** EDITA: **PRENSA PERIODICA, S. A. REDACCION, ADMINISTRACION Y DISTRIBUCION:** Plaza del Conde del Valle de Suchil, 20. Teléfono 447 27 00*. MADRID-15. Cables: Prensaper. **PUBLICIDAD:** REGIE PRENSA. Avenida Generalísimo, 87. Teléfono 279 77 15. MADRID-16, y Paseo de Gracia, 101. Teléfono 227 28 71. BARCELONA-11. **IMPRIME:** Editorial Gráficas Torroba. Polígono Industrial Cobo Calleja. Fuenlabrada (Madrid). Depósito Legal: M. 20.624-1975.

Notas históricas sobre la U.G.T.

Miguel Angel Molinero

«La Unión General de Trabajadores de España es una institución eminentemente de productores, organizados por grupos afines de oficios y profesiones liberales, que para mantenerse en sólida conexión, respeta la más amplia libertad de pensamiento y táctica de sus componentes, siempre que estén dentro de la orientación revolucionaria de la lucha de clases y tiendan a crear las fuerzas de emancipación integral de la clase obrera, asumiendo algún día la dirección de la producción, el transporte y la distribución en intercambio de la riqueza social.»

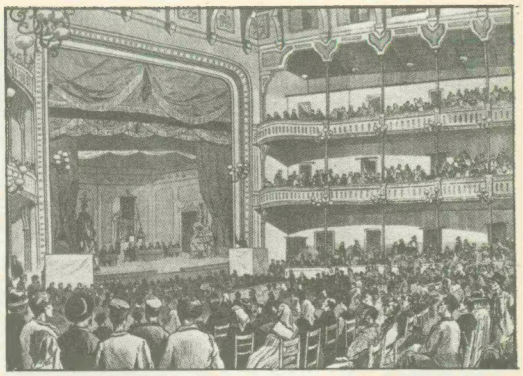
(De la declaración de principios.)

En los cinco primeros años de siglo, la U.G.T. experimentó un notable auge por el que sus afiliados aumentaron a sesenta mil en 1905; al tiempo, se irá decantando una opción anarquista socialista que culminará en la creación de la C.N.T. Sobre estas líneas, manifestación obrera en Madrid el primero de mayo de 1906.

EL XXX Congreso de la Unión General de Trabajadores, celebrado recientemente en Madrid, primero que se realiza en el interior desde la II República, ha supuesto la proyección desde una plataforma pública de la agrupación más veterana del movimiento obrero organizado español, actualmente en sus manifestaciones reales aún considerado ilegal. Fundada en 1888, la U.G.T. ha vivido en su seno, junto con otras fuerzas sindicales y políticas, las dificultades, represiones y búsquedas de un camino de acción que cristalizara en medidas concretas las aspiraciones y tensiones registradas en el movimiento obrero, en su pugna por manifestar su presencia y defensa del principio de que la emancipación del proletariado debe ser obra del proletariado mismo. Y ello a lo largo de casi un siglo de la historia de España, a lo largo de un período dilatado, en que se han sucedido distintas alternativas, al compás de los acontecimientos históricos interiores y exteriores, que han supuesto un reflejo en la identidad y estrategia de las organizaciones obreras, y en su peso específico en la política concreta. La aparición de las distintas opciones y tendencias del movimiento obrero, a finales del siglo pasado, con conciencia de su identidad y de su papel social, modifica la correlación tradicional de fuerzas políticas españolas y determina un cambio sustancial. A consecuencia de la revolución industrial, cuya implantación en España es lenta y vacilante, la clase obrera y campesina se incorpora a la Historia, tras muchos años de padecerla y, por primera vez, aspira a que se sienta su voz y su presencia, a decidir por sí misma lo que otros han decidido por ella, las más de las veces en contra de sus intereses.

LA GESTACION DEL MOVIMIENTO OBRERO

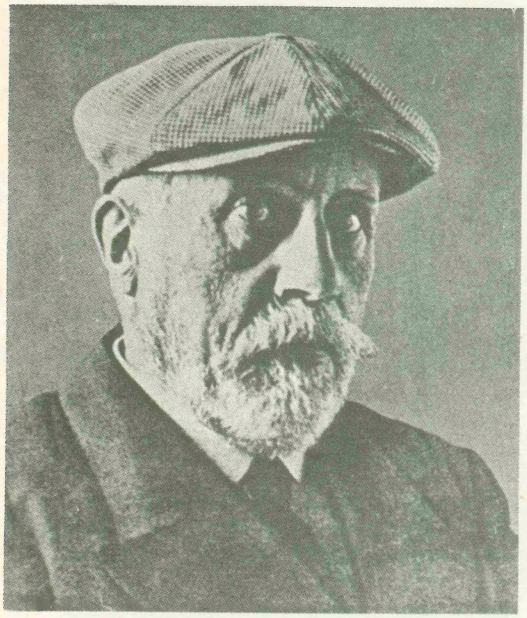
Los primeros intentos de organización del movimiento obrero se suceden a partir del primer tercio del siglo XIX, y tienen como marco fundamental Cataluña, donde la incipiente industrialización resquebraja el esquema social del Antiguo Régimen. La necesidad de proveer de maquinaria a las industrias nacientes introducirá posteriormente en el proceso a la siderurgia de Vizcaya y la minería de Asturias, creando nuevos núcleos obreros de gran importancia futura. Este período, que se extiende hasta la I Internacional, es el del surgimiento de las sociedades obreras, con alternativas de tolerancia y represión por parte de los gobiernos e insuficiente definición en cuanto a objetivos y tácticas. El país seguía



En 1870 se celebra en un teatro de Barcelona el primer Congreso Obrero con asistencia de noventa delegados representantes de 140 secciones. No en vano se habían producido en Cataluña los primeros intentos de organización del movimiento obrero.

siendo fundamentalmente agrícola, con un elevado grado de concentración de la propiedad agraria en manos de una oligarquía reducida, acentuado por la desamortización de bienes eclesiásticos. Las condiciones de vida de campesinos y proletarios eran de extrema dureza, con jornadas de trabajo que oscilaban entre las diez y catorce horas diarias, y bajísimo nivel salarial, así como inexistencia de entidades de protección. En 1840 se creará en Cataluña la primera cooperativa de consumo, «La Cooperación», integrada por un centenar de familias obreras. En 1854, la «Unión de Clases» logra aglutinar a un importante núcleo de obreros en Barcelona. Coincidiendo con el bienio progresista, las organizaciones obreras dan muestras de vitalidad con un intento en el ámbito catalán, durante 1855, de huelga general que resultaría frustrado, en apoyo del derecho de asociación, reducción de jornadas de trabajo y derechos ciudadanos. Aparecen publicaciones como «El Obrero», «La Asociación». La salida del gobierno de los progresistas es el inicio de una época oscura para el movimiento obrero, que vuelve a la clandestinidad hasta 1864, coincidiendo con la creación de la I Internacional en Londres, si bien hasta varios años después la conexión del movimiento obrero español a nivel internacional no es efectiva.

En diciembre de 1865 se celebra un Congreso Obrero en Barcelona, convocado por Gusart. Mayoritariamente, el asociacionismo obrero de esta época, tiene un carácter de defensa y planteamiento de reivindicaciones concretas, sin intención de incidencia en el ámbito político, lo que abonará el terreno para la tendencia bakuninista del movimiento obrero en Cataluña y otras regiones. En Madrid las asociaciones obreras de carácter cultural aglutinan a los núcleos obreros, que tienen un caracter



La primera Comisión Ejecutiva del P.S.O.E., tuvo como secretario a Pablo Iglesias, tipógrafo y líder de la Asociación del Arte de Imprimir, núcleo que gestó al nuevo partido.

difusamente socialista, con mezcla de ideas procedentes de la nonata revolución burguesa, creencia decimonónica en el progreso indefinido y aspiraciones políticas republicanas, junto a elementos de asociación obrera, dato que tendrá su importancia en las futuras tendencias. En 1868 se decreta la libertad de asociación y el sufragio universal, lo que permite un notable incremento de la organización de sociedades obreras, que a lo largo de estos años se van perfilando en dos tendencias: la mayoritaria anarquista, con la intervención del italiano Fanelli que viaja a España enviado por Bakunin; y los núcleos socialistas. Los anarquistas se aglutinan en torno a la Alianza Internacional para la Democracia Socialista, en principio vinculada a la I Internacional aunque no tardan en aparecer las divergencias entre marxistas y anarquistas, principalmente por la negativa de los aliancistas a la actuación política «que no tenga por objeto inmediato y directon el triunfo de la causa de los trabajadores sobre el capital».

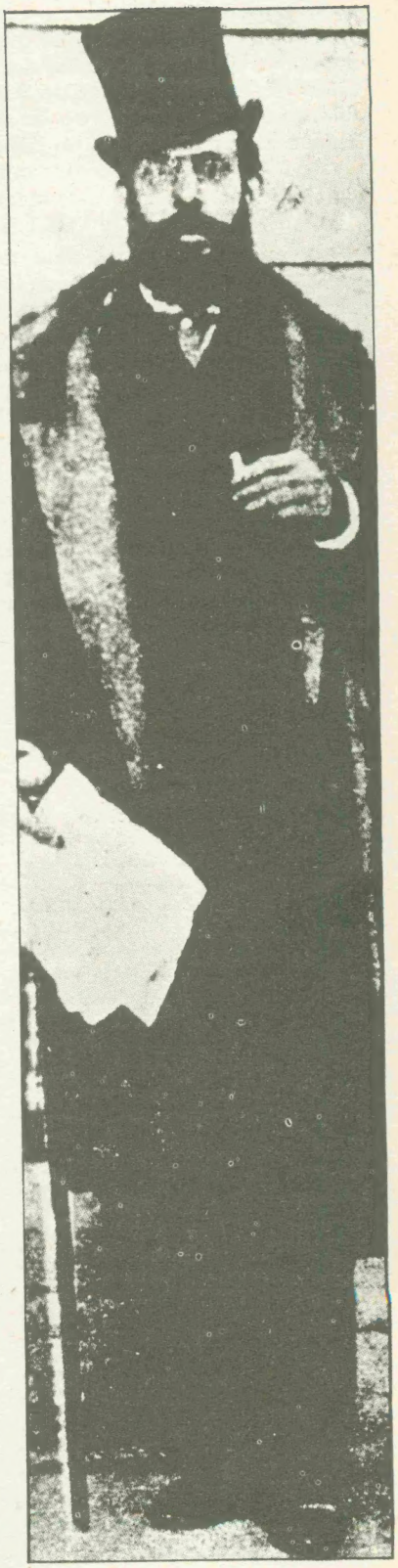
Los grupos vinculados a la Internacional se desarrollan por toda España, acentuándose la importancia de la sección de Madrid, que crea el periódico «La Solidaridad». En 1870, como expresión del crecimiento, se celebra en Barcelona el primer Congreso Obrero con asistencia de noventa delegados representantes de 140 secciones. El dictamen político del Congreso ratifica los recelos de participación en la política burguesa de los progresistas, que no resolvía la explotación de los trabajadores, en tanto estos no tomaran la dirección del proceso de cambio. Como resultado del Congreso se crea la Federación Regional Española. Este mismo año es el de la «Commune», de París, que crea una conciencia de temor ante la Internacional en toda la burguesía europea. Perseguido por la policía francesa llega a España, Paul Laforgue, yerno de Marx, decisivo para la articulación de la tendencia socialista. Poco después se consuma la división en el seno de la Internacional, que se reflejará en nuestro país. La tendencia socialista cuenta con Pablo Iglesias, y la Asociación del Arte de Imprimir, creada en 1872, y con la sociedad «Las Tres Clases de Vapor» de Barcelona, así como con cabezas de puente en otras provincias. En 1873 se proclama la I República que, tras algunas vacilaciones, se pronuncia en contra de la Internacional, sancionando una separación entre la política burguesa y las aspiraciones proletarias de enorme importancia. Tras el fracaso de la República, la Monarquía restaurada inaugura un nuevo período de prohibición, entre 1874 y 1881.

FUNDACION DEL P.S.O.E. Y DE LA U.G.T.

Las relaciones a lo largo de toda su historia entre el Partido Socialista y la U.G.T. son de gran importancia para el modo de producirse el sindicato socialista. De la interacción, con alternativas muy diversas según las épocas, entre partido y sindicato, surgen las líneas de fuerza y el destino de la tendencia marxista en el movimiento obrero español. El 2 de mayo de 1879 se funda el Partido Socialista Obrero Español, en Madrid, en una fonda de la calle Tetuán. La primera Comisión Ejecutiva del primer partido obrero español tiene como secretario a Pablo Iglesias, tipógrafo, y líder de la Asociación del Arte de Imprimir, núcleo que gesta al nuevo partido. El objeto del P.S.O.E. es la abolición de clases, transformación de la propiedad individual en social, y posesión del poder político por la clase trabajadora. Por primera vez, la tendencia socialista tiene unos objetivos claros, que tardarán mucho tiempo en solidificarse y ser virtualmente posibles. La fundación se consolida con una importante huelga de tipógrafos en 1882, que empuja en Madrid a la organización de otros oficios, carpinteros, canteros, etc. Al proceso de clarificación intelectual ayuda la presencia de Jaime Vera, médico de sólida formación marxista. En 1886 aparece el primer número de «El Socialista», órgano del Partido Socialista.

De la conjunción de los grupos de Madrid —en el que destacan Iglesias, Mesa, Quejido, Vera— y el de Barcelona de Pamiés, nace la «Asociación Nacional de Trabajadores de España», primer intento de lo que será la U.G.T. Quejido se traslada a Barcelona y entra en contacto con Reoyo, que también procedía de Madrid. De ellos es la idea de celebrar un Congreso en Barcelona aprovechando la Exposición Universal y la propuesta del Centro Obrero de Mataró al de Barcelona en este sentido, que Quejido transmite a Madrid, donde se interpreta que es una buena oportunidad para dar una cohesión al Partido Socialista, que cuenta con una treintena de agrupaciones locales. Pese a la oposición anarquista el Congreso se celebra. Asisten delegados representantes de 44 sociedades, con mayoría catalana, en representación de más de cuatro mil afiliados. Pablo Iglesias sugiere que la nueva organización se denomine «Unión General de Trabajadores de España». Se acuerda la creación de una comisión para la elaboración de objetivos. La nueva organización se distingue en sus propósitos de los propios de un partido político de clase. Por vez primera la distinción de ámbito de actuación entre partido y sindicato se esclarece en el movimiento obrero español. La estructura de la Unión es a base de secciones de oficio a nivel local y por Federaciones a nivel nacional, y entre las metas que se marca están la consecución de la jornada de ocho horas, fijación de un salario mínimo, igualdad de retribuciones entre obreros de uno y otro sexo. Como medio para lograrlo, apela a la **solidaridad** de las distintas sociedades en la lucha común contra el capital; y a la **huelga**, poniéndose el énfasis en que las acciones huelguísticas estén «bien organizadas» (que será una de las preocupaciones constantes de la U.G.T. y motivo de discrepancias con la tendencia anarquista), así como a la vinculación con las organizaciones obreras de otros países.

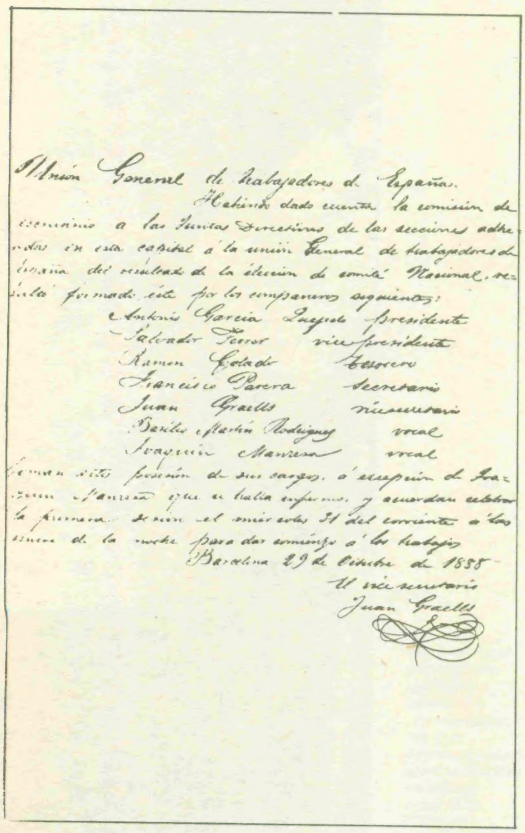
Como órgano directivo, el Comité Nacional, compuesto por siete miembros, presidido por Antonio García Quejido, y con un número de afiliados que su órgano de prensa «La Unión Obrera» estima en 3.355 federados, de 29 secciones. Se decide que el Comité resida en Barcelona. Pocos días después del final del Congreso de la Unión, 14 de agosto, se celebra el Congreso del Partido Socialista, en el que se establece como requisito para todos sus afiliados la militancia en la U.G.T. Esta condición se mantendrá siempre a lo largo de la vida paralela de ambas organizaciones, que conviven estrechamente, dándose frecuentemente identidad en los cargos directivos, si bien mantienen su autonomía, y a lo largo de



Al proceso de clarificación intelectual del primer partido obrero, que se consolidaría con una importante huelga de tipógrafos en 1882, iba a ayudar la presencia de Jaime Vera, médico de sólida formación marxista.

su historia se producen convergencias y divergencias, en una dialéctica de búsqueda de la actuación política y sindical del movimiento obrero de tendencia socialista, y a su vez de las distintas posiciones dentro de él. Al año siguiente se organizará en un Congreso obrero en París la II Internacional, con asistencia de Pablo Iglesias y Quejido, de manera que quedan vinculados a ella la U.G.T. y el P.S.O.E.

En la reunión de París se acuerda celebrar el día 1 de Mayo, en memoria de la matanza de Chicago. Desde la fundación hasta final de siglo la U.G.T. celebra cinco Congresos, a partir del segundo su implantación numérica deja de ser mayoritariamente catalana. Se perfilan sus zonas posteriores de proyección, Madrid, Vizcaya, Asturias. La labor de Perezagua, infatigable, determina una creciente influencia en Vizcaya y, paralelamente, la de Varela y Vigil en Asturias, y posteriormente la de Manuel Llaneza en el Sindicato Minero. En el VI Congreso, se traslada la sede de Unión General de Trabajadores a Madrid, siendo nombrado presidente Pablo Iglesias y secretario García Quejido. En este año el número de afiliados es de 15.261 agrupados en 65 secciones, y Pablo Iglesias está al frente de las dos organizaciones. El P.S.O.E. sigue con la táctica de no colaborar con los partidos de la burguesía, y ya ha conseguido, fundamentalmente en Vizcaya, concejales. Son años de represión y crisis de trabajo. Iglesias es encarcelado por su participación como asesor en la huelga de «La Industrial Malagueña». Se han celebrado por primera vez manifestaciones en el 1 de Mayo, y se va perfilando, entre éxitos parciales, fracasos y represiones, una táctica de cara a las huelgas, especialmente con ocasión de la de 1899 en Vizcaya, que origina violentas represalias. Se estima que es necesaria una preparación previa, contar con fondos para continuar con éxito el tiempo necesario. Por otra parte, socialistas y ugetistas expresan su protesta contra la guerra colonial en Cuba y Filipinas, como después lo harán con los conflictos de Marruecos, desligados de los intereses de la clase trabajadora, y que enfrenta a hermanos de clase para beneficio de la burguesía. Se fundan distintos periódicos de orientación socialista, mientras el órgano de U.G.T., «Unión Obrera», sufre eclipses temporales. Así se entra en el nuevo siglo.


Unión General de Trabajadores de España.
Habiendo dado cuenta la comisión de escrutinio a las Juntas Directivas de las secciones adheridas en esta capital á la unión General de trabajadores de España del resultado de la elección de comité Nacional, resulta formado éste por los compañeros siguientes:
Antonio García Quejido Presidente
Salvador Tenor vice presidente
Ramon Colado Tesorero
Francisco Parera Secretario
Juan Graells vicesecretario
Basilio Martin Rodriguez vocal
Joaquin Manresa vocal
forman este junta de sus cargos, á excepción de Joaquin Manresa que se halla enfermo, y acuerdan celebrar la primera sesion el miércoles 31 del corriente á las nueve de la noche para dar cumplimiento á los trabajos
Barcelona 29 de Octubre de 1888
El vicesecretario
Juan Graells

El primer Comité Nacional de la Unión General de Trabajadores lo componían siete miembros bajo la presidencia de Antonio García Quejido. Sobre estas líneas, el acta donde se dio a conocer la lista electoral para la constitución del organismo directivo.

LA PRIMERA DECADA DEL SIGLO XX

En el comienzo de siglo el panorama del movimiento obrero no ha cambiado sustancialmente; persiste la falta de organización de los obreros del campo que siguen siendo mayoritarios, salvo explosiones violentas, que generan respuestas igualmente violentas. Permanecen las sociedades obreras del siglo pasado, que se irán decantando por una opción anarquista o socialista, proceso que culminará en 1910 con la creación de la C.N.T. Entretanto, las relaciones entre socialistas y anarquistas distan de ser buenas, con períodos alternativos de acercamiento y rechazo. Una causa de fricción será la decisión de la U.G.T. de no apoyar la huelga de matalúrgicos catalanes en 1902. La Unión entiende que se deben abordar aquellas huelgas en las que las posiciones de la clase obrera queden fortalecidas y sus reveindicaciones logradas, evitando aquellas otras que generen un aumento de la represión, con el consiguiente desfallecimiento. A su entender, el tiempo de las huelgas generales revolucionarias, preconizadas por los anarquistas, aún no ha llegado. En los cinco primeros años de siglo la U.G.T. experimenta un notable auge, sus afiliados pasan a ser sesenta mil en

1905. Experimenta un cierto retroceso y una recuperación a final de la década, y así en 1910 cuenta con 43.568 adheridos, organizados en 307 secciones. En la baja de afiliados parece influir, además de la crisis económica, que conlleva un aumento espectacular del paro, la pérdida de las huelgas mineras de Vizcaya y Asturias. La implantación ugetista de mayor entidad sigue residiendo en el triángulo Madrid, País Vasco y Asturias, si bien se va extendiendo por todo el país con importantes núcleos en Valladolid, cuenca minera de Linares y Pontevedra. En Cataluña los ugetistas colaboran con Solidaridad Obrera, en la que hay distintas tendencias.

En 1903 se crean las Juventudes Socialistas, propiciadas por la Agrupación Socialista de Vizcaya, fundadas por Tomás Meabe e Indalecio Prieto, que jugarán un papel de importancia en la posterior escisión comunista y en la política de apoyo a Largo Caballero durante la II República. En 1908, se inaugura la Casa del Pueblo de la calle Piamonte, en Madrid, verdadera sede de la U.G.T. Hay un, todavía, tímido intento organizativo de los campesinos, que suman 2.000 afiliados a la Unión. El peso fuerte sigue siendo el de los albañiles, mineros, metalúrgicos, tipógrafos.

El estallido de la guerra en Marruecos, y el proyecto del gobierno de envío de tropas, suscita la inmediata oposición de anarquistas y socialistas, que se acercan para presentar un frente común, realizando mítines conjuntos con preparación para una huelga general de grandes proporciones. La detención del comité de huelga, en el que figuran Pablo Iglesias y Largo Cabllero, impide la extensión del conflicto. La represión de la Semana Trágica, con la muerte del anarquista Ferrer, acerca a socialistas, anarquistas y republicanos en una protesta común, realizándose una manifestación en la que participan 100.000 personas. Esta convergencia determina un cambio de actitud en el P.S.O.E., que acepta presentar candidaturas conjuntas con los republicanos. Pablo Iglesias es elegido diputado al parlamento en 1910, si bien, a nivel sindical, la U.G.T. no es partidaria de la presencia en los grandes conflictos huelguísticos de elementos republicanos y radicales, que fácilmente derivan hacia la agitación partidista el sentido de los movimientos reivindicativos, alejándoles de los intereses de la clase obrera.

HACIA LA GRAN HUELGA DE 1917

La U.G.T., tras una experiencia de organización de huelgas y una presencia creciente en nuevas zonas, entra en un importante período expansivo, triplicando sus efectivos entre 1910-1915, pasando a contar con 112.194 afiliados representantes de 398 secciones. El crecimiento supone una serie de tensiones internas, y se va perfilando la aparición de nuevos dirigentes, como Anguiano, Indalecio Prieto, Núnez de Arenas, Saborit. En el décimo congreso se sustituyen los sindicatos de oficio por sindicatos de industria. La incorporación de los ferroviarios da un nuevo peso a la Unión, grupo que pasará a ser mayoritario, junto con mineros, metalúrgicos, albañiles. Esta remodelación, permite la consolidación de poderosos sindicatos de industria de ámbito regional. En 1911, como consecuencia de la declaración de huelga general en apoyo de los carreteros, se procede a la disolución de la U.G.T y al encarcelamiento de sus dirigentes, pero el sindicato continúa creciendo en la clandestinidad, que dura casi un año. En 1910 nace la Confederación Nacional del Trabajo, como central sindical de ámbito nacional, con la propuesta de llegar a un entendimiento con la U.G.T., que pudiera «unir a toda la clase obrera en una sola organización». Con respecto al plazo para la unidad era criterio de los delegados de la C.N.T. que la fusión tuviera

Estrechamente vinculado a la figura histórica de Pablo Iglesias aparece Antonio García Quejido, que contribuyó eficazmente a la fundación de la Unión General de Trabajadores de España y que, en 1921, fundaría el Partido Comunista Obrero Español.

Núm. 31. ✻ Abril 1909.

La Unión Obrera.

Dirección: Piamonte, 2.
MADRID

Órgano oficial de la Unión General de Trabajadores
Fundada en agosto de 1888.

EL 1.° DE MAYO

Compañeros: Próxima la fecha en que la clase trabajadora mundial se manifiesta para reclamar de los Poderes públicos una legislación protectora del trabajo, entre la que se halla la jornada máxima de ocho horas, este Comité tiene el ineludible deber y fraternidad que ya existen sean más fuertes y sólidos.

A trabajar todos por que la Manifestación de este año supere en grandeza á la de los anteriores, por que no falte nadie á la gran cita universal, para gritar todos unidos:

¡Viva la Manifestación de 1.° de mayo!
¡Viva la fraternidad!—EL COMITÉ.

En el momento de la fundación de la Unión General de Trabajadores, su órgano de prensa «La Unión Obrera», editado en Madrid, cifraba el número de afiliados en 3.355, pertenecientes a un total de 29 secciones.

La infatigable labor de Facundo Perezagua determinaría una creciente influencia de la Unión General de Trabajadores en Vizcaya. Más tarde, en 1921, ese diregente socialista figuraría entre los miembros fundadores del partido Comunista de España.

efecto cuando ambas centrales tuvieran semejante fuerza, ya que a la sazón el sindicato socialista era notablemente más nutrido de afiliados.

En la segunda década, la situación económica sufre un deterioro progresivo, unida al desgaste político, que se hace cada vez más patente. En 1916, en su XII Congreso, la U.G.T, emprende una campaña contra la carestía y a favor de liquidar el conflicto crónico de Marruecos. Largo Cabllero llega a un acuerdo con Salvador Seguí, y la C.N.T. se suma a la campaña. Tras una primera huelga a finales de ese año, sin que el gobierno mueva un dedo para remediar la situación, el conflicto permanece y se replantea al año siguiente, en 1917. Tras la detención del comité de coordinación, una ola de huelgas sacude al país, y el P.S.O.E. aglutina a las fuerzas republicanas que se suman a la protesta, en un frente que cubre a toda la oposición. Va tomando forma la alternativa de un cambio de régimen. El comité de huelga, en el que se integran Julián Besteiro, incorporado recientemente a la Unión, Andrés Saborit, Anguiano y Largo Caballero, decide publicar un manifiesto redactado por Besteiro. uue sale a la luz pública el 12 de agosto, en el que se dice «que el proletariado se halla decidido a no resistir ni un momento más pasivamente, a este intolerable estado de cosas.» Se pide un gobierno provisional y el final de las eleccio-

nes caciquiles de la Restauración». La gran huelga se inicia el día 13, mientras se declara el estado de guerra y hay continuos choques entre los huelguistas y el ejército. Se detiene al comité de huelga, pese a lo cual la paralización se ha extendido a todo el país, hasta el día 20, y en Asturias hasta final de mes, con la persecución por los montes de Manuel Llaneza, líder ugetista del sindicato minero. En consejo de guerra son condenados a reclusión perpetua Besteiro, Largo Caballero, Anguiano y Saborit, y a graves penas a otros dirgentes. En los sucesivos enfrentamientos se registran varios muertos. Durante ese año son constantes las manifestaciones en favor de la amnistía de los cuatro condenados, que al año siguiente son elegidos diputados, para forzar la situación, siendo amnistiados en enero de 1918. En muchos militantes y dirigentes de la U.G.T. queda el recelo de las huelgas políticas, que no logra su objetivo de derribar a la monarquía.

LA IMPOSIBLE UNIDAD SINDICAL

Es evidente que con estas acciones el movimiento obrero organizado había alcanzado una presencia en todo el país y una madurez notable. La C.N.T. registra un crecimiento espectacular irradiando a muchos sectores campesinos. En octubre de 1918 se celebra el XIII Congreso de la U.G.T. en el que se propone formalmente «la unión de las fuerzas obreras en un solo organismo nacional». Esta propuesta enlaza con la que en su día habían tenido los fundadores del sindicato anarquista, aunque relegándola para mejor ocasión. ¿Era realmente posible la unidad sindical en esta época? Como primera consideración a favor de la tesis unitaria citemos la situación de ambas centrales, que polarizaban gran parte del movimiento obrero, tendencia que se acentuará en los años treinta. Los restos del societarismo, forma decimonónica de agrupación sindical, y que aún perviven en estos años, irán decantándose por una u otra opción, con una real interferencia de consideraciones políticas, además de sindicales. Si se cede a la tentación ucrónica de considerar lo que hubiese resultado de la consumación de esta unidad, no se puede dejar de pensar en el formidable potencial revolucionario que se hubiera generado con la fusión. Pero la correlación de fuerzas políticas era muy compleja para perfilar una alianza que se situara en condiciones objetivamente revolucionarias, y que no se da hasta la constitución del Frente Popular. Había muchos inconvenientes que salvar. En primer término el abismo entre los partidos políticos de la pequeña burguesía y las organizaciones proletarias, con coinciden-

Primer consejo de administracion del sindicato minero asturiano: Mariano Fernández, Manuel Fernández, José Pallariego, Etelvino Hevia, Bautista Díaz, Daniel Gutiérrez, Samuel Nuñez, Antonio Cienfuegos, Manuel Llaneza, Manuel Villa, Angel Suárez, Rogelio Tuñón, Luciano Mínguez, José González, Constantino Fernández, Celestino López e Isidoro Calvo.

cias tácticas accidentales, que pueden concretarse en la progresiva evolución de los socialistas hacia la perspectiva electoralista y la república como forma política, teniendo que vencer la desastrosa experiencia de la IRepública, que prohibe las actividades de la Internacional. Tuñón de Lara señala el extraño maridaje, no menos ocasional, de anarquistas y radicales en las explosiones anticlericales y en la agitación de masas. Pero estas convergencias no logran salvar las distancias que separan a unos y otros, la radical desconfianza que se pondrá de manifiesto en la II República. Las organizaciones proletarias sólo ocasionalmente cuentan con elementos procedentes de la pequeña burguesía y ésta, como tal clase social, alimentará el surgimiento de posiciones fascistas, al no sentirse incluidos y sí amenazados por la creciente potencia de las dos centrales sindicales. Anarquistas y socialistas desarrollan, de hecho, dos concepciones distintas de la lucha sindical y de la sociedad que tratan de modificar, sumado todo ello al antiguo encono del fraccionamiento de la Internacional, y a un aspecto insuficientemente estudiado pero determinante como es la fuerza de cada organización en regiones distintas; con

Con la creación de la Unión General de Trabajadores se esclarece por vez primera la distinción entre el ámbito de actuación del partido y el sindicato en el movimiento obrero español. Sobre estas líneas, Vicente Barrio, que fue secretario de la U. G. T. en 1908.

lo que las diferencias se agudizan también en el terreno de las nacionalidades. Mientras la U.G.T. trata de salir fortalecida de cada huelga para librar la batalla final en condiciones que le sean favorables, la C.N.T., pone toda la carne en el asador en cada acción, como si fuera a ser la última, el paso a una sociedad nueva que se establece por el mismo mecanismo de actuar como si ya existiera.

Retomando el hilo de los acontecimientos, Largo Caballero, en cumplimiento del mandato del Congreso, se dirige al Comité Nacional de la C.N.T. Será el comienzo de una correspondencia entre ambas organizaciones, que con distintas alternativas dura dos años. La U.G.T. quiere entablar conversaciones para preparar la unidad a nivel de Comité Nacional. La respuesta cenetista es que no puede tomar ningún acuerdo hasta celebrar por su parte un Congreso en el que trate el tema de la «inteligencia» entre ambos sindicatos, como se decía en el lenguaje de la época. La correspondencia sigue cruzándose, no sin malentendidos y aclaraciones sucesivas. En diciembre de 1919 se reúne el Congreso de la C.N.T., que rehúsa la unidad aduciendo que la U.G.T., pese a ser invitada a ello, no ha asistido con sus afiliados a ese Congreso; que la C.N.T. representa a un número triple de afiliados, y no procede la unión sino en todo caso la absorción; y finaliza con una condición pintoresca y perentoria que no me resisto a transcribir «que se redacte un manifiesto, dirigido a todos los trabajadores de España, concediéndoles un plazo de tres meses para su ingreso en la Confederación Nacional del Trabajo, declarando amarillos a los que no lo hagan».

Pese a que esta declaración parece cerrar definitivamente el tema, la U.G.T. insiste en su XIV Congreso, señalando que la división no favorece más que a los intereses de la clase capitalista, y el peligro potencial que representan los sindicatos católicos fomentados por el Gobierno. La respuesta es una vez más negativa. La C.N.T. saca a relucir la adherencia a distintas Internacionales y, en coherencia con su táctica, no aceptan hablar con representantes sindicales que lo sean además de un partido político, al mismo tiempo que acusa a la U.G.T. de hacer proposiciones inaceptables para demostrar públicamente que si no hay acuerdo no se le puede achacar a ella responsabilidad. Lo cierto es que la unidad sindical no se realiza, produciéndose en cambio la bipolarización del movimiento obrero organizado en torno de una u otra tendencia, que responde a una elección real entre dos maneras de entender el sindicalismo, paralelas en estructura y funcionamiento interno, pero con

En noviembre de 1908 se inauguraría la Casa del Pueblo en el local del antiguo palacio del duque de Béjar, situado en el número 2 de la calle del Piamonte. Presidía el acto de apertura Mariano Galán.

una visión distinta del acceso a la sociedad sin clases y de la lucha política, con una diferenciada implantación regional. Lo que resulta evidente es que su doble acción y presencia erradica los distintos intentos de la patronal y del gobierno de crear sindicatos amarillos, como la Confederación de Sindicatos Católicos, o el intento primorriverista, anunciador de otros posteriores de crear sindicatos gubernamentales, la Confederación de Sindicatos «Libres». Este mismo arraigo impide que tengan éxito los sindicatos de tendencia comunista, a raíz de la escisión en el P.S.O.E. y durante la República.

ESCISION POLITICA Y DICTADURA

Al entrar en la década de los años veinte, se introducen una serie de factores que configuran la trayectoria declinante de la Monarquía, y la cada vez más imperiosa necesidad de dar salidas a la crisis económica y política. El triunfo de la revolución rusa repercute en la actitud de las organizaciones obreras que toman postura ante ella, al mismo tiempo que, sin contar con las condiciones objetivas de cada país, se intentan modelos miméticos. Por primera vez, la idealogía marxista ha sido motor de una revolución triunfadora. La guerra de Marruecos desangra cada vez con mayor fuerza el inestable equilibrio político de la Restauración. En los dos años anteriores la actividad huelguística —Correos, Telégrafos, el despertar colérico de los campesinos ahogados por el desfase de precios y salarios—, provocan conflictos en todo el país. Hay enfrentamientos y en 1918 se declara un nuevo estado de guerra, que produce seis víctimas. En 1919, el gobierno, agobiado por la combatividad de los trabajadores, establece la jornada de ocho horas en todo el país, vieja reivindicación, que llega en un momento de enorme violencia en Cataluña, y de huelgas generalizadas, que retrasarán su adopción de hecho. Entretanto, la U.G.T. continúa creciendo, en 1919 cuenta con 160.000 afiliados, ensanchando sus bases por todo el país, con una menor incidencia en Aragón, Cataluña y Galicia, y una fuerza creciente en Castilla, Extremadura y zona norte.

La creación de la Internacional Sindical Roja es el tema de debate prioritario, tanto en el P.S.O.E. como en la U.G.T., a partir de 1918. En el Congreso del partido de ese año se pospone la decisión para el siguiente comicio, aunque casi la mitad de los afiliados optan por la nueva Internacional. El Congreso de las Juventudes socialistas se adhiere abiertamente, y de este núcleo nace el Partido Comunista de España. En el Congreso de 1920 se enfrentan las dos tendencias y se decide adherirse, pero condicionándolo al informe elaborado por Anguiano y Fernando de los Ríos tras su viaje a Rusia. Ese mismo año celebra la U.G.T. su XIV Congreso, en representación de 211.342 afiliados. Por aplastante mayoría se acuerda continuar en la II Internacional, así como negociar nuevamente con la C.N.T., con

El Partido socialista estableceria como requisito para todos sus afiliados la militancia en la U. G. T. Condición que se mantendrá siempre a lo largo de la vida paralela de ambas organizaciones. En la fotografía, mitin socialista en el Frontón Central madrileño (noviembre de 1908).

la que se suscribe un pacto de unidad de acción que será efímero. Tras algunas acciones conjuntas, la C.N.T. declara una huelga general, modificando su acuerdo previo sin consulta, lo que determina que la U.G.T. no la secunde y se produzca un nuevo alejamiento. En 1921, se consuma la escisión comunista en el curso del Congreso extraordinario en el que tras oírse el informe de los enviados a Rusia —de los Ríos contrario y favorable Anguiano—, se somete a votación, favorable por casi tres mil votos a la continuidad en la II Internacional. Los escindidos fundan el P.C.O.E., Partido Comunista Obrero Español. En el XV Congreso de la Unión, la resaca de la escisión hace presencia, aunque con menor virulencia. Hay secciones, especialmente Madrid, favorables a la creación de un frente único de trabajadores, junto con anarquistas y comunistas. Finalmente, los militantes comunistas, que aún continuaban en la U.G.T., son expulsados. Como consecuencia se acentúa la identidad entre el P.S.O.E. y la U.G.T., que cierra filas en torno a Pablo Iglesias, Besteiro y Largo Caballero. Hay un acercamiento de comunistas y anarquistas, que será efímero. Sin embargo, en determinadas ocasiones funcionan alianzas en el País Vasco entre las tres tendencias para acciones comunes. El caballo de batalla está en las condiciones que pone Pablo Iglesias a la Internacional Roja: independencia en la esfera nacional y posibilidad de revisar sus acuerdos. La U.G.T. piensa que no ha llegado el momento de tomar el poder mediante la acción directa y, en efecto, las condiciones objetivas no se darán hasta muchos años después.

La situación en Marruecos se agrava tras el desastre de Annual, la estructura política se debilita y la violencia sigue en Cataluña, donde el líder anarquista Seguí es asesinado. La U.G.T. arrecia en su campaña antibelicista al mismo tiempo que continúa potenciando su organización con sucesivos Congresos de las distintas ramas de industria. El 13 de septiembre de 1923, se produce el golpe militar de Primo de Rivera, aceptado sin muchos remordimientos por la totalidad de los partidos burgueses, que muestran su propensión a los cirujanos de hierro en los momentos de crisis política y social. Las organizaciones obreras quedan aisladas; el P.S.O.E. y la U.G.T. lanzan un comunicado conjunto condenando el golpe militar al mismo tiempo que comprueban la defección de sus aliados de la conjunción republicana. Por su parte el nuevo poder explica claramente a los obreros, mediante una nota de inserción obligatoria, lo que espera de ellos: patriotismo, ausencia de huelgas que hunden la economía nacional y la regeneración que han de emprender «ejército y pueblo juntos».

Por su parte, comunistas, anarquistas y ciertos sectores republicanos estiman que es necesario un enfrentamiento rotundo, mediante una huelga general de alcances políticos. La U.G.T., que expresa su desaprobación al nuevo régimen, no cree en la eficacia de esta medida, que podía significar el desmantelamiento del movimiento obrero organizado. A medida que pasan los días la decisión de «congelar» la organización al precio de mantener su cohesión interna se va afirmando. Por otra parte, las acciones emprendidas de cara a protestar

por el establecimiento del régimen no tienen virtualidad, y se produce el desmantelamiento de la C.N.T., que si bien mantiene a sus militantes, por obra de las dificultades de la situación, introduce, como medio de conservar la cohesión, a la F.A.I., cuerpo extraño a la tradición cenetista, que, sin embargo, logra controlarla incluso después del fin de la Dictadura. La creación del partido único, Unión Patriótica, supone la prohibición para todos los demás, que aunque siguen manteniendo núcleos están condenados a la inactividad política. Desde el Poder se trata de propiciar sindicatos gubernamentales, para completar el esquema corporativista, de clara estirpe prefascista. Pero el gobierno no contaba con instancias sindicales, y su preocupación en este terreno estaba en asegurar la inmovilidad de hecho de las fuerzas políticas y sociales. Entre la disolución por un período que se anunciaba más largo que el de clandestinidad sufrido en el pasado, y la posibilidad de seguir existiendo, aunque con un margen de actuación estrechísimo, la U.G.T. opta por la posición posibilista. Acepta cargos en los organismos laborales, poniendo la condición de que sean electos por la base y no designados. Se crean organismos mixtos patronales y obreros a distintos niveles, como los Comités Paritarios, Consejo de Trabajo. Su acción se centra en reivindicaciones económicas y en apoyo de tímidos movimientos huelguísticos mineros, así como paros el 1 de Mayo. En 1925 muere Pablo Iglesias, y su entierro constituye una impresionante manifestación popular. En los últimos años su salud estaba muy minada, y de hecho eran hombres de «la segunda generación» los que llevaban el peso real tanto del P.S.O.E como de la U.G.T., aunque el escendiente del líder, quizá la figura más representativa del movimiento obrero español, fuera enorme. Su desaparición, a los setenta y cinco años de edad —tras una vida dedicada por completo al movimiento obrero, desde las viejas agrupaciones societarias hasta las centrales sindicales, que tendrían un papel decisivo en los próximos años, y que él había contribuido decisivamente a crear y potenciar con un criterio que nunca perdía de vista la realidad—, significaba la responsabilidad de hombres como Prieto, Largo Caballero y Besteiro, en la dirección de la Unión. Los tiempos están cambiando y se aprecian síntomas de que la dictadura no puede durar indefinidamente. Largo Caballero comienza a perfilarse como hombre decisivo. En 1929, en un intento por apuntalar la Dictadura, Primo de Rivera trata de incorporar a la Asamblea Consultiva a cinco miembros de la Unión. Largo Caballero, que comprende que el fin de la Dictadura está

Tras una experiencia considerable en la organización de huelgas y una presencia creciente en nuevas zonas, la U. G. T. triplicaría sus efectivos entre 1910 y 1915. Sobre estas líneas, manifestación socialista en Bilbao, el 1 de mayo de 1912.

próximo, se opone rotundamente a Besteiro, enfrentamiento que se pondrá de manifiesto a medida que pase el tiempo. Ante el congreso de la federación gráfica, Largo Caballero dirá:

«Cuando acabe esta anormalidad (la de la Dictadura) la clase obrera organizada de España tendrá que hacer una propaganda de sus ideas en el país... soy de los que opinan que mientras la clase obrera pueda actuar relativamente dentro de una esfera, de un círculo legal que le permita desarrollar su organización, sería locura salirse de ese círculo; pero también creo que si los que tienen obligación de conocer los anhelos del país anulan las posibilidades por donde nuestro país pueda desarrollarse hacia el progreso, afianzando las libertades cuidadanas la clase obrera sabrá cumplir con su deber.»

En enero de 1930 cae la Dictadura, prolongándose su imposible continuidad en un esquema político propio de la Restauración. Era la propia Monarquía la que estaba en cuestión. Pese a su posibilismo la U.G.T. sufrió los efectos de la Dictadura, centenares de militantes encarcelados, federaciones y centros disueltos, aunque mantienen indemne su organización: cuenta con 277.000 afiliados, y se crea la federación de la Tierra.

A partir de este momento tanto la U.G.T. como el P.S.O.E. se enfrentan con la necesidad cada vez más clara de llegar a la República como marco político previo a la consecución del socialismo en toda su extensión. La convivencia forzada de estos años del P.S.O.E. en el seno de la U.G.T. proyecta a la Unión a la búsqueda de soluciones políticas desde la posición de Largo Caballero, tendencia que si bien encontrará resistencia, acaba imponiéndose. Prieto asiste, a título personal, al pacto de San Sebastián, que supone la fusión de los republicanos

LA SEGUNDA REPUBLICA

Se perfila ya netamente la correlación de fuerzas que operará en los próximos años. Tanto el P.S.O.E. como la U.G.T. están en sutuación de ser el eje de la nueva situación. Su antigua vinculación electoralista con los partidos republicanos cobra ahora un nuevo sentido, aunque el tradicional recelo mutuo no deja de tener continuadores, sobre todo Besteiro, que junto con Saborit, Cordero y Trifón Gómez, mantienen una postura de distanciamiento respecto de la República. La situación del país sufre una indudable aceleración histórica y arde en huelgas de claro sentido político que el gobierno no puede frenar, como la general de diciembre, ensayo de la que se preparaba conectada con la sublevación de Jaca, que aun-

UNA NOTA IMPORTANTE

La Unión General de Trabajadores frente al mito de la unidad sindical

La Federación Local de Sociedades Obreras de San Sebastián, que no pertenece a nuestra Unión General de Trabajadores, vuelve a plantear a la organización obrera el problema de la llamada unidad sindical.

Decimos que vuelve porque ya en otra ocasión, como ahora lo hace, se dirigió «a todos los Sindicatos y Federaciones de España, cualquiera que sea su tendencia», demandándoles su adhesión a la campaña pro unidad sindical y encareciéndoles la asistencia de sus representantes a una Conferencia nacional, prólogo de un Congreso en que ha de examinarse y resolverse este problema.

La Comisión ejecutiva de la Unión General de Trabajadores, que ha

Si se cede a la tentación ucrónica de considerar lo que hubiese resultado de la consumación de la unidad sindical, no se puede dejar de pensar en el formidable potencial revolucionario que se hubiera ganado con la fusión. En la foto, nota de la U. G. T. rechazando la propuesta de unidad por parte de la Federación Local de Sociedades Obreras de San Sebastián.

La convocatoria de elecciones municipales el 12 de abril, que llevaría al poder a ministros socialistas, crearía divisiones. Frente a Largo Caballero y Prieto, Julián Besteiro, que aparece sobre estas líneas, sería contrario a la participación en la República.

que fracasó en su aspecto militar no así en el sindical, la convocatoria de huelga de la U.G.T. y C.N.T. paralizó el país. Se producen violentos enfrentamientos y el gobierno trae a la península una bandera de la Legión. Besteiro trata de separa al P.S.O.E. del comité revolucionario, pero no logra su objetivo. La convocatoria de elecciones municipales de 12 de abril, es ganada en las grandes ciudades por la candidatura republicano-socialista, que llevaría al poder a ministros socialistas, entre ellos Largo Caballero, y crearía divisiones. Cada vez se hacía más evidente la existencia de tres corrientes principales: la de Besteiro, contrario a la participación en la República y de acentuar la antigua línea sindical de la U.G.T.; Largo Caballero, que si defendió la coalición gubernamental, tuvo suficientes pruebas para irla desestimando y sustituirla por la vía de la toma del poder revolucionario; Prieto, *partidario de mantener* la coalición. La posición de los socialistas en el Gobierno se ve continuamente comprometida por las represiones que Maura impone en su guerra particular con la C.N.T. En esas condiciones se aborda el Congreso del P.S.O.E. en 1932, que supone la primera derrota de Besteiro, que es sustituido en la dirección del partido por Largo Caballero, con Prieto y de los Ríos en la Ejecutiva. La permanencia en el gobierno es cada vez más problemática, sobre todo a raíz de una matanza de manifestantes de la U.G.T. en Arnedo. A renglón seguido se celebra el Congreso de la Unión, que cuenta en esas fechas con más de un millón de afiliados, número que se ampliará hasta el comienzo de la guerra civil, según diversas estimaciones, a medio millón más. El Congreso ratifica a Besteiro como secretario, aunque el peso de Prieto y Largo Caballero se deja sentir cada día más. Está claro que por encima de la coalición, para los grupos en el poder, está el no transigir en la creciente marea proletaria. Jiménez de Asúa resume así la situación: «la burguesía cerril levanta guerra contra nosotros, incumple las leyes del ministerio de Trabajo, niega trabajo a los campesinos de U.G.T., se apoya en la fuerza pública para atacar a los obreros, y entretanto el socialismo calla o aconseja calma a sus huestes doloridas». En 1933, Araquistain y Largo Cabllero, en las Escuelas de

El Congreso del P.S.O.E. de 1932 supone la primera derrota de Besteiro, que es sustituido en la dirección del partido por Largo Caballero, con Indalecio Prieto —al cual vemos en *la fotografía*— y Fernando de los Ríos en la ejecutiva.

En 1933, Araquistáin y Largo Caballero, en las Escuelas de verano, anuncian el nuevo rumbo, la toma del poder mediante la acción revolucionaria, que entendían imposible por la vía parlamentaria. En la fotografía, Largo Caballero.

verano, anuncian el nuevo rumbo, la toma del poder mediante la acción revolucionaria, que entendían imposible por la vía parlamentaria. En 1933, el P.S.O.E., que se presenta solo a las elecciones, pasa a la oposición. Largo Caballero hostiga a la ejecutiva de la U.G.T. para que adopte su línea; por su parte la tendencia que se le opone, trata de organizar un Congreso extraordinario para tratar la línea política, que finalmente no llega a celebrarse. En una reunión del Comité Nacional se sanciona la salida de Basteiro, Saborit, Trifón Gómez y Muiño de la ejecutiva. Desde ese momento Largo Caballero es secretario general de la U.G.T. y del P.S.O.E.

A partir de 1934, las Alianzas Obreras funcionan en Asturias agrupando a U.G.T. y C.N.T. En octubre, ante la subida al gobierno de tres miembros de la C.E.D.A., se declara una huelga general, que prende en Asturias, donde las Alianzas se hacen dueñas de la situación. Es una auténtica revolución que el gobierno reprime con el envío de la Legión. Los muertos rebasan el millar y también hay varios millares de detenidos. Socialistas y comunistas son perseguidos. La situación desemboca en una concentración de las fuerzas del movimiento obrero y en la aproximación de los partidos republicanos de izquierda, que desemboca en 1936 en la creación del Frente Popular, que gana las elecciones en febrero. Pocos meses después comienza la guerra civil.

LA GUERRA Y LA CLANDESTINIDAD

En la contienda, la U.G.T., que cuenta con un millón y medio de afiliados, emplea su esfuerzo en las milicias populares, así como en la organización de la producción agrícola e industrial en la retaguardia, al mismo tiempo que se esfuerza en mantener la alianza de las fuerzas políticas y sindicales dentro del Frente Popular. Progresivamente van cayendo sus baluartes —Vizcaya, Asturias— y se ve envuelta en las luchas intestinas en el campo republicano, si bien en menor medida que comunistas y anarquistas. Al finalizar la guerra se disuelven todas las organizaciones políticas y sindicales de la República. Han muerto miles de sus afiliados y otros muchos están en

el exilio. Los núcleos que quedan dentro del país son objeto de encarcelamiento y persecución, con condenas que han rebasado en algunos casos —como el de Ramón Rubial, presidente del último Congreso celebrado en Madrid—, los veinte años de cárcel. U.G.T. y P.S.O.E., pierden su diferente ámbito de actuación y se mezclan. La clandestinidad en el interior y la guerra Mundial en el exterior imponen duras condiciones para la supervivencia, que, sin embargo, no se interrumpe en ningún momento. En 1945 se celebra el primer Congreso en el exilio y aún se cree en la posibilidad de una intervención aliada en España. A partir de entonces Toulouse se convierte en sede permanente de la comisión ejecutiva en el exterior en contacto con un comité permanente interior. La U.G.T. interviene en las actividades de la oposición española, tanto en el interior como en el exterior. Durante el perído de 1945 a 1949 se vincula a la F.I.S.M. (Federación Sindical Mundial), y hasta hoy a la C.I.O.S.L. (Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres). En el terreno internacional su acción se ha encaminado a impedir la homologación por los organismos internacionales de los sindicatos verticales. Ha colaborado a la formación de distintas alianzas políticas y sindicales de oposición, organizando huelgas especialmente en el País Vasco y Asturias. Muchos de sus miembros han sido detenidos y procesados por asociación ilegal. Tomás Centeno, destacado líder ugetista, muere en 1953 en los calabozos de la Dirección General de Seguridad. En 1948, veintitres mineros asturianos, miembros de la U.G.T., aparecen muertos en el pozo Fumes.

En todo momento rechaza la participación en las elecciones sindicales de la C.N.S.

En la actualidad, se halla integrada en el organismo de oposición, Coordinación Democrática. La celebración de su reciente Congreso en Madrid abre un nuevo capítulo en la historia de la Unión General de Trabajadores, una de las máximas creaciones y expresiones del proletariado organizado en nuestro país.
■ **M. A. M.**

La celebración de su reciente Congreso en Madrid, en el que resultó nombrado secretario general Nicolás Redondo, abre un nuevo capítulo en la historia de la Unión General de Trabajadores, una de las máximas creaciones y expresiones del proletariado organizado en nuestro país.

Historia de un proceso emancipador

El voto femenino durante la II República

Rosa María Capel

UNO de los períodos de nuestra Historia contemporánea que más ha atraído a propios y extraños, que más polémicas ha suscitado, que más ríos de tinta ha hecho verter, es el comprendido entre 1931 y 1936. Por razones múltiples y de todos conocidas, la segunda República ha sido estudiada desde puntos de vista muy diferentes. Global o monográficamente sus grandes temas se han visto analizados una y otra vez; sin embargo, por debajo de ellos existe una serie de puntos, de cuestiones cuyo estudio no sólo es interesante, sino que además puede ayudarnos a completar la visión que tenemos del período, pues si bien con el paso del tiempo quedaron oscurecidos por la trascendencia de otros, en su época formaron parte, e importante, de las definiciones programáticas o realizaciones de los distintos grupos políticos en liza. La concesión del voto femenino es uno de ellos.

Aunque el tema elegido para nuestro trabajo posee entidad propia y con-

Para el régimen republicano nacido el 14 de abril de 1931, la cuestión del voto femenino había de enfocarse bajo un doble prisma: como derecho inalienable y como elemento más del conjunto de reformas que convertirían a España en una nación políticamente democrática y socialmente justa. En la imagen, votación de un grupo de mujeres bajo el retrato de Clara Campoamor.

tornos bien delimitados, no hemos de olvidar que se trata de un hecho histórico, incluido como tal dentro de un contexto más amplio, cuyo conocimiento nos permitirá un análisis más profundo, una comprensión del suceso en toda su magnitud, al mismo tiempo que nos evitará caer en particularismos o nacionalismos sin sentido, pues, como afirma R. Herr, España no es distinta del resto de Occidente.

En el caso del sufragio de la mujer en la segunda República española el enmarque ha de ser doble: por un lado, dentro del conjunto de reformas, innovaciones, etc., que deseaba llevar a cabo el nuevo régimen; por otro, en la corriente feminista triunfante hacía tiempo en Europa y para la que el voto no había sido sino una reivindicación más de toda una serie —laborales, jurídicas, educativas...— que traería consigo la integración social de la mujer de acuerdo con las nuevas coordenadas históricas.

1. SUFRAGISMO O EL FIN DE UN LETARGO

El sufragismo fue la primera forma de lucha adoptada por el movimiento feminista aparecido a mediados del siglo XIX, cuando la sociedad surgida de la doble revolución política y económica disfruta de las primeras consecuencias favorables a ellas, al mismo tiempo que ha de hacer frente a los incipientes embates de un proletariado consciente de su poder y decidido a compartir beneficios.

Ahora bien, ¿qué concepto ha existido hasta entonces de la mujer, de sus funciones sociales?; ¿por qué decide romper en esta fecha con un atavismo de siglos y comienza a luchar por sus derechos, por una nueva valoración de su personalidad?; ¿cómo responde el hombre a ello?

Desde la aparición del «sati» o sociedad patriarcal la mujer había tenido solamente un mundo: el hogar; y una función: el cuidado de la familia. El poder y la consideración que le otorgaba el ser reconocida como la única continuadora de la especie, comienza a desmoronarse cuando el hombre descubre la idea de paternidad. Desde ese momento, la mujer empieza a recibir un fuerte valor personal conforme se desmorona el social que poseía; el varón necesita asegurar esa paternidad por una serie de condicionantes socio-económicas y se inicia el proceso de aislamiento femenino, pues es indudable que resulta más fácil controlar a una persona que al resto de los individuos femeninos de la tribu. Poco a poco, el micromundo doméstico va constituyendo el único horizonte vital femenino y en él se le mantiene por medio de controles físicos, en un primer momento, y mentales, más tarde, hasta que con el paso del tiempo sea la propia mujer quien vea su «status» como natural, único e inamovible.

Este concentrar toda la actividad femenina en un sólo campo va a traer consigo una disociación sexual de los trabajos, de las esferas de acción y, en definitiva, de los intereses de cada individuo. En adelante el hombre vivirá hacia fuera, preocupado por el sostenimiento material de su familia y los problemas de cualquier tipo que afecten a la comunidad. La mujer, reducida vitalmente al hogar, con sus hijos y su familia como cumbre de su sistema de valores, no tendrá preocupación alguna por la «res publica»; desarrollará una mentalidad más conservadora, pues toda revolución, todo cambio puede poner en peligro lo que constituye su razón de vivir y, casi diríamos, su motivo existencial. Por último, la Iglesia encontrará en ella una colaboradora eficaz pues, entre otras razones, es el único campo exterior en que se le permite actuar, tomar decisiones, moverse, etc.

Estas líneas generales determinaran de manera absoluta el rol femenino, con ligeras variantes según el momento histórico o la civilización, hasta el siglo XIX, aunque ya

El sufragismo fue la primera forma de lucha adoptada por el movimiento feminista aparecido a mediados del siglo XIX y cuyo fin último consistía en otorgar a la mujer un nuevo papel social. La foto muestra el desarrollo de una manifestación sufragista en Nueva York.

algunos ideólogos ilustrados de la centuria precedente (1), en su afán de librar a la sociedad del lastre que suponen aquellos individuos que viven de ella y no para ella, abogan por otorgar a la mujer un papel socialmente más activo, permitiéndole acceder a ciertos trabajos que le son más propios que al hombre, y obtener una cierta educación que redundará no sólo en su beneficio, sino, sobre todo, en el de su familia. Ciertamente que, como podemos ver, este primer intento de ampliar los horizontes vtales femeninos no entraña un cambio profundo y sustancial de las funciones que tiene atribuidas, del concepto que se tiene de la mujer, pero no hemos de cometer anacronismos ni exigir de unos teóricos, hijos de su tiempo, lo que aún en nuestros días apenas sí hemos conseguido. Sea como fuere, el siglo XVIII fijó ya los dos pilares en que había de sustentarse la posterior lucha emancipadora femenina: el trabajo y la educación.

La Revolución francesa acogió a la mujer en su seno y la tuvo como una de sus principales defensoras durante su gestación y desarrollo. Sin embargo, esta participación activa no obtuvo el espaldarazo legal y, a pesar de la «Petition des femmes du Tiers Etat au Roi» de 1789 o la «Declaración de los derechos de la mujer» de 1793, redactada en 17 artículos por Olympe de Gouges, Luisa Lacombe y otras, cuando llegó la hora de fijar en un código los logros de la revolución, la mujer fue devuelta al hogar. El proceso que había subvertido todo un

Emmeline Pankhurst (1858-1928), una de las máximas figuras del feminismo inglés. Al frente del WSPU realizó una importante labor en pro del reconocimiento de todos los derechos civiles para la mujer. Sus hijas Christabel y Sylvia colaboraron activamente con ella.

orden socio-político no fue capaz de hacer lo mismo en relación con la mujer, definiendo de nuevo sus funciones en los términos más tradicionales. Y es que este último cambio precisaba e implicaba una acción más profunda, una transformación de los papeles sociales que cada individuo había considerado propios y naturales a su género. No afectaba a una determinada clase social sólo, sino a la base misma de la organización de la sociedad: la familia. Para su realización, pues, se precisaría un conjunto de circunstancias más favorecedoras, una mayor presión de la base y, paralelamente, un cambio de mentalidad. De ahí la paradoja que nos encontraremos reiteradamente en relación con el tema feminista: momentos revolucionarios, ideólogos avanzados mantienen en este campo posturas totalmente conservadoras. Así, la II República francesa afirmó que cuando hablaba de igualdad de derechos para los franceses no se refería a las francesas; Rousseau decía que creado el sexo femenino para vivir en casa y someterse al esposo, ha de ser educado «para soportar el yugo desde el principio, para que no lo sientan; para dominar sus caprichos y someterse a la voluntad de los demás», y Proudhon repitió en diferentes ocasiones su decisión de divorciarse si se le concedía el voto a la mujer.

Si la Revolución francesa había puesto límite al proceso de emancipación femenina, la industrial inglesa lo va a favorecer al modificar sustancialmente su «status» económico, al sacarla del hogar para convertirla en copartícipe de la producción junto con el hombre. El aumento de puestos de trabajo, las necesidades materiales que agobian a la familia obrera, el hecho de constituir una mano de obra barata y escasamente conflictiva, hace que para 1850 el número de mujeres que van cada día a la fábrica sea mayor. Sin embargo, su tradicional descalificación para los trabajos no domésticos, su falta de preparación para ellos y su menor fuerza física, determinarán que esta incorporación al mundo laboral se haga en evidente desventaja con el varón. Al sexo femenino se le reservaban los oficios más ínfimos, y su salario, incluso a igualdad de trabajo, era sólo la mitad o un tercio del recibido por el hombre. Esta discriminación, que aumentaba las dificultades de la vida de la obrera, fue el motor que puso en marcha el proceso irreversible del feminismo, entendido por sus primeras líderes —Etta d'Oelder, Mary Astell, Mary Wollstonecraft, etc.— como el medio de hacer de las mujeres unos seres valientes y capaces, si lo necesitan, de marchar solas por la vida sin necesidad de prostituirse o casarse para sobrevivir. Sus primeros objetivos,

(1) Entre ellos hemos de citar a los españoles Feijóo, Jovellanos y Campomanes. Además, en nuestro siglo XVIII dos mujeres incidirán repetidamente sobre el tema de la educación femenina: Doña María Egipciaca Demaner y Gongoreda, y Doña Josefa Amar y Borbón.

Cuartel general del WSPU en Kingsway (Londres). Sus filas estaban engrosadas por jóvenes de la clase media, representantes de un «new deal» femenino donde los prejuicios habían ido desapareciendo a medida que la mujer ampliaba sus horizontes culturales y profesionales.

por tanto, fueron la solución de los problemas laborales y para conseguirlo, dadas las características de la sociedad en que estaban inmersas, era preciso atraer la atención de las élites de poder, de los líderes de los partidos. ¿Cómo lograrlo? Existían dos formas: haciendo a la opininión pública partícipe de sus problemas y llegando a formar parte del cuerpo electoral. El primer punto lo lograrían a través de la creación de sus propios periódicos, de la realización de manifestaciones, etc.; el segundo, dio origen al movimiento sufragista que tanta controversia suscitó.

Puesto en marcha, el sufragismo vivirá durante las últimas cinco décadas de 1800 la etapa de reagrupación de fuerzas, encuentro de líderes y definición de objetivos y medios a utilizar. Surgirán los grandes partidos: el WSPU inglés, dirigido por Mrs. Emmelinl Pankhurst; la NWSA, bajo la dirección de Mrs. Woodhull; y el AWSA, de tendencia más moderada, en Norteamérica, cuyas filas se verán engrosadas, especialmente en los últimos años del siglo, por toda una legión de jóvenes procedentes de la clase media, representantes de ese «new deal» femenino en el que una serie de prejuicios han desaparecido, la educación ha ampliado sus horizonte personales y profesionales, y la creación de nuevos puestos laborales —Correos, Telégrafos, Teléfonos, secretariado...— mejor remunerados y considerados que los industriales, ha potenciado su incorporación al mundo del trabajo.

Pero este movimiento organizativo necesitaba unas bases teóricas en que sustantivarse, unos objetivos definidos que dieran cohesión interna a sus acciones. Las primeras nos aparecen expresadas en una serie de escritos defensores de los derechos femeninos en todos los campos, exponentes de un nuevo concepto de la mujer y sus funciones. Nos estamos refiriendo a obras como las del francés León Richier, «Los derechos de las mujeres» (1869), Harriet Taylor Mill, «La emancipación de la mujer», John Stuart Mill, «The subjection of women» (1869), etc. Los objetivos, definidos con más o menos precisión desde el comienzo, son varios y de diferente temporalidad en lo que a su consecución se refiere. Otorgar a la mujer un nuevo papel social es el fin último que discurre a lo largo del movimiento feminista, informando las reivindicaciones concretas surgidas en cada momento. El voto será el primer objetivo inmediato. Concebido en principio como la llave que abriría y facilitaría el camino hacia otra serie de reivindicaciones laborales y educativas, fue perdiendo poco a poco este carlcter hesta convertirse en fin en sí mismo.

Para la última década del XIX, la educación había admitido en todos sus niveles a la mujer; la actividad legislativa del Estado había puesto

límite a los abusos cometidos con el trabajo femenino; y el socialismo se había convertido en el portavoz de los problemas de la obrera, asimilados en adelante a los del obrero. De este modo, el movimiento sufragista reduce sus ideales a uno: la consecución del voto, con la que limita su propia existencia, pues obtenido aquél, morirá. Ahora bien, esto no iba a ocurrir tan pronto. Si la incorporación femenina al mundo laboral, su acceso a la educación en cualquier nivel, tendrían indudablemente repercusiones profundas para la sociedad, éstas serían menos inmediatas, por tanto más asimilables, que las que podían emanarse de su acercamiento a las urnas. De ahí que el primer derecho pedido sea el último en concederse. A ello se oponen las derechas por estar en absoluta contradicción con su «ideal femenino», y los partidos socialistas por temor al conservadurismo de la mujer.

Organizadas sus fuerzas, definidos sus objetivos, contando con líderes decididas a adoptar cualquier postura en favor de su causa, las primeras décadas del siglo XX supondrán una escalada en la actividad de las sufragistas. Los métodos pacíficos utilizados en la centuria precedente se verán sustituidos por otros más violentos en los que tiene cabida hasta el martirio voluntario. Londres y Nueva York se convierten en sus cuarteles generales; sus órganos de Prensa alcanzan cada día mayor difusión. En conjunto se logró una sensibilización de la sociedad; se atrajo la atención de la clase política, que llegó a prometer la concesión del voto. Pero no nos es posible conocer cuánto tiempo hubiesen podido mantener los políticos ss actitud contraria al sufragio femenino o hasta dónde hubiesen sido capaces de llegar sus defensoras; el estallido de la Primera Guerra Mundial desvió la atención de ambas partes hacia otros asuntos más urgentes. La mujer fue movilizada en la retaguardia, incorporada a funciones para las que apenas unos días antes era considerada inepta, se le hizo depositaria de la responsabilidad de mantener los países en funcionamiento. Su respuesta no defraudó a nadie y este hecho, junto al triunfo de la Revolución rusa y la aparición de nuevos Estados deseosos de demostrar su andar sin trabas tradicionales, hicieron que los años inmediatamente posteriores a la posguerra vivieran una euforia sufragista: un país tras otro concedió el voto a la mujer, excepto Francia (2).

(2) Un estudio más completo del movimiento sufragista, así como de los restantes temas que se tocan en el presente artículo, lo tenemos recogido en nuestro trabajo «El sufragio femenino en la Segunda República». *Granada, Secretariado de Publicaciones de la Universidad, 1975.*

Pese a todas sus limitaciones, el feminismo de entre siglos tuvo una importancia histórica indudable. A él se halla dedicado este monumento —erigido en Christchurch Gardens, Westminster—, junto al que posa una de las escasas supervivientes de los grupos sufragistas, Mrs. Lillian Lenton.

2. ¿FEMINISMO EN ESPAÑA?

El movimiento feminista surgido en el seno de la sociedad liberal inglesa se fue extendiendo progresivamente a otros países donde, de un modo u otro, en mayor o menor grado, era posible detectar el conjunto de circunstancias que le habían dado origen. España no fue una excepción; mas, por las razones que ahora veremos, apareció con evidente retraso, su eco no pasó más allá de una determinada minoría y entre sus reivindicaciones no figuró la concesión del voto o aquellas de carácter estrictamente laboral. Y es que en nuestro país, al no existir un fuerte desarrollo industrial que proporcionase puestos de trabajo suficientes, ni una clase media cuantitativamente importante cuyas mujeres precisasen trabajar para vivir si no se casaban, ni una educación femenina apropiada, los pilares del feminismo se veían reducidos casi a su mínima expresión.

La incorporación de la mujer española al mundo laboral se efectuó mediante un proceso mucho más lento que el de otros países, como Inglaterra. Salvo en Cataluña y el País Vasco, el trabajo femenino a comienzos de siglo se encuentra reducido a labores marginales como ésta de fabricar habanos.

La incorporación de la mujer española al mundo laboral no revestirá en ningún momento la trascendencia que tuvo en Inglaterra. Si atendemos a las cifras globales, el número de obreras (fijado para 1900 en 1.313.059) se ve reducido de forma importante durante la primera década de nuestra centuria, para irse recuperando poco a poco hasta alcanzar en 1930 el de 1.105.443 trabajadoras lo que representa un porcentaje muy bajo en el total de la población activa peninsular en esas fechas.

¿Cómo se distribuía por sectores económicos ese algo más del millón de obreras? La agricultura, que en 1900 ostentaba el lugar preferente con un 59,07 por ciento de las trabajadoras, comenzará a perder mano de obra femenina hasta significar sólo el 21,84 por ciento en 1930. En compensación, la industria y el sector servicios ven engrosados sus cuadros, pasando de significar el 13,41 por ciento y el 27,52 por ciento respectivamente, al 30,45 por ciento y 47,71 por ciento. Ahora bien, ese primer lugar ocupado por el sector terciario en la distribución de la población obrera femenina no debe conducirnos a falsas conclusiones. Su elevado porcentaje se debe a la inclusión en él de las mujeres dedicadas al servicio doméstico y al trabajo a domicilio, las formas más tradicionales, por razones obvias, de empleo femenino y, en consecuencia, las más concurridas. Por su parte, la industria presencia una rápida subida en el número de obreras a ella dedicadas durante el período de la Primera Guerra Mundial, para luego mantenerse casi estable hasta el final de los años veinte. Este acceso de la

mujer a las fábricas tendrá una localización geográfica concreta: Cataluña y País Vasco ocupan, también en esto, la cabeza; de modo especial la primera, por ser su industria de transformación, textiles y vestido sobre todo, la que más puestos ofrece al sexo femenino. Fuera de estas dos regiones, sólo encontraremos focos aislados, industrias diseminadas en medio de un contorno fundamentalmente agrícola. Esta polarización de la mano de obra femenina en torno a determinadas industrias se nos aparece clara en el cuadro número 1, aunque sólo esté referido a las obreras calificadas existentes en 1930.

A pesar de ser menor y más tardía que en otros países la incorporación de la mujer española al mundo laboral, revistió en principio sus mismas características, padeció sus mismos problemas: se les reservaban los puestos de menor categoría; la jornada de trabajo era exhaustiva, prolongándose muchas veces en la propia casa; y el salario era el mínimo, en proporción de la mitad o un tercio si lo relacionamos con el del varón en igualdad de circunstancias. El Estado, a través de una serie de leyes y del Instituto de Reformas Sociales, «tratará de proteger a la obrera fijando las industrias que se le prohiben, el horario de su jornada, los derechos que le asisten en caso de maternidad, etc., pero siguiendo los postulados del liberalismo económico, no dirá nada acerca de su retribución. La relación oferta-demanda era el determinante fundamental en esta cuestión y de su juego no salía beneficiada la mujer, pues el ofrecimiento continuo de mano de obra, dadas las dificultades de supervivencia de la clase obrera y media-baja, unido a la falta de un sindicalismo fe-

La Dictadura ofreció a la mujer un restringido derecho al voto, pues no podían ejercerlo las sometidas a potestad paternal o marital («para evitar discusiones en el seno familiar», dijo Primo de Rivera). No es extraño que los sectores femeninos más avanzados apoyaran la llegada de la República con actos de propaganda electoral como el que contemplamos.

CUADRO NUMERO 1

INDUSTRIAS	Varones	Hembras	Totales
Servicios de Estado, Diputación o Municipio	2.464	25	2.489
Industrias ejercidas por el Estado, Diputación o Municipio	14.278	799	15.077
Minas, Salinas y Canteras	116.152	1.935	118.087
Metalurgia	31.241	519	31.760
Trabajo del hierro y demás metales	76.012	1.330	77.342
Industrias Químicas	22.675	5.551	28.226
» del Tabaco	1.686	12.570	14.256
» Textiles	31.112	127.321	158.503
» Forestales	1.675	198	1.873
» de la Construcción	129.425	1.125	130.550
» Eléctricas	9.047	1.310	10.357
» de la Alimentación	84.132	17.812	101.944
» del Libro	21.019	1.411	22.430
» del Papel	9.215	3.312	12.527
» del Vestido	72.014	119.127	191.141
» de Cueros	9.135	912	10.047
» de la Madera	54.217	135	54.352
» de Transportes	101.425	645	102.070
» del Mobiliario	12.921	295	13.216
» de la Ornamentación	5.015	183	5.198
Alfarería y Cerámica	9.843	1.386	11.229
Vidrio y Cristal	3.763	154	3.917
TOTALES	818.466	298.125	1.116.591

menino revolucionario, impiden una presión fuerte en busca de un mejor jornal. De ahí que el salario-hora de una aprendiza no supere los 5 céntimos y el de la obrera especializada, por regla general, en 1930 no alcance los 0,50 céntimos.

Así pues, el hecho que en Inglaterra puso en marcha el movimiento sufragista, en España, por las razones expuestas, apenas si tiene potencia para informar unos cuantos sindicatos en su mayoría católicos o para alentar una serie de leyes protectoras que dejaban intacto el fondo de la cuestión.

El otro pilar del proceso emancipador femenino, la educación, no presenta un panorama más propicio. Si nuestros ilustrados del siglo XVIII —Feijóo, Campomanes, Jovellanos— hablan por vez primera de educar a la mujer; si a lo largo del siglo XIX se llevan a cabo varios experimentos con la introducción de nuevos métodos pedagógicos extranjeros, se incide reiteradamente sobre el tema en sucesivos artículos y congresos, se pone en marcha la Escuela Normal de Maestras y la «Asociación para la Enseñanza de la Mujer» fundada por Fernando de Castro en 1871; si en el primer tercio del XX la enseñanza, convertida en preocupación social por una serie de instituciones, se verá protegida desde las esferas oficiales y dotada de gran impulso, más de la mitad de la población femenina española de 1900 seguirá, no obstante, siendo analfabeta y, según datos del Anuario Estadístico de España, en 1930 reciben enseñanza en todos los niveles 935.805 mujeres, de las que 900.268 pertenecen a la Primaria y el resto se reparte entre la Secundaria —11.115—, universitaria —2.246— y centros profesionales —22.176—.

Sin embargo, el problema de la educación femenina en nuestro país quizá no fuese tanto numérico como cualitativo. La estrechez de su base podía ampliarse mediante una serie de medidas favorecedoras, de leyes emanadas de las altas capas gubernativas; lo que resultaba difícil de cambiar era los términos en que se definía, al venir determinados por el concepto existente de sus funciones sociales, por toda una mentalidad que impregnaba a todos y a cada uno de los españoles sin distinción de clase ni de sexo. La enseñanza de la mujer seguía estando orientada hacia su fin último y primordial: dirigir un hogar, cuidar de una familia ya sea como esposa y madre, hija o hermana. De ahí la importancia dada en sus programas a las «asignaturas domésticas», aprendidas hasta los más últimos detalles; sobre Geografía, Historia, Matemáticas, Ciencias, Física, etc., tenía suficiente con unas nociones, y las asignaturas de «adorno», Piano y Música, se reservaban a las jóvenes de la aristocracia o alta burguesía. De este modo, al terminar sus años en la escuela o colegio, la capacidad de la mujer española para enfrentarse con la vida, obtener un trabajo, buscar, si lo deseaba, nuevas formas de realización, era prácticamente nula.

Con estos objetivos como meta, surgen entre los siglos XIX y XX los escritos de Concepción Arenal y la ya mencionada «Asociación para la Enseñanza de la Mujer». La Institución Libre de Enseñanza, por su parte, acepta el supuesto de igual educación a ambos sexos y tendrá ocasión de llevar a cabo sus ideas oficialmente al fundarse bajo su influencia e inspiración, en 1918, el Instituto-Escuela de Segunda Enseñanza. Estos intentos laicos de instruir al sexo femenino de acuerdo con el nuevo ideal triunfante en Europa van a tener su paralelo en el lado católico con la Institución Teresiana fundada por el Padre Poveda. Ahora bien, todas estas experiencias de acabar en la medida de lo po-

sible con esa distinción sexual en materia educativa, de preparar a la mujer ofreciéndole nuevos horizontes más amplios, no lograron extenderse, salvo contadas excepciones, más allá de una minoría intelectual.

Teniendo en cuenta todo cuanto llevamos dicho sobre la situación real de las españolas, nos será fácil comprender por qué, a pesar de ser considerable el número de escritos sobre feminismo en el tránsito de una centuria a otra, sus primeras asociaciones o grupos no aparecen hasta la década de 1910 y sus integrantes proceden de las capas intelectuales, siéndolo ellas mismas en muchos casos. María Goyri, María de Maeztu, Victoria Kent, Clara Campoamor, María Lejárraga, etc., etc., nos pueden servir de ejemplo. Para las mujeres del pueblo las cuestiones feministas son totalmente desconocidas o las catalogan como entretenimientos de señoritas desocupadas. Las pertenecientes a la clase media, que en Inglaterra fueron el núcleo abastecedor del sufragismo, tampoco se afilian porque su educación, sus formas de conducta, están en total contradicción con el carácter aconfesional de algunos grupos, con el actuar «desenvuelto» de algunas de sus integrantes. Por estas razones, aunque el feminismo español conoce un auge durante los años veinte, continuó siendo minoritario y elitista.

Margarita Nelken, Clara Campoamor y Victoria Kent —cuyos retratos vemos, por este orden, de izquierda a derecha— ocupaban escaños de diputados en las Cortes Constituyentes de la República. De las tres, sólo Clara Campoamor apoyó la concesión sin restricciones del voto a la mujer, pues tanto Margarita Nelken como Victoria Kent defendían —no sin razón— que el sufragio femenino podía significar una grave amenaza para la República, dado el previsible carácter conservador que tendría y la escasa preparación política de la mujer española.

3. EL SUFRAGIO FEMENINO EN ESPAÑA

El derecho que la mujer inglesa o norteamericana hubo de conquistar, se le concedió a la española sin que existiese por su parte no ya una cierta presión, sino ni la más mínima demanda. Los políticos españoles dando, en este campo también, un gran salto en el vacío, haciendo de nuevo válida esa división entre la España real y la España oficial, se plantearon por tres veces en este primer tercio del siglo XX la cuestión del voto femenino y en dos de ellas resolvieron favorablemente.

Apenas había iniciado la centuria su andadura, cuando el tema salta a primer plano de la actualidad en el marco de la discusión parlamentaria sobre la nueva ley de Administración Local y, posiblemente, como reflejo del debate que sobre él se mantenía por estas fechas en la Cámara de los Comunes británica. El 7 de marzo de 1907, el conde de Casas-Valencia pide al gobierno Maura la presentación de un proyecto legislativo otorgado a la mujer el voto político. Diez días más tarde, será el Sr. Pi y Arsuaga quien —en una enmienda a dicha ley— solicite para ella el voto administrativo. La petición del senador no obtuvo respuesta; la del diputado fue derrotada por 65 votos en contra y 35 a favor, pero en el debate previo ya se comenzaron a dibujar actitudes y argumentos que veremos repetirse posteriormente en las Cortes Constituyentes republicanas y que no son distintos a los enunciados hasta la saciedad en otras naciones: falta de preparación, conservadurismo e influencia de la Iglesia en la mujer.

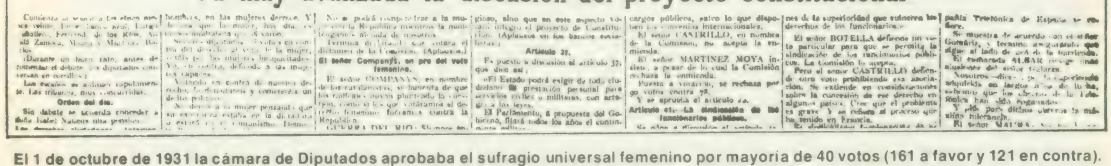
Tras un largo guadiana, el Real Decreto de 12 de abril de 1924 dado por don Miguel Primo de Rivera vuelve a poner sobre el tapete la cuestión sufragista. En su apartado B se concede el voto a toda mujer mayor de 23 años y libre de cualquier tutela o sujeción, ya sea a la patria potestad o a la autoridad marital. Las casadas, pues, quedaban excluidas para, según afirmaba D. Miguel, evitar discusiones en el seno familiar. Se trataba de un tipo de restricción inédito en los anales del sufragismo.

¿Qué causas determinaron ese Real Decreto? Si miramos hacia el exterior la influencia no puede ser más positiva. Convertido el sufragio femenino en signo externo de democracia, un país tras otro se apresuran a reconocerlo. En el interior no existe movimiento por parte de sus beneficiarias

LAS CORTES CONSTITUYENTES

A pesar de la oposición de radicales y radicales socialistas, la Cámara acordó conceder el voto a la mujer

Intervenciones de los camaradas Vidarte y Andrés Ovejero. Va muy avanzada la discusión del proyecto constitucional



Comienza el orden del día con el artículo 36. Lee Zamora, por ausencia, el dictamen referente al voto de los españoles residentes en el extranjero.

¡Durante un buen rato, antes de comenzar el debate, los diputados conversan en corrillos!

Los escaños se ocupan rápidamente. Las tribunas, más concurridas.

Orden del día.

Sin debate se acuerda conceder a doña Isabel Natera una pensión.

Se pasa a la discusión del artículo 36, que dice así:

«El Estado podrá exigir de todos los españoles la prestación personal para servicios civiles o militares, con arreglo a las leyes.

El Parlamento, a propuesta del Gobierno, fijará cada año los años de contingente.

No se podrá compelerse a la mujer a la República mientras la mantengamos de soltera de nosotros.

Termina de leerse el artículo 36 y comienza el dictamen de la Comisión. (Aplausos.)

El señor Companys, en pro del voto femenino.

El señor COMPANYS, en nombre de los radicales, se lamenta de que los radicales vuelvan plantearse la cuestión, como si los que votaron al derecho femenino hubiéramos contra la República.

LEYENDA DEL REIN. Si nosotros hemos, en las mujeres derecho. Y [illegible] que las mujeres, hoy día, [illegible] hombres y que [illegible] varón.

Nosotros, diputados, [illegible] en contra del derecho al voto de la mujer, [illegible] las mujeres [illegible] de nuestra [illegible] y [illegible] la mujer, [illegible] las capaces.

Nosotros, en contra de nuestros derechos [illegible] y concedemos un [illegible] de los políticos.

No [illegible] a la mujer personal, que su [illegible] está en la [illegible] a estos [illegible] Comunistas. Hemos [illegible] cargos públicos, salvo lo que dispongan los convenios internacionales.

El señor CASTRILLO, en nombre de la Comisión, no acepta la enmienda.

El señor MARTINEZ MOYA insiste, a pesar de lo cual la Comisión ochara la enmienda.

Puesta a votación, se rechaza por 90 votos contra 58.

Y se aprueba el artículo 36.

Artículo 60.—La dedicación de los funcionarios públicos.

Se abre a discusión el artículo 60 que dice así:

«Los funcionarios públicos se dedicarán a la función pública, salvo lo que dispongan los convenios internacionales.

El señor BOTELLA defiende un voto particular para que se permita la sindicación de los funcionarios públicos. La Comisión lo acepta.

Pero el señor CASTRILLO defiende otro voto prohibiendo esa sindicación. Se extiende en consideraciones sobre la concesión de ese derecho en algunos países. Dice que el problema es grave y se refiere al proceso que ha tenido en Francia.

El diputado [illegible] de la superioridad que suponen los derechos de los funcionarios.

El señor BOTELLA defiende un voto particular para que se permita la sindicación de los funcionarios públicos. La Comisión lo acepta.

Pero el señor CASTRILLO defiende otro voto prohibiendo esa sindicación. Se extiende en consideraciones sobre la concesión de ese derecho en algunos países. Dice que el problema es grave y se refiere al proceso que ha tenido en Francia.

El diputado [illegible] de la superioridad que suponen los derechos de los funcionarios.

Se muestra de acuerdo con el señor Guerra, y termina [illegible] que dejar al lado de [illegible] la burocracia.

El compañero ALBAR [illegible] Nosotros, dice, [illegible] la superioridad adquirida en largos años de lucha, sabemos que los obreros de la República han sido [illegible].

Y [illegible] diferencia [illegible] la más [illegible] burocracia.

El señor [illegible]

El 1 de octubre de 1931 la cámara de Diputados aprobaba el sufragio universal femenino por mayoría de 40 votos (161 a favor y 121 en contra). Radicales, radicales-socialistas, Acción Republicana y federales mantuvieron hasta el final de los debates su postura contraria a que la mujer española se beneficiase del derecho al voto. «El Socialista» tituló así su crónica parlamentaria del día.

que potencie semejante decisión, pero hay otros motivos políticos más generales: el plebiscito que D. Miguel piensa hacer entre los españoles y la convocatoria de una Asamblea Nacional que otorgue base legal al nuevo régimen. Esta, inaugurada con carácter consultivo el 11 de octubre de 1927, tuvo en sus escaños a 13 mujeres (3); aquel debía resultar favorable a su convocador y para ello contaba Primo de Rivera, según propias declaraciones, con el apoyo de los trabajadores y de la mujer. Los primeros porque la política económica desarrollada había aliviado en cierto modo su precaria situación; las segundas por no ser desleales a quien les había permitido participar. Pero en este caso es posible detectar una razón más poderosa: el dictador confiaba en el conservadurismo femenino.

Como el otorgar beligerancia política a la mujer lleva implícito el reconocimiento de su individualidad en este campo, de su capacidad para mantener, defender o apoyar posturas independientes y, si lo cree oportuno, contrarias a las del varón, el Marqués de Estella decide restringirlo siguiendo el criterio de «sub iudice», porque ni en sus esquemas mentales, ni en los del resto de los españoles cabía tal posibilidad. De este modo, intenta asegurarse los teóricos beneficios que pueden provenir del intervencionismo político femenino, sin violentar los supuestos ideológicos, los conceptos tradicionales que rigen la actuación de uno y otro sexo.

1931 marca el tercer hito cronológico en nuestro estudio y, sin duda, el más importante. Para el régimen republicano nacido el 14 de abril, la cuestión del voto femenino había de enfocarse bajo un doble prisma: como derecho inalienable y como un elemento más del conjunto de reformas que convertirían a España en una nación políticamente democrática, socialmente justa. Ahora bien, esta duplicidad de planteamiento, complementaria en apariencia, va a provocar en la práctica la escisión de los partidos republicanos.

A nivel teórico la actitud era unísona: ningún régimen auténticamente democrático —y la República española pretendía serlo— podía dejar de reconocer a la mujer su derecho a la participación activa dentro del campo político;

(3) Estas 13 mujeres fueron: M.ª Natividad Domínguez de Roger, Micaela Díaz y Rabaneda, M.ª de Maeztu, M.ª de Echarri, Concepción Loring y Heredia, Carmen Cuesta del Muro, Isidra Quesada y Gutiérrez de los Ríos, Blanca de los Ríos de Lampérez, M.ª López de Sagredo, Teresa Luzzatti Quiñones, Josefina Oloriz Arcelus, María López Moleón, y Trinidad von Scholtzhermensdorff, duquesa de Parcent.

ESTROPAJOSA TIENE VOTO, por Arribas

Lo que ve del voto femenino un republicano pesimista

Chiste aparecido en «El Socialista» dos días después de que se aprobase el sufragio universal femenino. La desconfianza de los republicanos convencidos hacia la orientación del voto de la mujer quedaba patente.

ningún partido de izquierdas podía oponerse a ello sin incurrir en flagrante contradicción ideológica, en violación de sus postulados. Por ello, el Decreto regulador de las elecciones para Cortes Constituyentes (8 de mayo de 1931) reputa a las mujeres como elegibles y todas las minorías parlamentarias están de acuerdo en completar esta concesión con la del voto activo. El problema surge con respecto a la forma de hacerlo. ¿Por qué? La respuesta no es difícil de encontrar y posee un carácter práctico. Al otorgar beligerancia política a la mujer, se le reconocía un derecho que no iba a quedar encerrado en la frialdad de la letra impresa, sino que llevaba implícito su expresión en el momento de unas elecciones, y de esa expresión, dado el número de beneficiarias, podía depender el futuro del régimen del país. Teniendo en cuenta los datos expuestos anteriormente sobre la situación real de la mujer española, se comprende por qué la unidad en el nivel teórico queda rota en el de la praxis. Los temores de que el voto femenino no constituyese en general un apoyo para la República no tenían su base real pues, como afirma Margarita Nelken, «no vale tomar ilusiones por realidades: las mujeres españolas, espiritualmente emancipadas, son hoy todavía infinitamente menos que las que irán a pedirle la orden al confesor o se dejarán dócilmente guiar por los que exploten el natural conservadurismo familiar femenino...» (4). Por ello, puestos ante la disyuntiva de elegir entre los compromisos ideológicos o las repercusiones prácticas que se preveían, la decisión de los grupos de izquierdas se diversificó.

Los socialistas, fieles a sus principios teóricos, a las promesas desde hace tanto tiempo formuladas, defenderán, a pesar de la oposición interna de alguno de sus miembros, como Indalecio Prieto o Margarita Nelken, la consignación en el texto constitucional del derecho electoral femenino en igualdad con el varón. Las urnas serán para la mujer su escuela de ciudada-

Independientemente de su signo político, la propaganda electoral apela a la mujer española basándose en los conceptos más tradicionales sobre sus funciones: en nombre del hogar, la familia, sus hijos, hermanos o novios, se le pide un voto imprescindible para alcanzar el poder.

(4) Entrevista con Margarita Nelken publicada en el diario «El Socialista», *de 4 de septiembre de 1931.*

nía, y el trampolín de su redención, como lo fue para el obrero el sufragio universal. Su adscripción a los grupos republicanos, por otra parte, no tardaría en producirse, pues la bondad de su programa político, social y económico no podía pasarle desapercibida.

Este último axioma no estaba tan claro para los restantes grupos de izquierdas. Radicales, Radicales-Socialistas y Acción Republicana formaron desde el primer momento un frente compacto que aceptaba un reconocimiento de la personalidad política de todos los ciudadanos sin distinción de sexo, pero exigía un control en su utilización por parte femenina, de acuerdo «con las posibilidades históricas y políticas de su tiempo». La falta de conciencia nacional entre las españolas, su conservadurismo, la influencia de la Iglesia en ellas, eran densos nubarrones que se cernían amenazantes sobre el futuro y a los que se hacía preciso detener poniendo una serie de restricciones al disfrute del sufragio o dejando para la Ley Electoral su graduación. De este modo, salvaban sus principios teóricos y evitaban las consecuencias desagradables que pudiesen emanar de su práctica.

Sufragio femenino en igualdad de condiciones con el varón o sufragio restringido o aplazado son las dos opciones que sobre el tema se le presentan a los diputados durante los tres días de debate del artículo 36 de la Constitución. Pero la elección de una u otra no se haría a nivel individual. Cada partido había decidido su postura previamente y las directrices señaladas obligarán a todos sus representantes; sólo unos pocos osarán apartarse de ellas y mantener, cuando no, defender —como hace Clara Campoamor—, opiniones contrarias. Este carácter corporativo de las actitudes ante el voto de la mujer originará la división interna de la Cámara en dos grupos antagónicos desde los primeros planteamientos del tema y, como ejemplo de ello, las dos diputados, Clara Campoamor y Victoria Kent, tendrán ideas opuestas.

En la defensa de la opción igualitaria los socialistas se verán apoyados por su grupo antípoda en el hemiciclo de las Cortes: Las minorías de derechas, guiadas por consideraciones de tipo práctico —el carácter conservador femenino les haría contar con su apoyo electoral— de manera absoluta. A ellos se unirán los Republicanos Conservadores y el grupo intelectual de Al Servicio de la República, con razones más altruístas.

El frente de radicales, radicales-socialistas y Acción Republicana defenderá a capa y espada sus propuestas de restricción o aplazamiento y tratará de convencer a todos de su necesidad. Si las argumentaciones de aquéllos se inscriben en un marco teórico, con los conceptos de «justicia» e «igualdad ante la ley» como básicos, las de este otro grupo descienden al campo práctico, donde la «desigualdad legal» y la «oportunidad política» son las premisas que deben fundamentar todo razonamiento.

Las sucesivas intervenciones de los días 30 de septiembre y 1 de octubre de 1931 realizadas por los diputados que lo solicitaron se atendrán a estas líneas generales señaladas, aunque buscarán para su exposición los argumentos más variados: desde los puramente legalistas a los sofísticos, pasando por los biológicos, sociales, históricos, etc. Y de todo ello lo que despertó más interés, suscitó más comentarios, fue el enfrentamiento dialéctico de las dos diputados. Para Victoria Kent, directora general de Prisiones e integrante del partido radical-socialista, era preciso renunciar temporalmente a un ideal en bien de la República, pues la mujer española no estaba preparada para convertir su voto en baluarte defensivo del Régimen. Clara Campoamor, delegada de España ante la Sociedad de Naciones y perteneciente al partido radical, incide una y otra vez en la legitimidad de otorgar el sufragio femenino y la injusticia que supone el restringirlo. En opinión de los periodistas asistentes, ésta había sabido estar más en su papel que la Kent y cuando llegó el momento de la votación decisiva, su tesis logró el triunfo por 161 votos a favor y 121 en contra. La victoria originó una crisis de histeria en la Cámara. Un artículo, cuya discusión no revestía «a priori» gran importancia, como lo demuestra el hecho de que sólo estuviera presente el 60 por ciento de los diputados, acabó convirtiéndose en decisivo para el futuro del nuevo régimen y dando lugar a que mientras unos diputados asaltaban el banco azul del Gobierno tras el escrutinio en señal de protesta, los radicales-socialistas, por medio del Sr. Galarza, expresarán su opinión de defender los dictámenes sobre materia religiosa sin cambiar «una sola tilde», como venganza por no haber recibido el apoyo socialista en esta ocasión, y en los pasillos de las Cortes se oye a Indalecio Prieto calificar el hecho de «puñalada trapera a la República».

En los días subsiguientes, el debate salta del salón de sesiones a las páginas de los diarios, donde mantiene sus mismas orientaciones y argumentos. Una última inten-

tona de controlar el sufragio femenino se lleva a cabo a través de la disposición transitoria presentada por el Sr. Peñalba —de Acción Republicana— puesta a la consideración de los representantes de la nación el día 1 de diciembre de 1931. Apoyada por los mismos partidos bxxentisufragistasW mencionados, sale derrotada por 131 votos en contra y 127 a favor. La no asistencia en estas fechas a sus escaños de los diputados católicos les permite estar a las puertas de la victoria, pero no logran llegar a ella.

Así pues, para finales de 1931 la mujer española recibe del régimen republicano la carta de plena ciudadanía. El problema era que, excepto un grupo minoritario intelectual y obrero, no estaba preparada para tal concesión. A este hecho temen las izquierdas; de él piensan aprovecharse las derechas. Mas unos y otros, que reiteradamente se han vanagloriado de ser los portavoces del sentir femenino y arrogado el privilegio de su defensa, se dan cuenta de que han hablado en nombre de la mujer, pero sin preguntarle a ella. El sentir de una minoría no puede trasponerse a un plano general, y este desconocimiento engendra temor al voto en sí, recelo ante el despeje de su incógnita.

4. DOS ELECCIONES

La trascendencia que podía tener el volcar sobre las urnas un número de electoras superior al de electores no fue motivo suficiente para poner en marcha ese proceso de concienciación ciudadana femenina que hiciera comprender a esta parte de la población, alejada hasta entonces de las cuestiones públicas, la importancia de su voto y la esponsabilidad social contraída. Tal labor, por razones obvias, correspondía llevarla a cabo a los grupos ideológicamente más avanzados. Sin embargo, los graves problemas que en todos los campos tenía planteados la República y la distancia existente entre ideología, expresión de una sociedad futura y mentalidad, informadora del vivir cotidiano, con un ritmo de evolución mucho más lento, hacen que los políticos no incluyan a la mujer en su ángulo de atención hasta que la coyuntura histórica los sitúa en el umbral de unas elecciones.

Ahora bien, en tales momentos el tiempo apremia y el número de electoras es lo suficientemente importante como para constituir un peldaño fundamental en el ascenso hacia el poder. La necesidad primordial, en consecuencia, será convencerlas de que deben votar e indicarles el sentido en que han de hacerlo. La propaganda electoral estará destinada a cumplir estos fines y en su preparación las elucubraciones teóricas ceden el paso a las consideraciones de tipo práctico; lo que debe ser, a lo que es. Por esto, la llamada que se hace a la mujer, independientemente del

El voto femenino durante la República no fue tan decisivo como dijo la Prensa del momento. Tanto en noviembre de 1933 como en febrero de 1936, el sufragio femenino constituyó sólo un elemento más del cúmulo de circunstancias que determinaron la llegada del «Bienio Negro» o del *Frente Popular*, respectivamente.

Indudablemente, la derecha contó con el voto de los sectores femeninos más conservadores a la hora de detener o retardar la marcha progresiva de la República. Hasta las monjas de clausura fueron movilizadas —bajo la bandera de la «cuestión religiosa»— para contrarrestar los avances de la izquierda.

signo político que posea, se fundamentará en los conceptos más tradicionales sobre sus funciones; apelará a ella en nombre de su familia, de sus hijos, hermanos, novio, etc. Para las derechas será el baluarte defensor del «status» social existente; para los republicanos, la llamada a potenciar con su actitud la aparición de esa nueva sociedad de la que emanarán infinitos beneficios para ella y su familia.

¿Cómo respondió la mujer?; ¿en qué porcentaje se acercó a las urnas?; ¿fue ese elemento tan decisivo como nos dice la Prensa del momento? A esta última pregunta hemos de contestar de modo negativo. Tanto en noviembre de 1933 como en febrero de 1936 la mujer, creemos, fue sólo un elemento más de ese cúmulo de circunstancias generadoras de la victoria electoral del «Frente Antirrevolucionario» —según terminología del profesor Tusell— en el primer caso, y del Frente Popular, en el segundo. Aunque la obtención de datos concretos sobre este punto encierra una evidente dificultad por el carácter global de las cifras publicadas y la calidad de secreto que tiene el sufragio, basándonos en la situación real de las españolas podemos fijar algunas precisiones sobre su actuación, pendientes siempre de revisión o comprobación según nos vayan apareciendo nuevas bases documentales.

De las 6.716.557 electoras en 1933 pensamos que hubo un mayor porcentaje de abstenciones que de votantes y de éstas últimas, sólo una minoría optó por los partidos republicanos, mientras el resto lo hizo por las derechas. Estas líneas generales pueden ser aplicadas a los comicios de 1936 con ligeras variantes. El número de abstenciones se verá reducido, mientras aumentan los de apoyo al Frente Popular. Y es que el proceso de politización que vive el país en este primer lustro de los años treinta afectará también a la mujer aunque, en principio, no apareciese con un terreno abonado para ello.

En resumen, podemos afirmar que la lucha por el sufragio femenino nace en aquellos países donde la existencia de una industrialización se une a la de un régimen más o menos democrático y a la de una clase media fuerte que aporte el núcleo fundamental de sus defensoras. En las naciones donde falta alguno de estos requisitos el voto se concedió más tarde y, en general, sin que la mujer lo hubiese solicitado. Tal es el caso de España, donde la fidelidad de unos diputados a los compromisos ideológicos contraídos inclinaron la balanza hacia la participación política femenina.

Cuando llegue la hora de utilizar el derecho adquirido, las electoras españolas no acudirán de manera mayoritaria a las urnas y su voto estará guiado, como afirma Clara Campoamor, más por reacciones y estímulos generales, sobre todo de orden y política, que por la comprensión y significado de los programas de cada bloque; a favor de la libertad de los detenidos y en contra de aquellos que como gobernantes no han sabido cumplir sus promesas, hacerlas felices, lo mismo que le ocurre al hombre. ■ **R. M. C.**

Hildegart y Aurora Rodríguez, las protagonistas del drama que se recoge en estas páginas. Las relaciones entre ambas distaban mucho de ser las habituales entre hija y madre. Esta última había querido que Hildegart fuese un prodigio intelectual y no ahorró ningún medio en conseguirlo. La incipiente rebeldía de la muchacha desencadenó una tragedia cuyos ecos han llegado hasta nuestros días.

Un parricidio intelectual en 1933

La muerte de la "Virgen roja"

Gabriel Coca Medina

Entre todas las experiencias humanas,
la de Hildegart
—la «Virgen Roja»—
brilla en mi recuerdo
igual que si fuera una pupila insomne,
la impresión óptica de un martirio
inconcebible y un holocausto
sangriento ofrendado a la más
insensata egolatría.
Se me ha hecho inolvidable
a pesar de todo... de todo
lo que ahora no puedo contar.
A Hildegart y a su madre,
doña Aurora Rodríguez,
las veía con cierta frecuencia
en los mítines, las conferencias
y las reuniones culturales
que se celebraban en Madrid
desde el comienzo de la década de 1930,
y como no hay nada tan natural
como que una madre vaya con su hija
nadie atribuía al hecho
nada extraordinario. Pero por la
repetición inalterable de la
doble imagen, uno se enteraba por
constatación maquinal de que
Hildegart iba siempre *en compañía de*
su madre, aunque sin poder sospechar
que ese siempre *constituía un valor*
determinante de rango absoluto.

Nunca nadie había visto a Hildegart sin que a su vera apareciera el rostro severo y firme, expresivo de un claro signo de inteligencia y voluntad, característico de la presencia de doña Aurora. Ambas eran de regular estatura, tipos macizos, sólidos y muy ágiles, sin que ningún parecido revelara su primer grado de parentesco. La madre poseía el efluvio magnético de un espíritu férreo e imperativo. Gracias a su posición económica se veía en ella la desenvoltura social de la mujer que nunca ha necesitado nada de nadie, por lo cual prescindía de muchas inhibiciones convencionales. Muchas veces me la imaginaba como la diosa soberbia, aunque tenía a gala su protección hacia los humildes y descarriados, y pensaba yo si fue por humildad o por imperio fugaz cómo recabó de un hombre misterioso la cooperación sexual precisa para concebir a Hildegart en su seno. En toda su barriada desarrollaba una activa labor para que no maltrataran a los perros ni a los gatos, y socorría largamente a las infelices mujeres llamadas de la vida que caían en enfermedad o desgracia.

Ante una mujer de este calibre, que parecía regir su circunstancia, a Hildegart la veía yo como una figura frágil y vaporosa, sombra de la madre por el matemático rigor de obediencia que se genera en la sombra respecto al cuerpo. Hildegart, modosa, anticoqueta, tenía el hechizo intrigante de una adolescente tan recargada en sus rasgos que inspiraba la idea de que para siempre se iba a quedar en ese papel. Entre madre e hija existía el voto ceremonial y sacro de la propia concepción de Hildegart, que había sido criada en el supuesto irreversible de que ella no era un ser femenino, ni mujer ni hombre sino neutro, y este condicionamiento presumía un destino común para ambas. En las reuniones, de vez en cuando doña Aurora decía algunas palabras quedas a Hildegart, y cuando Hildegart tenía que levantarse y salir de la estancia por cualquier motivo, se lo decía a su madre, porque ésta había de darle escolta siempre, fuera adonde fuera. También me parecía extraña la preferencia que mostraban ambas por vestirse con ropas de tonos enlutados, inductores de la existencia de un duelo o voto promisorio, que me recordaba a mí la ropilla negra de los Austrias. Conocer a Hildegart pesaba lo suyo en mi espíritu, pues siempre saltaba a mi mente el veto hiperbólico puesto a la doncella: Hildegart nunca había hablado a solas con un hombre, ya que su madre jamás la perdía de vista, y excepcionalmente yo tuve una ocasión de hablarle sin testigos durante más de minuto y medio, pero no me dio idea alguna de meterme en libros de caballería.

Doña Aurora cubría y desbordaba el horizonte de Hildegart a modo de una presencia de infinitud, generada por un principio de génesis que podría inscribirse en lo anales bíblicos, donde consta el trueno del ordenancismo dogmático y la cólera de rabias indescriptibles. Empeñada en meterse a todo trance en la superselecta galería de los creadores de titanes, a Hildegart la fabricó en su vientre ni más ni menos que como el instrumento idóneo preciso para dominar y regir a través de ella a toda la sociedad española. Así se impondría a la sociedad y le haría pasar por el aro de unos quiméricos esquemas estructurales de socialismo utópico, creando el edificio idílico de la Arcadia feliz.

Bajo la pupila de su madre, eternamente a su lado, Hildegart fue creciendo como un animal de laboratorio, desprovista de cualquier valor afectivo y sensible. Eso sí, desde muy pronto dejó asombrados a sus profesores con su increíble caudal de cultura y ciencia.

EL TERRIBLE CAUTIVERIO HIPNOTICO

Conocía a Hildegart y a su madre por el muy superficial trato usual en las concentraciones sociales, cuando se saluda y se estrecha la mano de personas con las cuales no existe amistad. De esos encuentros fortuitos brotaba una impresión muy sugestiva, porque Hildegart era una guapa adolescente aureolada de fama por su talento prodigioso. Con dispensa

de edad para sus estudios, estaba en posesión de los títulos de licenciada en Derecho y en Filosofía y Letras, diplomada en inglés, francés y alemán, estudiante de Medicina y autoridad erudita en no sé cuántas cosas más. Recuerdo algunos mítines en que ella actuó de oradora, y aún hoy, cuarenta y siete años después, experimento una gran retentiva auditiva y me recreo en el propio acento que salía de sus labios. A despecho de la expectación que se producía entre el público al ver avanzar hacia la tribuna a una garrida jovencita en edad de jugar con las muñecas, Hildegart no recibió el don de la elocuencia ni de la estética tribunicia. Hablaba bien y daba gusto verla tan guapa, pero nos dejaba fríos a todos sin despertar emoción. En el teatro Fuencarral, Hildegart atacó al político monárquico D. Antonio Goicoechea, y le llamó «el canario flauta del maurismo», pero ésta era la muletilla con que toda la opinión izquierdista motejaba al político de marras. A principios del año 1931 fui con Julián Besteiro al Cementerio Civil con motivo del entierro del compañero Fernández, secretario del Sindicato de la Construcción, víctima de un atentado perpetrado por unos pistoleros anarquistas, a causa de la rivalidad entre los elementos socialistas y anarquistas que se disputaban la secretaría de dicho Sindicato. Besteiro iba a pronunciar la oración fúnebre y yo tenía que tomar el discurso taquigráficamente. Según me dijo, no haría un discurso largo, por necesidad de eludir toda vehemencia. Los dos anteriores secretarios del Sindicato habían perecido de igual forma, y él opinaba que se trataba de actos fratricidas, que los anarquistas eran hermanos nuestros, ligados por el sentido de clase, y había que superar estas crisis con grandeza de espíritu.

Perspectivas

Instituciones del porvenir

Abre sus perspectivas la costa del Cantábrico. El ferrocarril que la bordea se abre paso reptileando desde Bilbao a San Sebastián. Al mediar el camino, en los pueblecitos menudos y blancos, rodeada de caseríos, estos caseríos vascos solitarios y como recelosos, una gran ciudad industrial: Eibar. Vida nueva y activa en sus andenes. El tren para en ellos con resoplidos febriles. Y en plena estación, un amplio edificio. Grandes ventanales, rumor de máquinas, chirriar de poleas. Movimiento de hombres en la gran colmena. Y encima, un nombre que rebrilla a la luz del Sol, un lema: Alfa.

Primera letra del abecedario griego. Alfa es el principio. El nombre trae la curiosidad al detenernos en te a la de tantos obreros explotados por el patrono burgués?

Cuando estos obreros necesitan un anticipo en alguna enfermedad o por alguna otra causa, lo solicitan, y de ese fondo común se le entrega, sin otra obligación ni réditos que el irlo devolviendo paulatinamente para tener siempre abierto ese crédito de confianza con sus restantes compañeros de trabajo. ¡Magnífico principio de cooperación y de solidaridad! ¡Obreros que no tienen patronos. ¡Obreros que se rigen a sí propios con maravillosa justeza y asombrosa precisión! A su frente ha estado hasta hace unos meses el formidable organizador Toribio Echevarría, que hoy ha sido requerido por el Gobierno de la República para desempeñar un alto puesto

Dedicada desde su niñez a una labor intelectual, Hildegart comenzó enseguida a publicar en revistas y periódicos. He aquí, por ejemplo, el encabezamiento del artículo que publicase en «El Socialista» de 1 de agosto de 1931 narrando un viaje por el País Vasco.

Muchos compañeros acudían a saludar a Besteiro, y yo me desvié unos momentos hacia las puertas del cementerio, donde, en contradicción con esos instantes de luto y duelo, un gran grupo de chicas de las Juventudes Socialistas bullían graciosamente. Entre este enjambre juvenil estaba Hildegart, mientras su madre la vigilaba desde un taxi al borde de la carretera. Varias chicas dirigían la palabra a Hildegart en tono de broma:

—Oye, mira, mira, por ahí viene Santiago Carrillo. ¿No lo sabes? Que por ahí viene Santiago Carrillo.

Hildegart respondió:

—Bueno, es lo que digo yo, ¿y a mí qué me contáis con eso? Si viene que venga, no hay cuestión.

—¡Ah, que sí que hay cuestión! Que viene Santiago Carrillo.

Cuando volví al lado de Besteiro, no sé cómo, se me ocurrió decirle:

—Por ahí está Hildegart. ¿Qué le parece esta niña?

—No sé qué decirle... Hildegart es más bien un caso de dualidad incomprensible que de individualidad suelta, como son todas. En la Universidad me causó una impresión contradictoria. En los estudios es sencillamente formidable. Pero este fenómeno de ir tan pegada a la madre me evoca la imagen de una cría de canguro encapsulada en bolsa invisible y con el cordón umbilical intacto, canal de una hipertrofia comunicativa gigante de dirección única.

¿Era Hildegart la cautiva inocente de un poder hipnótico irrompible?

La proclamación de la República alborozó a la jovencísima Hildegart, considerándola fortuna dinámica de grandes horizontes. A su temprana edad podía enorgullecerse de ser una veterana socialista de la vieja guardia. Se había ganado el prestigio de una personalidad eficaz, colaboradora incansable en mítines y conferencias, y autora de libros y artículos. Pero carecía de toda verídica inspiración revolucionaria. Aquí se delataba su condicionamiento a prueba de dislocaduras, fijado en congelación al vacío por el oculto resorte del ideal infuso y el bebedizo de la orfandad decisoria. ¿No era la madre la que en la sombra movía todos los hilos de su vida? No celaba mucho la índole de sus intenciones y tomaba trinchera de franco-tiradora para mejorar las perspectivas de su propia promoción. Entonces ocurrió que Hildegart no era bien vista por los jerarcas del Partido, a los que criticaba por desarrollar una política falta de espíritu y de substancia renovadora.

Nuestra querida compañera Hildegart, que acaba de publicar dos interesantes libros: «La rebeldía sexual de la juventud» y «Revolución sexual».

La temática a la que Hildegart prestó una mayor atención en libros y folletos fue la referida a la revolución sexual. «El Socialista» de 12 de noviembre de 1931 resaltaba el interés de los dos últimos volúmenes dedicados al tema por «nuestra querida compañera».

UNA NOCHE EN LA CAVERNA DEL SACRO MISTERIO

Me parecía a mí evidente que Hildegart, dadas sus extraordinarias circunstancias personales, representaba un positivo papel en la lucha contra la reacción derechista, además de que a título absolutamente gratuito dedicaba al Partido Socialista buena parte de su tiempo y trabajo. La persona de Hildegart suscitaba un interés general, casi niña y socialista vieja, y se merecía un cumplido periodístico, presentado por medio de un reportaje a modo de entrevista, dándole así cierto rango a sus opiniones sobre las cuestiones de la actualidad política. Así lo hice, sólo que, en un sentido literal, no hubo nada de entrevista. No tenía ganas de hacerle una visita a la joven compañera y me valí del socorrido remedio de escribirle una carta en la que le pedía que contestara a las preguntas adjuntas, para publicarlas a manera de entrevista, y que me enviara una fotografía suya con el mismo fin. Escribí en el sobre la dirección de esta guisa: «Señorita Hildegart Rodríguez». Madrid. Como yo ignoraba su domicilio, le mandé la carta al administrador para que la hiciera llegar a manos de la destinataria. Hacía yo entonces las funciones de director interino de nuestro diario, y a los pocos días, al entrar por la noche en mi despacho, encontré la siguiente carta de Hildegart:

«Estimado compañero Coca: Con mucho gusto contesto a sus preguntas y le envío adjunto un retrato mío. Para evitar nuevos errores le ruego tome buena nota de cuál es mi nombre exacto. Mi nombre es Hildegart, exactamente Hildegart, y es mi nombre personal propio con entera validez jurídica. Sin más, le saluda afectuosamente su compañera, Hildegart.»

Me llevé una gran sorpresa con el intríngulis de este singular nombre. Yo sabía que Hildegart era hija de padre desconocido, pero en cambio su madre era archiconocida, y por espontánea sugerencia le colgué su apellido. Doña Aurora, campeona de los retos más osados, decidió en su aventura que valía más para Hildegart no tener ningún apellido que tener uno sólo, para espantar las moscas de la curiosidad hispana, muy aficionada a las novedades con visos de leyenda. El nombre de Hildegart estaba empomado en una sóla palabra, cuya traza extranjerizante embozaba un verdadero agravio al sentido de la naturaleza. En el asunto no aparecía ni sombra del vicio nefando, pero el vocablo germánico quería decir «neutro», en el sentido de «ni hombre ni mujer». Todo esto no me daba ninguna impresión grata, y decidí publicar el reportaje y,para lo sucesivo, tener mucho cuidado en esquivar los encuentros con la pareja doña Aurora-Hildegart. Sin embargo, las cosas se enredaron mucho debido a las presiones de los enemigos que Hildegart tenía en el Partido. Me dieron aviso de que no podía publicarse la entrevista, pero yo insistí contra la corriente y logré convencer a mi favor al entonces secretario general del PSOE, Manuel Albar, con lo que al fin la entrevista, que antes de aparecer ya se hizo muy sonada, se publicó sin más novedad. Asunto concluido.

Pasaron muchos días, yo creo que unos dos o tres meses, y ya a finales del mes de diciembre de ese año, 1931, al entrar en el edificio de Carranza, 20, para empezar mi trabajo a las diez de la noche, antes de que pudiera entrar en el ascensor la portera me llamó y me entregó una carta que habían dejado para mí en la portería. Me extrañó que no la hubieran dirigido a la Redacción; el sobre no llevaba el nombre del remitente, y la portera no conocía

al chico que la había llevado. Rompí el sobre y leí:

«Estimado compañero Coca:
Quiero hablarle a usted, y le ruego tenga la amabilidad de venir a verme a ésta su casa, calle Galileo, 54, piso 5.º, siempre que sea después de las diez de la noche.
Le saluda afectuosamente su compañera, Hildegart.»

Por mucho que me exprimiera los sesos, no podía explicarme por qué motivo Hildegart necesitaba verme... y a esas horas. Con estas dos personas, de tan acusada personalidad, los hechos asumían una convicción terminante, rotundos y justificativos en sí mismos, y no había que darle vueltas. Yo veía la imagen de Hildegart, tan acostumbrada al fenómeno de su natividad surrealista que su rostro expre-

EL SOCIALISTA

ÓRGANO CENTRAL DEL PARTIDO OBRER

FUNDADO POR PABLO IGLESIAS

Año XI.VI.—Núm. 7.121 — Madrid, sábado 5 de diciembre de 1931 — Precio del ejemplar 10 cts.

COMENTARIOS

EPUBLICANOS, SÍ; ERO ANTES SOCIALISTAS

NUESTRAS CHARLAS

Con la camarada Hildegart, propagandista de la rebeldía sexual de la juventud

Una vida aprovechada.—"No me satisface el artículo 24 de la Constitución".—La revolución sexual.—"Creo en la revolución universal pacifista y atea y en la nueva civilización"

APOSTILLAS

LA FILOSOFÍA Y L FILÓSOFOS DE LA R TORIA

MANIFESTACIONES DEL SEÑOR AZAÑA

Las modificaciones del Patronato de Turismo y la ley de Defensa de la República

DECLARACIONES DE LAPIDO

El Gobierno que se form ser políticamente ana actual, aunque las perso lo sean

EN EL TEATRO MARIA GUERRERO

Grandioso mitin parlamentario socialista

Mañana, domingo, día 6, a las diez y media de la mañana, se celebrará en el teatro María Guerrero un grandioso mitin organizado por el Grupo parlamentario socialista, para dar cuenta al pueblo de su labor en las Cortes constituyentes.

En dicho acto intervendrán como oradores los camaradas siguientes:

MANUEL CORDERO, RODOLFO LLOPIS, JOSÉ SANCHIS BANUS, LUIS JIMÉNEZ ASÚA, INDALECIO PRIETO

Fieles a nuestra tradición democrática, convocamos al público ciudadano para darle cuenta de cómo cumplimos su mandato.

¡Camaradas, ciudadanos y amigos! Por deber de ciudadanía hay que acudir al mitin.

COCA

Conflicto chocolatero

Todavía no se vislumbra ninguna solución

UN PROCESO

MANUEL GARÁ MADRID

«La persona de Hildegart —escribe Gabriel Coca Medina— suscitaba un interés general, casi niña y socialista vieja, y se merecía un cumplido periodístico, presentado por medio de un reportaje a modo de entrevista, dándole así cierto rango a sus opiniones sobre las cuestiones de la actualidad política». El resultado fue esta página de «El Socialista» (5-XII-1931), donde Coca Medina —autor también del trabajo adjunto— dialogaba con Hildegart.

saba candor y sus ademanes traducían la apacibilidad de un sosegado temperamento.

Héteme aquí, a las diez y minutos de una cruda noche invernal, rastreando la calle Galileo en busca del número 54. El alumbrado parecía mortecino y no era fácil que yo pudiera ver la numeración de las casas. No tardé en ver brillar cerca la luz del sereno y me dirigí a él. Casualidad: estaba a la puesta del mismo 54. Me franqueó la entrada y me dio un largo cerillón o velita para que me alumbrara durante la ascensión de las escaleras, porque entonces no había alumbrado supletorio después de las diez de la noche. Me abrió la puerta la propia Hildegart en el momento justo en que la frágil velita parpadeaba con ritmo precipitado. El rostro apacible y juvenil de Hildegart sonrió levemente al estrechar mi mano. Cerró la puerta y me hizo entrar a un despacho que se abría a la derecha del alfombrado pasillo.

—Dice mi mamá que haga el favor de esperar aquí un momento, mientras decidimos dónde lo recibiremos a usted, si aquí o en el salón. En el interín, y como usted es periodista, se permite indicarle que se documente echando un vistazo a todos estos cuadros de las paredes, pues sobre mí se dicen y se insinúan muchas cosas con no muy benévola intención. Aquí está enmarcada mi partida legítima de nacimiento, inscrita en el Registro Civil, que certifica mi edad actual de diecisiete años. Con su permiso...

CONFESION

Por qué soy federal

I

Para Joaquín Pi y Arsuaga, con veneración y afecto.

Charlas de controversia

Dentro de unos días, el próximo sábado, el Comité Municipal del partido republicano democrático federal iniciará—corriendo la primera a cargo de nuestro presidente, el ciudadano Mario Orive—un ciclo de charlas de controversia sobre puntos de doctrina federal; esos puntos de los que se han nutrido partidos republicanos posteriores, y que son base y fundamento de la esencia racial de nuestro pueblo. Iniciar desde estas columnas la interesante controversia doctrinal fué misión que me ha sido encomendada y que acepté con gusto, ya que representaba, por otra parte, fórmula de expansión espiritual.

Ir al federalismo después de militar en el socialismo, me ha dicho un buen número de amigos, es un retroceso. Es retroceder a un partido burgués después de haber estado en un partido obrerista. Se debe ir para avanzar, no para retroceder. Mi campo de acción estaba en el comunismo. Allí están—me argüían, aun con lógica que les parecía irrebatible, como si a mí el hablarme de actitudes colectivas ajenas fuera motivo bastante para decidirme por razón de moda a seguirlas a mi vez—todos los que han dejado de pertenecer y militar en las filas socialistas.

Y vamos ahora a contestar a sus argumentos como hitos o jalones que marquen las líneas generales de nuestras charlas de controversia.

Socialismo y federalismo

El partido socialista no es un partido obrerista. Su masa propiamente obrera está en la que a él está ligada por vínculos de solidaridad impuestos por sus dirigentes, la Unión General de Trabajadores. El partido socialista

De «El Socialista», Hildegart pasó a escribir en «La Tierra», diario de ideología anarquista. Reproducimos el titular y primeras líneas del ultimo articulo que alli publicase antes de morir, donde —el 7 de junio de 1933— mostraba su entusiasmo por las tesis federalistas

Me dejó solo y disfruté de la vista de un despacho diáfano y despejado, todo tan arreglado y dispuesto en su sitio, denotando la voluntad de una disciplina teutónica. Di un rápido repaso a los muchos cuadros que colgaban en las paredes: multitud de títulos universitarios y diplomas; y también presté mi atención a la biblioteca y al departamento de revistas en muchos idiomas. Reapareció Hildegart y me dijo:

—Dice mi mamá que haga el favor de pasar al salón, que allí se está más cómodo y abrigado.

Me precedió en el paso y empezamos la para mí tan celebrada travesía de pasillo penumbroso a la zaga de chica guapa y cimbreante. Nada de romanticismo. Hildegart conservaba su aire de beatífica serenidad, como si viviera en la paz de una sinfonía pastoral y bucólica. El apogeo de sus insensibles atributos femeninos irradiaba unos suaves retozos de gracia que daban a su melena negra, peinada en un delicado esmero de bucles precisos , reminiscentes de las bellas heroínas dieciochescas que ponían en altares de culto sus ensueños e ilusiones. Mucho ha retornado a mi mente el enigma de los bucles de Hildegart: ¿se debían a un insólito prurito instintivo de ponerle adorno a lo nefandamente considerado como neutro liberto?

Entramos en el salón y me vi frente a la imperiosa personalida de doña Aurora, sentada como una reina ante una mesa amplia, cubierta con tapete verde y enfaldada en su torno para presevar el resguardo de un calorífero. Arrogante y esbelta, sin cremas ni afeites de ninguna clase, sus facciones cincelaban una expresión de firmeza, acentuada por una mirada clara, capaz de fijarse sin parpadear en el más mundano; ojos temibles cruzados por un punto de fulgor en su honda frialdad. Yo había oído decir que doña Aurora no sonreía nunca, porque lo consideraba un signo de debilidad. Estreché la mano de doña Aurora y, contra lo que yo esperaba, la conversación se anudó en el acto con suma fluidez y facilidad, una circunstancia que a la misma doña Aurora le parecía extraña, igual que me pasaba a mí. Empezamos a hablar como en campo llano, como si nos conociéramos de muy atrás y nos hubiéramos dejado pendientes para el abordaje una multitud de problemas humanos sobre los cuales contábamos con un previo esbozo y una primera pasada. Así ocurrió que nos pasamos horas y horas de charla, y vislumbré el drama indescrito que latía entre las dos mujeres.

La situación se me hizo clara como si centelleara fósforo. A mí me había llamado Hilde-

La historia de Aurora Rodríguez —a la que vemos en la foto— es la de una mujer atípica, ejemplar excepcional saturado de patología imperativa, con la obsesión de hacer grandes cosas con las que satisfacerse egolátricamente aun a costa del sacrificio ajeno. La dominación que doña Aurora ejercía en su hija poseía todas las características de lo enfermizo.

gart, y creía que quien tenía que decirme algo y la persona con quien yo iba a hablar sería la propia Hildegart. Inesperadamente, Hildegart no habló conmigo; fue su madre la que hizo todo el gasto del palique, y esto me sugirió un sombrío vacío, la marginación de una criatura juvenil que en su normal realidad física e intelectual había decepcionado las quiméricas ambiciones de doña Aurora.

Apenas había terminado de saludar a doña Aurora, cuando me indicó con un ademán que me sentara en el sillón frente al suyo y, sin circunloquio alguno, entró en materia, diciéndome con su palabra tersa y precisa, de buen timbre prosódico:

—Le hemos pedido que venga sin otro objeto que el de emplazarle para que nos diga —bajo su palabra formal de caballero— cuál ha sido el verdadero motivo de publicar su trabajo sobre Hildegart, habida cuenta de la hostilidad manifiesta que le profesan los dirigentes del Partido.

Ya pareció aquello el aguijonante enigma de la causa que tuvo Hildegart para camelarme con esta cita misteriosa que tantas cavilaciones despertó en mi ánimo. Con su extraña apacibilidad, Hildegart se había sentado a mi izquierda y, después de servirme unas copas de un magnífico coñac Napoleón, se quedó muy quietecita, como una muñeca que de vez en cuando giraba la cabeza para mirarme a mí o a su madre. La interpelación me pareció cargada de ramplona vulgaridad, pero contesté muy comedido.

—Verdaderamente, debo confesar que no ha existido ningún motivo de índole particular o extraordinario para decidirme a escribir este trabajo sobre Hildegart. Sencillamente, consideré la gran valía que yo atribuyo a las aptitudes políticas e intelectuales de Hildegart, a la vez que su merecimiento respecto a la gran labor que realiza en pro del socialismo, lo que me impulsó a incluirla en esta galería de entrevistas. Ahora voy a publicar otra dedicada a Margarita Nelken, otra brillante fémina del Partido, aunque ésta es una neófita en nuestras filas, y en cambio Hildegart, que sobre su fresca edad juvenil tan-

Sábado 10 de junio de 1933 AHORA Pág. 11

LA PROPAGANDISTA Y ESCRITORA HILDEGART RODRIGUEZ MUERTA POR SU MADRE, MIENTRAS DORMIA, DE CUATRO TIROS DE REVOLVER

Después de dar muerte a la hija, la madre sale tranquilamente de la casa y se presenta a un abogado

Esta mañana doña Aurora Rodríguez ha matado a su hija Carmen de cuatro disparos de revólver mientras dormía.

La señorita Carmen Rodríguez era más conocida con el nombre de Hildegart Rodríguez o el seudónimo de "Hildegart" que había utilizado en multitud de

dole el estado de excitación en que se encontraba la visitante.

El señor Botella Asensi no tenía amistad con esta señora ni con su hija. Las había saludado una vez en una de las conferencias, a las que asistían con mucha frecuencia.

Un extraño ensayo

La madre, doña Aurora Rodríguez, había realizado hace unos días un extraño ensayo.

En la azotea de la casa, con el mismo revólver hallado en la casa, hizo un disparo

hizo la prueba del revólver en la azotea de la casa. No será nada de extraño que haya contestado que hiciera la prueba porque pensaba en suicidarse si su hija llegaba a abandonarla.

La autora del crimen, a la cárcel

El asesinato de Hildegart a manos de su madre causó una enorme conmoción en los medios culturales y periodísticos madrileños. Cuando, el 10 de junio de 1933, los lectores se dieron de bruces con titulares como éste que reproducimos de «Ahora», no podían creer en la veracidad del caso. El parricidio era, sin embargo, totalmente cierto.

tos laureles ha ganado, puede acreditar su consecuente veteranía.

—Como usted sabe, los dirigentes del Partido se confabulan para poner el veto a Hildegart.

Le contesté que esas rencillas y alfilerazos existen entre los cuadros de todos los partidos, y a fe que Hildegart no era manca. Yo también tenía mis problemas, debido a mi disparidad de criterio con la Comisión Ejecutiva del Partido, y mi postura opuesta a la colaboración con la burguesía reaccionaria. Se presentaron «pegas» y obstáculos al ir a publicar el artículo sobre Hildegart, pero yo era el director interino y pude allanar las oposiciones.

—¿Sabe usted que nos ha costado mucho trabajo llegar a descubrir su persona? Hemos hablado con mucha gente, y hasta que no dimos con Ibáñez no tuvimos una referencia completa sobre usted. ¿No se lo ha dicho Ibáñez?

—No. ¿Quién es Ibáñez?

Aquí atisbé en el rostro de doña Aurora una viva expresión de extrañeza, su semblante se iluminó gratamente y esbozó una sonrisa, lo nunca visto en la casa.

—Pero, ¿de verdad no conoce a Ibáñez? Es el jefe de la librería de «El Socialista», y trabaja en la administración.

—Bueno, es que yo voy poco por la administración; una vez al mes y siempre con prisas.

—Pues mire usted lo que le digo, amigo Coca: no tiene usted mejor amigo que Ibáñez.

Doña Aurora parecía haber recibido la tónica de un nuevo entusiasmo vital. Empezó a mirarme con interés y suaves maneras.

Hildegart no había despegado los labios, un hecho impresionante de constatar, como si no estuviera allí, que ni respirar se le sentía, como si fuera una muerta... horrible pensamiento que me dejó helado. La madre se erigía en sunstituta vital de la hija, que parecía sumirse en un vacío de ópera mefistofélica. Inquieto de que realmente existiera una inconcebible aniquilación de un espíritu humano por una voluntad usurpante, me dirigí a Hildegart a ver si se animaba a decir algo. Quizá alguna palabra espontánea me daría la clave para deducir una situación de maleficio y cautiverio propia del medievalismo alquimista.

Hildegart no se inmutó por mi interpelación sobre temas marxistas y, con su habitual parsimonia, me contestó hábilmente, aunque no dominaba el tema. Dijo que el marxismo no era una panacea de ungüento amarillo, buena para ser aplicada en todas las situaciones políticas. Daba la sensación de que le eran indiferentes todas las cuestiones de nivel abstracto u objetivo, y cortó pronto su discurso. A doña Aurora se le veía en los ojos que a todos sus pensamientos los dominaba la ambición de ir escalando las cumbres del poder por medio de la ascensión meteórica de Hildegart. Recuperó su monopolio verbal con estas palabras:

—Lo peor de todos estos desaguisados políticos es que los jerifaltes del Partido se apoderan de todos los cargos con codicia mal comprimida, y cierran el paso a los valores jóvenes que empiezan a despuntar y que son los que han de sacarlo adelante en el porvenir. Recuerde el homenaje a Manuel Cordero, que anunció a la Prensa una larga lista de adhesiones. Entre ellas colaron una carta de Hildegart que, en vez de ser de adhesión, hacía una crítica del monopolio y el veto que imponen a las jóvenes promesas del socialismo. Trae la carta, Hildegart.

Al fin, Hildegart ya tenía algo que hacer en aquella tertulia a dúo. Se levantó con su gran precisión de tranquilos movimientos, fue hacia una gran armario librería y volvió con una cartera de cuero, en la cual, con mínimo tiempo, halló la mentada carta. Hildegart la leyó despacio y yo me fijé más en sus dientes como

la nieve, sus labios de coral... Y no me enteré bien de los términos de la carta. Por lo demás, yo trabajaba todas las noches en el periódico al lado de Manuel Cordero y apreciaba mucho al valeroso luchador autodidacta. Sin embargo, hice un examen de excomunión de la política gazmoña y mogigata de nuestro Partido, con su inverosímil carácter de inopia reaccionaria, y —sin pretenderlo— conquisté las simpatías de doña Aurora. Lo cual no fue óbice para que observara atentamente el estilo de las relaciones entre madre e hija, una verdadera fenomenología familiar cuyo dislocamiento de insólita psicosis mítica y ritual anulaba la tradición de cariño normal entre madre e hija.

EL CASTILLO DE IRAS Y NO VOLVERAS

En el calor del palique perdimos la noción del tiempo y las horas pasaron sin que nos diéramos cuenta. A la vista de las cosas, en mi mente se repetía una pregunta: «Bueno, ¿pero qué es lo que Hildegart hace aquí?» La jovencísima dostora, cuya frente ceñían lauros académicos y coronas de rosas conquistadas en torneos de alta intelectualidad, muy diferentes a los juegos del gay saber, producía una obsesiva sensación de vacío. A nadie le gusta que le arrinconen, que le pisen su terreno y le enreden en una acción de afán nulificativo; pero Hildegart estaba condicionada a esta sumisión fatalista desde el primer día de su vida. Y la habían parido para eso, y no para otra cosa. Nos dieron las dos de la madrugada y, al levantarme para irme, en la enorme inercia conversacional, doña Aurora remachó bien una idea que a mí no me hacía gracia ninguna. Me dijo que deseaba saber cualquier ocasión de mi vida en que ella pudiera complacer su gusto de hacerme un digno regalo en prueba de su afecto hacia mí. La despedida hubo que tomarla en dosis, haciendo pausas en el camino hacia la puerta. La sensitividad de doña Aurora quedó al desabierto al señalarme en el pasillo dos hermosos ejemplares de raza canina, grandes, arrogantes, orgullosos. Les lucía el pelo y les brillaban los ojos como si estuvieran vivos, pues doña Aurora había contratado el celo de un artista taxidermista para conservarlos en la plenitud de su belleza.

—No se pude imaginar lo que valían estos perros, modelos de lealtad que en todos casos avergüenzan la propensión traicionera e interesada del hombre. Una raza de animales en cuyo código congénito a su naturaleza no cabe el engaño. Me querían tanto que la emoción de verse correspondidos a raudales les convirtió en enfermos cardíacos y se murieron.

En la estela de confidencias le expliqué que a mí me gustaban los perros, pero siempre que fueran como éstos de grandes y nobles. Otra vez vi brillar en los ojos de doña Aurora una chispa de simpatía y, aunque parezca mentira, repitió estas palabras textuales: «¡Ah, si todos los hombres fueran como usted...!», ya dichas antes al referirse al compañero Ibáñez.

—Imagínese que pensando en usted, y para evitar la ocasión de meterle en apuros, me cuidé muy bien de que encerraran a mis perros bajo llave, pues son muy cariñosos a su modo y le ganan a usted en estatura.

Se presentó una joven y preciosa doncella, luciendo vistoso uniforme rematado con blanca y airosa cofia, que con una palmatoria y su vela encendida abrió la puerta del piso y se dispuso a acompañarme por la escalera y abrir la puerta de la calle. Todavía escuché la última propensión lánguida de doña Aurora:

—Ya que hablamos de perros, como cada cosa tiene su sentido real, que a veces no corresponde al sentido aparente, quiero aclarar que me gustan los perros por el amor de su compañía, por una razón de afecto estricto no empañado por ningún interés vulgar. Quiero decir que, como esta es una casa de mujeres solas, y ya sabe usted las sandeces que sobre esto se dicen, me interesa explicar que tengo los perros sin idea de utilidad, y no cumplen ninguna función de protección o centinela. Al contrario, ellos no sabrían reaccio-

Desde el momento en que se conoció la noticia del asesinato, fueron muchas las personas —especialemente vecinos— que se congregaron a la puerta de la casa donde había sido cometido. He aquí el aspecto que presentaba la calle Galileo, a la altura de su número 57, poco después de hacerse público el parricidio.

nar en el caso de cualquier incidencia. Los he educado sin poner coto a la nobleza de su raza y se creen que todos los hombres son buenos. Por ello habrá usted observado que, aunque los animales han oído su voz y su paso, no se ha escuchado el más mínimo ladrido. Yo los crié y les daría ayuda y protección si se terciara la ocasión. Nada extraordinario para mí, si se considera que soy campeona de tiro de rifle y de arma corta.

LA ESFINGE DE ACTIVIDAD INCESANTE

De todo lo visto y escuchado en aquella visita inolvidable, colegí que yo había tropezado, sin quererlo, con una colosal experiencia humana cuya magnitud real yo no podía medir. No me gustaba el cariz del asunto y decidí no volver nunca por el misterioso castillo y evitar todo nuevo encuentro con doña Aurora. Sin embargo, las volví a ver al poco tiempo. Durante un corto período, la Federación de Juventudes Socialistas celebraba sus Juntas por la noche en el mismo piso donde estaba la Redacción de nuestro diario. Entré una noche en uno de los despachos y me di de frente con doña Aurora y Hildegart, que estaban sentadas y hablando con varios jóvenes. Uno de ellos era Santiago Carrillo y, cuando yo estrechaba las manos de madre e hija, Carrillo se dirigió hacia ellas con un gesto de énfasis y dijo: *«Este camarada es Coca»*. Doña Aurora levantó los hombros y contestó: *«A buena hora, mangas verdes; eso ya lo sabíamos»*. Afortunadamente, a Hildegart le esperaba la sesión y a mí el trabajo, y nos separamos sin más. A Santiago Carrillo también le habían interrogado para descubrir mi persona. Durante dicho período vi a doña Aurora otras dos veces, pero a cierta distancia, sin saludarla y sin que ella me viera. Doña Aurora jamás miraba a nadie; se sentaba indiferente y glacial, cogía un libro o periódico que sacaba de su bolso y parecía ensimismarse en la lectura sin levantar la vista. Así se pasaba las horas muertas sin ningún signo de aburrimiento. Yo la miraba por el rabillo del ojo y me chocaba la altanería implícita en su falsa petrificación. ¿Qué diabólica maquinacion llevaba esta mujer entre sus manos para aguantar tantas horas y tantos años el tipo de Esfinge? Ya entrado el verano, las vi fortuitamente por la calle y doña Aurora me avisó de que tuviera cuidado, pues sabía que estaba a punto un gran complot contra la República. Creo que fue por estas fechas cuando Hildegart se dio de baja en el Partido Socialista y se apuntó en el partido republicano federal, afecto al espíritu del gran apóstol Pi y Margall.

Hildegart, con sus dieciocho años y prácticamente más inexperta que una novicia ursulina, comenzó a escribir una serie de libros pseudocientíficos sobre temas sexuales. Al mismo tiempo se puso a colaborar en el diario «La Tierra», órgano temporal de hostilidad implacable contra los socialistas.

Durante los meses siguientes, conocí a varias personas que tuvieron diferentes contactos con doña Aurora y su familia, cuando todavía vivían en su país asturiano. De ellas obtuve varias y dispares referencias sobre el curso que llevó a doña Aurora a asumir su actual papel de mítica predestinación hacia la grandiosa conquista del Poder. Es la historia de una mujer atípica, ejemplar excepcional saturado de patología imperativa, el íncubo fáustico de hacer grandes conquista cosas por su Yo egolátrico a costa del sacrificio ajeno, individual o colectivo. Parece lo más posible que doña Aurora adquiriera en su infacia su extremosidad psicológica por efecto de agudos choques sensitivos que repercutieron traumá-

El entierro de Hildegart constituyó una manifestación de duelo. El cadáver estuvo expuesto en el Círculo Federal —dependiente del partido al que la joven pertenecía en sus últimos meses—, desde donde (como muestra la foto) fue conducido al cementerio.

EN TORNO A UN DOLOROSO SUCESO

La Prensa derechista pretende empañar, inútilmente, la memoria de Hildegart

Esta tarde, a las seis, se verificará el entierro

Desequilibrio mental por exceso de cariño

Durante toda la tarde de ayer y parte de la mañana de hoy desfilaron por el Depósito judicial multitud de personas que querían ver por última vez a Hildegart.

Era aquél un cuadro conmovedor, al que asistimos también para tributar al cadáver de la que fué leal camarada un póstumo saludo silencioso y recogido...

Al lado del cuerpo muerto de aquella criatura, que unas cuantas horas antes nos había visitado de nuevo para cambiar con nosotros en la Re-

Le apreciaron al cadáver dos heridas de bala en la cabeza y otras dos en el pecho. Los proyectiles primeros estaban alojados en el cerebro, produciendo, naturalmente, heridas mortales de necesidad.

En el lado derecho del rostro se veían las señales de los dos fogonazos. Parece ser que los disparos fueron hechos mientras la víctima dormía.

Una vez practicada la autopsia, y en vista de que el cadáver empezaba a descomponerse, se le inyectaron para su conservación ampollas de formol y glicerina.

Traslado del cadáver

Sólo unas horas después de la muerte de Hildegart. «La Tierra» denunciaba la manipulación que en torno a ella estaba ejerciendo la Prensa derechista. Para los órganos conservadores, su asesinato era un ejemplo de «a donde conducían las ideas avanzadas», del «triste fin» de quienes defendían tesis progresistas en materias políticas o sexuales.

ticamente durante toda su vida. La coronación de este juicio despunta en sus años de niñez y adolescencia, cuando se asentó con firmeza triunfal y monopolista como la hija fovorita de su padre. Si su padre la quiso mucho, y ella también quiso mucho a su padre, la gran acentuación vincular se basó en la reflexión paterna de que su hija nunca podría querer a nadie, con la reciprocidad de que tampoco nadie la querría nunca a ella. Doña Aurora se diluyó en el sentido absorbente de ser una hija, y nunca admitió ser esposa o madre.

Cuando le faltó el padre, la ambición de doña Aurora se afincó en el prurito quimérico de querer criar y desarrollar verdaderos genios de superior cualidad, tan poderosos por su dominio de la ciencia o del arte como por la magia lo era el genio alumbrado por la lámpara de Aladino.

Por fin, tras apelar a varios medios persuasivos, y de no muy buena gana, consiguió que un familiar le confiara la educación del niño Pepito Arriola. Se acreditó como descomunal preceptora del infante, y le hizo aprender mucha, mucha música, que la asimilaba como Gargantúa sus festines. Le enseño a vivir entre montañas de libros técnicos, falsillas y solfeos, le acompañaba a todas partes, y el niño se hizo un maestro certero que señoreaba el arte igual que si hubiera nacido para ello.

DECEPCION DE PEPITO ARRIOLA Y CONCEPCION DE HILDEGART

Doña Aurora había sudado horrores enfebrecida en el sueño de una creación delicada y sublime, y el frágil Pepito se elevo al pedestal de la fama. Con su calzón corto, gorro marinero y aficiones juguetonas, cosechó los aplausos del público dirigiendo las primeras orquestas del país y las de otras capitales europeas. Cuando los padres de Pepito vieron que la gloria y el prestigio de su hijo podía ser convertido en una mina de riqueza tangible, no lo pensaron más y reclamaron a doña Aurora la devolución del pequeño divo. Por virtud del Derecho, la formidable doña Aurora no tuvo más remedio que disimular su terrible encono y devolverles el niño prodigio. Como una rosa fragante decapitada de su plantación natural, el eminente director-niño vio cómo se marchitaban sin remedio sus excepcionales talentos musicales, y entre el estupor de sus familiares quedó convertido en un chico vulgar y ordinario, de mediocre capacidad para la música.

Doña Aurora se afirmó en la creencia de su facultad maestra para crear superhombres, titanes olímpicos que se impusieran al vulgo de la común masa humana. Ella era joven todavía, y no estaba dispuesta a sepultar sus inauditas ambiciones. Daría el soplo de su aliento vivificante a un nuevo Hércules espiritual, y esta vez sería tan íntegramente suyo que nadie podría quitárselo. En su historiada fabulación se había dejado para lo último, sin acordarse hasta que todo estaba a punto, de la imagen misteriosa del donante de la sangre paternal, con el que tendría que haber coito. Sus decisiones eran tajantes y definitivas en esta materia, pues su concepto del hombre se reducía al de simple semental. El zángano elegido tendría que hacer mutis absoluto después de la ceremoniosa fecundación.

Transcurría entonces la segunda década del siglo XX, y había empezado la Primera Gran

Guerra, que barrió a Europa como un huracán de inconsciente locura. Por las fronteras de Francia habían entrado en España gran número de personas que huían de las zonas devastadas o buscaban refugio para cumplir misiones de ayuda a favor de alguno de los bandos en lucha. Doña Aurora recorrió varias poblaciones del País Vasco en tarea de buscona explorativa. Gracias a su feliz posición económica, puso casa en un pueblo preferido por la oleada extranjera, donde residía a la sazón un interesante señor alemán, al parecer caído allí por arribada forzosa. Referencias contradictorias decían que era el comandante de un submarino alemán hundido por los ingleses, o un noble prusiano que había caído en desgracia ante la autoridad del Kaiser, o un refugiado pacifista. Nada corta ni tímida, doña Aurora se presentó ante él como una joven rica y aposionada por el estudio del idioma alemán. Diestra en el cultipalique, rompió el hielo y lo demás todo discurrió ya como una seda. Doña Aurora sabía que era necesario actuar con insistencia reiterativa, hasta despejar cualquier sombra de inhibición o complejos impuestos por el mutuo desconocimiento, pues sin circunstancias de aplomo no alcanzaría la maternidad a las primeras de cambio.

Al poco tiempo advirtió que el asunto iba bien, «aquello marchaba». Entonces se marchó con la estratagema de un telegrama contrahecho, dejando a su semental alemán con una dirección falsa. Fueron sencillamente asombrosos los miramientos y cuidados extremos que tomó doña Aurora en atención exclusiva al hijo concebido, imponiéndose rigurosos sacrificios para provocar el espléndido desarrollo y plenitud del Hércules magno que aposentaba en su vientre. Se atenía a un régimen de comida nutritivo y de fácil digestión. Se pasó todos los meses de gestación casi sin abandonar el lecho, como hechizada por un gran éxtasis, haciendo generosa entrega de toda su enorme energía orgánica para que el ser naciente hiciera copioso acopio de los recursos vitales de la madre. Su vientre crecía como una mole ingente a costa del resto de la persona materna, menguada y en peligro de ser devorada por el feto gigante. Sabía que desde el primer día tenía que imponer el dogma de una disciplina inflexible. Se trataba de meter en un puño a toda la sociedad en masa y hacerle admitir nuevas leyes de primacía espiritual y desdén materialista.

Aleccionaba a la cría antes de que naciera. Por las tardes, siempre en su lecho, cogía unos libros que tenía al alcance de la mano y leía en voz alta unos párrafos que había acotado hacía ya tiempo con lápices rojos y azules. En las pausas de la lectura se fijaba en el montículo de su vientre, mostrando la categórica intención de que entendiera lo dicho para su misión específica. Esto escuchaba la niña todavía a cubierto del mundo increíble que le deparó su desventura.

Así, cuando llegó el día del alumbramiento, la comadrona le presentó una criatura espléndida:

—Sabe usted, doña Aurora, es una niña como un sol, exactamente como un sol, un regalo del cielo, y puedo decirle que en mi vida vi otra semejante de hermosa y robusta.

DESPUÉS DE LA MUERTE DE HILDEGART

Recuerdo imborrable y pensamiento eterno

Pensando en ti, hermana Hildegart, desde aquella feliz mañana en que el Destino me deparó el alto honor de conocerte, brotó en mi corazón infantil un cariño espiritual hacia ti que, aumentado hoy con el supremo dolor por haberte perdido, no acierto a expresar. Lo que sí sé decir es que si tu desgraciada madre—a quien, a pesar de lo hecho, yo respeto—estampó un beso en mi frente pocos días antes de matarte...—¡ah!, no puedo decirlo, porque siento un nudo en la garganta y la vista se me nubla—, el beso que yo estampé en la tuya cuando ya estabas inerte querría que sirviera para traerte a la vida. Sí; porque, así como tu corazón se abrió generoso para recibirme en el altar de tu nobleza y adornarme con el perfume de tu cariño, en el mío has tomado tu entera posesión, estando ya encarnado en mí tu espíritu sublime para siempre.

Todos cuantos te conocieron te lloran; la madre de Emilio Santiago y él mismo—a quien tanto bien hiciste—te lloran; mis padres te lloran, y yo, pobre de mí, también te lloro. Nuestras lágrimas son de pena, de dolor, de sufrimiento y reconocimiento por los generosos anhelos de tu noble y magnánimo corazón. Todos—y Emilio Santiago, a quien protegiste, y yo, a quien quisiste proteger—sabremos honrar por siempre tu memoria, y tu santa imagen en nosotros vivirá.

Pedrín SANCHEZ

Madrid, junio de 1933.

Manifestaciones de condolencia

EL ULTIMO ADIOS

Hildegart ha muerto, sí. Mas no para los lectores de LA TIERRA; su alma generosa y caritativa continúa entre nosotros, y con nosotros sus bellos artículos escritos en LA TIERRA, donde la joven escritora federal vertió su prosa literaria, demostrando su inmensa cultura y su grandioso talento, que la hicieron ser la escritora admirable, llena de fe y entusiasmo, pletórica de humanidad y de valor.

Adiós, Hildegart, para siempre; pero tu alma está con nosotros.—Alfonso Navarro.

Villarrobledo, 21 de junio de 1933.

EL MEJOR TRIBUTO

Hildegart ha muerto.

Con profundo dolor repetimos esta frase. Murió la mujer cuyos artículos, obras y conferencias demuestran un talento incomparable.

Hildegart: tú eres la aurora de una generación nueva de cultura y de progreso, joven como tú, porque está inspirada por ti. Así lo dicen tus escritos, tu corazón.

Los que no hemos tenido la dicha de conocerte admiramos tu extraordinaria elocuencia en los sabrosísimos artículos escritos con elegante estilo, recto y justiciero, publicados por el diario LA TIERRA, de inmaculable conducta, del que eras ilustre colaboradora, y nosotros asiduos lectores, porque aspiramos, como tú, a una sociedad más humana.

Lloremos todos su ausencia; nazcan en nosotros las flores de su ejemplo, cooperando como ella por el bien de los humanos. Este es el mejor tributo que debemos ofrecer a nuestra inmortal Hildegart.—Trinidad Bandry.

Castuera, junio, 1933.

UNAS CUARTILLAS

Firmadas por Alcira Gracia, recibimos unas cuartillas en las que, después de lamentar el acto del que fué víctima nuestra inolvidable compañera Hildegart, enaltece su figura en magníficos párrafos.

Opiniones de Mujeres (Conferencias), por MARIA DOMINGUEZ

Primera alcaldesa de la República. Con 64 páginas de prólogo por HILDEGART, abogado.—Precio: CUATRO pesetas.

Pídase en librerías o a Editorial Castro, S. A., Carabanchel, MADRID

Durante semanas, «La Tierra» mantuvo una sección dedicada a guardar vivo el recuerdo de Hildegart. Los testimonios de homenaje y condolencia eran publicados de la manera que ejemplifica este recorte del 26 de junio de 1933. Junto a él, figura el anuncio de un libro que llevaba precisamente prólogo de la joven escritora.

CREPUSCULO Y FALLO DEL DIOS FEMENINO

La historia de Hildegart puede contarse en dos palabras, por sujetarse a una agenda uniforme de actividad incesante. Doña Aurora acaparaba con incorruptible firmeza todos los poderes del timonel e Hildegart no sabía del mundo más que sus encuentros triunfales con multitud de profesores y tribunales docentes, a los que dejaba asombrados con su increíble caudal de cultura y ciencia. En realidad estaba «in albis» y en ayunas del valor afectivo y sensible de la vida, bajo la pupila de su madre, eternamente a su lado, que la acompañaba hasta la puerta del baño. Por la época en que yo las visité, era indudable que ya doña Aurora se empezaba a dar cuenta de que el genio intelectual de Hildegart se había estancado, haciendo dique para todo avance en la idoneidad de su inteligencia y el rango de sus concepciones.

Habían corrido los meses y se iban echando encima los calores del verano de 1933. Una noche tuve ocasión de ojear un artículo de Hildegart publicado en «La Tierra». Su valor no pasaba de un bajo nivel garbancero, pero su sentido sibilino y agorero salía por la tremenda. Allí se encomiaba a Caín, el asesino de su hermano Abel, que pasaba por virtuoso pero que era reo de mayor culpabilidad por dejar que fallaran los resortes de la vitalidad humana y no poseer voluntad creadora para justificar su presencia en el mundo. Este cúmulo de aberraciones hizo que me fijara en la firma, como si la viera por primera y última vez, alumbrada por un relámpago de fuegos fatuos: Hildegart, mi amiga de antes, que con su dulzona calma había firmado un artículo que ella no había escrito. Había allí una excénica urdimbre de fábula, con la imagen de Caperucita - Hildegart prisionera del ogro-doña Aurora, con un fonde dificción y de cábala ultrarealista, empapado todo en un maléfico ambiente de energías diabólicas. Pero, ¿cómo se iba uno a imaginar lo que pasó?

Se marchó a su pueblo la única sirvienta que vivía interna en la casa, y doña Aurora se arreglaba para las faenas caseras con las asistentas y la lavandera. Se oyó una fuerte discusión cuando doña Aurora le echó en cara a Hildegart el haber tenido algunas conversaciones de pocos minutos con Santiago Carrillo y luego con un joven político catalán. Por la noche, Hildegart dormía, rendida por el trabajo, sin sospechar que a pocos pasos de ella doña Aurora daba trajín a su mente para no dejar ningún cabo suelto de la extremada decisión que había adoptado. El día anterior había limpiado una pistola que guardaba en la mesilla de noche, y luego había ido al Banco a sacar una considerable cantidad de dinero de su cuenta corriente. Fue la noche eterna de doña Aurora y la última de Hildegart. El temprano amanecer veraniego oyó el repique campanillero del despertador de Hildegart y, por la sucesión de señales auditivas, pudo seguir los pasos rápidos y las tareas de higiene que realizaba la chica para reanudar sus interminables trabajos de erudición. Desde las primeras horas del día, en las frescas mañanas, Hildegart se subía al ático, acondicionado para escribir a máquina al aire libre.

Doña Aurora esperó a que Hildegart empezara a darle a las teclas, y entonces saltó del lecho e hizo su tocado igual que todos los días. Su

El juicio contra doña Aurora Rodríguez comenzó el 24 de mayo de 1934 y se extendió a lo largo de tres días. Las imágenes adjuntas contienen la declaración de la procesada —al fondo, tras un guardia civil— y el retrato de dos testigos en la causa, don Vicente Lalau y el doctor Orive.

primera obligación consistía en ir a ver los perros y darles comida. Dejó a los perros dispuestos para salir y llevarlos a su diario paseo, y volvió a su dormitorio en el último acto de la tragedia. Cogió la pistola, ya preparada, la colocó en su bolso de mano y se dirigió al ático. Hildegart trabajaba sentada de espaldas a la puerta, y no se volvió al oír los pasos de su madre, creyendo que en su orden rutinario vendría a regar las plantas. Doña Aurora se le acercó, sacó la pistola, la apoyó en el cráneo de Hildegart y le destrozó los sesos con tres disparos seguidos. Muerta en el acto, Hildegart se desplomó al suelo sin proferir un grito. Doña Aurora modificó su posición para tomar nueva puntería y, enfilando el blanco, alojó otras dos balas en el corazón de la víctima.

Guardó la pistola en el bolso y volvió al lado de los perros, dejando abiertas todas las puertas. Cogió la correa que servía de guía a los animales y salió con ellos a la escalera, cerrando tras de sí la puerta de su piso. Nada turbaba la paz del rellano. Salió a la calle conduciendo a sus perros en traílla y fueron a la casa de la señora que le prestaba servicios de lavandera. Doña Aurora le dijo que iba con mucha prisa a un asunto urgente y le entregó una fuerte suma de dinero para que cuidara de los perros, despidiéndose con la promesa de que pronto tendría noticias suyas. Desde allí se marcho al despacho del letrado señor Botella Asensi, diputado del partido federal, le explicó lo que había hecho y juntos se marcharon al Juzgado de Guardia, donde entregó la pistola y las llaves de la casa. La pobre Hildegart fue llevada al depósito judicial de cadáveres, y estuvo sola en su enterramiento, sin una lágrima ni una flor.

Doña Aurora fue condenada a cadena perpetua e inspiró siempre el horror de las madres desalmadas. En presidio las demás reclusas le mostraron su reprobación, pero la indomable altivez de doña Aurora no se amilanó. Ante una actitud levantisca, salió al frente con las manos crispadas y les dijo sin miedo: «*¡Ah! ¿con que queréis pelea, mis canijas sietemesinas? Pues mirad estas uñas mías, que me vengarán de la primera que me insulte. Son uñas de pantera, y no creáis que se van a contentar con arañar: son para sacaros los ojos, así como suena, para arrancarle los ojos a la maja que sea.*»

A los tres años de su prisión, el 18 de julio de 1936, derrotado en Madrid el levantamiento contra la República, las masas del pueblo abrieron las puertas de la cárcel y doña Aurora se vio libre en la calle, se perdió entre las multitudes y nunca más se supo nada de ella.

EL SUEÑO DEL PODER, EL SUEÑO DE LA MUERTE

Pese a que la acción sangrienta de doña Aurora representó un acto de extremo individualismo, en el mundo hay muchas gentes como ella, intoxicadas por el bacilo del Poder, aunque pocas pasan a la Historia, incapaces de dar la talla de un cinismo tan frío como la muerte. El

Uno de los testigos escuchados con más atención en el juicio contra la madre de Hildegart fue doña Julia Sanz —aquí, en el centro, rodeada por otras personas llamadas a declarar—, quien prestó sus servicios durante varios años en la casa de las dos mujeres.

EL JURADO DICTA VEREDICTO DE CULPABILIDAD CONTRA LA MADRE DE LA SEÑORITA HILDEGART Y DECLARA QUE NO ES UNA ANORMAL

LA SALA DICTA SENTENCIA CONDENANDO A LA PARRICIDA A VEINTISEIS AÑOS, OCHO MESES Y UN DIA DE RECLUSION

La última fase de este inquietante proceso ha sido pródiga en incidentes.

La cuarta sesión del juicio oral, la postrera, ha comenzado con la reanudación del informe del abogado defensor don Marino López Lucas, que estaba en

El veredicto consta de cuatro preguntas, y en él se declara que doña Aurora Rodríguez mató a su hija cuando estaba dormida y después de premeditar su crimen. La respuesta a la cuarta pregunta es negativa. En ella se declara que la

El Jurado declara que le parece excesiva la pena.

Después del juicio oral

Terminado el juicio, se acercan a la

Veintiseis años, ocho meses y un día de reclusión fue la sentencia dictada contra doña Aurora Rodríguez, una vez que el Jurado no acepto la tesis de «anormalidad mental» propuesta por la defensa. Al abrirse las puertas de la cárcel el 18 de julio de 1936, la madre de Hildegart se vió libre sin que nunca se volviera a saber nada de ella.

Tirano, de personas o de colectividades, sublima su YO, y en él opera de modo específico la ambición hiperbólica del Poder y el Mando, con su sentido estricto de ideal superlativo de amor con la Muerte. Cuando llega la hora en que el aguante y capacidad de la víctima queda impotente en la fantástica tarea de divinizar a una persona mortal, igual que en el festín de Baltasar aparecen en los muros las palabras «Manes, Tecel, Fares»; los prados del triunfo se convierten en camposantos y revelan su pacto final con la muerte.

El emperador Nerón asesinó a su madre abriéndole el vientre de parte a parte, y así ver «in situ» el lugar exacto en que le concibieron. Pero hay que aclarar que Nerón no sacrificó a ninguna paloma inocente, ya que en circunstancias más propicias a su ventaja la madre también hubiera asesinado a su hijo con igual talante y desenfado.

Más a mano tenemos el nombre de Mussolini, que se revolvió contra su propio nombre, y en la demencia de su YO sagrado hizo fusilar a sangre fría a su yerno en conde Ciano, padre de los hijos de su hija; y más tarde, en el acoso de su muerte, atrajo hasta el lugar del sacrificio a la amante que ocupaba en su vida el lugar debido a la esposa desdeñada.

Otra lívida personalidad despótica, Adolf Hitler, tuvo primero un pecado de incesto con su sobrina Geli Raubal, que pereció en un supuesto suicidio por amor. Luego conoció a una de las seis bellísimas hermanas Mitford, de Inglaterra, la esbelta Unity, de impecable tipo ario, nacida para heroína de alguna epopeya, y que murió también por suicidio. Después conoció a otra hermosa rubia llamada en las esferas de sus dignatarios «la Pompadour de Goebbels». Estaba divorciada y tenía dos hijos de su anterior matrimonio, y podía llevar una vida de lujo gracias a los 4.000 marcos mensuales que le pasaba su ex marido, el cervecero Herbert Quandt. Hitler llevó a Magda Quandt a la Opera y luego a su casa. Testigos presenciales le oyeron entregarse a un soliloquio, gesto escénico que amaba representar para sublimar sus pretendidas cuitas con la prosopopeya de los clásicos héroes del Rhin: «Creía que ya no tenía sentimientos humanos... Creía que los había dejado enterrados en la tumba de Geli, y hoy...»

Entonces, semejante a un dios que se ve titubeante en una espiral de indecisiones, Hitler dispuso que Magda se casara con Goebbels, ya que no iba a ser él quien contrajera nupcias con una mujer que había sido concubina de un subordinado; y toda la comedia se quedó en casa. Sitiados por las tropas rusas en los sótanos del «bunker» de Berlín, Magda se negó a marcharse y ponerse a salvo, porque los seis hijos que tuvo después de su matrimonio con Goebbels los tenía Hitler bajo su custodia directa, y no permitió que los sacarán del «bunker». Un médico le puso a cada uno de los seis hijos de Magda una inyección de estricnina y los niños perecieron en un acto de aberrante inmolación. Goebbels mató a tiros a Magda y después se suicidó él de la misma forma. El último amor ostensible de Hitler se cifró en la ex actriz Eva Braun. Meses antes de la macabra apoteosis de los monstruos atrapados en la ratonera del «bunker», Hitler había hecho ejecutar al propio hermano de Eva Braun, por hacer objeciones públicas a su insensata política. Al final, Hitler y Eva se casaron en la cripta acorazada, para suicidarse más tarde con ácido prúsico, dejando ordenado que fueran incinerados sus cadáveres. Doña Aurora Rodríguez no está sola en el infierno de su maldad. ■ **G. C. M.**

"La ciutat cremada"
Diez años de Historia catalana (1899-1909)

José Batlló

«La ciutat cremada» intenta abarcar diez años de la Historia de Cataluña, desde febrero de 1899 —con la llegada de los repatriados de Cuba— hasta julio de 1909, en que estalla la «Semana Trágica». Hecho al que se dedica un tercio del film y del que forma parte este fotograma.

EL cine español no se ha caracterizado, precisamente, por su vocación histórica. No olvidamos los «sueños imperiales» de los años cuarenta, ni los intentos posteriores de «objetivar» la guerra civil o retratar los «felices años veinte». Pero difícilmente nos acudiría a la memoria un intento riguroso de iluminar un período determinado de la Historia por medio de la pantalla cinematográfica. A lo más que hemos llegado es a la odisea de los prisioneros de la División Azul o a la de los «patriotas» húngaros del 56.

No debe sorprendernos, pues, que el anuncio de rodaje de una película como **«La ciutat cremada»** («La ciudad quemada») despertase una expectación inusitada en los medios cuidadanos barceloneses, reflejada en la Prensa, que dedicó al acontecimiento una atención casi desconocida en casos similares. La película, a punto de estrenarse cuando redactamos este artículo (1), pretende abarcar diez años de

(1) Por tanto, las apreciaciones que hacemos sobre «La ciutat cremada» se refieren siempre al guión de la película, no a su realización cinematográfica.

Historia catalana, y más concretamente barcelonesa, a través de la peripecia argumental de una familia burguesa. Los diez años que transcurren desde febrero de 1899, con la llegada de los repatriados de Cuba tras el desastre, hasta julio de 1909, con el estallido de la «Semana Trágica».

El proyecto es ambicioso y se presenta, a priori, avalado por un equipo responsable. El productor es Josep M. Forn (director de **«La respuesta»** —que estuvo detenida en censura durante varios años—, basada en la novela de Manuel de Pedrolo), el director Antoni Ribas (que debutara en la profesión con **«Las salvajes en Puente San Gil»**), y los guionistas Miquel Sanz y el propio Ribas. Como asesores históricos: Josep Termes, Josep Benet e Isidre Molas. Tres reconocidos estudiosos de la época, aunque sus interpretaciones no coincidan siempre, sobre todo las del segundo con las del primero y el tercero. Según confesión de Ribas, se pretende algo parecido a lo realizado por Visconti con **«La caída de los dioses»**, salvando todas las distancias necesarias y sabiendo que algunas de ellas serán imposibles de salvar.

UNA FAMILIA TIPICA DE LA BURGUESIA CATALANA DE PRINCIPIOS DE SIGLO

La familia Palau, eje sobre el cual gira la trama argumental de «La ciutat cremada», es un ejemplo típico de la burguesía catalana de la época. Tras el desastre colonial de 98, repatría como puede sus intereses y extrae lecciones prácticas de la catástrofe. Frederic Palau, hermano menor del cabeza de familia y su «hombre en La Habana», regresa con un soldado (un campesino catalán, llamado Josep) a Barcelona. Esconde en la mochila del soldado (a quienes no registran en la Aduana) los dólares que ha obtenido por la venta a los americanos de la «Comercial Palau» que regentaba en la capital cubana. Trae nuevas ideas que son aceptadas, tras algunas dudas rápidamente disipadas, por el cabeza de familia y hermano mayor, Pere Palau. La Coca-Cola, «una especie de zarzaparrilla de los america-

La familia Palau (a la que vemos reunida) es el eje sobre el que gira la trama argumental de «La ciutat cremada». Ejemplo típico de la burguesía catalana de la época, los avatares de sus miembros van uniendo los diversos momentos históricos que en la película quedan reflejados.

nos del norte», y que «en Nueva York bebe todo el mundo, incluso en las comidas», sugiere a Frederic la posibilidad de obtener lo mismo con el champán que fabrica la familia. Si los americanos beben Coca-Cola a diario y champán los domingos, ellos pueden beber champán todos los días y Coca-Cola los domingos. Aparentes desastres como la guerra colonial o la filoxera, pueden presentar su lado ventajoso, al obligarse a valerse por sí mismos. Es el optimismo burgués que los historiadores señalan como típico del período en Cataluña (es decir, los historiadores como Vicens Vives y sus epígonos).

Pere Palau, el cabeza de familia, es un pragmático puro. Se niega a pagar el «recargo de la guerra», a pesar de la amenaza de embargo. Se trata de «una cuestión de principios». No es, desde luego, que esté a favor de la autonomía cubana y en contra del mantenimiento de la colonia. Simplemente hay que exigir el «Concierto Económico Unico», apoyar a Duran i Bas para que lo obtenga. Sus ansias autonomistas no se despertarán hasta algo más tarde, cuando «tome conciencia» de que la carga del resto del Estado español es excesiva para sus posibilidades e injusta para con sus intereses. «No nos oponemos a los impuestos —dice—, sino a su mala administración». Pretenden, por tanto, administrarlos ellos mismos. Aunque ya se sabe que en Madrid no van a hacerles caso. A sus hijos les enseña a rezar, por supuesto, introduciendo una oración de su catecismo particular: «Qui té com a tres i gasta com a dos, és més ric que qui té tres i gasta com a sis» («Quien tiene tres y gasta dos, es más rico que quien tiene tres y gasta seis»).

Cuando se produce el «Tancament de caixes», sigue la tónica general. Los acontecimientos han venido a recordarles que «la burguesía nació revolucionaria». Su entusiasmo no le lleva, sin embargo, como a otros «contribuyentes en huelga» a presentarse voluntariamente en la cárcel para ser detenido. Espera, con el corazón encogido, en su casa, a que vengan por él. «Lo más sorprendente de todo es que tantos catalanes hayáis podido poneros de acuerdo en algo», observa su hermano Frederic. «Sólo por eso ya ha valido la pena...»

Cuando su hija mayor, Remei, se casa, pese a su oposición, con Josep, el campesino veterano de la gerra de Cuba y repatriador invo-

Dimisión del Dr. Robert (José Vivó) como alcalde de Barcelona, tras haberse visto obligado a firmar las primeras órdenes de embargo ante la negativa de los comerciantes catalanes a pagar la contribución.

Mitin en una fábrica de productos químicos: un militante anarquista (Ivan Tubau) incita a sus compañeros a declararse en huelga. Son los prolegómenos de la Huelga General Revolucionaria de 1902.

luntario de buena parte del capital de la familia, la obliga a vivir por su cuenta y riesgo, hasta tanto su marido no demuestre su valía. Nada de mantener gandules. Por supuesto, corre de su cuenta el banquete de boda, con marcha nupcial wagneriana y pastel con las barras de Aragón. Va al Liceo por lo menos una vez al año; monta su «pesebre» navideño en el aparador, para el que no repara en gastos: hasta le dota de luz eléctrica. Cuando la «candidatura de los cuatro presidentes», sabe que el enemigo común (el de los patronos y el de los obreros) es el cacique. Se trata de la suerte del país. «¿Qué país?», le preguntará Josep. «¡Este! ¡Del que todos comen! ¡El de todos!» Y mientras los amigos del señor Palau copan los primeros cuatro puestos en las elecciones a diputados por Barcelona, Josep y sus amigos, que han ido a la Huelga General Revolucionaria, están en la cárcel. Pero el señor Palau rescatará a su yerno (pagará el tranvía que le acusan haber saboteado), y se los llevará a los dos— tranvía y yerno— a su fábrica. Por algo los ha comprado.

Ante la huelga general del 26 de julio de 1909, el señor Palau reaccionará favorablemente al movimiento. Tiene un hijo a punto de embarcarse hacia Africa. Discrepa de Cambó que considera que «hay que defender nuestra posición en Marruecos». ¡Qué vaya él! Cuando el movimiento se «desmadra», se prolonga, se queman conventos, el señor Palau reconsidera y decide que «la protesta contra el Gobierno no tenemos por qué pagarla los ciudadanos». «¡No se engañe pensando que la protesta es sólo contra el Gobierno!», le dirá Josep, que por lo demás se encuentra ya definitivamente integrado en el seno de la familia de su suegro. Pero la historia de Josep es otra historia.

DE LAS POCAS SALIDAS QUE TIENE LA CLASE OBRERA

Si «La ciutat cremada» puede ser —a juzgar por el guión y por las declaradas intenciones de sus autores— un fresco sobre la Historia de la burguesía catalana de la época, no ha tratado, con la misma intensidad, de ser también un fresco sobre la clase obrera del mismo período. (Si se ha elegido a una familia burguesa como base para la trama argumental, es de suponer que haya sido porque se ha considerado a la burguesía como la clase social representativa del período o, por lo menos, como

Entrada de Alfonso XIII en el Ayuntamiento de Barcelona, poco tiempo después de su coronación. Acto que coincidiría con el triunfo en Madrid del Club de Fútbol Barcelona y con la primera prohibición de los Juegos Florales.

respuesta que para los autores ostenta esa representación.) Josep, hijo de campesinos, se queda en la gran ciudad —Barcelona— a su regreso de la guerra de Cuba. No halla otro medio de promoción social que el casamiento con la hija mayor del señor Palau, y aunque, en un principio, desprecia a la familia de su mujer (y la familia de su mujer le pone a él en cuarentena), los acontecimientos le irán enseñando cuál es su verdadero lugar. Si en un principio, para subsistir, trabaja y vive como un obrero, a raíz de su encarcelamiento tras la Huelga General Revolucionaria de 1902 trabaja y vive como un futuro dirigente de la empresa de su suegro. Aunque su «conversión» no termine nunca de completarse, y ante los acontecimientos de la «Semana Trágica» siga todavía sumido en las dudas: impide la quema de un convento (no acabamos de saber bien si por que está junto a la casa de sus suegros, y podría arder ésta también, o si porque la quema de conventos le parece un acto reprobable), desviando la atención de los revoltosos. Pero, por otra parte, mata a un francotirador que dispara contra los de las barricadas y que resulta ser un cura (o alguien vestido de cura). Finalmente, cumplirá su más alta misión en el seno de la familia Palau: servir de semental para la hija menor, su cuñada, cuyo marido «se retira caballerosamente, en el momento oportuno, siguendo los consejos de su aristocrática madre, que tiene la esperanza de anular la boda de su hijo con una «burguesa» muy por debajo de sus merecimientos y posibilidades.

Josep se nos muestra, en los primeros tiempos de su matrimonio, integrado en un grupo de obreros que estudian esperanto y siguen un régimen vegetariano, como expresión de su «voluntad de cambiar el mundo». La madre de Josep, una campesina que podría encarnar en cierto modo la sabiduría popular, reacciona ante el esperanto con una frase aguda: se le antoja un «catalán muy cerrado». En cuanto al régimen vegetariano, considera que para cambiar el mundo «hace falta comer antes muchas butifarras».

El fin de siglo es celebrado por los trabajadores, al alba, cantando «Les flors de maig» con los Coros de Clavé. Alguien grita, arrebatado por la emoción ante la salida del primer sol de 1900: «¡Este es nuestro siglo!» Vistos los tres cuartos del mismo transcurrido desde entonces, mejor lo dejamos para el que viene, porque este ya no parece tener remedio.

Ante la coronación de Alfonso XIII, la reacción de entusiasmo es unánime: ¡El F. C. Barcelona vence, a domicilio, al Madrid, en el Trofeo de la Coronación, por 3 a 1! Algo que no volvería a repetirse hasta muchos años después. Sólo los poetas no están contentos: se les ha prohibido los Juegos Florales que, por primera vez (después han sido muchas más), tienen que celebrarse en el exilio.

Nos encontramos de nuevo a Josep en una de las «meriendas fraternales» de Lerroux y sus «jóvenes bárbaros». Las pancartas dicen: «Nuestra Señora de las 8 horas, virgen y mártir». Alguien entona una canción:

«En el fondo de un barranco
canta un negro con afán:
Ay, madre, quien fuera blanco
aunque fuera catalán...»

Doblan las campanas en señal de duelo: ha muerto Verdaguer, el poeta nacional de Cataluña, a quien incluso los «jóvenes bárbaros» rinden homenaje de admiración. Pero llega Lerroux y electriza a todos: «¡Hay que incendiar Barcelona por los cuatro costados, hasta purgarla de burgueses y reaccionarios! ¡Entrad a saco en los conventos, levantad el velo de las novicias y elevarlas a la categoría de madres!»

Los compañeros de Josep derivan pronto hacia el anarquismo. Ante el llamamiento a las urnas de «todo el país», para obtener el triunfo de la candidatura de los «cuatro presidentes», uno de ellos intentará torcer la corriente: no hay que dejarse engatusar por los pleitos entre burgueses. ¡Ya se las apañarán solos! Ya hemos visto los resultados: la cárcel. Serán estos mismos compañeros los que, más tarde, du-

rante la «Semana Trágica» veamos tras las barricadas. «Hay que hacer cumplir la huelga (dirá uno de ellos). Todo el mundo ha cerrado, menos éstos (por las iglesias y conventos). El Santo Negocio de la Salvación sigue abierto. Los réditos de la virtud siguen produciendo...» El cura, por su parte, hará una original versión matemática: «Por la misma regla de tres que del impío Renán y del cínico Voltaire sale la Escuela Moderna libre o laica...» El integrista se le une, y dice refiriéndose a los revoltosos: «La culpa de todo esto no la tienen ellos, pobres ignorantes. La tienen los educadores laicos que no enseñan el respeto a la autoridad, la religión, la familia y la propiedad, los cuatro pilares de la sociedad».
Mientras Josep se lamenta con amargura, sometiéndose más tarde a su papel de semental, vigorizando con su sangre proletaria la decadente y débil de la alianza burguesía-aristocracia, sus compañeros son barridos de las barricadas por el Ejército, que tal vez ha caído en la trampa tendida por esos «curas que han sido detenidos en la izquierda del Ensanche, que disparaban contra los soldados disfrazados de obreros, para que el Ejército se decida a la represión...» El final es de todos conocido. Para algunos, incluso fue feliz.

DE LAS MUCHAS SALIDAS QUE TIENE LA CLASE POLITICA

En «La ciutat cremada» la clase política catalana de la época está abundantemente representada, aunque por personajes episódicos respecto a la trama argumental de la cinta. El Dr. Robert, Prat de la Riba, Cambó, Puig y Cadafalch, Jaume Carner, Lerroux, Vallés i Ribot, Amadeo Hurtado, Laureà Miró, etc. Papeles interpretados por actores de gran prestigio (Adolfo Marsillach, López Vázquez, José Vivó) o por personalidades ajenas a la profesión pero de seguro impacto en el ambiente cultural ciudadano (Alfonso Carlos Comín, Jordi Borja). Son los personajes que cubren el entramado histórico del argumento, y a cuyo través se intenta ofrecer una interpretación del período. Personajes que aparecen en momentos culminantes de su actuación pública, pronunciando palabras y frases documentadas. Así, el Dr. Robert lo hace en el momento de su dimisión como alcalde de Barcelona, tras haberse visto obligado a firmar las primeras órdenes de embargo ante la negativa de los comerciantes catalanes a pagar la contribución. Lerroux está presente cuando se incuba la Huelga de 1902. Jaume Carner y Fran-

En «La ciutat cremada», la clase política catalana de la época se halla abundantemente representada, aunque por personajes episódicos respecto a la trama argumental del film. Contemplamos aquí a Jaume Carner y Puig i Cadafalch.

Una de las «meriendas fraternales» organizadas por Alejandro Lerroux y sus «jóvenes bárbaros». A ella asisten Josep (Xavier Elorriaga) y su mujer, Remei Palau (Jeannine Mestre), que —arriba— se sientan en corro bajo una pancarta de apoyo a Lerroux y una imagen de «Nuestra Señora de las Ocho Horas, virgen y martir», y —abajo– pasean ante una niña vestida de República y que porta en sus manos el lema «Libertad, Igualdad, Fraternidad». (En la parte izquierda de la foto superior, con sombrero hongo, figura el director de «La ciutat cremada», Antoni Ribas).

cesc Cambó valoran la significación política del recibimiento popular a los jugadores del «Barça» que han vencido al Madrid, así como la de la protesta de los poetas por la prohibición de los Juegos Florales. Vemos a Prat de la Riba como presunto contratista de los servicios de Mr. Arrow, «detective inglés con veinte años al servicio de Scotland Yard», organizador de la «Oficina de Vigilancia Criminal Antiterrorista».

Dentro de una reunión en casa de Vallés i Ribot, en el segundo día de la «Semana Trágica», los «padres de la patria» se manifiestan del siguiente modo:

HURTADO.—¿Hablamos en nombre de toda la «Solidaritat» o sólo en el de los presentes?

MIRO.—¡De toda Cataluña!

VALLES I RIBOT.–Por una vez podemos hablar incluso en nombre de las clases obreras.

MIRO.—A veces no queda otra salida que la revolución. Y si no la hacemos nosotros, la harán sin nosotros...

HURTADO.—El amigo Miró tiene una visión espectacular de las revoluciones, que por su edad sólo debe haber visto en los cromos de chocolate...

Pero cuando descubren que se ha iniciado la quema de conventos, todas las «fuerzas vivas» de la ciudad escabullen el bulto ante la situación que les desborda. Mr. Arrow, mientras tanto, se pregunta: «¿Por qué en esa lista que circula por ahí, **sólo** se ordena destruir conventos e instituciones religiosas y no bancos, o fábricas, o centros de comunicaciones, como correspondería a una solución?». La pregunta queda sin respuesta, sobre todo si uno se atiene a los resultados oficiales de la revolución: Guardia Civil: 1 muerto y 45 heridos; Ejército: 3 muertos y 27 heridos; Cruz Roja: 4 muertos y 17 heridos; Población civil: 82 muertos y 126 heridos. No hablemos de la represión posterior. Más de mil procesos fueron instruidos por la jurisdicción militar en las dos semanas siguientes. Se dictaron 17 condenas a muerte, de las que se ejecutan cinco: la última y más sonada, la de Francisco Ferrer Guardia, fusilado el 13 de octubre de 1909, que provocaría la protesta de todo el mundo y la caída del Gobierno Maura. La clase política encontró, desde luego, otra salida. Simplemente se puso del lado de la represión. Prat de la Riba resumirá la situación: «La protesta del pueble es justa, pero la paz es absolutamente necesaria para ordenar nuestra tierra». Como Goethe, antes la injusticia que el desorden. Luego, su periódico, «La Veu de Catalunya», albergará magnánimamente a los profesionales de la delación.

LA CIUTAT CREMADA

El título del guión que han escrito Ribas y Sanz está tomado de dos célebres artículos de Joan Maragall a propósito de la «Semana Trágica»: «La ciutat del perdó» y «L'iglèsia cremada». El primero de ellos era una petición de amnistía para los procesados por los sucesos de la «Semana Trágica», y especialmente, según nos quiere convencer Josep Benet en su **«Maragall i la setmana tràgica»**, para evitar la ejecución de Ferrer, aunque en el texto de Maragall no se hace ninguna referencia expresa al mismo. El artículo fue enviado a «La Veu de Catalunya», el diario de Prat de la Riba, el 10 de octubre de 1909. Ferrer fue ejecutado tres días después. El artículo no había aparecido en el periódico ni lo haría jamás. En realidad no se publicaría hasta 1932, a los veintiún años de la muerte del poeta, en la edición de sus **«Obras Completas»** preparadas por sus hijos. Benet, en su libro citado, nos habla también de que si el artículo se hubiera publicado a tiempo, podría haber detenido la sentencia que pesaba sobre Ferrer. ¡Santa Inocencia! Lo que no pudo conseguir la protesta de medio mundo, lo iba a lograr un poeta que, para más «inri», escribía sus poemas en catalán. De todos modos, y por si acaso, Prat de la Riba vetó la publicación. Se supone que con el beneplácito de su delfín, Francesc Cambó, quien, ausente durante la «Semana Trágica» de Barcelona, escribía a su regreso al Ministro de la Gobernación D. Juan de la Cierva (apellido venerado entre la clase obrera), en los siguientes términos: «Creo, como todos los que de verdad quieren a Barcelona y Cataluña, que las atrocidades de julio (Cambó llama atrocidad, sin duda, a la destrucción de los 113 edificios religiosos y docentes quemados durante la «Semana Trágica», no a los 117 muertos y 422 heridos oficialmente habidos) no han de quedar impunes; que se impone el castigo severísimo de los culpables y atacar enérgicamente los focos de infección social que existen en Barcelona (...) Acordó el señor Gobernador (se refiere a Crespo Azorín, nombrado en sustitución de Ossorio y Gallardo, quien había dimitido al declararse el Estado de Guerra) cerrar las escuelas en las que, durante años, se ha consentido que se vulnerasen en la conciencia de los niños todos los fundamentos de la sociedad y se les preparase para todas las violencias. Así anunciado el acuerdo del Gobernador, fue recibido con satisfacción y aplauso por todas las personas honradas que no habían comprendido nunca cómo en España pudieran funcionar escuelas y circular libros de texto que no serían consentidos en ningún país del mundo, ni aun en aquellos en que la intervención del Estado en materias de enseñanza apenas está establecida. Mas, al ponerse en práctica la resolución del señor Gobernador, se ha producido un movimiento general de asombro y disgusto; por el desconocimiento absoluto que tiene el Sr. Crespo, en Barcelona han sido cerradas, no sólo las escuelas en que

se daban enseñanzas disolventes, sino escuelas meramente neutras y gran número de centros de cultura sana y moral que la iniciativa privada había creado para elevar el nivel intelectual y moral de la clase obrera», etc., etc. ¡Emocionante! Sin duda fue la preocupación por «elevar el nivel intelectual y moral de la clase obrera» lo que llevó a Cambó a encabezar, en 1907, tras el triunfo de las listas de «Solidaritat Catalana», a los diputados que visitaron a Ossorio y Gallardo para pedirle, como Gobernador Civil de Barcelona, que no se cumpliera el descanso dominical estatuido por la ley de 3 de marzo de 1904. Y la misma preocupación debía embargarle cuando, en 1916, se opuso, con éxito, en el Parlamento, al proyecto de ley sobre beneficios extraordinarios de guerra, deduciendo que si los industriales y comerciantes catalanes veían subir sus impuestos, los perjudicados serían los obreros. ¡De mis amigos, líbrame Señor, que de mis enemigos me encargo yo!

«L'iglèsia cremada», el segundo artículo de Maragall al que hemos hecho referencia, propone volver a la pobreza y austeridad primigenia de los cristianos, aprovechando la oportunidad ofrecida por la destrucción de tantos edificios religiosos. Que no se reconstruyan y se vuelva a la Iglesia de todos. El artículo fue enviado también a «La Veu de Catalunya» (a pesar de que no había publicado el anterior), periódico que le dio luz con leves pero significativas supresiones o variaciones. No hay que decir que la eficacia práctica del artículo fue muy similar al anterior, nonato. A la vista está.

Prat de la Riba (José Luis López Vázquez) aparece en «La ciutat cremada» como presunto contratista de Mr. Arrow, un detective que organiza la «Oficina de Vigilancia Criminal Antiterrorista».

Naturalmente, el guión de Ribas y Sanz no recoge de los artículos de Maragall más que el apócope de sus títulos, y quizá una cierta afinidad sentimental. Ivan Tubau, que en la película interpreta el papel del anarquista que incita a sus compañeros a la Huelga General Revolucionaria de 1902, ha declarado, a propósito de su visión de la película: «El guión es interesante comercialmente, aunque la «Lliga» quede demasiado bien. El guión no parte de una base política clara, ni científica, ni rigurosa. Es una especie de documento histórico, un tanto neutro. No me parece contundente. Desde un punto de vista revolucionario, dentro de esta estructura específica es absolutamente utópico pretender hacer una película revolucionaria». De lo cual parecen ser conscientes los autores, quienes, en sus declaraciones, no cifran en tal punto su meta, sino en el de hacer «cine catalán». Y no todo lo «catalán», por desgracia, es revolucionario.

LAS MINORIAS INTELIGENTES SERAN SIEMPRE MINORIAS PROPIETARIAS

La complejidad de los acontecimientos históricos que definen el período abarcado por el guión de «La ciutat cremada» excede, con mucho, las posibilidades expresivas de un film que, por lo demás, no pretende ser «una crónica, sino una recreación», en palabras del propio Ribas. Para el espectador no iniciado en el estudio histórico del período, la película le dirá poco sobre el mismo. Creará, eso sí, un telón de fondo apasionante, cuya profundización exigirá otras fuentes de información. Pero también es posible que ese telón de fondo quede diluído por la anécdota argumental que sirve de vehículo a la película. Sobre todo, si tenemos en cuenta que el guión obvia acontecimientos muy importantes y que los datos proporcionados cumplen más una función «narrativa» que «histórica». Por ejemplo, entre 1902, fecha de la Huelga General Revolucionaria y la muerte de Verdaguer, hasta 1909, el guión da un salto en el vacío. Si por una parte nos habla del «Tancament de caixes», como protesta de los comerciantes catalanes ante la política presupuestaria del Gobierno, nada se nos dice sobre la aprobación del arancel de 1906, que permite a los fabricantes de tejidos superar una de las peores crisis de su historia y paliar en su mayor parte las consecuencias del desastre colonial. Ni sobre la aparición de las grandes industrias químicas, que se consolidan durante el período en Cataluña (Unión Española de Explosivos, Electroquímica de Flix, Cros) gracias a una política económica determinada desde el Gobierno,

Reunión de diputados catalanes en casa de Vallès i Ribot durante el segundo día de la «Semana Trágica». Su relativo apoyo a la postura obrera pronto cambiará de signo ante una situación que les desbordaba.

que empieza a aplicar el principio de Cánovas que hemos utilizado como epígrafe de este apartado.

Es indudable que las tensiones sociales son en Cataluña, durante la época, mucho más graves que en el resto del Estado Español. Y que esta gravedad viene dada por una determinada actitud de la burguesía más pudiente, cuyo órgano representativo es la «Lliga», partido que intenta, con más que mediano éxito, complicar a todo el país en unos problemas que sólo afectan a dicha burguesía como clase social determinada. En tanto que, en las sociedades industrializadas de Occidente, la gran burguesía adopta una política de concesiones y apaciguamiento de la clase obrera, en Cataluña la cerrazón es absoluta, haciendo imposible cualquier intento de diálogo entre las clases sociales y radicalizando los conflictos hasta puntos extremos. Extremos a los que, sin duda, no hubiera querido llegar la burguesía media y pequeña, ya que en definitiva salía tan perjudicada como la propia clase obrera. Suñol lo expresa con claridad en una carta que le dirige a su amigo Jaume Carner: «(...) Fíjate bien: la política de la «Lliga» ha sido siempre la siguiente: sostener en todos los tonos, en su periódico, en mítines, en conferencias, en discursos, que al catalanismo le son indiferentes las formas de gobierno y las doctrinas políticas. Hacer sin decirlo, e incluso negándolo, política declaradamente conservadora. Afirmar que quienes discrepan de ellos, es decir, quienes quieren ser catalanistas y a la vez liberales y republicanos, quienes quieren preocuparse de otros problemas políticos y sociales, son **disidentes.** Recuérdalo bien, ésta es la palabra que «aplica» siempre «La Veu» cuando habla de nosotros». Esta actitud tiene, naturalmente, su correspondencia en hechos concretos: por ejemplo, el presupuesto de Cultura del Ayuntamiento de Barcelona, en 1908, que responde a una clara concepción elitista de la enseñanza, oponiéndose radicalmente a una democratización de la misma. O la buena acogida que por parte de la gran burguesía tienen las ideas de Charles Maurras. O la simpatía con que Cambó acoge más tarde al movimiento de Mussolini. Todo viene a resumirse en la siguiente regla de conducta: «Hay que formar una élite, unos «padres de la Patria», a la que irán a parar espontáneamente quienes, por su dinero e inteligencia, están llamados a llevar la dirección de los negocios públicos». Actitud que enlazaba con el «grupo catalán» de Madrid que, durante la Restauración, constituían el eje de su política. Los López-Comillas, Güell, Girona, Taberner, etc., se sirvieron de esa política para afianzar sus negocios y sus especulaciones en la Bolsa y en los Bancos que dirigían. Antoni Jutglar, en su «Historia crítica de la burguesía a Catalunya», sintetiza la situación en las siguientes palabras: «Los burgueses empezaron a considerarse seriamente amenazados por la expresión pública del descontento y la irritación obreras. La burguesía catalana, en lugar de advertir que

Vallès i Ribot —a la izquierda—, acompañado por su esposa (Teresa Gimpera), en el transcurso de la reunión de diputados catalanes. La clase política pronto halló una salida para sus dudas: ponerse al lado de la represión contra los revolucionarios de la «Semana Trágica».

esta rebelión del proletariado no era más que un signo del fracaso de su concepción cerrada y egoísta de la economía capitalista, lo único que supo hacer fue cerrar aún más sus filas y, huyendo del diálogo y de cualquier tipo de concesión, pedir a los mismos que decía combatir que fabricasen herramientas policíaco-estatales lo bastante potentes como para superar la protesta obrera». Por su parte, Prat de la Riba no había ocultado nunca cuáles eran sus intenciones: «Pero ya el nacionalismo catalán ha iniciado la segunda función de todos los nacionalismos, la función de influencia exterior, la función imperialista (...) Es hora, pues, de trabajar para reunir a todos los pueblos ibéricos, desde Lisboa al Ródano, en un solo Estado, en un solo Imperio; y si las nacionalidades españolas renacientes saben hacer triunfar este ideal (...), como la Prusia de Bismark supo imponer el ideal del imperialismo germánico, podrá la nueva Iberia elevarse al grado supremo del imperialismo: podrá intervenir activamente en el gobierno del mundo con las otras potencias mundiales, podrá expansionarse de nuevo sobre tierras bárbaras y servir a los altos intereses de la humanidad conduciendo hacia la civilización a los pueblos atrasados e incultos». (**«La Nacionalitat Catalana»**, 1906). Ni el propio José Antonio Primo de Rivera hubiera llegado tan lejos. Pero esta actitud del catalanismo dominante no queda reflejada en el guión de «La ciutat cremada», como tampoco la disconformidad de los llamados «disidentes», a pesar de que algunos de sus miembros aparezcan en la historia.

Los historiadores parecen estar de acuerdo en que la génesis de la «Semana Trágica» (2) resulta compleja y difícilmente explicable. En el guión de «La ciutat cremada», donde los acontecimientos de la «Semana» ocupan más de un tercio, se omite igualmente una interpretación de los hechos, y los datos que se ofrecen resultan —además— equívocos. No se llega, desde luego, a la altura de Josep Pla, quien llega a afirmar: «La Semana Trágica es incomprensible sin tener presente la revolución espiritual impuesta por fuerza al país a través de la campaña de sabotaje contra la Solidaritat. La Semana Trágica es la explosión de un estado de espíritu formado en el curso de dos años y a fuerza de demostrar a la gente que

(2) Sobre diversos aspectos de la «Semana Trágica», TIEMPO DE HISTORIA ha publicado un amplio bloque de trabajos en su número 7 (junio de 1975).

toda política constructiva era un trabajo de traidores y esbirros. Esta campaña la hizo Lerroux por profesión, la Esquerra la flanqueó por gusto y por inconsciencia y Moret detrás de la cortina la dirigió con su helada sonrisa (...) La Semana Trágica —dice la gente— fue una explosión contra los militares y los curas. ¡No lo creáis! ¡La Semana Trágica fue una explosión de estupidez rigurosamente pairal!».

Cada cual interpreta la Historia a su gusto. No parece que la explicación sea tan sencilla. Ni tampoco es aceptable que no haya explicación alguna. La «Lliga» sale fortalecida después de la crisis del Gobierno Maura. Con Solidaritat o sin ella, cumple su objetivo al obtener la «Mancomunitat» en 1914. Y cuando llegue la Segunda República y las posiciones se hayan radicalizado en uno y otro sentido, quien llevará adelante el Estatuto de Autonomía a buen fin ya no será la «Lliga», sino los llamados «disidentes». Claro que eso, para Pla y otros «historiadores» de parecido calibre, constituirá un error monstruoso. Y ya sabemos que los errores históricos son peores que los crímenes. Aunque personalmente crea que ningún error justifica un crimen. Y en este país, por lo general, los errores de unos (errores cometidos muchas veces para no cometer crímenes) justifican los crímenes de otros (que cometen crímenes para no cometer errores). Todo lo cual nos lleva mucho más allá de un guión cinematográfico. ■ **J. B.**

BIBLIOGRAFIA

El lector interesado puede consultar un libro que le pondrá al corriente de toda la bibliografía sobre el período en particular y sobre la Historia de la Cataluña Moderna en general: **«Bibliografía dels moviments socials a Catalunya, València i les Illes»**. Dirigida por E. Giralt Raventós, con la colaboración de A. Balcells, A. Cucó, J. Termes. Editorial Lavínia. Barcelona, 1972.

Por mi parte, he utilizado especialmente los siguientes libros:

«Panorama del pensament català contemporani». Selección y comentarios de J. Ruiz i Calonja. Prólogo de J. Vicens i Vives. Editorial Vicens Vives. Barcelona, 1963.

Josep Pla: **«Fancesc Cambó»**. Edicions Destino. Barcelona, 1973.

Josep Benet: **«Maragall i la Setmana Trágica»** (5.ª edición). Edicions 62. Barcelona, 1975.

Antoni Jutglar: **«Història crítica de la burgesia a Catalunya»**. Dopesa. Barcelona, 1972.

Jordi Solé-Tura: **«Catalanisme i revolució burgesa»**. Edicions 62. Barcelona.

Además de interpretaciones globales, como las de Tuñón de Lara, Gerald Brennan, Joan Reglá, Vicens Vives, Pierre Vilar, etc.

El guión de la «*La ciutat cremada*» omite una interpretación de los motivos y sucesos de la «Semana Trágica», resultando además *equívocos* los datos que se ofrecen sobre ella. No podía faltar en la película la descripción del ataque contra las instituciones religiosas, ni el episodio del subnormal Ramón Clemente García (Joan Manuel Serrat) paseando la momia de una monja, acto que contemplamos.

De la trata de esclavos

París. Una casa cualquiera. Dos o tres dibujos enmarcados y varios carteles. Año 1973. Enclaustrado, con breves paseos y citas secretas, vive allí un negro, generalmente silencioso y en actitud acorralada. Su entrada en el país ha sido ilegal, *con pasaporte* portugués, porque Portugal tiene negros en sus colonias y un negro norteamericano puede hacerse pasar por uno de ellos; pero es casi seguro que la Policía sabe quien es, dónde vive y de dónde vino. Casi seguro, pues, que lo vigila y que sólo intervendrá en el caso de que el personaje olvide su falsa identidad para asumir la verdadera. A menudo, sin embargo, llegan gruesos paquetes de los Estados Unidos, con periódicos y comunicaciones, que un muchacho, que vive también en la casa, redistribuye en múltiples sobres y lleva puntualmente al correo.

Desde la sumisa esclavitud hasta el movimiento revolucionario del «Black Panther», el negro norteamericano ha recorrido un largo y trágico camino. El «racismo blanco», que ha justificado y fortalecido la explotación económica del negro, ha determinado una respuesta inevitablemente teñida de «racismo negro» por parte de los oprimidos. Respuesta que en los Panteras Negras —un grupo de cuyos dirigentes de 1968 vemos— halla su formulación más radical.

José Monleón

a los Panteras Negras

La vida del personaje es, sin duda, provisional. En aquellos paquetes, en las noticias que le llegan por otros conductos, en las llamadas telefónicas de larga distancia, encuentra violentos estímulos para la amargura, la indignación o la esperanza. Nuestro personaje ha conocido la miseria, ha estado varias veces en la cárcel, ha violado mujeres blancas, ha participado en enfrentamientos armados con la Policía, ha escrito dos «best-sellers» de la literatura norteamericana, ha sido candidato a la Presidencia de los Estados Unidos... Se trata de Eldridge Cleaver, una de las tres grandes personalidades —las otras dos son Huey P. Newton y Boby Seale, los fundadores del Partido— del «Black Panther», que huyó de los Estados Unidos al serle retirada la «libertad bajo palabra». Primero fue a Argelia y ahora está en París, asistiendo desde lejos a la masacre de los Panteras, tanto en sus choques con la policía como en el constante enfrentamiento entre los

partidarios de las distintas estrategias...

QUINCE MILLONES DE ESCLAVOS

«Los negros llegaron a América casi al mismo tiempo que los colonos blancos; ya existían negros en la isla La Española (Haití) en 1501. Fue en 1518, sin embargo, cuando la Trata se inició realmente con el desembarco en las Indias Occidentales del primer cargamento negro llegado directamente de Africa. Los últimos cargamentos debieron llegar hacia 1880, pocos años después de que la esclavitud fuera oficialmente abolida en Brasil y Cuba. Nadie sabe cuántos negros cruzaron el Atlántico antes de esa fecha, aunque un cálculo por lo bajo dé la cifra de unos quince millones.

Desde el principio hasta el fin, la trata constituyó una negación de todas las normas, de todas las reglas, excepto las que rigen las ganancias y las pérdidas. Un hombre negro no tenía más valor que meramente su valor de cambio en el mercado. Si su carne dejaba de valer, se le echaba por la borda como un caballo al que se sacrifica por tener una pata rota. Pero la opinión popular yerra al creer que los negros eran las únicas víctimas de la trata. Los marinos blancos eran también considerados como «meros nombres inscritos en el libro Mayor». Por estar conceptuados como de menor valor que los esclavos, se les daba, generalmente, menos comida y más azotes, como podemos comprobar por los numerosos testimonios presentados ante el parlamento entre 1790 y 1791. Estas cifras demuestran que la mortandad entre los marinos, durante el curso de la travesía a Guinea, era más alta que entre los esclavos hacinados en las calas.

También contradice la opinión popular el hecho de que muy pocos de los esclavos (probablemente el uno o dos por ciento) fueran africanos libres secuestrados por los europeos. Los capitanes esclavistas no tenían, como norma, ningún prejuicio moral contra el rapto «humano», pero, por lo común, se inhibían de hacerlo considerándolo una práctica comercial arriesgada. Un navío sospechoso de raptar hombres corría el riesgo de ser atacado por los indígenas, su tripulación asesinada y vendido a otro navío su cargamento de esclavos. Los capitanes consideraban más seguro comprar su cargamento a los mercaderes nativos, a un precio por esclavo, determinado, casi siempre, al cabo de un prolongado regateo.» (1)

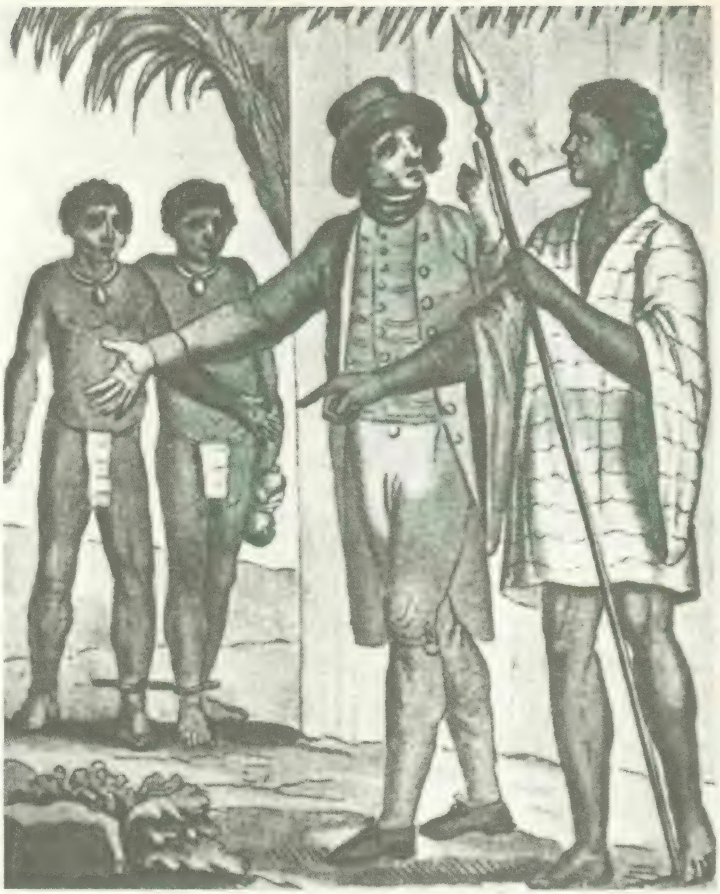
En 1518 se inició la Trata de negros, con el desembarco en las Indias Occidentales del primer cargamento llegado directamente de Africa. Entre esta fecha y 1880, unos quince millones de esclavos negros cruzaron el Atlántico. (Stanley: «Conducción de esclavos en Africa»).

RAZA Y CLASE SOCIAL

James Baldwin, el gran novelista y dramaturgo, ha insistido en la necesidad que tienen los negros norteamericanos de asumir su historiam Sólo así, sabiendo hasta qué punto esa historia forma parte del presente, este último podrá ser entendido y, tal vez, transformado. Baldwin, un negro de Harlem, sostiene estas ideas en un diálogo con Margaret Mead, blanca, liberal, que intenta, y a veces consigue, detectar los elementos racistas que subyacen —lógicamente, por lo demás— en la voluntad de afirmación negra. El tema es muy complejo y, de hecho, aflora en toda la teoría del movimiento negro. Para la clase dirigente norteamericana, cuanto hacen los negros a fin de romper su vieja sumisión, incluso invocando leyes constitucionales y sentencias de los tribunales, suena siempre a «racismo negro». Sin embargo, el movimiento negro no ha sido siempre necesariamente «anti-blanco» y sólo el hábito de tomar la perspectiva de la clase dominante, por supuesto inscrita en el mundo cultural blanco, como la «perspectiva correcta», puede

(1) *Historia de la trata de negros*, de Mannix y Cowley. Alianza Editorial.

explicar el hecho. En contrapartida es necesario decir que el inequívoco «racismo blanco» con el que se ha justificado y fortalecido la explotación económica del negro, ha tenido que determinar en los oprimidos un tipo de respuesta inevitablemente teñido de «racismo negro». Así, cuando Margaret Mead le reprocha a Baldwin el excesivo apego a un pasado que, por su crueldad, imposibilitaría cualquier confianza presente del negro en el blanco, el novelista le responde que si bien él se fía, en tanto que ciudadano concreto, de 47 años, con unos determinados conocimientos, de Margaret, cuyas obras ha leído, en cambio, cuando tenía 10 años fue golpeado injustamente por dos policías blancos porque «había una historia escrita en su piel». Es decir, que por más que ellos dos, Baldwin y la Mead, superen individualmente el «racismo», seguirá vigente en la sociedad norteamericana un «pasado histórico» que «legitima» los golpes de la policía a un niño negro y que, por tanto, es aún presente.



La Trata constituyo una negacion de todas las normas, de todas las reglas, excepto las que rigen las ganancias y las pérdidas. Un hombre negro no tenia mas valor que meramente su Valor de cambio en el mercado. («Vendedor de esclavos de la villa senegalesa de Gorée»)

Sería aquí, en la pervivencia real de este pasado —como factor de la conciencia o del inconsciente del blanco—, y no en la letra democrática de las leyes o en las modificaciones externas de la situación negra, donde habría que situar las claves de una tensión «racista» que, de otro modo, cabría estimar fácilmente corregible.

Sin embargo, en el texto antes transcrito hay una precisión de enorme interés para asumir el pasado de un modo correcto. Me refiero al hecho de que los esclavos negros fueran vendidos por reyezuelos negros, generalmente a costa de tribus débiles o derrotadas; me refiero también al hecho de que, en la travesía del Atlántico, valiera más la vida de un esclavo negro que la de un marinero blanco. Lo que viene a subrayar que, en su mismo origen, la trata de negros estuvo sometida mucho antes a un criterio económico que a un criterio racial. Víctimas eran los esclavos negros y los marineros blancos enrolados por un miserable jornal; beneficiarios de la trata, los armadores blancos y los caciques africanos...

Si, durante siglos, el blanco pobre se ha sentido superior al negro, con ello no ha hecho sino vivir de una falsificación de la historia. Participar, en fin, de una «superioridad» ficticia, a través de la cual no sólo ha sido explotado el negro sino que él mismo ha sido engañado. Importa tener esto claro para entender la vieja lucha entre, pongamos por caso, los puertorriqueños y los negros de Nueva York. Importa, también, para comprender el nacimiento de una nueva actitud negra que intenta, al fin, establecer la relación entre el «problema racial» y el problema simplemente social.

Explica, en fin, por qué la mesa de la destartalada oficina newyorkina de los «Black Panther» está llena de octavillas que expresan la solidaridad del partido con las reivindicaciones de los «hermanos blancos» de Puerto Rico...

Arrancados de tierras ignotas, considerados «salvajes» que «vivían desnudos», con la piel y los rasgos de otra raza, pacientes y productivos en los más duros trabajos, la incorporación de los negros a la sociedad americana tiene un carácter puramente comercial. Taylor reflejó así en 1852 un mercado estadounidense de esclavos.

NO ERAN COMO BESTIAS

«Antes que los europeos hicieran acto de presencia en la costa, los negros del Africa Occidental habían creado brillantes imperios, que se sucedían unos a otros. El primero del que se tienen noticias fue Ghana, que antes del año 1000 dominaba sobre la mayor parte del territorio comprendido entre el Sahara (al norte), el Níger (al oeste) y el océano Atlántico. El rey de Ghana podía disponer de 200.000 soldados en el campo de batalla. Mantenía un sistema de vías de comunicación, con albergues para viajeros situados a intervalos regulares. Sus súbditos tenían magníficos edificios, un código de leyes y conocimientos avanzados en agricultura.

Tras un intervalo de varios años, el imperio ghanés fue sustituido por el imperio mandingo de Mali, cuyo nombre ha dado también origen a una de las nuevas repúblicas africanas. Fue en los días de Mali cuando la gran ciudad de Tumbuctú se hizo famosa en el mundo entero por su prosperidad y su universidad mahometana, algunas de cuyas facultades estaban culturalmente más avanzadas que muchas de las europeas del Siglo XIV...

Un reino más pequeño, pero de mayor riqueza y civilización que el Congo, era Benin, que ocupaba entonces lo que hoy es Nigeria. La capital, llamada también Benin, tenía seis millas de circunferencia y se hallaba rodeada de un muro de seis pies de alto. Umbrosos árboles se alineaban a lo largo de sus amplias calles, y las casas estaban construidas con arcilla roja, pulida en tal grado, que los primeros exploradores pensaron que se trataba de mármol rojo. Uno de ellos contó que el palacio del rey, llamado Oba, era tan grande como todo Harlem, y tenía galerías cuadradas, cuyos muros se hallaban cubiertos de bronce e ilustrando hazañas heroicas.» (2).

LA IDENTIDAD LATENTE

Durante siglos, al negro se le dijo en América que pertenecía a una raza inferior. Casi desde la misma llegada de Colón a las Américas se había puesto de manifiesto que los indios soportaban mal el trabajo que les imponían los conquistadores. Su vida había sido otra de la que exigía la explotación de las minas y la avidez con que se perseguía su rendimiento. Muchos indios murieron, ya fuera a causa del trabajo, ya fuera por fracasar sus desarmadas rebeliones ante la pólvora y la espada de sus amos. El humanitarismo entró entonces en conflicto con la codicia. Y Bartolomé de Las Casas, queriendo defender los dos términos, consideró la buena salud con que los negros llevados a Haití trabajaban en las minas y en las plantaciones. Así que solicitó de Carlos V que autorizara el envío de doce negros por colono, a fin de que los indios se vieran aliviados de un trabajo que, además de realizar sin el deseado rendimiento, aseguraba su infelicidad y prometía su exterminio.

Hay aquí, en estos primeros pasos de la trata, una formulación que no hará sino moldear más y más la idea del «blanco» sobre el negro. En última instancia, se dirá, en el indio existe una «dignidad» que le impide desempeñar sin más el trabajo de una bestia. La Conquista ha descubierto civilizaciones que han despertado, además de codicia, asombro. Y los indios son seres físicamente próximos, con cuyas mujeres se han establecido sin problemas las relaciones sexuales. Incluso podría añadirse que están un tanto ennoblecidos por su triste condición de vencidos, de antiguos y seculares propietarios de las riquezas que ahora pertenecen al Imperio.

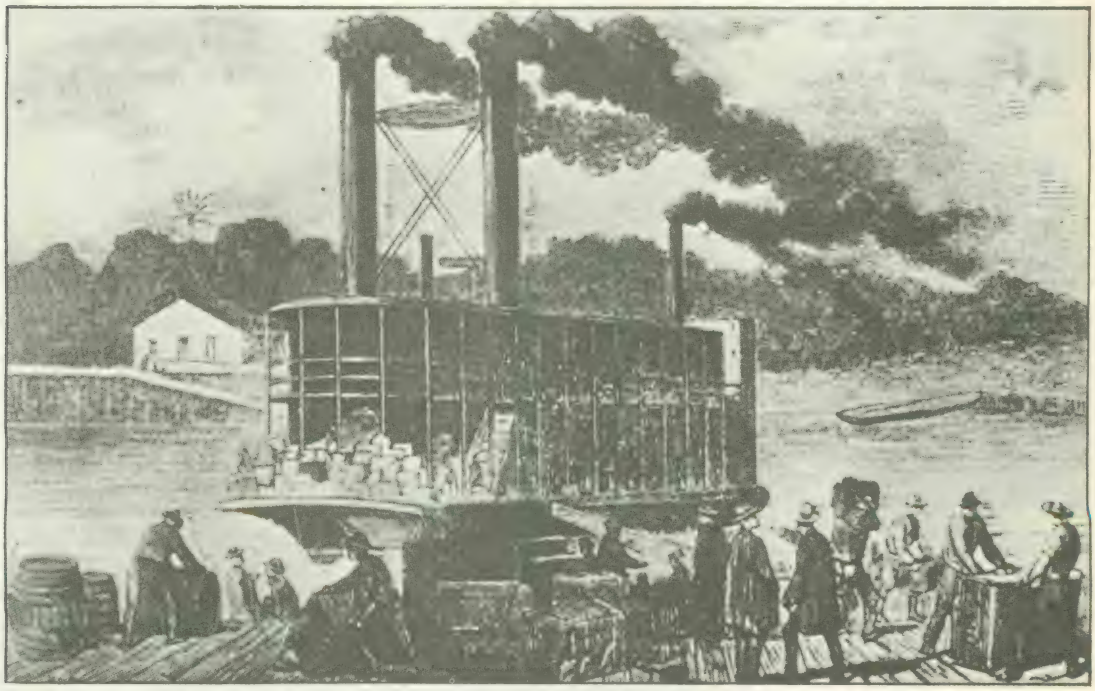
Pero los negros son otra cosa. Arrancados a tierras ignotas, considerados «salvajes» que «vivían desnudos», con la piel y los rasgos de otra raza, pacientes y productivos en los más duros trabajos, su incorporación a la sociedad americana tiene el carácter de una operación puramente comer-

(2) Id.

cial. Se sabe, simplemente, que los de ciertas regiones, que poseen un determinado aspecto, dan mejor resultado que los de otras, y se les compra y pone un precio como a las distintas clases de caballos. El «racismo», la idea de que el negro pertenece a una «raza inferior», se genera y desarrolla, pues, como una exigencia de la economía a la moral. Sólo «bestializando» la condición del negro podrá hacérsele trabajar hasta que reviente sin que sufran lo más mínimo los mandamientos de la ley de Dios ni los sentimientos de los cristianos.

Es ahí donde, poco a poco, su condición se distancia del más desventurado de los blancos. Porque el blanco, aunque viva en las más atroces circunstancias o muera arrojado por la borda, es un hombre con historia, un hombre de un lugar y una esperanza, que puede incluso reírse a veces de sus desgracias, como lo hicieron los héroes de nuestra picaresca. El negro es, en cambio, un hombre al que se supone sin identidad histórica, exactamente igual que los animales que se emplean en el campo. Y si, en un momento dado, el amo hace sus cuentas, y ve que es más barato comprar un esclavo nuevo que criar al que nazca del emparejamiento de los que ya tiene, procurará evitar que cualquier relación sexual pueda rebajar el rendimiento de los hombres y mujeres de su cuadra.

A través de su larga y dolorosa historia, los negros de América tendrán que ir, poco a poco, revelando los rasgos humanos que subyacen bajo la imagen de las bestias. Tendrán que ir, primero, conquistando esa conciencia individual tan duramente castigada. Tendrán que plantearse, en seguida, la lucha por la dignidad social, por un reconocimiento público de esa humanidad tanto tiempo cuestionada. Vendrá la exigencia de que en las leyes y constituciones de los blancos se les reconozca la igualdad de derechos con los blancos. Aparecerá de inmediato la evidencia de que esta igualdad no basta establecerla en los papeles, porque la pobreza y el orden económico pueden consolidar las viejas injusticias. Las aspiraciones adquirirán entonces una serie de connotaciones revolucionarias, que permitirán al sistema manejar algunos de sus argumentos —sólo algunos, porque la sociedad negra, encuadrada en buana parte en el lumpen, afectada por factores singulares, no puede entender el marxismo tal como lo hace una buena parte del proletariado blanco-- anticomunistas. Vendrá aún el rechazo de las conquistas «simbólicas», de las concesiones irrelevantes que permiten a los blancos exhibir a unos pocos negros ocupando puestos responsa-



El «racismo», la idea de que el negro pertenece a una «raza inferior», se genera y desarrolla como una exigencia de la economía a la moral. Sólo «bestializando» la condición del negro podrá hacérsele trabajar hasta que reviente —en labores como esta descarga de un barco— sin que sufran las conciencias de los cristianos.

bles. Todo parecerá encaminado a que el negro llegue a ser igual al blanco, a que aquél se integre paulatinamente, tras varios siglos de servidumbre, a los valores de la sociedad blanca..m

Hasta que, de pronto, se hará evidente que una gran parte de esa sociedad negra no tiene ni ha tenido nunca interés en olvidar su pasado, en sepultar definitivamente esa identidad que le ha sido escamoteada. Frente al dilema blanco entre integración o segregación, tomando la primera como la opción liberal y progresiva, surgirá el rechazo revolucionario negro de la integración al mundo blanco, por ver en ella el remate de un largo proceso destructor, iniciado, hace muchos años, en las costas de Africa.

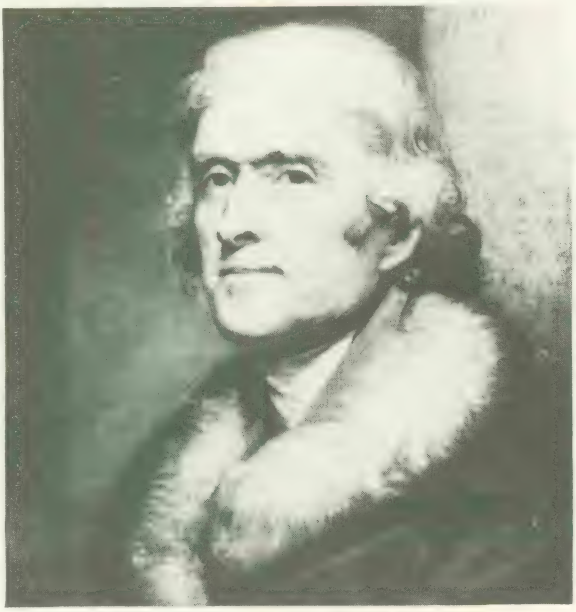
Africa reaparecerá entonces como la tierra originaria y arrancada. A la imagen del «salvaje desnudo» —esgrimida tantas veces con una intención no precisamente roussoniana— se opondrá la realidad de una cultura asentada en valores distintos a los occidentales. Las respuestas salidas de ese reencuentro con Africa serán distintas. Unos predicarán la «vuelta a Africa», para reincorporarse a la vida de aquel Continente, ya sea creando una nación nueva —como se hizo en Oriente Medio, instalando a los judíos en Israel—, ya sea repartiéndose entre las naciones existentes. Otros se aferrarán en los Estados Unidos a un «Africanismo cultural y estético», con el riesgo de quedarse en la superficie de los trajes, el modo de peinarse y hasta el estudio de una lengua. Otros se preguntarán seriamente por el valor real de todas las «adherencias» inicialmente occidentales pero remodeladas por el negro y parte ya fundamental de su cultura y de la cultura de los Estados Unidos de América. Un escritor negro, Leroi Jones, se planteará el tema del jazz, como expresión de raíz africana, pero desarrollada en el contexto cultural de la nueva patria...

En todo caso, por encima de las distintas respuestas y la crítica que cada una de ellas suscita, Africa será un tema siempre renacido entre los negros de América del Norte. Sólo que cada vez serán menos los que piensen en el Retorno y más los que asuman la condición de «afroamericanos», es decir, de negros norteamericanos, que deben resolver sus problemas en Norteamérica asumiendo su origen africano.

JEFFERSON: LIBERTAD Y RACISMO. EL RETORNO A AFRICA

Cuando los negros —y bueno será decir que la idea de que «negro» era un término peyorativo, impuesto por los blancos para afirmar su superioridad, ha sido ya desbancada, asumiéndose ahora dicho término con naturalidad e incluso con orgullo— explican «su» presencia en la historia oficial de los Estados Unidos, suelen comenzar con la cita de estos tres nombres: Crispus Attucks, Thomas Jefferson y Abraham Lincoln. El primero fue, simplemente, un héroe negro de la Guerra de Independencia; Jefferson, uno de los fundadores de la nación; Lincoln, el vencedor de la Guerra de Secesión y el presidente que más ha contribuido al nacimiento de una «conciencia democrática» en Norteamérica.

A Attucks se le cita para subrayar que el negro, lo quieran o no los blancos, ha tenido siempre su parte en la historia de los Estados Unidos, no ya aportando su trabajo físico al desarrollo y explotación de sus riquezas naturales, sino, incluso, perdiendo su vida en la defensa de la nación. En cuanto a Jefferson, sus reflexiones tienen el valor de expresar las características del primitivo antiesclavismo y de establecer sus limitaciones dentro del proceso histórico. Elementos todos ellos de gran interés si pensamos que Jefferson, por su papel en la Independencia de los Estados Unidos, es figura que ha influido en muchos debates posteriores.



Las ideas de Thomas Jefferson, uno de los fundadores de la nación americana (en la imagen), tienen el valor de expresar las características del primitivo antiesclavismo y de establecer sus limitaciones dentro del proceso histórico.

Firmando la Proclama de Emancipación —cuyo proyecto discute aquí el Gobierno americano en 1862—, Abraham Lincoln (sentado, con unos papeles en la mano) «daba a los negros de Norteamerica esperanzas mayores de las que nunca se les habían dado e incluso de lo que se les daría después», según Theodore Drapper.

De Jefferson son unas palabras que, casi dos siglos después, repitieron la mayor parte de los integracionistas: *«Todos los hombres fueron creados iguales»*; a él pertenecen también una serie de textos en los que intentó convencer a sus paisanos de Virginia que la esclavitud era un *«gran mal político y moral»* y una *«mancha para el país»*. Sin embargo, para Jefferson había dos ideas igualmente claras: una, que la esclavitud debía ser abolida; otra, que el negro era inferior al blanco, y, por tanto, que las dos razas no podían vivir bajo un mismo gobierno. *«Los negros, fuera por ser de origen una raza distinta o por volverse diferentes con el tiempo y las circunstancias, son inferiores a los blancos en sus cualidades, tanto corporales como mentales»*, había escrito Jefferson en 1781-82; para sintetizar en uno de sus últimos textos (1821) las conclusiones de su casi medio siglo de debate: *«Nada está escrito con más seguridad en el libro del destino como que estas gentes han de ser libres; pero no es menos cierto que las dos razas, igualmente libres, no pueden vivir bajo el mismo gobierno»*.

Quizá Jefferson, que partía de la «superioridad» de los blancos, no podía sospechar hasta qué punto sus palabras contribuían a cimentar un nacionalismo negro —gobiernos separados—, que podía resolverse o no con la pacífica emigración de los antiguos esclavos en busca de una tierra donde organizarse. En última instancia, las palabras de Jefferson, más allá de su propósito, adelantan una idea fundamental: que mientras los negros sean «considerados inferiores» —y no hablamos simplemente de una consideración sentimental, sino del reflejo de la «inferioridad» en toda la estructura política y económica de la sociedad—, y, paralelamente, sean igualmente libres a los blancos, «no podrán vivir bajo el mismo gobierno». De hecho, Jefferson habría, pues, bosquejado los términos de la incompatible convivencia; y, habría señalado la solución que no cuestionaba la «superioridad» blanca: que los negros se fueran a otra parte.

Asentada la convivencia birracial en el hecho de que los blancos —superiores— esclavizasen a los negros —inferiores—, si la esclavitud se abolía, tal y como el humanitarismo exigía, la convivencia era imposible y se imponía «devolver» a los negros al Africa, toda vez que la crueldad que los sacó de su tierra y los explotó en los Estados Unidos había sido oficialmente proscrita. Abraham Lincoln no anduvo demasiado lejos de estas ideas de Jefferson —que no pasaron de ideas, porque Jefferson ni siquiera fue capaz de liberar a sus esclavos—, totalmente compatibles con la voluntad de abolir la esclavitud en el Sur y de contar con los intereses de los negros —encuadrados en unidades de su ejército— como una de las bases de su fuerza. En 1854, Lincoln distinguía en un discurso entre la esclavitud y los esclavos liberados. Naturalmente, la esclavitud era

Pese a cuanto hubiera de «coyuntural» en la Proclama de Emancipación, lo cierto es que abrió una nueva etapa dentro del proceso de liberación del negro americano. Dos años y tres meses después de publicarse dicha Proclama, Lincoln era así entusiásticamente recibido por la población de color de Richmond el 4 de abril de 1865.

horrible y vergonzosa, pero su abolición colocaba a la nación frente al difícil problema de los «esclavos liberados». ¿Qué hacer con ellos? En el mismo discurso citado, Lincoln declaró: «*Si todos los poderes terrenales me fueran dados no sabría qué hacer con respecto a la institución existente. Mi primer impulso sería liberar a todos los esclavos y mandarlos a Liberia, su propio país natal*». Pero eso arrojaba una serie de problemas materiales de muy difícil solución. Así que a Lincoln se le planteaba la papeleta de tener que emancipar a los esclavos y encuadrarlos bajo los nuevos supuestos en la sociedad norteamericana. «*¿Liberarlos y hacerlos política y socialmente nuestros iguales? Mis propios sentimientos no lo aceptarían; y, de aceptarlos yo, sé bien que los sentimientos de la gran masa de la población blanca no lo iba a aceptar tampoco.*»

La Guerra de Secesión modificaría temporalmente la actitud de Lincoln. En el 62, en plena Guerra Civil, aún afirmó que lo mejor para ambas razas era estar separadas y alentó un programa de emigración negra a América Central. Sin embargo, sólo unos meses más tarde, firmaba la Proclama de Emancipación, y, según escribe Theodore Drapper (3), «daba a los negros de Norteamérica esperanzas mayores de las que nunca se les habían dado e incluso de lo que se les daría después». Cuanto hubo de «coyuntural» en la Proclama de Emancipación y hasta dónde el pensamiento de Lincoln se mantenía fiel al discurso del 54 lo certifican textos como éste del 65, escrito en una carta poco antes de su muerte: «*¿Qué ha de hacerse con los negros después de liberarlos? Apenas puedo creer que el Sur y el Norte logren vivir en paz si no nos deshacemos de los negros*».

Al negro, separado violentamente de Africa, tratado secularmente como un paria, se le hablaba ahora de su «país natal», animándole al Retorno. Durante muchas décadas el hombre blanco había llenado sus barcos de negros a cambio de pólvora, de armas y de ron. Los distintos pueblos africanos se habían visto impulsados a incrementar la trata para aumentar su armamento. La lucha entre las distintas tribus —Nkruma habló de aquella etapa como de una verdadera «balcanización» de Africa— se había convertido en una exigencia implacable, porque los vencedores podían intercambiar a los vencidos por nuevas entregas de armamento que les garantizaran no ser los derrotados en el próximo combate. La trata había contribuido, en fin, a la paralización de un Continente, luego largamente explotado bajo la figura hipócritamente protectora de la «colonia». A los esclavos se les había arrebatado la identidad africana, y, ahora, muchos siglos después, se hablaba tranquilamente de devolverlos a su «país natal».

Para que la cosa fuera aún más hipócrita empleaba el término «colonización». Los negros americanos pasarían a ser una colonia africana de los Estados Unidos, con lo que, a cambio de la segregación geográfica, constituirían un puente de penetración norteamericana en el continente de color...

En 1818, bajo la inspiración de un clérigo, el reverendo Robert Finley, se fundaba la «American Society for Colonizing the Free People of Color in the United States» («Socie-

(3) *El nacionalismo negro en los Estados Unidos*, de Theodore Drapper. Alianza Editorial.

dad Norteamericana para el colonismo de las gentes de color libres de los Estados Unidos»). Eran tiempos en que la palabra «negro» tenía una connotación peyorativa y se juzgó prudente excluirla de la denominación de una sociedad que se atribuía un objetivo progresivo. Se aprobaron los primeros presupuestos oficiales y la nueva entidad comenzó a pensar en el cuarto de millón de negros libres que por entonces contaba los Estados Unidos. El primer «cargamento» se depositó en la costa de Sierra Leona, siendo muy pronto atacado por una plaga desconocida. Luego se compró una pequeña zona de tierra y se creó la República de Liberia, en la que bien pronto pudo verse el espectáculo de los 3.000 negros transferidos desde los Estados Unidos convertidos en una especie de casta dominante, cuya relación con los indígenas recordaba la que ellos mismos habían padecido entre los blancos. En todo caso, en los Estados Unidos los blancos insistieron durante algún tiempo —la industrialización rebajó, por otra parte, el valor «laboral» del peonaje negro— sobre la necesidad de combinar la emancipación con la emigración, ya fuera a Africa, ya fuera a ciertos lugares de América Central —por ejemplo a Haití— cuyo clima, cuya proximidad y cuya elevada cuota de población negra prometían una transferencia escasamente complicada.

Sin embargo, y pese a todos estos intentos, la inmensa mayoría negra se negó a la aventura del Retorno. Aparte del humillante desprecio que subyacía en sacarlos del país —pese a las buenas palabras que los blancos empleaban— a la vez que se les concedía la libertad, casi todos pensaron que el duro porvenir que la estancia en los Estados Unidos les prometía era preferible al incierto de la emigración.

De ello salió una nueva conciencia: el negro renovó sus perdidas raíces africanas e hizo balance de sus años y trabajos en América del Norte. Se sintió, en fin, «afroamericano», y decidió que sería libre allí donde había sido esclavo. De 1831 es el siguiente texto, extraído de un discurso pronunciado ante los negros en Nueva York: «*Estamos satisfechos de vivir donde vivimos. No creemos que las cosas continúen siempre lo mismo. Llegará el día en que la Declaración de Independencia será sentida con el corazón del mismo modo que es expresada con los labios, cuando los derechos de todos serán reconocidos y apreciados debidamente. Dios apresura ese tiempo. Esta es nuestra patria y este es nuestro país. Bajo su suelo reposan los huesos de nuestros padres; algunos de nosotros lucharon, derrama-*

El sentimiento racista de buena parte del sur de Estados Unidos se concretó en el nacimiento del Ku-Klux-Klan —una de cuyas reuniones contemplamos—, organización fanática donde se mezcla el odio al negro con el deseo de venganza por la derrota sufrida en la Guerra de Secesión.

ron su sangre y murieron por él. Aquí hemos nacido y aquí moriremos».

UNA REPUBLICA AFRICANA EN TERRITORIO DE LOS ESTADOS UNIDOS

Rechazada la idea —pese a que algunos grandes líderes negros, como Marcus Garvey, influidos por la «tesis blanca» del retorno al «país natal», no hayan dejado de manejarla durante intermitentes períodos— de la vuelta a Africa, y aceptado el principio de que «las dos razas no podían vivir bajo un mismo gobierno», más de uno se ha planteado la posibilidad de que la nación de los «afroamericanos» encontrara su tierra en una parte de los Estados Unidos. Así, Cyril V. Briggs, frente a la propuesta garveyana, escribía en 1917: *«¿No va siendo hora de pensar en una existencia política separada, con un gobierno que nos represente, nos considere y nos haga progresar? Siendo una décima parte de la población, respaldada por muchas generaciones de duro trabajo no solicitado y medio siglo de contribución, como hombres libres, a la prosperidad de Norteamérica, podemos con razón y justicia demandar nuestra parte para las finalidades del autogobierno y la consecución de la felicidad en una décima parte del territorio continental de los Estados Unidos».* Briggs, tras una serie de consideraciones sobre el posible emplazamiento de ese nuevo estado, señalaba las tierras de California y de Nevada como las más idóneas.

Del Sexto Congreso Mundial de la Internacional Comunista, celebrado en 1928, es el concepto del Cinturón Negro, definido como *«aquella zona donde exista una mayoría negra importante, además de otra amplia zona de 477 condados donde los negros constituyen el 44,8 por ciento de la población total».* Según esta propuesta, los negros de la zona tenían que alcanzar la autodeterminación, e, incluso, separar el Cinturón Negro del resto de los Estados Unidos. Pero, quizá a instancias del propio Stalin, esta última exigencia fue suprimida, viniendo a establecerse un derecho a la autodeterminación que inclu-

Toda la Historia blanca tiende a presentar al negro como un lumpen hacinado en los ghettos —como el de Harlem, que muestra la foto—, socialmente peligroso, intelectualmente subdesarrollado, de naturaleza incontroladamente agresiva, sin aclarar cuáles han sido los mecanismos culturales y económicos capaces de conducirle a esa situación.

Aún muchísimo después de lograr su estatuto de libertad, el negro ha tenido que soportar en Norteamerica una continua represión. Esta imagen, tomada durante unos disturbios raciales en Long Beach (California), puede valer como símbolo exacto de una realidad contemporánea de violencia e injusticia.

yera la libertad de *«separar el Cinturón Negro de los Estados Unidos o de federarse con él»*.

Leroi Jones, dramaturgo y activista negro, volvió más modernamente a la carga e invocó algunos de los textos de Malcom X —pese a que éste había cambiado radicalmente de posición en este punto durante los últimos tiempos— para exigir el establecimiento de una nación negra en Harlem. Otros hablaron de la creación de un Estado negro cuyas ciudades serían las actuales y diseminados ghettos del país, idea que plantea en la práctica problemas insuperables. Todavía en el 68, inspirados por un texto de Robert S. Brown —que tomaba en consideración la escisión de la India Británica en dos: Pakistán y la India actual—, la Conferencia del Gobierno Nacional Negro, celebrada en Detroit, creaba la República de Nueva Africa, formada por cinco estados del Sur: Louisiana, Mississippi, Alabama, Georgia y Carolina del Sur. Robert F. Wilhiams fue nombrado presidente y Milton H. Henry vicepresidente. Las contradicciones del proyecto eran muchas y Henry llegó a explicar que las tierras de la nueva república serían conquistadas por las guerrillas negras, «con ayuda de las armas nucleares de los aliados, como China...»

Si la historia del Retorno a Africa ha revelado su inviabilidad, su carácter de «fantasía blanca», la teoría de crear una nación negra y separada sobre tierras de los Estados Unidos, no deja de ser una «fantasía negra», igualmente irrealizable. Drapper ha explicado muy bien los índices de una migración que tiende a distribuir los negros por todo el país y a liquidar el concepto de «zona negra». (4).

La resonancia que, pese a ello, han tenido ambas propuestas en determinados y reiterados momentos de la historia es sólo el testimonio de que la actual sociedad norteamericana contiene en su seno una grave dolencia. Volvamos a Jefferson: la convivencia de las dos razas bajo un mismo gobierno, ambas libres e iguales, no es posible porque la raza blanca es «superior» a la negra. Los blancos quisieron

(4) Obra citada. Se trata de un resumen del tema, expuesto con gran documentación y objetividad.

La intransigencia de los sectores racistas del Mediodía estadounidense ha pervivido por encima del tiempo y las transformaciones históricas. Desde que tienen uso de razón, los niños negros (como éstos de Mississippi que han de ser protegidos por el Ejército para ir a una escuela integrada) poseen conciencia de su discriminación social.

respetar esta argumentación enviando a los negros a Africa o a América Central; los negros la asumieron a su modo planteándose la posibilidad de crear su propia nación, de tener su propia tierra, en una parte de lo que hoy son los Estados Unidos. Si, por esos caminos, el debate ha llegado a un punto muerto, quizá sea necesario examinar y atacar otra de las líneas maestras del discurso de Jefferson: el de la inferioridad del negro. Porque quizá ya no habría ninguna necesidad de separar políticamente las dos razas si la sociedad norteamericana asumiera a un tiempo su declarado carácter democrático y su composición birracial; es decir, si en toda la estructura económica y de poder blancos y negros fueran iguales. Sólo que esto, claro, pone en cuestión, y las afecta profundamente, las normas, principios y relaciones que conforman la vida norteamericana. Aparte de plantear otro tipo de problemas a los que nos referimos más adelante.

LAS DOS BIBLIAS

Sería larga, demasiado larga para este trabajo, la historia de la lucha negra contra la condición que el blanco norteamericano ha querido imponerle. Imposible, por otro lado, disociar la rebelión negra de la humillación negra; lo que quiere decir que aquélla jamás podrá ser rectamente entendida y estudiada sin tener presente esta última. El movimiento de liberación negro, a través de todas sus variantes, es la manifestación congruente del rechazo a ser tratados como una raza inferior, a ser explotados y marginados —y de ahí, que el problema racial, el problema político y el problema económico se interfieran entre sí— como una clase social «naturalmente» incapaz.

Toda la Historia blanca tiende a reafirmar una «inferioridad negra», sin pararse casi nunca a meditar sobre las posibilidades objetivas de desarrollo ofrecidas al negro desde que fuera arrancado de las costas de Africa y vendido como esclavo en un mundo cuyos valores le eran ajenos. Toda la historia blanca tiende a presentar al negro como un lumpen hacinado en los ghettos, socialmente peligroso, intelectualmente subdesarrollado, de naturaleza incontroladamente agresiva —que le permite, por ejemplo, triunfar en los deportes violentos—, sin aclarar cuáles han sido los mecanismos culturales y económicos que hayan podido conducirlo a ese estado.

Algunos han presentado la dinámica contemporánea del movimiento negro como un hecho insólito —hasta hacer de él una «moda» para la «progresía» europea— que viniese a romper la paz democrática del sueño americano. La «impaciencia» del negro se opondría, desde esta perspectiva, a la vieja y apacible segregación, a la hipotética calma con que el negro aceptaba su inferioridad racial y sus menesterosas condiciones de vida.

Ciertamente, las circunstancias históricas han contribuido a acelerar y desarrollar esa «impaciencia». Pero la rebelión del negro americano —o del afroamericano si queremos aludir al componente cultural y abandonar toda referencia al color de la piel— es

casi tan antigua como su esclavitud. En 1843, en la Convención Negra de Búffalo, Henry Garnet declaraba (5):

«El patriota Nathaniel Turner sucedió a Denmark Veazie (Vesey). Estaba harto y desesperado del mal y de la injusticia. El despotismo ha inscrito su nombre en la lista de la infamia, pero las futuras generaciones le recordarán como un ser noble y valiente.

Apareció después el inmortal Joseph Cinque, el héroe de la «Amistad». Había nacido en Africa y con la ayuda de Dios emancipó todo un barco cargado de compañeros en alta mar. Y ahora canta al aire su libertad en las colinas soleadas de Africa, bajo las palmeras que le vieron nacer, y al oír el rugido del león se siente tan libre como el rey de la selva.

Apareció después Madison Washington, esta rutilante estrella de la libertad, que ocupó un lugar en la constelación del verdadero heroísmo. Era un esclavo a bordo del bergantín «Creole», de Richmond, con rumbo a Nueva Orleans, el gran mercado de la esclavitud, con ciento cuatro compañeros. Diecinueve de ellos se levantaron para ser libres o morir. Sólo uno pereció y todos los demás consiguieron la emancipación, y el buque fue encaminado a Nassau, New Providence.

¡Hermanos, levantaos, levantaos! Luchad por vuestras vidas y vuestras libertades. Ha llegado ya el día y la hora. Que todos los esclavos del país hagan lo mismo y estarán contados los días de la esclavitud. No os pueden oprimir más de lo que estáis; no podéis sufrir crueldades mayores que las actuales. Es preferible morir siendo libres que vivir como esclavos. ¡Recordad que sois cuatro millones!»

Las modernas palabras de un Carmichael, Malcom X o Eldridge Cleaver tienen, pues, muy viejas raíces. La opción entre la confianza en los buenos sentimientos de los blancos —con la consiguiente evolución progresiva de la situación de los negros— y la lucha franca y abierta contra su racismo es una constante de toda la historia de los negros de Norteamérica. A un lado, silencioso, ha quedado la mayor parte del pueblo negro, embrutecido y aplastado por el sistema, privado en la práctica de los derechos más elementales, y sólo, de tarde en tarde, galvanizado por las palabras insumisas de algún líder.

La religión, por supuesto, ha tenido su parte. Y ha sido, como en tantos lugares, ambigua. De un lado, mientras al muchacho blanco se le ha explicado la Conquista del Oeste y la masacre de indios como una heróica epopeya, mientras la pistola ha sido instrumento inapelable de justicia en manos de los blancos, mientras se ha hecho de la violencia una de las garantías individuales de la democracia, al negro se le ha enseñado a ser manso y a esperar que Dios remediase sus males. Una religiosidad, generalmente inmovilizadora, teñida de los mitos y fantasías de cada secta, ha impregnado gran parte de la vida negra. Basta callejear ahora, en 1975, por Harlem para asombrarse ante el número y nombre de las iglesias de origen cristiano.

Tambien cara al problema negro se revela la existencia de dos Evangelios «distintos»: mientras muchos sacerdotes fueron utilizados por el poder para «amansar» a los negros, ningún policía se abstuvo de atacar al reverendo James Meredith, uno de los héroes de la «integración», por llevar una Biblia en las manos. Vemos en la foto el momento de la trágica muerte de Meredith a causa de un disparo de bala.

(5) De *La revuelta del poder negro*, de Floyd B. Barbour. Editorial Anagrama.

Sin embargo, paralelamente, el Evangelio ha sido la fuente de numerosas acciones de protesta. En la lista de los que, durante años, lucharon en defensa de los negros, abundan los nombres de reverendos. Por su parte, el «poder blanco» tuvo siempre clara la existencia de estas dos Iglesias, de estos dos modos fundamentales —en el plano temporal— de entender a Cristo. Y así, mientras muchos sacerdotes fueron utilizados para «amansar» a los negros, a ningún policía se le ocurrió dejar de atacar a James Meredith, uno de los héroes de la «integración», por llevar una Biblia en las manos.

Y es que, en realidad, había dos Biblias distintas. La que enseñaba a los negros a confiar en la otra vida y la que mostraba Meredith cuando quiso matricularse en una universidad blanca. La que recomendaba paciencia y la que esgrimió un pastor de la iglesia baptista, extraordinario orador, luchador infatigable, que definió el concepto de la «acción directa no violenta» y que acabó asesinado en Menphis, exactamente el 5 de abril de 1965, cuando se disponía a encabezar una de las marchas en favor de la igualdad de derechos civiles.

Hemos llegado a un nombre importante: el doctor Martín Lutero King.

LUTERO KING Y LOS TERMINOS ACTIVOS DE SU NO VIOLENCIA

Para Lutero King era evidente que las cosas iban demasiado despacio. El Presidente Kennedy llevaba dos años en el poder y no había cumplido sus promesas: «*En tanto los negros ocupaban algunos puestos de trabajo importantes, y mientras se recibía a los líderes negros en la Casa Blanca, las aspiraciones de las masas permanecían reducidas a un estado deplorable. El negro reconocía el mismo hueso que se le había tirado ya varias veces en el pasado, sólo que ahora se le presentaba en bandeja, versallescamente*» (6).

El juicio de Lutero King se asemeja al que muchas personalidades del movimiento negro formularon por entonces. La integración escolar, por ejemplo, contaba con una decisión del Tribunal Supremo, del año 54, en la que pedía que aquélla se llevara a cabo «lo más deprisa posible, a la vez que con todo empeño». Voluntad que, de hecho, había sido neutralizada por una Ley de Distribución del Alumnado que autorizaba a los Estados para que determinasen en qué escuelas debían repartirse los alumnos, atendiendo a su procedencia familiar, a sus habilidades personales y a otros criterios subjetivos. El fenómeno de una integración proclamada públicamente como una meta deseable, mientras la sociedad blanca se resistía en la práctica cotidiana a hacerla viable, se había resuelto en lo que popularmente se llamaba el «tonkenism» —de «tonken», señal, metal que sustituía a la moneda auténtica, por la que luego se intercambiaba para hacer «real» la operación—, o integración puramente simbólica de unos pocos negros a fin de crear el equívoco. El ejercicio real del derecho de voto era otro punto de batalla. Como lo era la segregación practicada en muchos servicios y comercios. En Birmingham, concretamente, quizá el escenario de la más resonante manifestación negra de la «no violencia», los comerciantes del centro vendían sin discriminación alguna, pero reservaban las cafeterías de los almacenes a la clientela blanca...

Martín Lutero King resumió con vehemencia las razones por las cuales los negros «ya no podían esperar». Si, durante algunos años, quienes, como él, estaban contra toda violencia —y la injusticia blanca era su manifestación más palmaria—, habían realizado una constante labor para conseguir que los tribunales aplicaran las leyes integracionistas en todos los Estados, ahora, en 1963, esa tarea se revelaba insuficiente. A las acciones legales y a la presión política sobre la Casa Blanca había que incorporar un nuevo factor de cambio, que respondiera al estado de ánimo del pueblo negro.

¿Y qué era lo que había generado esa renovada impaciencia? Martín Lutero King señaló varias razones. Una, sería la creciente exasperación ante el carácter meramente simbólico y minoritario que tomaba la integración; otra, la conmemoración del primer centenario de la Proclama de Emancipación, que daba pie a amargas reflexiones sobre lo conseguido a lo largo de un siglo; otra, la creciente delineación de los Estados Unidos como potencia imperialista, que contribuía —tomando ciertas ideas de «Los condenados de la tierra», de Fanon— a que los negros se sintieran no ya una nación dentro de otra nación sino una colonia dentro de la metrópoli; otra, sin duda importantísima, la liberación de los países africanos, cuyos delegados aparecían en las Naciones Unidas —su centro estaba en Nueva York y cualquier negro americano podía verlos— votando soberanamente en cuestiones fundamentales... El desarrollo político de Africa, por decirlo en otros términos, alteraba un sentimiento de inferioridad íntimamente ligado a

(6) Todas las citas de Martín Lutero King proceden de su libro *Porque no podemos esperar*. Editorial Aymá.

la antigua situación de aquel Continente; el «despertar» de Africa incidía sobre el negro norteamericano, sobre el afroamericano, como un estímulo...

Martín Lutero King era sensible a todo ello y, desde su pensamiento religioso articuló una respuesta política. Ghandi —de quien repetía aquello de «llenémosles las cárceles»— le había dado la pista para ligar la acción con el pacifismo a través del concepto de la «no violencia».

Importa subrayar en este punto que la «no violencia» definida por King no tiene nada que ver con la simple resistencia pasiva. Para él, y a un mismo nivel de importancia, lo que justificaba la «acción directa no violenta» era tanto su coherencia cristiana como su eficacia política. Encarcelado a lo largo de su vida unas veinte veces, planificador de sentadas, manifestaciones y boicots que perturbaron profundamente el segregacionismo blanco, asesinado en plena lucha, su figura inspira, incluso entre quienes no están de acuerdo con él, un impresionante respeto.

En abril del 63, desde la cárcel de Birmingham, en cuya ciudad dirigió durante meses un fortísimo movimiento contra la segregación, escribió una carta a los «sacerdotes y compañeros» que le reprochaban la acción emprendida. En dicha carta, para justificar su campaña, explicaba: «*Toda campaña no-violenta tiene cuatro fases básicas: primero, la reunión de los datos necesarios para determinar si existen las injusticias; luego, la negociación; después, la autopurificación; y, por último, la acción directa*».

El objetivo último de la «acción directa no violenta» es crear una tensión que revele lo que permanecía oculto, que ponga a los opresores en una situación que les obligue a negociar con los oprimidos, y, por tanto, que modifique la relación precedente. «*La 'acción directa no violenta' trata de crear una crisis tal, y de originar tal tensión, que una comunidad que se ha negado constantemente a negociar se ve obligada a hacer frente a este problema. Trata de dramatizar tanto la cuestión que ya no puede ser desconocida bajo ningún concepto. Podrá parecer raro que yo cite la creación de un estado de tensión como parte del trabajo que incumbe al resistente no violento. Pero tengo que confesar que no me asusta la palabra «tensión». No he dejado de oponerme nunca a la tensión violenta, pero existe una clase de tensión no violenta constructiva necesaria para el crecimiento.*»

Frente a la tesis de que era necesario «esperar el momento oportuno» y evitar la acción desencadenada en Birmingham, el líder negro no sólo justifica cuanto allí sucede sino que viene a plantear la «acción directa no violenta» como la única alternativa frente a la acción violenta. Lutero King se siente en medio de dos fuerzas opuestas: de un lado, la que forman los negros que «tras largos años de opresión, han quedado tan faltos de todo sentido de la propia dignidad, tan despersonalizados, que se han adaptado a la segregación», sumados a un puñado de negros de la clase media que «gozan de cierta seguridad económica y se han desentendido de los problemas de las masas»; del otro, la fuerza representada por «los grupos nacionalistas que brotan por toda la nación, nutridos por la frustración del negro, hija de la permanencia de la discriminación racial», los cuales «se acercan peligrosamente a la defensa de la violencia». No se trata, pues, de «apaciguar» a las masas negras, de decirles que «sigan esperando», sino de ponerse en marcha a través de acciones que, en lugar de ahondar el resentimiento racial, conduzcan a la integración democrática de los dos pueblos en el marco de la sociedad norteamericana.

Desde su pensamiento religioso y humanista, Martín Lutero King —en la imagen— articuló una respuesta política al «racismo blanco». Ghandi le dejó indicado cómo ligar la acción con el pacifismo a través de la «no violencia».

A estas consideraciones sobre la situación y el estado de ánimo del pueblo negro, Martín Lutero King añade estas argumentaciones contra la actitud de ciertos sectores blancos: *«Tengo que confesar que en los últimos años he quedado profundamente desencantado del blanco moderado. Casi he llegado a la triste conclusión de que la rueda de molino que lleva amarrada el negro y que traba su tránsito hacia la libertad, no proviene del miembro del Consejo de Ciudadanos Blancos, o del Ku Klux Klan, sino del blanco moderado que antepone el orden a la justicia; que prefiere una paz negativa que supone ausencia de tensión a una paz positiva que entraña presencia de la justicia».*

También el conformismo de la Iglesia blanca le produce a Lutero King una gran amargura. En realidad, todo el discurso y la acción política del líder negro nacen de un compromiso con el Evangelio; lo que implica su radical oposición a quienes separan la doctrina de Cristo de la realidad social. No olvidemos que quienes calificaron a Lutero King de «extremista», en el texto que motivó su implacable respuesta, eran sacerdotes. De ahí que, tras recordar el carácter socialmente revolucionario que tuvieron los primitivos cristianos, Lutero King añada: *«En la actualidad, todo ocurre de modo muy distinto. Y es que la Iglesia contemporánea es a menudo una voz débil y sin timbre, de sonido incierto. Es que a menudo es defensora a todo trance del status quo. En vez de sentirse perturbada por la presencia de la Iglesia, la estructura del poder de la comunidad se beneficia del espaldarazo tácito y aun, a veces, verbal, de la Iglesia a la situación imperante. Pero el juicio de Dios rige para la Iglesia más que nunca. Si la Iglesia de hoy no recobra el espíritu de sacrificio de la Iglesia primitiva, perderá su autenticidad, echará a perder la lealtad de millones de personas, y acabará desacreditada como si se tratara de algún club social irrelevante, desprovisto de sentido para el siglo XX. Todos los días me encuentro con jóvenes cuyo desengaño por la actitud de la Iglesia se ha convertido en auténtico asco».*

El movimiento de «no violencia» encabezado por Lutero King alcanzó su momento culminante en la famosa Marcha sobre Washington (1963) pro defensa de los Derechos Civiles. Tal como indica esta fotografía, millares de negros se reunieron entonces en la capital norteamericana para exigir el reconocimiento de una total y completa igualdad con los blancos.

La acción directa no violenta aparecía, pues, en la mente de Martín Lutero King como un instrumento que, en primer término, contribuía a concienciar al negro, a darle un nuevo valor y un nuevo orgullo, revelando su capacidad de organización y de disciplina. Frente a la simple resistencia pasiva o la afirmación individual, mostraba a las masas en acción y creaba las tensiones necesarias para que la verdad fuera «expuesta» ante la opinión nacional, y, en esa medida, reajustada a principios democráticos. Frente a la acción violenta, evitaba la catástrofe de una lucha civil en la que los negros serían implacablemente machacados: *«Si esta filosofía no hubiese surgido, estoy convencido de que actualmente muchas de las calles del Sur norteamericano estarían inundadas de sangre. Y estoy, además, convencido de que si nuestros hermanos blancos califican de «demagogos» y de «agitadores forasteros» a aquéllos de entre nosotros que se valen de la acción directa noviolenta, y si se niegan a apoyar nuestros esfuerzos noviolentos, millones de negros, presa de la desesperación y de la frustración, buscarán refugio y albergue en las ideas nacionalistas negras, lo cual, de acontecer, conduciría inevitablemente a una aterradora pesadilla racial».*

La famosa marcha de los derechos civiles, que congregó a millares de negros en la misma Washington, fue, quizá, el momento culminante de este movimiento.

LA RESPUESTA BLANCA

Ciertamente la tesis de Martín Lutero King era una salida

Stokely Carmichael, quien acuñó el concepto de Poder Negro: había que vertebrar al pueblo de color, analizar sus necesidades y convertirlas en la base de una acción cuyos objetivos eran incompatibles con el Sistema norteamericano. El pueblo negro había de controlar su propia vida.

para destruir el principio de «superioridad racial», que, según nos recordaban Jefferson y Lincoln, está en la misma base de la sociedad norteamericana. Pero el propio Lutero King hablaba de la posibilidad de que los «hermanos blancos» no apoyaran los esfuerzos «no violentos» y de las calamidades que de ello podrían derivarse.

Entre los grupos nacionalistas negros, a cuya violencia —refiriéndose concretamente a los musulmanes de Elijah Muhamad, en cuyas filas militó Malcom X durante varios años— aludió Lutero King como una peligrosa alternativa, ha existido siempre la impresión de que los «hermanos blancos» respondieron a la «no violencia» con concesiones secundarias e irrelevantes. No olvidemos que el propio Lutero King, al razonar la situación del negro norteamericano, había dicho: «*Nosotros estamos todavía arrastrándonos por un camino de herradura que nos llevará a la conquista de un tazón de café en el mostrador de los almacenes*». Sólo que esa idea, nacida de una evaluación acerca de lo que podría «arrebatarse» a los segregacionistas blancos —y de ese tipo fueron las trabajosas conquistas obtenidas, tras varios meses de lucha, en Birmingham—, era totalmente insuficiente para bastantes negros. Con lo que la diferencia entre Martín Lutero King y los «grupos nacionalistas» estaría, antes que en una estrategia, en los mismos objetivos perseguidos. Cuando Lutero King solicita la promulgación de leyes que protejan al negro y le ayuden —como, según su propio ejemplo, hacen ciertas disposiciones en relación con los veteranos de la segunda guerra mundial— a incorporarse en pie de igualdad a la vida norteamericana, compensándole de la marginación padecida, es porque cree que ha llegado la hora de alcanzar una integración real de ambas razas. No sería justo ver en ello una petición más tibia que la solicitada por los nacionalistas negros. Simplemente, es una petición distinta, quizá incluso más difícil de obtener. Lo que pasa es que M. L. King se enfrenta con los argumentos de Jefferson convencido de que podrá haber en justicia un sólo gobierno para negros y blancos el día en que no exista ninguna *diferencia social* entre ambos, mientras los nacionalistas proclaman la *diferencia cultural* como una realidad irreversible. Es decir, que si para Martín Lutero King la nivelación social —la nivelación de derechos y oportunidades— resuelve la cuestión, para los nacionalistas el problema es otro: no es que el negro sea «inferior» al blanco y haya de someterse a él o buscar su tierra en Africa o en una parte de los Estados Unidos; no es tampoco «sólo» que su situación social sea injusta y haya de cambiarla para ser «igual» al blanco; se trata, sobre todo, de que es un pueblo «distinto» y «colonizado», que debe negarse a ser integrado en los «valores blancos».

Toda esta teoría nacionalista se articula a través de numerosos grupos, movimientos y figuras, cuya simple enumeración exigiría un gran espacio. Intentaremos, simplemente, señalar algunas de sus líneas maestras y encuadrarlas en cuanto venimos diciendo. Bien entendido que la idea es antigua, aunque modernamente —en el cuadro internacional de la «descolonización» negra— haya tenido un agudo desarrollo.

EL PODER NEGRO

Enpecemos por el Poder Negro, término propuesto por Stokely Carmichael para designar el movimiento. El concepto, aun antes de ser definido, alcanzó pronto una gran proyección. La idea dominante estaba clara: había con-

cluido la hora de que los blancos hablaran por los negros, de que la estructura social blanca asimilara a unos cuantos negros en lugares de responsabilidad, de que los valores blancos fueran impuestos —como sinónimo de cultura— a los negros. El viejo problema de la identidad arrebatada, el cinismo de recordarle al negro, descendiente de varias generaciones de esclavos, que su «país natal» estaba en Africa y que en los Estados Unidos sólo había sido un forastero, estallaba ahora con una amargura incontenible.

Maulana Ron Karenga, el prohombre de US, explicaba: «*US constituye una organización cultural dedicada a la creación, recreación y circulación de la cultura afroamericana*». Y: «*Debemos liberarnos culturalmente antes de conseguir el éxito político*» (7).

La afirmación era importante, pero muchos pensaron que la liberación política, la liberación económica y la liberación cultural —para no caer en el nacionalismo hecho de erudición y de extemporáneas «identificaciones» folklóricas— eran tres liberaciones simultáneas e inseparables. Eso era, en substancia, el Poder Negro, que Carmichael, tras resistirse largo tiempo a definir, quizá porque respondía —y esa sería la tragedia— a una «necesidad histórica» y, a su vez, a una imposibilidad también histórica de resolverla con claridad, concretó en párrafos como éste: «*En zonas donde los negros son mayoría, tratarán de utilizarla para ejercer el control. Lo que buscan es esto: el control. Allí donde los negros no están en mayoría, el Poder Negro significa una representación adecuada y la participación en el control. Significa la creación de bases de poder para que los negros puedan cambiar las estructuras de opresión a nivel estatal o nacional mediante la presión conseguida por la fuerza y no con la debilidad. Políticamente, el Poder Negro significa lo que siempre ha significado para el SNCC: la reunión del pueblo negro con el fin de elegir representantes y obligar a éstos a que hablen de sus necesidades.*»

No se trata, según explica Carmichael, de que estos o aquellos negros, a título individual o en grupos, planteen a la Administración sus necesidades específicas. Lo más lógico es que sean cuestiones secundarias, cuya solución, caso de obtenerla, no modifica la situación global del pueblo negro. Por eso, dicho pueblo ha de ser vertebrado, sus necesidades analizadas y convertidas en la base de una acción cuyos objetivos son incompatibles con el sistema actual americano. «*En último extremo, para que el pueblo negro pueda controlar su propia vida, habrá que sacudir las bases económicas de este país. Hay que liberar las colonias de los Estados Unidos incluyendo en ellas a los ghettos negros del interior de sus fronteras, en el Norte y en el Sur. Durante un siglo, nuestra nación ha sido como un pulpo explotador, ha extendido sus tentáculos desde Mississippi y Harlem hasta América del Sur, el Oriente Medio, Africa del Sur y Vietnam; el tipo de explotación varía de un lugar a otro, pero el resultado ha sido esencialmente el mismo; un puñado de poderosos han conseguido mantenerse y enriquecerse a costa de las masas de color, pobres y sin voz. Hay que acabar con esta estructura. A medida que los tentáculos van soltando trozos del mundo las esperanzas de los negros americanos se hacen más reales. Para que muera el racismo debe nacer una América totalmente distinta.*»

Conviene recordar que SNCC, las siglas citadas por Carmichael, corresponden al Comité Coordinador Estudiantil de la No Violencia. Lo que reafirma cuanto decíamos antes: que son los objetivos, y no el tipo de acción, lo que define al Poder Negro. Si en él aparece la violencia —como en Malcom X o en las Panteras Negras— es porque sus objetivos son inalcanzables sin cuestionar la América de nuestros

(7) La citada obra de Barbour es, en realidad, una antología de textos sobre el Poder Negro. De ella proceden las citas de este epígrafe.

«Debemos liberarnos culturalmente antes de conseguir el éxito político», mantuvo Maulana Ron Karenga, el prohombre de US que recoge esta imagen. Karenga defendía la liberadora asunción de la cultura afroamericana por parte del hombre negro si quería recuperar su verdadera identidad.

Otro de los muchos dirigentes negros abatidos violentamente: Malcon X, que fue asesinado antes de cumplir los cuarenta años. «Uno se alejaba siempre de el con la oculta sospecha de que quizá, después de todo, uno era un hombre», dijo Ossie Davis en su oración fúnebre por Malcom X.

días que, lógicamente, se resiste a cualquier transformación, a un tiempo, «total» y «pacífica». La violencia surge del antagonismo de los términos y no, como ha intentado hacer creer cierta tendenciosidad, del individualismo belicoso de quienes militan en este campo.

Volvamos a Jefferson y a Lincoln: si los dos pensaron en la necesidad de que los negros tuvieran su propio gobierno y su propia tierra es porque adivinaron la imposibilidad de que las dos razas fueran iguales en una América de valores estrictamente blancos. Lo que el Poder Negro plantea responde exactamente a los mismos conceptos, aunque sean contrarias sus conclusiones. Mientras para Jefferson era preciso que se «fueran los negros», para salvar a un tiempo la democracia y la América Blanca, para el Poder Negro la primera ha de ser conseguida en los mismos Estados Unidos, con la consiguiente transformación de sus valores y estructuras. Cuanto haya en ello de posible o de quimérico —y son muchas las viejas arbitrariedades históricas, los antiguos expolios y violencias, que ahora, a medida que parece progresar cierto sentido universal de la justicia, colocan a la sociedad ante situaciones difícil y dolorosamente reparables— es cuanto puede ayudarnos a entender el éxito o el fracaso de este movimiento.

De Robert F. Williams, que organizó en Monroe, Carolina del Norte, una autodefensa armada frente a los ataques del Ku-Klux-Klan, es éste párrafo, que nos aclara hasta qué punto el «nacionalismo negro» ha sido potenciado por el presente histórico: «*De hecho no soy un Nacionalista Negro hasta el punto de excluir a los blancos o de discriminarlos o de tener prejuicios contra ellos. Prefiero considerarme como un «internacionalista». Es decir, que me interesan los problemas de toda la humanidad. Me interesan los problemas de Africa, de Asia y de América Latina. Creo que todos estamos metidos en la misma lucha, una lucha de liberación. La discriminación y el odio racial es algo indeseable, y me declaro contrario a la discriminación racial, en todas sus formas y en cualquier lugar, de acuerdo con mi postura respecto a la discriminación en los Estados Unidos*».

Digamos, para acabar, que Carmichael abandonó los Estados Unidos y, casado con la cantante Miriam Makheba, vive en Africa desde hace varios años, integrado a la vida de ese Continente. Aunque algunos digan en América que, al marcharse, traicionó a los suyos, llegados a este punto la política del Poder Negro suscita siempre la misma interrogación: aparte de sus razones incuestionables, ¿ha formulado una práctica viable? Pero, ¿cuál habrá de ser, en el terreno de las realidades políticas, y no puramente teóricas, el camino a seguir?

MALCOM X, UN LIDER DE OPINIONES MUDABLES

Malcom Little estaba cumpliendo una condena de diez años cuando tuvo noticia de que sus hermanos se habían

De todas las organizaciones negras, quizá la más radical y, sin duda, la más famosa y perseguida es la de los Panteras Negras. La «doctrina política» del «Blanck Panther» (a una de cuyas asambleas, presidida por Eldridge Cleaver, asistimos) se asienta en las ideas de Frantz Fanon, que tanto influyeron en el nacionalismo negro de los años sesenta.

adherido al islamismo. Inmediatamente comenzaron los esfuerzos de éstos para lograr su conversión. Y Malcom, que tenía entonces 23 años, comenzó a estudiar las enseñanzas de Elijah Muhammad, el jefe —y Mensajero de Alá— de los musulmanes negros.

Convertido a esa religión, llegó a ser, poco tiempo después de conseguir la libertad, ministro musulmán del Templo de Nueva York. Al final de los años cincuenta era ya un líder tan popular como el propio Muhammad, comenzando una serie de tensiones entre ambos que acabaron con la escisión: en 1964, el antiguo Malcom Little, que había adoptado el nombre de Malcom X, creaba la Mezquita Musulmana. En febrero del 65, cuando participaba en un mitin político, fue asesinado por varios pistoleros que la opinión pública identificó con los partidarios de Elijah Muhammad. El texto de una apasionante autobiografía, la condición «carismática» de líder, y las características de su muerte, cimentan una imagen de la que, sin embargo, quizá lo más importante fue su capacidad para buscar la «salida» al problema negro —o blanco— con una curiosa mezcla de fervor y de antidogmatismo. Tal mezcla permite encontrar en el discurso de Malcom X multitud de afirmaciones contundentes, y, sin embargo, opuestas. En el fondo, Malcom X lo que hizo fue asimilar cuantas respuestas había dado el movimiento negro a través de la historia —desde el Retorno a Africa a la creación de una nación negra sobre un trozo de tierra de los Estados Unidos; desde la posición «antiblanca» más radical al descubrimiento de que muchos blancos no eran racistas y debían ser tratados con respeto; desde la identificación de Africa con la raza negra al hecho de encontrarse ante varios millones de africanos, precisamente de religión musul-

mana, que no eran negros en absoluto; desde su peregrinación a la Meca al conocimiento de la culpable participación árabe en la historia de la esclavitud, etc.— y, tras defenderlas durante algún tiempo, ir rechazándolas por no ajustarse a ninguna solución real. En el 63, todavía había dicho: «*Lo que tenemos los negros sobre todo en común es un enemigo: el hombre blanco*». Sin embargo, en la primavera del 64, cuando muchos de sus viejos textos ilustraban la más absoluta y violenta de las desconfianzas del pueblo negro frente al hombre blanco, Malcom, más maduro políticamente, afirmaba: «*Estoy ya harto de propaganda, sea de quien sea. Quiero la verdad, dígala quien la diga. Quiero la justicia, sin importarme quién esté a favor o en contra. Primero y ante todo soy un ser humano y, como tal, estoy a favor de quienquiera que sea si beneficia a la humanidad como un todo*». Para llegar, en diciembre del 64, a puntualizar: «*Se ha dicho siempre que soy antiblanco. Pero estoy a favor de todo aquel que esté por la libertad, de todo aquel que esté por la justicia. Que esté por la igualdad*».

Si uno lee las opiniones de Malcom X encuentra una protesta inconmovible, en la línea de cuanto dijeron todos los líderes de la insumisión negra. Pero, a la vez, la protesta no hace sino buscar, olfateando en los «temas de la época», una salida nunca encontrada. Porque, como señalaba Drapper, «pasar del nacionalismo negro norteamericano al internacionalismo africano» no modifica el dato real de que la población blanca de los Estados Unidos es diez veces superior a la negra en número e incalculablemente superior en fuerza económica y poder político y cultural. La idea, también preconizada por Malcom X, de «permanecer físicamente» en los Estados Unidos, mientras «emigramos a Africa, cultural, filosófica y sicológicamente», para encontrar las «raíces y cimientos» que «nunca tendremos en Norteamérica», lejos de resolver la cuestión, lo que hace es patentizar la tragedia de un pueblo de insegura identidad. Disociar la «permanencia física» de la «permanencia cultural» es, precisamente, una de las motivaciones que impulsan —en lugar de resolver— la agitación del pueblo afroamericano. Tampoco, por lo demás, es una idea nueva en la historia del movimiento.

Malcom murió poco antes de cumplir los 40 años. Si pensamos que su «conversión» se produjo a los 23 años, que entonces comenzó su interés político por el pueblo negro, y que aún permaneció muchos meses en prisión, comprenderemos que a Malcom X le faltó tiempo para madurar su reflexión y su acción política. Lo cual, en última instancia, no es accidental y debe ser registrado como una evidencia más de las duras condiciones en que se fraguan los líderes de los negros de Norteamérica.

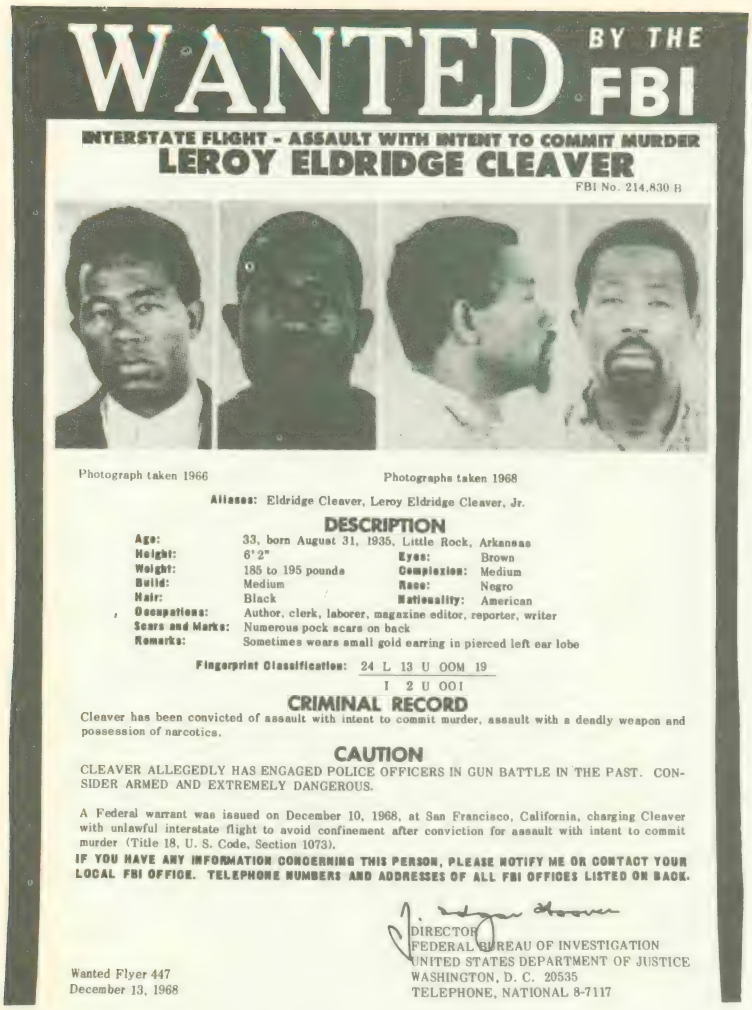
El actor Ossie Davis, en la apología de Malcom X hecha en el funeral, no habló de las teorías, siempre en movimiento, del líder asesinado; pero, en cambio, afirmó: «*Hacía que uno se enfureciese pero también que se sintiese orgulloso. En su presencia era imposible mantenerse apocado y a la defensiva por ser negro. El no lo permitía. Y uno se alejaba siempre de él con la oculta sospecha de que quizá, después de todo, uno era un hombre*».

LOS PANTERAS NEGRAS

De todas las organizaciones negras, quizá la más radical, y, sin duda, la más famosa y perseguida es la de los Panteras Negras. Fue fundada en 1966, en Oakland, California, muy cerca de San Francisco, por Huey P. Newton y Boby Seale. A ambos se uniría más tarde Eldridge Cleaver, convirtiéndose en los «tres hombres fuertes de la organización». El partido se llamó inicialmente de los «Panteras Negras y la Autodefensa», por cuanto su intención era responder con sus mismas armas a los ataques de los blancos. Luego, una vez el Partido asumió una posición clave dentro del nacionalismo negro, el término Autodefensa se eliminó.

La «doctrina política» de los Panteras Negras —cuyo nombre tomaron del emblema de una organización libertaria del Condado de Lowndes— se

Juntamente con Huey P. Newton, Boby Seale —que saluda aquí a la manera de su organización— fundó el «Blanck Panther» en Oakland (California), muy cerca de San Francisco, durante el año 1966. El programa que aprobaron entonces llevaba a sus últimas consecuencias las ideas de Camirchael.



WANTED BY THE FBI

INTERSTATE FLIGHT - ASSAULT WITH INTENT TO COMMIT MURDER

LEROY ELDRIDGE CLEAVER

FBI No. 214,830 B

Photograph taken 1966 — Photographs taken 1968

Aliases: Eldridge Cleaver, Leroy Eldridge Cleaver, Jr.

DESCRIPTION

Age: 33, born August 31, 1935, Little Rock, Arkansas
Height: 6'2"
Eyes: Brown
Weight: 185 to 195 pounds
Complexion: Medium
Build: Medium
Race: Negro
Hair: Black
Nationality: American
Occupations: Author, clerk, laborer, magazine editor, reporter, writer
Scars and Marks: Numerous pock scars on back
Remarks: Sometimes wears small gold earring in pierced left ear lobe

Fingerprint Classification: 24 L 13 U OOM 19 / I 2 U OOI

CRIMINAL RECORD

Cleaver has been convicted of assault with intent to commit murder, assault with a deadly weapon and possession of narcotics.

CAUTION

CLEAVER ALLEGEDLY HAS ENGAGED POLICE OFFICERS IN GUN BATTLE IN THE PAST. CONSIDER ARMED AND EXTREMELY DANGEROUS.

A Federal warrant was issued on December 10, 1968, at San Francisco, California, charging Cleaver with unlawful interstate flight to avoid confinement after conviction for assault with intent to commit murder (Title 18, U. S. Code, Section 1073).

IF YOU HAVE ANY INFORMATION CONCERNING THIS PERSON, PLEASE NOTIFY ME OR CONTACT YOUR LOCAL FBI OFFICE. TELEPHONE NUMBERS AND ADDRESSES OF ALL FBI OFFICES LISTED ON BACK.

J. Edgar Hoover
DIRECTOR
FEDERAL BUREAU OF INVESTIGATION
UNITED STATES DEPARTMENT OF JUSTICE
WASHINGTON, D. C. 20535
TELEPHONE, NATIONAL 8-7117

Wanted Flyer 447
December 13, 1968

Requisitoria del FBI contra Eldridge Cleaver, quien —hallándose en la cárcel Huey P. Newton— fue presentado a la elección de Presidente de Estados Unidos por los Panteras Negras, el partido Paz y Libertad y el SNCC. Sólo un mes después de dicha elección, Cleaver era buscado a vida o muerte por «actividades criminales».

asienta en las ideas de Fanon, que tanto influyeron sobre el nacionalismo negro de los años sesenta. «*Si la Norteamérica blanca es la madre patria y la Norteamérica negra es la colonia, entonces la Policía no es, evidentemente, Policía sino tropas de ocupación. Y si son tropas de ocupación, entonces las cuestiones de ley y orden, tal como las define la Norteamérica blanca, están fuera de lugar*» (8).

Este planteamiento fue reflejado en un programa que Huey P. Newton redactó cuando sólo él y Boby Seale eran miembros del nuevo partido. El texto —que luego se desarrolló en otro más prolijo y extenso— llevaba a sus últimas consecuencias el pensamiento de Carmichael, quien, por cierto, figuró durante algún tiempo én el Comité directivo del Partido.

Conviene recordar, sin embargo, que Huey P. Newton intentó arbitrar un «comportamiento armado» que fuera legalmente viable. A tal fin, estudió cuantas disposiciones regulan en los Estados Unidos la tenencia de armas y reivindicó para los negros la Enmienda Segunda de la Constitución, que, literalmente, dice: «*Por cuanto una milicia disciplinada es necesaria para la seguridad de un Estado Libre, no se restringirá el derecho del pueblo a tener y portar armas*». Derivar de ahí que la policía fue inconstitucional al no permitir que patrullaran en el ghetto de Oakland grupos de negros armados sería tanto como desconocer el fondo político del conflicto. Es obvio que la petición de los Panteras implicaba —en palabras de Carmichael— un cambio «total» de la sociedad americana, cosa incompatible con ese «queremos la paz» que cerraba el programa de diez puntos de Huey P. Newton. Así, que, naturalmente, hubo guerra y la historia no hizo sino suministrar enfrentamiento tras enfrentamiento, resuelto, las más de las veces, con la muerte o detención de los Panteras.

No pasó mucho tiempo sin que Newton, Boby Seale y Cleaver fueran encarcelados, a veces para ser puestos en libertad «bajo palabra». A veces, como en el caso de Newton, para protagonizar un proceso —acusado de dar muerte a un policía— que permitió a los abogados debatir el racismo blanco de los jurados.

Richard Nixon incluyó a los Panteras Negras a la cabeza de sus enemigos. El uniforme de los Panteras, sus armas y sus audaces acciones paramilitares, permitieron a los blancos presentarlos como «racistas negros», e, incluso, como «fascistas».

Y, sin embargo, con todas esas palabras lo único que, indirectamente, se ha hecho es legitimar políticamente el radicalismo del Partido, evidenciar hasta qué punto la sociedad blanca no es capaz de asumir

(8) *Los Black Panthers*, de Gene Marine, Siglo XXI, editores.

su responsabilidad histórica ante el negro. Si Newton, vulnerando los habituales juicios sobre la negatividad política del lumpen proletariado, cree que el lumpen negro es una fuerza social que puede ayudarle, no es tanto por una rectificación de las estimaciones clásicas como por saber que la historia de los Estados Unidos ha reducido a lumpen a la inmensa mayoría de la población negra, y, por tanto, que «no tiene otro remedio» que apoyarse en ella. Crear una conciencia política, informar a sus simpatizantes, explicar a los negros que los Panteras no eran simples enemigos de los blancos, ha exigido mucho esfuerzo; y aun así, lógicamente, el objetivo se ha cumplido a medias, y muchos negros, dominados por el resentimiento, la enajenación y aun la propaganda blanca, han aceptado de buen grado que los Panteras Negras eran los vengadores mesiánicos y exaltados de todo un pueblo. Entre los mismos militantes, no han faltado los personajes dudosos y aun los meros delincuentes que, detenidos y juzgados, han sido abandonados a su suerte en un gesto del Partido encaminado a clarificar el carácter político de su lucha, aun a costa de la inevitable crítica y la decepción de ciertos sectores negros.

Fue en 1968 cuando la alianza entre los Panteras Negras y el Partido Paz y Libertad —con el apoyo del SNCC— decidió presentar un candidato a la elección presidencial. Y eligió —Huey P. Newton estaba en la cárcel— a Eldridge Cleaver, que, además de participar en la dirección y en numerosas acciones del «Black Panther», era ya por entonces autor de varios libros de gran éxito. Naturalmente nadie se hacía ilusiones con el resultado de las elecciones, pero prevaleció el criterio de que eran un instrumento de propaganda que debía ser aprovechado. Cleaver atacó a menudo en su campaña la imagen simplemente anti-blanca del «Black Panther»: «*Reconocemos que nos interesa profundamente ver que un movimiento radical blanco se transforma en algo con lo cual podemos vincularnos. Hay muchas cosas que no podemos hacer solos. Y hay también muchas cosas que el movimiento radical blanco no puede hacer solo. Y como lo reconocemos, no vamos a andar tratando de atacarnos mutuamente por la espalda o de engañarnos mutuamente*».

Con lo que, en definitiva, volvíamos al punto a que llegaron Malcom X y todos los grandes líderes del nacionalismo negro. El debate era «racial» en la medida en que la raza había contribuido a determinar un status cultural, económico y político ajustado a los intereses de los blancos. Lo cual era tanto como volver a decir que si los negros no se marchaban, si decidían conquistar su propia identidad en el seno de la sociedad norteamericana, ésta debía sufrir una transformación radical.

No, no puede sorprender que en aquel verano del 73, Eldridge Cleaver, obligado a huir del país ante el anuncio de que iba a serle retirada la «libertad bajo palabra», estuviera escondido en una casa de París. Ni que Newton y Seale se refugiaran en Argelia. Ni que la policía acabara con la vida de muchos Panteras. Ni que cuando Cleaver, en otoño del 75, al volver a los Estados Unidos fuera inmediatamente encarcelado. Bien mirado, el sueño de una América con las dos razas bajo un mismo gobierno, y a su vez, con su propia y diferenciada identidad cultural, puede ser calificado, desde la perspectiva tradicional, como el gran sueño antiamericano.

HARLEM, 1975

Con estas ideas, me he plantado en la oficina del «Black Panther» de Nueva York. Una oficina modestísima, situada en una planta baja de Harlem. Allí me han recibido amablemente y me han explicado que Newton, Sale y Cleaver habían sido expulsados del Partido por considerarlos oportunistas y defensores de la coexistencia con el Sistema. Para quien conozca la azarosa vida de estos tres personajes, la tenacidad de su lucha, sus estancias en las cárceles, el celo y arrojo con que intentaron crear el Partido de los Panteras Negras, la acusación era, en el mejor de los casos, aterradora. Toda la teoría del Partido pertenecía a esos tres hombres, cuyas contradicciones, cuya desesperación y cuyo exilio, nacieron del hecho que corroe y consume a la gran comunidad negra norteamericana: la imposibilidad de que 22 millones de negros, hijos de la esclavitud, con raíces culturales africanas, subviertan una sociedad blanca, diez veces superior en número, asentada en una historia que reservó al negro el peor papel, y que es, ahora mismo, una de las grandes potencias de la tierra. ¿Cuál será el verdadero camino? ¿Dónde está la línea que separa la amargura inconsolable de la conquista posible?

James Baldwin explicaba a Margaret Mead (9): «*He perdido. Debo expresarlo en esta forma, realmente. Hubo una época en mi vida, no hace demasiado tiempo, en que creía, esperaba, que este país podría convertirse en lo que siempre se ha dicho que quería convertirse. Pero lo siento, no importa cómo pueda sonar: cuando Martín fue asesinado terminó para mí esa esperanza. Tengo que hablar de mis comienzos y comencé aquí subastado como un mulo, alimentado como si fuera una bestia. Estaba en mi país, por el que pagué y estoy*

(9) *Un golpe al racismo*, de Margaret Mead y James Baldwin. Editorial Extemporáneos.

pagando. Tratado como ni siquiera se trata a una bestia. Muerto en zanjas como ni siquiera se mata a un mulo. Y tengo que recordarlo: tengo que redimirlo. No puedo abandonarlo por nada. La única razón por la que estoy aquí es para testimoniar. Realmente no me gusta mi vida, ¿sabe? Realmente no quiero otro trago. He visto bastante las ciudades del mundo para hacerme vomitar eternamente. Pero tengo que hacer algo. Ya no hay nada para mí en esto. Lo que quise es lo que todos quisieron. También usted lo quiso. Todos lo quisieron. Vendrá. Viene en diferentes aspectos y formas. No es desesperación, y el precio que uno paga es el precio de todos. Pero sobre ese precio particular, que es universal, hay algo gratuito que no perdonaré, ¿sabe? Es difícil nacer, difícil aprender a caminar, difícil envejecer, difícil morir y difícil vivir, para todos, en todas partes, siempre. Pero nadie tiene el derecho de poner sobre esto otro peso, otro precio que nadie puede pagar, un peso que nadie realmente puede soportar. Sé que esto es universal, pero el hecho de que sea universal no significa que yo lo acepte».

El problema —esté o no de «moda» el tema entre la «izquierda» blanca— es el de una especie de cáncer que sigue su curso. La situación actual es insostenible y, sin embargo, la salida no es posible sin el dolor de nuevos inocentes. Como ocurrió en Palestina o sucede en Irlanda del Norte. Esa sería la situación actual de una tragedia que empezó con el primer barco cargado de esclavos africanos.

Drapper tiene razón cuando dice que el nuevo concepto negro de «colonia» no se ajusta a lo que siempre ha significado este término. Pero, quizá, su situación histórica tampoco pueda expresarse a través del discurso de la opresión socioeconómica. La lucha del negro por instalar su «identidad» en la vida social es complejísima y abarca una serie de campos, a menudo acotados parcialmente. Si Martín Lutero King, pese a predicar la acción «no violenta» y la «integración» fue, como Malcom X —más radical— asesinado, es porque, en definitiva, sea cual sea el tipo de acción elegido y del objetivo programático declarado, la «liberación» real del negro americano conduce a la explicitación de un profundo conflicto, de un crimen histórico, que sólo el racismo blanco ha conseguido amordazar. ■ **J. M.**

Sede actual del «Black Panther» en Nueva York, situada en una modestísima planta baja de Harlem. Hoy Newton, Seale y Cleaver han sido expulsados de los Panteras Negras por considerarles «oportunistas y defensores de la coexistencia con el «Establishment» norteamericano»...

La última victoria de los indios americanos

El 25 de junio de 1876, hace ahora justamente un siglo, se produce la batalla de Little Big Horn, donde un batallón del Séptimo de Caballería es aniquilado por cheyennes y sioux, como muestra este fragmento del mural «Custer's last stand».

Little Big Horn, en su centenario

Eduardo de Guzmán

LA Historia de los Estados Unidos es, a fin de cuentas, la historia de sus fronteras. Fronteras en plural porque son múltiples y variadas las que conoce en los ciento cincuenta años en que la nación se forma primero, se engrandece después y halla, por último, los recursos y energías precisos para ser un factor determinante en la vida de la humanidad. Pero para evitar posibles confusiones, conviene señalar desde el comienzo que la frontera americana no guarda la menor semejanza con esa línea convencional que marca en los mapas la división entre dos países distintos. Las sucesivas fronteras norteamericanas se hallan dentro de su propio territorio, y a veces, como ocurre con una de las postreras —Oklahoma—, en el centro mismo de su extensión territorial. Por frontera se entiende (como sucede en la España de los siglos XIV y XV) una región o comarca de difíciles condiciones de vida donde los hombres han de luchar, más que con una naturaleza hostil, contra los antiguos dueños y poseedores del mismo suelo: musulmanes en la Mancha, Extremadura y Andalucía; y pieles rojas en Arizona, Wyoming o Dakota.

CON ser grande el valor material de esas fronteras, pasos sucesivos hacia la conquista del Oeste, es superior para Norteamérica su importancia subjetiva, ideal, espiritualizada. En el fondo de todas las naciones existe, como substrato primigenio, como impalpable argamasa que mantiene unidos sus diversos elementos, una leyenda poética y heróica, con un fondo real, sin duda, pero con enormes aditamentos míticos prestados por la tradición y la fantasía populares. Así España tiene como remoto aglutinante la epopeya de su Romancero; Francia, las hazañas del ciclo carolingio y Alemania sus viejas canciones guerreras por las que cruzan cabalgando las walkirias y los semidioses helénicos adquieren nombres y perfiles germanos.

Norteamérica es demasiado nueva, demasiado reciente para asentar sus orígenes heróicos en una Edad Media que no conoció. Busca, sin embargo, esos convencionales paladines que sirvieron al «destino manifiesto» de la nación y acaba por encontrarlos en sus diversas fronteras. Lo mismo que Carlomagno y sus caballeros para Francia o el Cid y Bernardo del Carpio para España, son para los Estados Unidos Davy Crockett y Andrew Jackson, Wild Bill Hickock y Custer, Pat Garret y Kit Carson. No se cubren con pesadas armaduras ni manejan la espada y la lanza; pero montados en briosos corceles y vomitando plomo por las bocas de sus colts, se convierten en caballeros andantes de un ideal, servidores legendarios de un país que se mira en ellos como en un espejo de virtudes y que les debe, más que unos territorios conquistados, una aurea leyenda de generosidad, sacrificio y triunfo.

Innecesario parece añadir que hay en todo esto una cierta hipérbole, una consciente o inconsciente desfiguración de la verdad, acentuando las características heroicas, transformando simples escaramuzas en grandes batallas campales y adornando a un vulgar trampero, un soldado de fortuna e incluso algún que otro forajido con hazañas homéricas. Pero aunque alguna brillante victoria quede reducida a una matanza de enemigos indefensos perpetrada con absoluta impunidad y predominen en este o aquel personaje los rasgos de cobardía y barbarie sobre los de generosidad y valor, forzoso es reconocer que el pueblo americano se muestra orgulloso de su conquista del Oeste, del formidable empuje de un pueblo en marcha que lleva sus banderas desde las cumbres de los Apalaches hasta las playas doradas de California saltando por encima de rios, bosques, desiertos y montañas.

La expansión hacia el Oeste del hombre blanco norteamericano determina una continua agresión hacia el pueblo indio que no finalizará hasta su casi total exterminio. Tiendas como ésta —símbolo de una cultura propia— irán desapareciendo en beneficio de las posesiones de los colonos.

EL INDIO, VICTIMA PERMANENTE

En este gigantesco drama que relatos periodísticos primero, novelas y películas después, han dado a conocer al mundo entero, al piel roja le corresponden siempre papeles de villano. Es el enemigo implacable, traicionero y astuto dispuesto a caer en todo momento sobre los ranchos fronterizos, las caravanas que cruzan el desierto o los rebaños que avanzan siguiendo el Chrisholm Trail. Cazadores, guías, tramperos, ganaderos y colonos viven obsesionados por el peligro que representa. A veces ni siquiera es precisa su presencia física; basta con la posibilidad de que el salvaje pueda llegar a materializarse ante los ojos de los pasajeros de la diligencia o los habitantes del poblado minero. Para la epopeya constituye un adecuado telón de fondo esa amenaza, efectiva o potencial, que obliga a las fronteras a vivir en permanente alerta; asusta a las mujeres, amedranta a los niños e impide a los hombres consagrarse por entero a un trabajo que hará fructificar los campos y traerá consigo la felicidad general.

Importa poco que el piel roja sea también un ser humano,

El principal medio de vida de las tribus indias procedía de la caza y concretamente, para muchas de ellas, de la caza del búfalo, pieza también codiciada por los conquistadores blancos. George Catlin, el gran pintor del Oeste americano, nos dejó en los años de 1830 estas dos bellas imágenes que recogen una cacería de búfalos y la estampa de uno de estos animales herido mortalmente.

con familia, afectos, intereses y derechos, que ocupa unas tierras que fueron suyas durante siglos y sufre al verse despojado por los invasores blancos. La Historia la escriben siempre los vencedores, que aquí tienen la inmensa ventaja de ser los únicos que saben escribir. La tragedia del indio carece de transcendencia y no merece atraer un segundo nuestra atención. En fin de cuentas, el engaño, la persecución, el robo e incluso el exterminio del indio no serán nunca una injusticia ni un crimen. Su salvajismo, cobardía y vileza permiten considerar como un castigo justiciero la suerte corrida por millares y millares de pieles rojas a lo largo de todas las fronteras. Así por lo menos lo piensan y sienten quienes acaban con ellos y cuyas conciencias no se inquietan en ningún instante. En 1885 una gloriosa figura

La agonía del pueblo indio quedó reflejada magistralmente en el film de John Ford «El gran combate» (al que pertenece este fotograma), titulado orginalmente «Otoño cheyenne». Se trata de una de las mejores obras de un cineasta que antes de ella se caracterizó precisamente por su racismo anti-indio.

militar americana, el general Sherman, reconoce que en los veinte años precedentes han sido barridos de las praderas ciento setenta y cinco mil sioux, pawnees, cheyennes y arapahoes, y añade textualmente: «Ha sido muy saludable, porque fueron reemplazados por doble número de hombres y mujeres blancos». Como Sherman opina la inmensa mayoría; si alguno discrepa es un calumniador que sólo merece un despreciativo silencio.

¿Cuántos indios viven en la inmensa extensión que un día ocuparán los Estados Unidos cuando llegan a la costa atlántica los primeros blancos? Se ignora con exactitud, aunque se sabe que en ningún punto constituyen agrupaciones humanas tan densas como las halladas por los españoles en Méjico y Perú. A diferencia de mayas, aztecas e incas, los indígenas de los territorios del norte no llegan a un grado mediano de desarrollo y civilización. Aparte de algunas tribus sedentarias dedicadas a la agricultura, sus moradores viven exclusivamente de la caza y la pesca. Su número no debe ser muy grande en ningún momento. De cualquier forma y sabiendo que en 1865 aun pasan de trescientos cincuenta mil los que habitan entre el Mississippi y el Pacífico, no parece aventurado suponer que dos siglos antes se aproximen al millón e incluso que superen esa cifra los aborígenes que pueblan la totalidad de Norteamérica.

Para los anglosajones —ingleses hasta 1776, norteamericanos con posterioridad— el piel roja no es más que un estorbo y una amenaza. Los indios son auténticos demonios, espíritus infernales a los que es necesario combatir a sangre y fuego. «Jamás —escribe un historiador americano— piensan en ellos como seres humanos. A su parecer forman una especie que, aunque colocada ligeramente por encima de los lobos en la escala zoológica, debe ser eliminada lo más rápidamente posible». La posibilidad de unirse y mezclarse con ellos —como hacen los españoles— les repugna y horroriza. En los comienzos de la colonia de Virginia, cuando John Rolfe se casa con Pocahontas, lo hace para conseguir que el padre de la chica, un cacique poderoso, proporcione víveres a los colonos a punto de morir de hambre. Aunque la muchacha tiene treinta años menos y es de belleza extraordinaria, Rolfe se apresura a declarar ante los miembros de la colonia: «No me casé por deseo carnal alguno, sino por el mayor bien de esta plantación, el honor de mi país y la gloria de Dios».

Ni aun impulsados por apremiantes necesidades materiales son muchos los imitadores de Rolfe. Para los ingleses primero, los colonos más tarde y los americanos de las distintas fronteras del Oeste por último, el piel roja es una bestia sanguinaria y cruel, a la que hay que alejar, combatir y matar. El único indio bueno es el indio muerto. No más tarde que en 1755 la Asamblea de Pensilvania aprueba una disposición en virtud de la cual se ofrecen las siguientes recompensas: «Ciento treinta dólares españoles por la cabellera de todo indio mayor de doce años; cincuenta dólares por la cabellera de toda mujer o cualquier piel roja menor de doce años». Con ligeras variantes se ofrecen premios semejantes por el cuero cabelludo de los indígenas en todas las fronteras americanas a lo largo de siglo y medio. En 1864, el coronel Chivington exhibe orgulloso en un teatro de Denver las cabelleras de hombres, mujeres y niños inmolados por sus tropas en la vergonzosa matanza de Sand Creek. Y no ya Simón Kenton o Mike Flink que viven en el último tercio del siglo XVIII, sino Buffalo Bill y otros guías y batidores que acompañan a las tropas americanas cien años después, llevan pendientes de sus cinturones los cueros cabelludos de los indios muertos.

Enemigo feroz y amenaza permanente, el piel roja es siempre la víctima propiciatoria. Para vencerle todos los procedimientos son buenos. Se le convence con buenas palabras, se le adormece con tratados de paz perpetua, se le embrutece con alcohol y se le

obliga a abandonar las tierras más fértiles y apetecibles.

Dueño de todo el continente un día, acabará en la cárcel de las Reservas, que ocupan siempre comarcas desoladas y estériles. Cuando se resiste o se niega, se le convierte en agresor cobarde y asesino sangriento; todo lo que puede hacerse con él estará sobradamente justificado. Así tratan sucesivamente a los mohicanos y los shawnees, los crees y los semínolas; así exterminan o expulsan de sus campos a todos los pieles rojas que viven al este del Mississippi. Luego los americanos prosiguen incansables la misma labor al otro lado del gran río.

LAS ULTIMAS GUERRAS INDIAS

Cuando en 1865 concluye la guerra de Secesión quedan alrededor de trescientos cincuenta mil indios entre el Misouri y el Pacífico. Muchos han vivido en los campos que ahora ocupan desde tiempo inmemorial; otros han sido

Aunque Sitting Bull («Toro sentado») no participase directamente en la batalla de Little Big Horn, a el correspondio la direccion estrategica de los grupos sioux que intervinieron en la misma. La fama de este dirigente indio (al que contemplamos tomando el sol en compañia de una de sus esposas) fue inmensa y la leyenda llegó a presentarle comiéndose el corazón de Custer en presencia de sus victoriosos guerreros.

trasladados allí a viva fuerza desde sus tierras de Florida, Alabama, Illinois y Minnesota, que parecieron feraces y apetecibles a los colonos blancos. Todos, sin embargo, parecen resignados con su suerte. Satisfechos, incluso, porque numerosos tratados firmados con solemnidad les aseguran el dominio de sus nuevos territorios «mientras el sol se levante en el horizonte» y la ayuda paternal del gobierno de Washington, que les proporcionará los víveres y las ropas que precisen para no morirse de frío o inanición. Tras la rebeldía de los cionaban y todos podrán fumar durante largo tiempo la pipa de la paz.

Pero cuando todavia esta viva en la memoria de todos el trato cruel de que han sido víctimas los cheyennes, empieza el tendido de los ferrocarriles transcontinentales. Para evitar enormes rodeos, las líneas tienen que cruzar las reservas indias... Se trata —o así lo explican a las tribus afectadas los «Reservation Agents»— del terreno preciso para extender las vías. ¿Qué significa una estrecha franja de seis u ocho pies de anchura en sus todavía dilatados dominios? Por desgracia, junto a las vías construyen las estaciones y en torno a éstas surgen los pueblos. Peor aún, las compañías, valiéndose de las facilidades dadas por Washington, empiezan a vender a millares de colonos las tierras de uno y de otro lado de la línea férrea. Los pieles rojas despojados protestan, algunos exaltados recurren a las armas; otros, movidos por agentes provocadores al servicio de una compañía rival, atacan a los trabajadores del ferrocarril. Se producen luchas y caen muertos de una y de otra parte. No obstante, los jefes indios, conscientes de su inferioridad material, aplacan a sus huestes temerosos de males mayores. Sólo pequeños grupos de desesperados desentierran el hacha de la guerra; las masas de pieles rojas, las tribus más importantes, continúan fumando la pipa de la paz.

Una estampa típica del Oeste americano: la larga fila de los carromatos que, formando caravana, atraviesan los interminables valles. Pero no es una imagen cogida al azar: esta expedición que avanza por Castle Creek Valley iba custodiada por el general Custer, el gran derrotado de la batalla de Little Big Horn, dos años antes de su desastre.

El territorio indio se ha dividido en dos grandes núcleos, separados por los nuevos estados de Kansas y Nebraska. Al Norte, en Wyoming, Dakota, Montana e Idaho quedan los sioux, los pies negros, los shoshones, los cheyennes, los assiniboias y otras tribus menores. Al Sur, en la actual Oklahoma, que ya recibe el

nombre de Indian Territory; en la parte septentrional de Tejas, la meridional de Colorado y todo Nuevo Méjico y Arizona, se encuentran, muy separados a veces entre sí, además de los pieles rojas traídos del otro lado del Mississippi, kiowas, pawnees, navajos, pueblos, comanches y apaches. Algunas tribus ofrecen tales semejanzas que resulta dificilísimo distinguirlas. Otras, en cambio, muestran rotundas diferencias, no sólo de lenguaje, sino de carácter, temperamento y condiciones de vida. Incluso el tipo étnico es distinto. Aunque para el hombre de la frontera y el americano medio todos los indios son iguales y a todos les tratan en la misma forma, hay razas civilizadas y pacíficas, que han convivido en paz con los españoles y mejicanos; que basan su modesta economía en la agricultura o la ganadería y a nadie atacan ni molestan mientras les dejen vivir tranquilos

Son pocos, sin embargo, los que lo consiguen. A medida que aumenta la población americana y disminuyen los espacios vacíos, crece el hambre de nuevas tierras. Las que aún no están cercadas aparecen inscritas en los registros correspondientes a nombre de un individuo determinado, excitan la codicia de las gentes. No importa que en su casi totalidad pertenezcan de hecho a los pieles rojas ni que en muchos casos el propio Gobierno estadounidense les haya garantizado su posesión. Las compañías ferroviarias por un lado, los reyes del ganado, que cada vez necesitan mayores espacios en que alimentar sus rebaños, por otro, y los colonos, que incesantemente llegan del Este, no vacilan en apropiarse de lo que sus dueños no pueden defender con eficacia. Si los pieles rojas son pocos, se les convence o se les barre. Cuando son muchos y se defienden, se recurre al Ejército.

Comienzan así las últimas guerras indias. Son las más largas y sangrientas de toda la historia del Oeste. Los pieles rojas, colocados en un trance desesperado, sabiendo que no tienen otro recurso que las armas, pelean con decisión y heroísmo. Con tanto que sus enemigos tienen que reconocer su valor y algunos de sus caudillos alcanzan una celebridad que no ha disminuido cien años después.

DE COCHISE A GERONIMO: TREINTA AÑOS DE LUCHAS APACHES

Cuando en 1874 el descubrimiento de yacimientos de oro en las Black Hills de Wyoming y Dakota hace afluir una turba de aventureros que incendian los poblados siuox y asesinan a sus habitantes, un famoso jefe indio, Sitting Bull —que contra lo que luego se ha pretendido tiene mucho más de político inteligente que de guerrero valeroso—, expone con claridad la resolución de su pueblo y las causas que le empujan a una guerra en que no puede sonreírles la victoria:

— Minnesota era nuestra —dice— y se la cedimos al hombre blanco; las praderas también, y tuvimos que cedérselas sin recibir nada a cambio. Sólo nos queda esto y también nos lo quiere quitar. Sabemos que nuestros guerreros son menos numerosos, pero también que esta tierre es nuestra y que mientras vivamos y podamos luchar, lucharemos por ella. Si el Gran Jefe Blanco no quiere que luchemos, ¿por qué nos roba la tierra? Si nosotros fuésemos a levantar nuestras tiendas en los campos del hombre blanco, el hombre blanco nos echaría o nos mataría. ¿No tenemos nosotros el mismo derecho que el hombre blanco?

Las palabras de Sitting Bull pueden repetirlas —y las repiten en términos muy parecidos— los demás pueblos indios. Pero la respuesta a la última pregunta es siempre negativa. En el Salvaje Oeste —igual que en tantos otros sitios, pero con mucha más claridad, cinismo y crudeza— el derecho que no está respaldado por la fuerza no merece respeto ni consideración. Los pieles rojas tienen la razón moral de su parte; pero sus adversarios son más y están mejor armados. Su tesón y heroísmo les permitirá resistir en puntos aislados de las montañas o los desiertos durante una veintena de años. Pero cuando Gerónimo tiene que rendirse y Sitting Bull regresa del Canadá para ser internado en una Reserva, todo ha terminado prácticamente para ellos.

El comienzo de estas guerras indias, que arden simultanea o sucesivamente en puntos muy distantes del Oeste, puede fijarse entre 1868 y 1870, cuando grupos nutridos de cazadores profesionales emprenden una campaña de exterminio de los últimos y gigantescos rebaños de bisontes. Barridos en poco tiempo de las planicies de Nebraska y Kansas, todavía quedan varios millones de animales refugiados en la parte más despoblada y bravía de la frontera. Es un territorio extenso en la confluencia de Texas, Nuevo México, Colorado y Oklahoma, cruzado por el Arkansas, el Cimarrón y el Canadian. Por uno de sus extremos pasa el viejo «Santa Fe Trail» y se tienden ya los railes del «Kansas-Pacific». Pero allí viven aún varios millares de

comanches, pawnees y kiowas, cuya comida depende de los búfalos.

Los cazadores que van tras los animales lo hacen atraídos únicamente por un interés económico. Las fábricas de curtidos pagan las pieles bastante bien y al contado, casi en el mismo lugar de la cacería, en improvisadas factorías montadas a toda prisa. Un buen tirador puede sacar por encima de los cien dólares diarios; con un poco de suerte, llegar a los doscientos. Ninguno ha ganado tanto dinero cuanto surtían de carne a los puestos fronterizos o a los obreros de los ferrocarriles.

En poco tiempo hay centenares de individuos formando grandes partidas de caza en las orillas del Cimarrón y del Canadian. En sólo un año, una de estas factorías llamada Fort Griffin recibe nada menos que setecientas cincuenta mil pieles. (En Fort Griffin precisamente está a punto de morir ahorcado el célebre tahur y pistolero John H. Holiday, más conocido por el sobrenombre de Doc Holiday.

Holiday no ha ido a cazar, naturalmente, sino a jugar con los cazadores y quedarse con buena parte de sus ganancias.

Uno le acusa de tramposo y el pistolero le mata. Los compañeros del muerto deciden linchar al asesino. Pero cuando ya tiene la soga al cuello le salva su amiga Big Nose Kate, prendiendo fuego a un almacén. Mientras la gente se preocupa de apagar al incendio, la mujer desata a Holiday y ambos escapan a uña de caballo al amparo de la confusión reinante, no sin llevarse algunos cientos de dólares que no pertenecen a ninguno de los dos.)

Aunque a los cazadores de bisontes no les preocupan mucho los indios, los comanches se inquietan viendo disminuir de día en día los grandes rebaños; tratan de impedir que los blancos sigan sacrificando los búfalos de los que depende su vida y son rechazados a tiros. Se produce entonces una sublevación general de las tribus de la comarca. Acaudillados por un mestizo llamado Quanah Parker, se lanzan sobre los puestos fronterizos, los convoyes y las factorías. El episodio más conocido de esta lucha es la llamada batalla de Adobe Walls. Adobe Walls es una especie de poblado con varias casuchas de adobe, cercado por una fuerte empalizada. Sirve de punto de reunión y comercio de los cazadores que recorren la región. Hay un almacén de pieles, una taberna, un amplio dormitorio colectivo y una tienda donde se puede comprar y vender de todo.

Cuando los comanches atacan, detrás de la empalizada se encuentran una mujer, varios empleados del almacén, la taberna y la tienda y cincuenta cazadores, entre los que hay tiradores famosos en todo el Oeste como Billy Dixon, Bat Matterson, Fred Shepard y Harry Armitage. La lucha se prolonga durante varias horas interminables y la victoria de los cazadores se debe a la idea de uno de ellos de lanzar cartuchos de dinamita con la mecha encendida en medio de los grupos de pieles rojas. Las explosiones destrozan a unos pocos comanches e intimidan a los demás lo suficente como para dar tiempo a que los sitiados reciban refuerzos.

Pero no son los comanches, desde luego, quienes con mayor decisión y bravura pelean en estas guerras indias del final del Wild West, ni es un rincón apartado de las praderas donde se libran sus más encarnizadas peleas. Los que combaten por más tiempo son

los apaches de Arizona y Nuevo México; los que mayores estragos ocasionan a los soldados blancos son los cheyennes y sioux de Wyoming y Dakota. Los apaches, que se lanzan por el sendero de la guerra cuando son invadidas sus tierras, mantienen una lucha que apenas tiene interrupciones a lo largo de treinta años. Iniciada en 1857 por Cochisse y los chiricahuas, es continuada por Victorio, y Cuchillo. El último de sus jefes, Gerónimo, que llega a desconcertar a sus adversarios por sus rápidas marchas y contramarchas, es un verdadero maestro de la guerra de

George Armstrong Custer era un hombre arrogante e impulsivo cuya temeridad, unida a una sed insaciable de gloria, le llevó a cometer todo tipo de desaciertos. Buen cazador (le vemos en el centro del grabado, junto a una pieza recién cobrada en la expedición a Black Hills y en compañía de su explorador indio, Bloody Knife), su insensatez fue causa decisiva de la masacre de Little Big Horn.

guerrillas y utiliza a la perfección todas las ventajas que le ofrecen las montañas intrincadas y los angostos desfiladeros de las Badlands. Al final, Gerónimo, que se ha quedado casi solo, tiene que someterse el 4 de septiembre de 1886.

LA BATALLA DE LITTLE BIG HORN

Las luchas contra los pieles rojas en Dakota, Wyoming y Montana se prolongan también varios años y dan lugar al mayor desastre sufrido por el ejército norteamericano en un siglo de casi constante enfrentamiento con los indios. Es la llamada batalla de Little Big Horn, que tiene lugar el 25 de junio de 1876, ahora hace justamente un siglo. Un batallón mandado por el general Custer queda envuelto por cheyennes y sioux, que acaban con todos sus integrantes.

Doscientos sesenta y cinco soldados del Séptimo de Caballería, con su jefe a la cabeza, son pasados a cuchillo, después de una resistencia tan denodada como inútil.

En torno a esta famosa acción se han contado gran número de fantasías. Periodistas primero, novelistas después, guionistas cinematográficos o de televisión por último, la toman como base de sus reportajes, narraciones o películas y cada uno añade por su cuenta y riesgo nuevos episodios y detalles que ningún parecido guardan con la realidad de lo sucedido. Hay incluso quien lleva su imaginación al extremo de presentar a Sitting Bull abriendo el pecho de Custer para extraerle el corazón, y comérselo en presencia de sus guerreros. La verdad, sin embargo, es que ni Sitting Bull participa en la lucha —porque se encuentra a muchas millas de distancia— ni existe entre él y el general americano el implacable odio personal que muchos se empeñan posteriormente en hacernos creer.

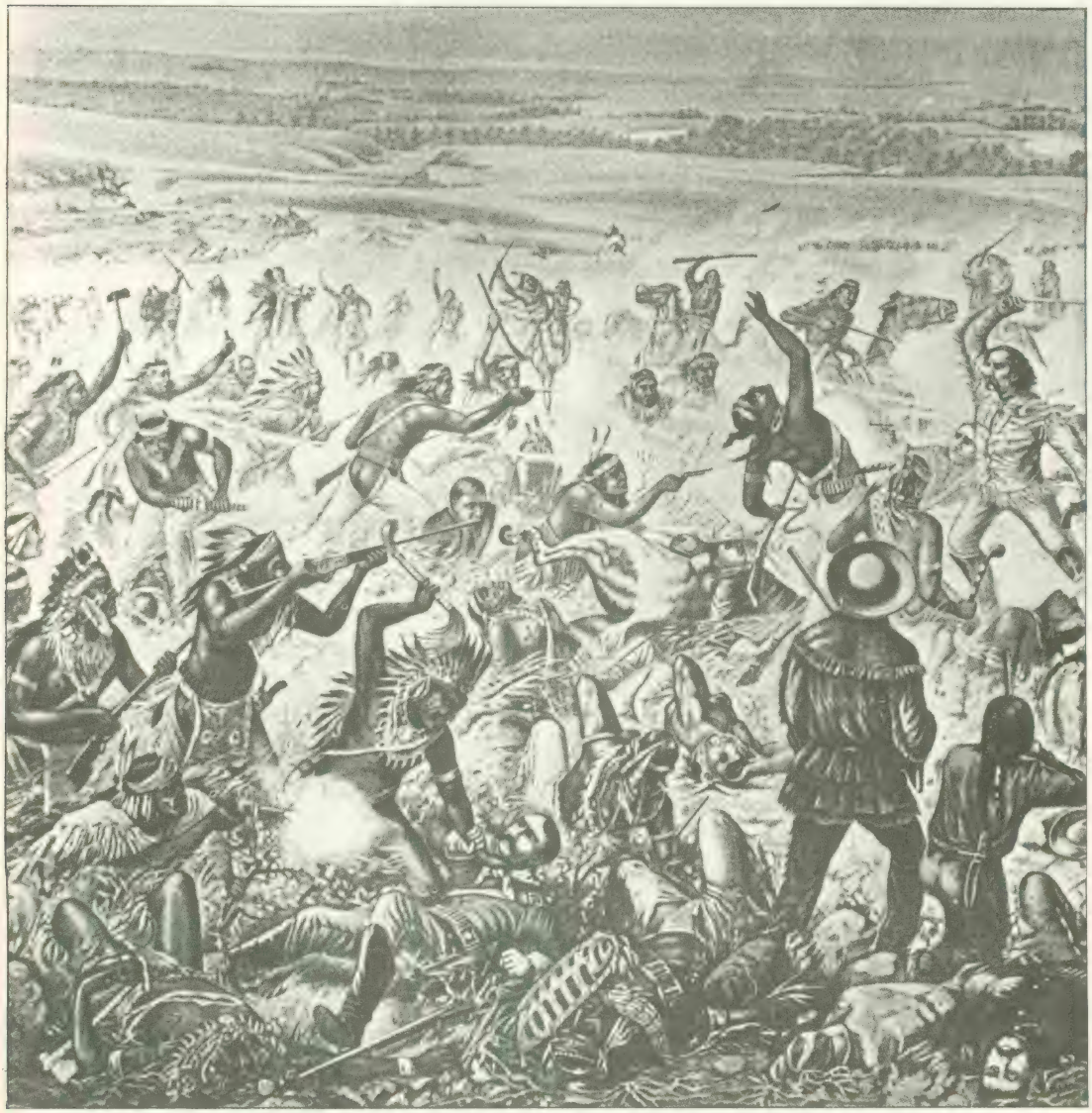
El sangriento episodio tiene como causa inicial una larga serie de equivocaciones y errores difíciles de explicar. El primero de todos, que el general Crook presente a sus jefes como brillantes victorias las escaramuzas libradas en Tongue River y Rosebud, donde si alguien puede considerarse vencedor son los cheyennes de Little Hawk —y no lo sioux de Crazy Horse, como afirman sus adversarios— que quedan dueños del campo de lucha, obligando a retirarse a los soldados americanos después de una carga de caballería. Como resultado de esta falsa información, mientras los blancos creen amedrentados y en fuga a los pieles rojas, los indios están celebrando jubilosos el triunfo en un gran poblado instalado a orillas del Little Big Horn.

George Armstrong Custer es hombre valeroso, arrogante e impulsivo. Su temeridad, unida a una sed insaciable de gloria, le ha hecho incurrir muchas veces, tanto durante la Guerra de Secesión como en

la frontera, en una serie de desaciertos; los ha pagado sin rechistar, pero sin que su obstinación y vanidad le permitan reconocer nunca que se ha equivocado. El 25 de junio de 1876 comete sus últimos y definitivos errores y muere sin llegar a enterarse siquiera de que los ha cometido. Ansioso por conquistar laureles superiores a los que el general Crook asegura haber alcanzado, se pone en marcha de madrugada sobre el rastro dejado por centenares de caballos indios. Da por seguro que se trata de sioux que escapan tras las derrotas sufridas.

Poco después, desde lo alto de una montaña, descubre un campamento gigantesco, que se extiende a lo largo de tres o cuatro millas por la orilla de un riachuelo.

Se dispone a caer por sorpresa sobre los pieles rojas con el Séptimo de Caballería, cuando uno de los guías que le acompaña le señala la presencia de cuatro jinetes indios en



Doscientos sesenta y cinco soldados del Séptimo de Caballería perecieron en la batalla de Little Big Horn, quizá la mayor derrota sufrida por el Ejército americano y el último triunfo obtenido por los guerreros indios. La Historia ha demostrado la responsabilidad del general Custer en lo sucedido, al menospreciar a las tropas rivales y conducir a sus hombres a una encerrona (Fragmento del mural «Custer's Last stand» donde —a la derecha— aparece el general combatiendo sin sombrero).

una cima cercana. Los pieles rojas escapan a todo correr, y Custer da por descontado que van al poblado para avisar a sus hermanos de la presencia de los soldados. Considera entonces imposible coger desprevenidos a los sioux y, en contra de las órdenes recibidas decide dividir sus fuerzas. Dando un rodeo, el comandante Reno atacará un extremo del campamento al frente de tres Compañías. Los capitanes Benteen y McDugall, con otras tres Compañías y llevando consigo los carros de la impedimenta regimental, se lanzarán al asalto por el centro. Personalmente, con las Compañías que le quedan atacará el lado opuesto del poblado en cuanto el ruido de los disparos le indique que las otras fuerzas han entrado en acción.

Los acontecimientos se desarrollan en forma muy distinta a la prevista por Custer. Reno cumple sus instrucciones y ataca la parte occidental del inmenso campamento; pero los sioux, que alzan sus tiendas en aquel lado y a los que manda Crazy Horse, reaccionan con prontitud y eficacia. Ante su denodada resistencia, un soldado se deja ganar por el pánico y huye; otros le siguen pronto y a los pocos minutos las tres Compañías se baten en retirada precipitada. Los siuox les persiguen a caballo, alejándose más y más de su poblado. Las fuerzas de Reno arrastran con ellas en su huida a las que acompañan a Benteen, que no han llegado a entrar en combate. Tal es el temor de muchos de los que huyen que algunos se matan haciendo saltar a sus caballos desde lo alto de un risco.

Alarmados por los disparos, pero sin saber exactamente lo que sucede, los cheyennes están sobre las armas en el extremo opuesto del campamento cuando descubren la presencia de los soldados que manda Custer en persona. Hay entre ellos un movimiento de indecisión y temor. Si el general lanza sus tropas a caballo por entre las tiendas en una carga frontal, los pieles rojas, confusos y amedrentados, escaparán a la desbandada. Pero Custer comete un nuevo error. Cree que los indios esperan su ataque y que su aparente desorden y sorpresa no es más que un disfraz de la emboscada que le tienden. En lugar de comenzar el asalto, ordena a sus hombres que echen pie a tierra y, parapetados tras sus monturas, formen el cuadro para rechazar el ataque de unos enemigos muy superiores en número.

El gesto claramente defensivo envalentona a los cheyennes, que abandonan el campamento para acometer a los blancos. Pronto descubren que sus alaridos espantan a los caballos de los soldados; centuplican sus gritos sin dejar de lanzar una lluvia de flechas. Algunos animales se desbocan y sus carreras siembran la confusión entre los hombres del Séptimo de Caballería. Aunque tiene todavía abierto el camino de retirada, Custer comete otro nuevo y fatal error: mandar a sus hombres que escalen una colina cercana y se defiendan en lo alto. Los pieles rojas suben pisándoles materialmente los talones y llegan arriba casi al mismo tiempo que sus enemigos. Animados por el éxito inicial, los cheyennes pelean como verdaderos demonios.

Los soldados se defienden con energía y decisión. Su jefe es un ejemplo para todos, peleando en primera línea hasta que se derrumba acribillado. Con su muerte lava muchas de las equivocaciones cometidas, pero no puede impedir que sus doscientos sesenta y cinco acompañantes corran la misma suerte y acaben en poco tiempo a manos de los pieles rojas.

UNA VICTORIA PIRRICA

Little Big Horn es la mayor victoria militar alcanzada por los indios americanos en su larga lucha contra los soldados blancos; pero es una victoria pírrica que pagarán muy cara. La suerte del Séptimo de Caballería produce profunda impresión en toda Norteamérica. El Ejército ansía vengar a sus compañeros muertos y la opinión entera está a su lado. Se envían con rapidez millares de soldados para acabar con los pieles rojas. Olvidando lo que ha dicho unos años antes al condenar la vergonzosa carnicería del coronel Chivington, el general Sherman dice ahora:

—Debemos actuar contra los sioux con verdadero celo vengador y, si es preciso, ir a su completo exterminio, acabando con hombres, mujeres y niños.

Lo hacen. Es una campaña dura, llevada a cabo con fuerzas muy superiores a las empleadas antes en ninguna lucha fronteriza. Los poblados indios van siendo tomados y destruidos. Vencidos en toda la línea, en mayo de 1877 un millar de cheyennes, mandados por Dull Knife y Little Wolf —que dirigieron la batalla contra Custer—, tienen que entregarse y son enviados a un desierto de Oklahoma, centenares de millas al sur. Sitting Bull busca refugio en el Canadá; regresará diez años después para ser encerrado en una Reserva. Con su rendición definitiva, las guerras indias han terminado para siempre.
■ **E. de G.**

TEATRO COMEDIA
TARDE Y NOCHE
SE VENDE POR PISOS
Carcajadas a granel
El mayor éxito cómico de
NINI MONTIAM

INFORMACIONES

DIRECTOR: VICTOR DE LA SERNA

MADRID. AÑO XXI. NUM. 6.711 — JUEVES 13 DE JUNIO DE 1946 — PRECIO DEL EJEMPLAR: 10 CTS

UN LIBRO DE ACTUALIDAD: ¡VIVA MARIA!

Su Excelencia el JEFE DEL ESTADO asiste al Concurso Hípico Internacional

El Generalísimo el Jefe del Estado, acompañado por su esposa, Doña Carmen, presenció ayer tarde los premios del Concurso Hípico Internacional que se celebra en la Casa de Campo desde el pasado domingo, que el propio Caudillo entrega al vencedor entre clamorosos aplausos.

INFORMACION EN LA PAGINA DEPORTIVA

DE GASPERI ASUME LA JEFATURA DEL ESTADO

HASTA LA DESIGNACION DE PRESIDENTE DE LA REPUBLICA POR LA ASAMBLEA

HUMBERTO II dirige una carta al primer ministro: "RESPETO la decisión del PUEBLO ITALIANO"

ROMA, 13. — El Gobierno italiano dio anoche a conocer el Comunicado oficial siguiente: "El Gobierno que proclamó los escrutinios del referéndum dados a conocer el 10 de junio por el Tribunal de Casación, según el artículo 17 del decreto de 23 de abril, ha creado, automáticamente el régimen transitorio durante el cual y mientras no se decida sobre del Estado por la Asamblea Constituyente, fija las funciones del mismo en el presidente del actual Gobierno. Esta situación está creada por la voluntad soberana del pueblo, según la ley arriba mencionada y no puede considerarse modificada por la carta que Humberto II ha dirigido al presidente del Gobierno."

Comentando dicho comunicado, De Gasperi ha manifestado que tiene la intención de firmar todos los decretos necesarios como jefe del Estado hasta este momento, hasta la designación de la persona que ocupe la más alta magistratura del país por la Asamblea Constituyente.—EFE.

LA CARTA DE HUMBERTO A DE GASPERI

ROMA, 13. — El texto de la carta dirigida por Humberto II al Gobierno, y que De Gasperi leyó ante el Consejo de ministros, dice así: "Estoy dispuesto a confirmar una vez más mi firme voluntad de respetar los votos de la mayoría del pueblo italiano, que se pronunciará cuando de su fallo definitivo el Tribunal Supremo designado por la ley para pronunciarlos con respecto a sus resultados.

En vista de esta voluntad, que es conforme a todos nosotros, estoy en condiciones de ofrecer, con el fin de facilitar a mi ministro, que ya no puede garantizar que es la ley de mediatizar, [illegible] ...—EFE.

REGRESA A NAPOLES EL «DUCA DEGLI ABRUZZI»

LISBOA, 13.—Con rumbo a Nápoles ha partido el «Duca degli Abruzzi» y el comandante de [illegible] ...

EL MISTERIOSO PARADERO DE HUMBERTO

ROMA, 12. — El paradero de Humberto continúa un misterio, [illegible] ... Agencia United Press. Responsable de Palacio afirmó que se desconocía su residencia en [illegible] ...

ESAS PERSONAS SON LOS NERVIOS EXCITADOS

ROMA, 13.—El ministro interior del Interior, Romita, ha manifestado a un corresponsal de la Agencia Reuter que la situación [illegible] ...

A AMISTAD HISPANO-ARGENTINA

PERON concede a FRANCO el primer Collar de la Orden del LIBERTADOR

El almirante Moreno condecoró al presidente con la Gran Cruz del Mérito Naval

PERON — ALMIRANTE MORENO

BUENOS AIRES, 13. — El jefe de Estado Peronista, general Perón, ha condecorado con el primer collar de la Orden del Libertador, a su Excelencia el Generalísimo Franco y a otras personas en el almirante Moreno. Las insignias se entregaron ayer tarde y varias entidades gremiales.

Dos representaciones se dirigieron al Ministerio de Hacienda para [illegible] ... Moreno, a los embajadores [illegible] ... Moreno, a los embajadores [illegible] ... Moreno, a los embajadores

FRANCO, CON LOS NIÑOS DE VITORIA

S. E. el Jefe del Estado en el momento de recibir al Padre Demetrio de Alburuza, S. J., Director de las Escuelas Profesionales "Jesús Obrero", de Vitoria, con un grupo de niños que, acompañados del gobernador civil de Alava, entregaron al Caudillo un pergamino en recuerdo de la visita que S. E. hizo a las Escuelas. (Foto Cifra.)

(Agencia «Cifra», 14-VI-1946.)

UN CONSEJO DE GUERRA EN EL CUARTEL DEL INFANTE DON JUAN

Comparecen 12 miembros del ejército rojo

Quedaron absueltos 6, y condenados, los otros 6

En el cuartel del Infante don Juan se ha celebrado Consejo de guerra sumarísimo contra Eduardo Sanz, ex combatiente de Estado Mayor y ex coronel del ejército rojo; Salvador Pomata, ex teniente del Ejército y ex comandante del ejército rojo; Francisco Ruiz, ex teniente del Ejército; Pedro Salvá, ex teniente del Cuerpo de Asalto y ex teniente del ejército rojo; Luis Mota, ex teniente de Intendencia del Ejército y ex comandante del ejército rojo; José Fernandini, Francisco Arcenegui, Manuel Tárrega, Valeriano Blázquez, Vicente Blázquez, Federico Corral y Julia Díaz.

SOLO HAY UNO

—¿A que adivina usted la situación de Francia?...
—Muy sencillo. ¡A que no tienen un ciranoso!

El fiscal, en sus conclusiones definitivas, solicita doce años de prisión para los seis primeros, que durante la guerra, al servicio de los rojos, alcanzaron todos la graduación de comandantes-jefes de brigada y de división, excepción del primero, que alcanzó la de coronel; seis años para José Fernandini Pérez, Manuel Tárrega y Valeriano Blázquez; tres para Julia Díaz y multas para Vicente Blázquez y Federico Corral.

Se les acusa de organizar lo que ellos llaman «Junta de Militares Patriotas».

Durante el interrogatorio de los procesados éstos coinciden en que la organización está formada tan sólo por militares que han sido expulsados del Ejército, y que el fin de esta Junta en embrión trataba únicamente de, en caso de

Haremos un cine español sin que ningún obstáculo pueda impedírnoslo.

Cesáreo González.

(«Radiocinema», núm. 124, de 1-VI-1946.)

CATEDRATICOS DEPURADOS

Madrid.—En virtud de órdenes del Ministerio de Educación Nacional, han sido declarados depurados sin sanción alguna los catedráticos don Emilio Langle Rubio (de la Universidad de Oviedo) y don Ramón Prieto Bances (de la Universidad de Santiago), pero con pérdida de los haberes no percibidos.

(Agencia «Cifra», 8-VI-1946.)

que por cualquier circunstancia se pertubara el orden público, ponerse al lado de las autoridades, y que esta organización es absolutamente apolítica.

Todos los procesados señalan a Salvador Pomata como organizador de esta Junta, y declaran también la mayor parte de ellos que fueron procesados con anterioridad y fueron condenados a muerte y a penas que oscilan entre la capital y los quince años de reclusión, cuyas penas les fueron conmutadas.

El fiscal, en su informe, destaca bien los hechos por los cuales los procesados se sientan en el banquillo de los acusados, que son los siguientes: En el mes de septiembre de 1945, el periódico comunista «Mundo Obrero» hace un llamamiento a los militares que han sido separados del Ejército, para que formen la Junta de Militares Patriotas. Hay más tarde una carta dirigida al ex ministro de la Guerra del Gobierno del Frente Popular, teniente coronel Hernández Sarabia, que sale de España a través de una Embajada, en la que probablemente se piden instrucciones. A esta carta contesta el Hernández Sarabia con otra cuya letra reconoce el procesado Sanz, en la que se les da cuenta a los miembros de la Junta de que está organizando el ejército republicano en el exilio. Hace resaltar el mal uso que han hecho los procesados de la generosidad de un régimen que les ha conmutado las penas y solicita su castigo.

A continuación, la defensa discrepa de la tesis del fiscal y establece tres grupos entre sus defendidos, estimando que el primero de ellos, para los que el fiscal solicita la pena de doce años, si bien pretendieron organizar la llamada Junta de Patriotas Militares con fines políticos, lo hicieron para evitar que en un momento dado la autoridad estuviera en manos de los partidos marxistas que tantos desmanes cometieron durante la guerra. Para los demás procesados solicita la absolución.

El otro defensor también discrepa con el fiscal y solicita la libre absolución de sus patrocinados, que son Valeriano y Vicente Blázquez y Federico Corral.

La sentencia dictada por el Consejo de Guerra ha sido notificada a los encausados. Por el fallo son absuetos los seis acusados siguientes: Tárrega, Arcenegui, Julia Díaz, Valeriano y Vicente Blázquez y Federico Corral. Se condena a cuatro años a Fernandini; a seis años, a Ruiz, Salvá y Mota; a ocho años, a Sanz y a doce, a Salvador Pomata.

(«Informaciones», 13-VI-1946.)

El Gobierno español hace constar que jamás la dignidad nacional tolerará que las naciones extranjeras traten de ingerirse en los asuntos propios de España

Desea que quede, de un modo formal, constancia histórica de la protesta de España ante la injusticia del ataque que sufre

Nota del Ministerio de Asuntos Exteriores a las representaciones diplomáticas de las naciones miembros del Consejo de Seguridad de la O. N. U. que mantienen relaciones cordiales con España

(«La Verdad», de Murcia, 6-VI-1946.)

PROBIDAD

Hace algunos años, un insigne maestro de periodistas, cuyo nombre vivirá entre nosotros imperecederamente, convocó un concurso, espléndidamente dotado, para premiar al investigador que demostrara que Cristóbal Colón era español. No le importaba al ilustre patriarca del periodismo de dónde fuera realmente Colón. El quería *que fuera precisamente español, y hubiera dado su fortuna por demostrarlo. La actitud no era muy científica, pero era enternecedora, brava, patriótica y apasionada hasta incurrir en una apasionada y ciega intransigencia. Sólo elogios, ya a esta distancia del hecho, merece tan generosa actitud. A la cual respondió por cierto un erudito gallego con una hábil superchería que demostró a su modo que también Colón era gallego.*

Naturalmente Colón «sigue siendo» genovés, lo cual, dado además el concepto vago que entonces tenía la nacionalidad italiana, en nada aminora la gloria de España en el Descubrimiento.

De una manera semejante, pero sin aquella belleza de pasión de nuestro compatriota, se ha convocado un concurso universal para demostrar no lo que es España, sino precisamente que España es un principio de peligro para la paz mundial. Se han acarreado materiales sobrados para demostrar que España es un país en paz, para la paz y de paz. Pero no importa. Como el concurso está bien dotado —mucho más espléndidamente que el de nuestro gran paisano—, y el primer premio consiste en una sonrisa del atracador del Banco de Tiflis y de todos los Bancos que hay entre el Oder y el Yan-tsé-Kiang, no han faltado sabios que han «demostrado» no lo que es realmente España, sino lo que Stalin y sus fuerzas obedientes quieren que sea.

Naturalmente, Colón «sigue siendo» genovés. Y la probidad de los sabios... ¡buena, gracias!

(«Informaciones», 3-VI-1946.)

El Colegio de Abogados de Madrid se dirige al Consejo de Seguridad de la U. N. O.

DESPUES DE EXPRESAR SU ESTUPOR POR EL DICTAMEN DEL SUBCOMITE, AFIRMA QUE CONCULCA LOS PRINCIPIOS ELEMENTALES DEL DERECHO INTERNACIONAL; APELA AL SENTIDO DE JUSTICIA DE LOS HOMBRES LIBRES DEL MUNDO; RATIFICA SU SOLIDARIDAD CON FRANCO, Y DICE QUE LOS ABOGADOS EJERCEN SU PROFESION SIN TRABAS NI CORTAPISAS

Repudia a los mendicantes de ayudas extranjeras que asesinaron a 186 abogados, 42 magistrados, 11 notarios y 61 funcionarios judiciales de Madrid

El Colegio de Abogados de Madrid ha enviado al Consejo de Seguridad de la U. N. O. el siguiente telegrama:

«Consejo de Seguridad de la U. N. O.
Unter Collega.
New-York

Nuestro Colegio Abogados Madrid, cinco veces centenario y [illegible] profesional, agrupando 1.375 abogados, significa los Consejo colapar por dictamen Subcomité encodrinador llamada cuestión española es que propugnando invasión indefinidas facultades autodeterminación nuestro pueblo conculca elementales principios Derecho Internacional. Invocamos doctrina Estrada, aceptada mayoría naciones americanas y totalmente incompatible tales recomendaciones. Ni origen ni supuestas intenciones régimen político nación soberana autorizan conminaciones ni medidas acaso explicables ante evidencia agresión inmediata e ilegítima. Si ningún texto punitivo civilizado consiga delincuentes posibles o en potencia, menos puede caer en Derecho Internacional España, indefendida aunque el vilipendiada, que reconócenos no ser inmediata ni actual peligro paz, aunque añadas puede llegar a constituirlo. Conforme tan singular teoría, ante posibilidad degeneren libertarios en abuso resulta lícito suprimirlos. Incapaces conocer estas revisiones principios que suponían afortunos apoian natural sentido justicia hombres libres del mundo y serenamente esperan resolución, que sea cual fuere no aminorará decidida solidaridad con nuestro defe Estado, más inconcidiona; vista tenaz ataque axiomás Derecho internacional qu dieron universalidad nuestro patrios Vitoria y Suárez.

Abogados este Colegio que ejer con profesión sin trabas ni co tapisas, incluso contra actos acuerdos gubernativos de tod clase, repudian airadamente pro pósito lanzar España otra gu rra civil, nuevamente provoca da por descalificados mendicant tes ayudas extranjeras contra s Patria, de la que quisieron des certar toda conciencia jurídic asesinando 186 abogados, 42 ma gistrados, 11 notarios, 61 funcio narios judiciales incorporado a e Colegio Madrid, independient mente clientes compañeros d provincias y unánimemente co siderados por los hombres de l yes de toda España como deli cuentes comunes. Respetuosa mente saludale.»

El proceso de MIHAILOVICH

El ministro de Industria y Comercio, en Barcelona

BARCELONA, 11.—El ministro de Industria y Comercio, señor Suanzes, acompañado del gobernador y autoridades, ha hecho una visita a la fábrica «La España Industrial».

Fué recibido por el barón de Terrades, el director gerente y los miembros del Consejo de Administración, quienes le acompañaron en su visita a las distintas dependencias de la factoría.

El ministro [illegible]

(«Informaciones», 11-VI-1946.)

SOBRE LA DEMOCRACIA

La democracia no es una forma de gobierno, sino la forma de expresión de los pueblos para elegir entre los posibles gobiernos. Como forma de expresión o procedimiento, la democracia tiene sus limitaciones. Del reconocimiento de las limitaciones de la democracia, puestas de relieve por los hechos en la gran época que vivimos, nace el augen la revalidación admirable del concepto de democracia tal como aparece hoy entre nosotrosm

La primera limitación de la democracia nace de lo siguiente: votar es un derecho del hombre, no un deber. Los Estados no tienen fuerza coercitiva para imponer a sus ciudadanos la obligación de votar. Si una docena de ciudadanos renuncian a su derecho de voto, el sufragio deja de ser universal. Y si ese sufragio no universal es aceptado como fidedigna expresión de la voluntad general, ¿qué impide que sean tenidas por fidedignas expresiones de la voluntad general otras formas de sufragio restringido, hasta llegar a la anulación entera del sufragio?

ALMORRANAS
(HEMORROIDES) TUMORES VENOSOS, CICATRICES MAL FORMADAS, ULCERACIONES, FISURAS DE ANO, VERRUGAS EPITELIOMAS (CANCER), etc.
Tratamiento por Diatermocoagulación. Este método permite al paciente hacer su vida normal y viajar inmediatamente después de tratado, por no precisar guardar cama ni hospitalizarse.
Dr. GARCIA PEREZ PLAZA DE LA CRUZ, 3 MUR — (C. S. N.º 8670)
Ex Ayudante de Cátedra en la Facultad de Medicina de Madrid

El C. de Seguridad de la O. N. U. rechaza la propuesta polaca de ruptura con España

Votaron a favor de la misma, Rusia y sus satélites

En contra Inglaterra, Estados Unidos, Australia, Brasil, China, Holanda y Egipto

Una nueva proposición del famoso Lange con determinadas enmiendas de Inglaterra y EE. UU., será objeto de estudio en la reunión del miércoles

Nueva York, (urgente), 24.-Se ha votado la proposición de Polonia sobre ruptura de relaciones con España.

Sólo la han apoyado Rusia, Francia, Méjico y Polonia, las siete restantes naciones miembros han votado en contra de la mencionada proposición.-Efe.

Nueva York, 24.—El Consejo que podrá dar la bienvenida a España esta fecha para dar al

yar la nueva resolución polaca; pero rechazó las enmiendas propuestas por Gromyko, por entender que de esta forma no se avanzaría ni un solo paso respecto a la situación de hace cuatro días.

La nueva propuesta de Lange sugiere que cualquier miembro del Consejo tendría derecho a suscitar el "caso de España" en cualquier momento anterior a la mencionada fecha, basándose en que las investigaciones hechas por el Subcomité demuestran que "el régimen español constituye un grave peligro para la amistad internacional". Esta propuesta se asemeja en parte a la que en su tiempo sugirió Estados Unidos para mantener el caso de Persia bajo la vigilan-

Notas gráficas de la festividad de San Juan

(«La Verdad», 25-VI-1946.)

Un segundo contingente DE NIÑOS POLACOS llegó ayer a Barcelona

Quedarán alojados en una señorial residencia, rodeada de jardines, enclavada en la barriada de Vallcarca

El jefe superior de Policía y otras representaciones oficiales rodeados de los primeros niños que desembarcaron y del príncipe Czartoryski.

La arribada al muelle de Barcelona del barco «J. J. Sister», que

donde ambas residían, y llevada a un campo de concentración alemán,

La travesía ha sido mala. Durante ella se han puesto enfermos tres niños, que sacan del barco los camilleros de la Cruz Roja Española dependientes de la Organización en Barcelona, trasladándolos a una ambulancia que ha llegado hasta el pie del barco. En cómodos autocares y coches, los 73 niños restantes, acompañados de cinco instructores y tres profesores polacos, llegados también en el «Sister», se trasladaron a la residencia previamente preparada, en la barriada de Vallcarca. Tras la caravana llegamos nosotros, también, a la mansión. Ya, antes, la han inspeccionado las autoridades sanitarias españolas correspondientes, al frente de las cuales figura el doctor Camuñez, llegado de Madrid con este exclusivo objeto. Y al entrar en residencia tan confortable, tan saludable, rodeada de cuidados jardines, cara al denso panorama de la urbe, los niños polacos quedan ensimismados, como si aquello fuera uno de los bellos sueños que esaltaran sus mentes recargadas por la pesadilla de tantos dolo-

(«Informaciones», 20-VI-1946.)

¿Cuál es el matiz que garantiza la sinceridad de unas elecciones e invalida otras? Y, sin embargo, ese matiz es el juez de la democracia verdadera.

El «sufragio universal sincero», tal como lo presentan no pocos, puede conducir igual a la libertad que a una anarquía o a una dictadura. El sufragio democrático no es, pues, necesariamente universal. Su sinceridad es, por otro lado, parámetro del tiempo en que se expresa. Puede ser, además simultáneamente garantía y peligro de la democracia. En una palabra, tal vez democracia y sufragio universal no son cosas distintas, pero tampoco son una y sola cosa, como hasta hace poco se pretendía.

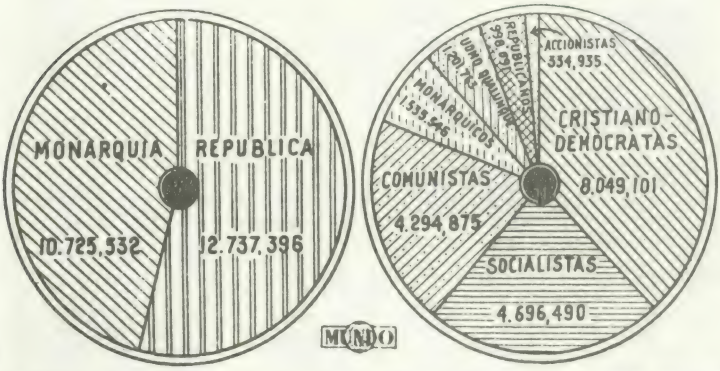
La democracia pretende crear las condiciones necesarias para garantizar no el derecho del sufragio, sino la generalidad de los derechos del hombre. Donde no existan las condiciones para que el derecho de sufragio se entronque y trence armoniosamente con los demás, respaldándolos, la democracia quedará invertida, capitulará y dejará de existir, víctima de sí misma.

Lo que prevalece, lo que es impor-

Humberto II perdió el referéndum

Italia se declarará el próximo sábado oficialmente República

(«La Voz de España», 6-VI-1946.)



Compare el lector estos dos gráficos: el uno, resultado del plebiscito sobre la forma de Gobierno, indica una honda división entre los italianos en dos mitades casi iguales; el otro, puestos obtenidos por los diferentes partidos en la futura Cámara constituyente, indica una fragmentación bastante acusada; un cierto predominio en los populares católicos, ligeramente superados por la agrupación de los dos partidos marxistas y el papel decisivo de los demás grupitos de izquierda y derechas burguesas.

(«Mundo», 16-VI-1946.)

tante no es la reivindicación de ese derecho de voto por el voto mismo, sino la reivindicación de los conceptos de libertad general, de respeto al individuo que constituyen realmente la esencia de la democracia tal como ésta ha salido vencedora de los debates políticos y de la guerra. Esos derechos son demasiado sagrados y su naturaleza demasiado real para que queden condicionados a una teoría del sufragio.

La democracia está al margen de las formas de gobierno. Es, sin embargo, notorio que mientras no hay en el mundo una sola Monarquía totalitaria, subsisten muchas repúblicas totalitarias: la suprema, viva y delicada vigencia de las libertades del hombre encuentra en la forma tradicional monárquica no un clima perfecto, pero sí, dentro de lo posible, el más apto clima de vida y desarrollo. De la misma manera que ningún demócrata de ningún matiz es capaz de ocultar su recelo ante la perspectiva de un sufragio universal sincero, que no deje nada por revisar —cuya insondable incógnita se resolvería en totalitario o en republicano, en comunista o en monárquico, según cuál fuera el peligroso y casual albur de la ruleta—, ninguno es capaz de negar que los logros inmensos de nuestra época —en lo social y en lo económico como en lo moral— pueden canalizarse hoy mejor en la Monarquía que en la República. Y es que, hoy, la Monarquía no es sólo consecuencia de la libertad; es también su causa misma.

IGNACIO AGUSTI

(«Destino», 16-II-1946.)

PALMIL JIMENEZ

Purgante de acción suave y siempre indicado para todos por inofensivo.

(C. S. núm. 5 003.)

ESTA EN LIBRERIAS LA SEXTA EDICION DE

"MISION DE GUERRA EN ESPAÑA"

la obra famosa del ex embajador de los EE. UU. en España

CARLTON J. H. HAYES

"MISION DE GUERRA EN ESPAÑA"

es el impresionante relato de un hombre liberal y demócrata, enemigo de dictaduras y de regímenes de autoridad.

TRADUCCION LITERAL, EXPRESAMENTE REVISADA Y AUTORIZADA POR EL AUTOR

Ningún español debe dejar de leer este libro extraordinario

Pídalo hoy mismo a su librería o a E. P. E. S. A. Alcalá, 20, ó Goya, 23. Madrid.

LA NUEVA LEY DE ASOCIACIONES EN ESTUDIO EN LAS CORTES

RECONOCE A TODOS LOS ESPAÑOLES EL DERECHO A CONSTITUIR ENTIDADES

(«La Voz de España», de San Sebastián, 11-VI-1946.)

COMENTARIO

Ambigüedad, no

Dice un cronista que, cuando la Misión española llegó a Buenos Aires en el crucero «Galicia», la multitud aclamó a los recien desembarcados y sus gritos de «Franco sí, comunismo no», llegaban hasta un barco soviético allí cerca anclado, cuyos marineros, sin el estorbo de los ukases de Stalin, que en muchas ocasiones está imposibilitado de correr telones ante sus súbditos, podían comprobar que hay pueblos en el mundo adversos al sistema y al régimen paradisíaco de Rusia, y son capaces de proclamar su sentir, no entorpecidos por escrúpulos como los de la O. N. U.

Franco va a dibujarse, pues, en el concepto del mundo, cuando las nieblas de la mentira sectaria acaben de disiparse, como la personificación del anticomunismo, y, admitida la personalidad de España, en cuanto diversa del nazismo y del fascismo, se perfilará en cambio su tenacidad antisoviética, lo mismo cuando Rusia era aliada de un bando combatiente, que cuando lo ha sido del otro. Pero además, vemos en elecciones y plebiscitos, que, aun acentuándose la tendencia hostil a los bolcheviques en todas partes, son ellos detentadores de un gran núcleo de opinión, por lo cual nadie puede negar la realidad de que el mundo se halla escindido en esas dos inmensas tendencias,

Divergencias internacionales en la clasificación política de los artistas alemanes

La única conclusión unánime obtenida es que todos fueron mimados por el tercer Reich

(Agencia «Logos», 3-VI-1946.)

GOBIERNO DE IZQUIERDAS EN FRANCIA

LA LISTA COMPLETA

PARIS, 24. Georges Bidault ha formado Gobierno, según se anuncia oficialmente. Además de la Presidencia del Gobierno, Bidault conservará la cartera de Asuntos Exteriores.

Vicepresidentes: Maurice Thorez, comunista, y Félix Gouin, socialista.

Ministros de Estado: Francisque Gay, del M. R. P., y Alexander Varenne, de la Unión de Resistencia Socialista democrática.

Hacienda, Robert Echuman, del M. R. P.

Interior, Edouard Depreux socialista.

Justicia, Pierre Henri Teitgen, del M. R. P.

Armamento, Charles Tillon, comunista.

Agricultura, Tanguy Pringent, socialista.

Industria, Marcel Paul, comunista.

Educación Nacional, Edmond Naegelek, socialista.

Obras Públicas y Transportes, Jules Moch, socialista.

Colonias, Marius Moutet, socialista.

Población, Robert Pringent, M. R. P.

Correos, Jean Latourneau, M. R. P.

Trabajo, Ambroise Croizat, comunista.

Sanidad Pública, René Arthaud, comunista.

Ex Combatientes y Víctimas de guerra, Laurent Casanova, comunista.

Ejército, Edmond Michelet, M. R. P.

Economía Nacional, Francis de Menthon, M. R. P.

Reconstrucción, Françoise Billoux, comunista.

Secretario de Estado, agregado a la Presidencia y probablemente encargado de Información. Andre Colin, M. R. P.

Bidault no sólo será primer ministro y ministro de Asuntos Exteriores, sino que ocupará tambien la cartera de Información, con un subsecretario.

Aun no ha sido nombrado el ministro de Alimentación.—EFE.

(Agencia «EFE», 24-VI-1946.)

una de las cuales afirma a Cristo y otra lo niega.

Aquí está España, fiel a su continuidad histórica, por consiguiente, enarbolando el estandarte de Cristo. Que libra sus batallas con una táctica de amor, mientras el adversario ha hecho profesión de ideas y procedimientos catalogados ya en la categoría de las violencias inhumanas. Una leyenda negra calumnió a España, envolviéndola en las humaredas terribles de la Inquisición, y una historia reciente, historia roja, por cierto, multiplica sus testimonios en desprestigio del sistema que tantos millares de víctimas registra, con un salvajismo impropio de nuestro tiempo, si no es que nuestro tiempo significa una regresión de decenas de siglos.

Es preciso decir nuestro «sí» y nuestro «no», con la misma valentía y con el mismo entusiasmo que los hermanos argentinos. La ambigüedad no va a tener puesto muy pronto en el panorama de las definiciones de los pueblos.

(«La Verdad», 6-VI-1946.)

FONTORIA
Nuevo y suntuoso salón de té
EDIFICIO TEATRO ALBENIZ
MAGNIFICAMENTE REFRIGERADO
Gran éxito, tarde y noche, de las orquestas
LUIS DUQUE
Y
PRIETO
ETMPERATURA DE SIERRA EN EL CENTRO DE MADRID

PARA REJUVENECER
CREMA HORMONAL Isabel Val

El Caudillo, en la Exposición de Arte Marroquí de Córdoba, conversa con un moro notable

Han sido conocidas ahora las palabras cambiadas

Sevilla.—Una de las notas más importantes del viaje del Caudillo por Andalucía se produjo por sorpresa en el momento en que Su Excelencia visitaba en Córdoba la Exposición de Arte Marroquí. El Caudillo habló con varios moros notables y, contestando al saludo que éstos le dirigieron, pronunció estas palabras: «Estoy muy satisfecho de ver aquí, en Córdoba, a los marroquíes colaborando en la cultura y en la civilización que nos dejaron nuestros antepasados. Hemos vivido hace siglos juntos y la fraternidad y hermandad han reinado siempre entre nosotros. La cultura que de vosotros recibimos os la devuelve hoy España centuplicada en las obras que realiza en Marruecos. A la vez que España se preocupa del resurgimiento económico y social de sus provincias, yo pienso siempre en realizar lo mismo en Marruecos, donde he vivido los mejores años de mi juventud y donde he dejado gran parte de mi corazón.»

El viejo Xefir Sid-Abdesalam-el-Alami, director de la Sección Arabe del Conservatorio Hispanomarroquí de Tetuán, ofreció, tras bellas palabras, una rosa al Caudillo.

El Generalísimo, al recoger la flor ofrecida, pronunció esta frase: «Esta flor, delicada y sencilla, tiene para mí una exquisita y alta significación espiritual, porque ha salido de tu corazón. El resurgimiento de los pueblos consiste en su gran alcance cultural y social, y el equilibrio de uno y otro sentimientos es lo que hace grandes a todos lo pueblos».

(Agencia «Logos», 30-V-1946.)

El mahatma Gandhi se dirige al «Shivaji Park», de Bombay, donde pronunció un discurso ante más de 100.000 personas para recomendar la «no violencia» en las relaciones entre la Gran Bretaña y la India.

(«Mundo», 7-IV-1946.)

locales de moda:

EN MADRID:

TERRAZA DE RISCAL

Reserva de mesas. Tel. 40000

EN EL CAMPO:

Residencia EL PLANTIO

Dirección: Alfonso Camorra
Maitre: Angel Palomero
Jefe de cocina: Segovia

Teléfono núm. 3. — El Plantío

USTEDES SON LOS MAS INDICADOS

Por ADEMI

Comprendemos, señores bolcheviques, la tremenda indignación que ha tenido que producirles la inaudita ley contra las huelgas del Presidente Truman. La comprendemos y la justificamos benévolamente porque a nuestro humilde y sencillo entender tienen ustedes toda la razón. Vamos creyendo, como Saavedra Fajardo, que la Justicia y la Vergüenza, por no vivir entre los hombres, han emigrado al cielo. Y ustedes, que son los auténticos albaceas testamentarios en la tierra de tan preciosas virtudes, han saltado como buey con tábano —perdón por la comparación— ante tamaño desafuero.

La ley «rompehuelgas» es, ciertamente, una ley monstruosa; aunque se apoye en el «primun vivere», de la nación norteamericana frente al «primun et semper disturbare» de sus agentes y amigos de la C. I. O., que —¡los pobres!— jamás se han metido en política ni han seguido las consignas de Moscú contra su propia patria, como afirman con venenosa intención los fascistas norteamericanos.

¡Impedir el sacrosanto derecho a la huelga invocando no sabemos qué fútiles pretextos de que la gente puede morirse de hambre al quedar ciudades aisladas y regiones enteras desabastecidas de lo más necesario! ¡Qué exageración! Y en última instancia, ¿qué? ¿Es que sólo de pan vive el hombre? ¿Qué representa la pequeña molestia de morirse de hambre ante la inmensa satisfacción de los líderes proletarios de sentirse omnipotentes para decretar el sometimiento de todo un pueblo a su voluntad?

Parafraseando aquella célebre sentencia del inefable Albornoz de que «todos los conventos de España no valen la vida de un solo republicano» —frase que la Historia (con mayúscula) grabará en letras de oro cuando se haga justicia a las ideas profundas—, ustedes pueden argüir que todo el bienestar de los Estados Unidos no justifica la draconiana disposición del Presidente Truman. Y además, que «vale más morir de pie que vivir de rodillas —esta es otra frase a la que no se ha rendido aún el homenaje que merece—, sobre todo si quien tiene que morir no es el que la pronuncia, porque hasta ahí podían llegar las bromas.

Es lógico y humano que subleve el ánimo una medida de este jaez a quienes, como ustedes, se han pasado la vida predicando —y practicando, que es lo que vale— la libertad de las masas, la democracia de los Gobiernos, el bienestar de los pueblos. Y es comprensible también que hayan estallado en viva indignación a pesar de su reconocida ecuanimidad y «bonhomie» ante

PINILLA HABLA A LOS FERROVIARIOS EN EL TEATRO CALDERON DE VALLADOLID

La mano abierta para los proletarios españoles convocados para la OBRA de la REVOLUCION

AUMENTO de SALARIOS, participación en los BENEFICIOS y dignificación del obrero bajo la unidad moral de todas las clases

(«Informaciones», 17-VI-1946.)

Provisionalmente se autorizan recargos en algunos suministros de energía eléctrica

(«La Voz de España», 11-VI-1946.)

Modificación de las tarifas de la R. E. N. F. E.

A partir del 15 de junio aumenta en un treinta por ciento el transporte de viajeros y en un doce el de mercancías

(Agencia «Logos», 8-VI-1946.)

Será intervenida la carne a partir del próximo día 21

Si no basta la compra directa se irá al cupo forzoso por el sistema de derrama

(«La Voz de España», 15- VI-1946.)

semejante provocación, que es un insulto a las masas conscientes.

Porque, vamos a ver: ¿qué trabajo le habría costado a Truman antes de dar a luz semejante felonía haberse dado un pequeño paseo por la U. R. S. S., aprendiendo «de visu» las buenas formas y los correctos modales de la democracia soviética, espejo de democracias donde las haya y modelo purísimo de libertades humanas? ¿Acaso no habría visto allí, si hubiera tenido la paciencia y la humildad de tomar ejemplo, cómo los obreros de Odesa, y los de Moscú, y los de Leningrado,

Noche y día...
MUEBLES CAMA MEXIA
SILLON - CAMA "LO-LO". - BANCO - CAMA
MEXIA. — ARGENSOLA, 8. - MADRID

GASOLINA LIBRE A 5 PESETAS LITRO A PARTIR DEL 1.º DE JULIO

(Agencia «Cifra», 3-VI-1946.)

Diez mil pesetas diarias de multa a cada abastecedor de carne en Valencia

Estará en vigor hasta que garanticen el abastecimiento

VALENCIA, 23. — El gobernador civil ha ordenado la detención de los 27 abastecedores de carne de Valencia, imponiéndoles una multa diaria de 10.000 pesetas a cada uno de ellos por cada veinticuatro horas que el mercado está desabastecido de carne. El gobernador ha tomado esta medida en vista de que, desde la semana pasada, en que empezaron a regir los nuevos precios de la carne, consistentes en la insignificante cantidad de una peseta de diferencia por kilo en ganado vacuno, se empezó a notar un considerable descenso en la matanza, llegando en el día de hoy a la cifra de cinco terneras y 20 corderos, con un total de 894 kilos, para el consumo de Valencia. El gobernador está decidido a mantener esta actitud hasta que los abastecedores garanticen la cantidad de 15.000 kilos diarios de carne para Valencia, habiendo impuesto a los abastecedores las multas correspondientes a los días de ayer y hoy.

(Agencia «Cifra», 23- V-1946.)

A MEDIADOS DE ESTE MES SE AUMENTA LA RACION DE PAN

Diferentes gestiones que hemos podido confirmar oficialmente nos permiten anunciar que antes del día 20 del corriente mes será aumentada en nuestra provincia la ración de pan en todas las categorías sobre la base de cantidades que suponen aproximadamente el doble para cada una de ellas. Así, los clasificados en primera que hasta ahora tenían derecho a 80 gramos, disfrutarán de 150; los de segunda pasan de 100 a 200 y los de tercera de 150 a 250.

Recibimos con verdadera satisfacción la noticia, que es como un anticipo de las posibilidades que ofrecen las cosechas. Ya no será sin duda tan agobiente la lucha por la clasificación que se mantiene estos días con la Delegación de Abastecimientos. Las cantidades indicadas suponen una positiva mejora.

(«La Voz de España», 2-VII-1946.)

El teniente ALCALDE de Palacio da una comida a los pobres

Entre las tradicionales fiestas y actos que se celebran en honor de San Antonio de la Florida merece especial mención en el presente año, como nota simpática, el noble gesto del marqués de Vivel, teniente de alcalde y presidente de la Casa de Socorro de Palacio, obsequiando a los pobres del distrito, el día 15 del actual, con una comida íntima, Fueron cerca de cien los comensales, incluyendo la presidencia, formada por el teniente de alcalde, cura párroco de San Marcos y secretario de la Tenencia de Alcaldía.

(«Informaciones», 19-VI-1946.)

gozan de una absoluta libertad para declararse en huelga cuando les peta? ¿No es seguro también que hubiera podido leer, hablar y escribir cuanto le viniera en gana sin censura, restricciones ni cortapisas de ningún género? ¿Tal vez no hubiera advertido que el pensamiento y la acción son tan libres en el paraíso soviético como lo es el pintado pajarillo en la enramada?

Allí no se mata, ni se encarcela, ni se destierra a nadie. El que se muere, es por su libérrima voluntad; el que se encierra, es por su libérrimo deseo de hacer ejercicios espirituales; el que se va a Siberia en un vagón de ganado es por puro y divertido turismo. ¡Qué aprendan, si pueden, esos desdichados países capitalistas, que porque han colocado a sus obreros a un nivel decoroso de vida, que maldita la falta que les hace, creen que lo han hecho todo! ¿Es que no cuentan nada las esencias democráticas? ¿Y los derechos del hombre? ¡Ah!...

Sí, señores. Están ustedes en lo cierto y por si les sirve de algo, ahí va esa mano de amigo, con el aliento necesario para que no desmayen en su generosa empresa. Ustedes son los más indicados, ustedes son los únicos para dar lecciones de libertad y de democracia, porque ustedes predican con ejemplo. ¿Qué hay quien lo duda todavía? ¡Bah! No hagan caso de esos envidiosillos que han dado en fijarse en el nimio detalle —puro olvido, seguramente— de que se ha perdido la memoria de unas elecciones libres en Rusia. O en aquella otra calumnia de los secuestros, depuraciones, purgas, asesinatos, espionajes y demás zarandajas reaccionarias. Envidia y nada más que envidia.

Lo que pasa es que ustedes –y esto es lo que les duele a los demás— son unos barbianes que aspiran a meterse en el bolsillo a la Humanidad con muchísimo respeto, o sin respeto, si es necesario. Y es posible que lo consigan, porque por algo en política, como en matemáticas la serie de los números primos, como la de los hombres tontos, es prácticamente ilimitada.

(«Informaciones», 5-VI-1946.)

FACILMENTE PUEDE UD. GANAR 10 PTS.

CACAO EN POLVO

MONER Y LLACUNA, S. A.

Abren desde ésta fecha hasta el 31 del próximo diciembre un interesante concurso de frases publicitarias, con arreglo a las siguientes bases:

1ª Para optar a este concurso es preciso enviar a "AZOR", Reina, 25, Madrid, cuantas frases publicitarias se le ocurran, encaminadas a destacar en breves palabras el gran poder alimenticio y la economía que representa el empleo para el desayuno de tan acreditado producto. Deberá hacerse constar nombre, domicilio y localidad del autor de cada una de ellas.

2ª Un Jurado, cuyo fallo es inapelable, seleccionará las frases que se vayan recibiendo, y las que por su valor publicitario lo merezcan, serán publicadas, a partir del próximo mes de noviembre, en la Prensa de Madrid y "España" de Tánger. Por cada frase publicada, su autor recibirá por giro postal la cantidad de pesetas 10.

3ª Todas las frases publicadas quedarán de la exclusiva propiedad de "Moner y Llacuna, S A", fabricantes del cacao.

4ª No se admitirán reclamaciones de ninguna especie ni se mantendrá correspondencia sobre los originales enviados.

¿UN DESAYUNO EXQUISITO? SI, PERO CON CACAO MONER Y LLACUNA

Representante: G. Sánchez Herrero. Teléf. 16829.13041

ORDEN CIRCULAR

SUSPENSION DE LAS EXHUMACIONES DE CADAVERES

El ministerio de la Gobernación, a través de la Dirección General de Sanidad, ha publicado en el «Boletín Oficial del Estado» la siguiente orden circular:

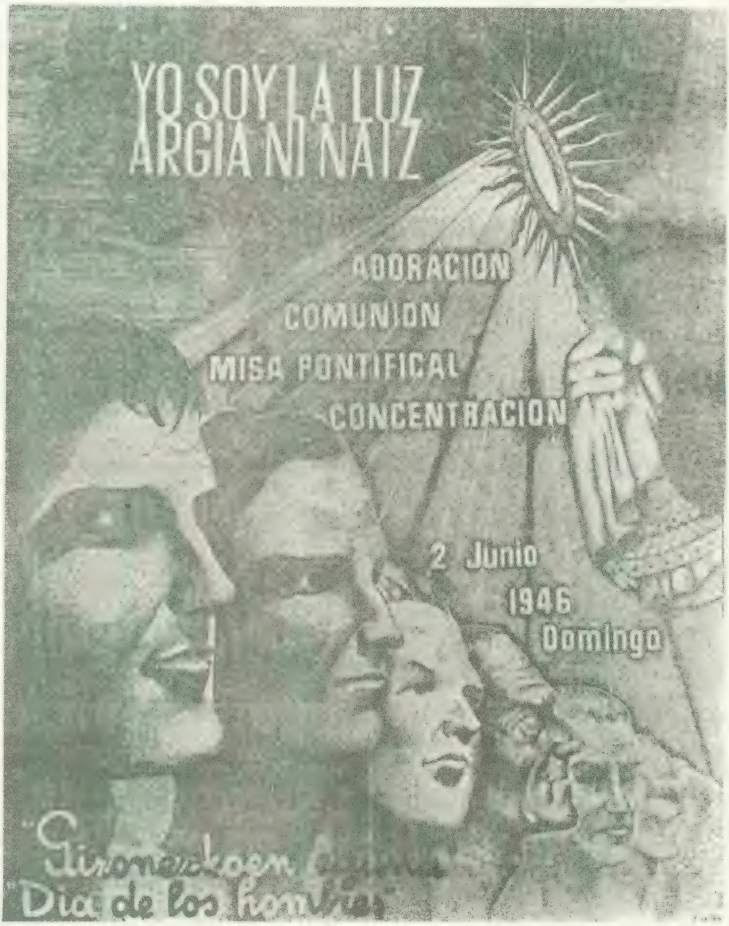
«Constituyendo un peligro cierto para la salud pública el practicar exhumaciones de cadáveres en la época estival, aun cuando se las rodee de las mayores garantías higiénicas, esta Dirección General, cuyo deber principal es velar por la conservación de la salud pública, para evitar dicho peligro ha tenido a bien disponer:

Primero. Se suspenden las exhumaciones de cadáveres desde el día de la publicación de la presente orden circular en el «Boletín Oficial del Estado», aun cuando ya estuviesen autorizadas, hasta el día 1.º del próximo mes de octubre, en que podrán reanudarse con arreglo a las disposiciones vigentes.

Segundo. Se exceptúan únicamente de la prohibición a que se refiere el número anterior las exhumaciones que pudieran decretar las autoridades judiciales en virtud de las funciones que le están encomendadas.»

(Nota Oficial, aparecida el 10-VI-1946.)

GUANTES
BOLSOS
FANTASIAS
AMARILIS
Rosellón, 218.
entre Rambla y Paseo de Gracia.



VOTO DE DEFENSA
de los dogmas de la Asunción y mediación de la Virgen

HA SIDO FORMULADO POR EL ALCALDE EN NOMBRE DEL PUEBLO DE MADRID

Se pedirá al Santo Padre defina como dogma de fe el soberano MISTERIO de la Asunción

(«Informaciones», 30-V-1946.)

Grandiosa peregrinación comarcal de los Jóvenes de A. C.

Los Jóvenes de A. C. en peregrinación hacia la Virgen de las Huertas, al cruzar el puente, camino del Santuario (Véase información en 4.ª plana)

(«La Verdad», 4-VI-1946.)

Fomentar la cultura religiosa. — Recristianizar la familia. — Educar cristianamente a la juventud. — Defender la moralidad pública. — Solucionar cristianamente la cuestión social. — He aquí algunos de los fines particulares de ACCION CATOLICA. — *Cooperar a ellos es deber de todo buen cristiano. Engrosa las filas de* ACCION CATOLICA. — *¡Suscribe la TARJETA en consonancia con tu posición.*

CASTIELLA

El director del Instituto de Estudios Políticos, don Fernando María Castiella, ilustre escritor, profesor y conferenciante, que acaba de publicar su magistral conferencia sobre «El problema internacional en la mente del Papa», pronunciada ante el Colegio de Abogados de Zaragoza con resonante éxito.

(Foto Cifra.)

(«Informaciones», 14-VI-1946.)

RADIO S. E. U.

conmemoró ayer el V aniversario de su fundación

Para conmemorar el quinto aniversario de su fundación, Radio S. E. U. celebró ayer diversos actos, que resultaron brillantísimos.

Por la mañana, en el campo de deportes de la Ciudad Universitaria, se jugó un partido de fútbol entre el equipo de la emisora y el del Instituto Social de la Marina.

A las cuatro de la tarde comenzó la emisión, en la que todos los colaboradores y redactores de la emisora, durante cerca de tres horas, hicieron un reportaje radiofónico de la historia de la emisora, una de las pocas que en el mundo se dedican a beneficiar a los estudiantes.

A las siete de la tarde, y en una emisión especial, intervinieron el delegado nacional del Frente de Juventudes, camarada Elola-Olaso, y el secretario general del S. E. U., en representación del jefe nacional, que se encontraba ausente.

Por la noche se radió un número extraordinario del «Altavoz de la Juventud», único diario hablado de actualidad juvenil y universitaria, realizándose, por último, la retransmisión de la obra teatral que se representa en el Alcázar.

(«Informaciones», 6-VI-1946.)

CAMINO DE ROMA
por García Sanchiz.
Esta noche, a las ocho, desde Radio Madrid y su red de emisoras.
Viajes Elcano, S. A. — Peregrinación nacional de acompañamiento a los nuevos cardenales.

La escena del sofá

TANGER.--Escena final del II acto

Joaquín Calvo Sotelo ha elegido esta escena para nuestra sección. "Tánger" es una de las más finas obras de su ingenio, y, aunque la escena es breve, sirve suficientemente para dar a quienes desconozcan la obra su clima humorístico y bello.

ALFONSO.—Lily...

LILY.—Dime...

(*La voz de los dos se ha hecho de pronto angustiosa, íntima.*)

ALFONSO.—Si yo te dijera...

LILY.—¿Qué?...

ALFONSO.—Que acaso ni tú misma deseas con la fuerza, con la vehemencia que yo, el encontrar a Alfonso Nadal sano y salvo.

LILY.—¿Sí?

(*Diríase que está sufriendo mucho desde hace unos momentos.*)

ALFONSO.—(*Pesadamente.*) Sí.

LILY.—Y eso, ¿por qué, Alfonso?...

ALFONSO.—Porque... perdóname... Que no te parezca una estúpida vanidad de mi parte lo que te voy a decir... Porque yo creo con toda mi alma, Lily, que tú tienes que quererme a mí mucho más que a nadie en el mundo; porque... no es que sea yo mejor o peor que Nadal, no; eso sería pueril, o tonto, o injusto también, posiblemente, que lo pensara y, sobre todo, que te lo dijera; sino porque me parece que tanto mis pocas virtudes, si alguna tengo, como mis defectos... te van más, Lily, que los de Nadal...

LILY.—¿Crees?...

ALFONSO.—Sí, de verdad... No sé... como él ha luchado por conquistarte en ausencia mía, pues tú has podido dejarte confundir por espejismos... Esto aparte, el transcurso del tiempo, desenfoca, palidece las cosas, nos hace olvidarlas... Tú me has olvidado... Bueno, no quiero decir que hayas dejado de quererme, tu boda lo demuestra, sino que ya no te acuerdas bien de cómo soy...

LILY.—¡Bah!, eso es una chiquillada tuya, Alfonso...

ALFONSO.—No, no lo recuerdas... Y todo mi empeño es hacerte recordar cómo era, ¿comprendes? Y cuando lo haya logrado decirte, fíjate bien: Soy mejor para ti que Nadal.

LILY.—Ya.

ALFONSO.—Eso estoy seguro de lograrlo si a Nadal no le ha sucedido nada, si vive... Pero si así no fuera...

LILY.—Cállate, te lo suplico; no seas agorero...

ALFONSO.—Yo tendría que luchar contra algo mucho peor que contra un hombre...

LILY.—¿Cómo?

ALFONSO.—Tendría que luchar contra un fantasma. Y a mí luchar contra él no me importa ni me infunde miedo, ¿comprendes?; pero luchar contra un fantasma...

LILY.—¿Qué?

ALFONSO.—¡Ah!, contra un hombre que aun no ha perdido nada en el roce de la convivencia diaria de la poesía conque le aureola el corazón de la mujer, al que aun se cree dotado mágicamente, asistido de todas las gracias del cielo, hercúleo como un dios mitológico, sensible como un ángel de la Teología, bueno y noble, amante y compañero... ¡Ah!, ese sería enemigo excesivo, Lily... Lo quiero vivo y fuerte, para desenmascararlo, para ridiculizarlo, para vencerlo. Quiero luchar contra sus músculos o contra su ingenio, no contra su recuerdo en niebla...

(*Se oyen voces.*)

POLICÍA.—¡Ehhh! Pare, pare...

(*Las voces vienen de bastante lejos.*)

LILY.—Fíjate... Algo han visto. Hacen señas con los faroles...

ALFONSO.—¡Ya paramos de nuevo!

LILY.—(*Tronchida.*) Alfonso...

(*Está a dos pasos de refugiarse en sus brazos.*)

ALFONSO.—(*Mira hacia arriba como si rezase.*) ¡Que viva, Santo Dios, que viva!

Cae lentamente el

TELON

Para PISOS PEQUEÑOS
MUEBLES MEXIA
BANCOS - SILLONES - MUEBLES
convertibles en camas. — ARGENSOLA, 8.

CUATRO AUTORES NUEVOS

BEATRIZ: COMPAÑIA DE TEATRO MODERNO ARTE NUEVO. ESTRENOS DE «UMBRALES BORROSOS», TRAGEDIA EN UN ACTO, DE CARLOS JOSE COSTAS; DE «UN DIA MAS», COMEDIA EN UN ACTO DE ALFONSO PASO Y MEDARDO FRAILE, Y DE «URANIO 235», POEMA EN UN ACTO, DE ALFONSO SASTRE.

Unica representación extraordinaria. Auténtica curiosidad de público auténtico, y también auténtica simpatía, bien manifiesta en la atención constante y en el aplauso frecuente.

El lema de Arte Nuevo —«una luz y un eco hacia la eternidad», traducido en un ademán enérgico y joven hacia lo alto»— obtuvo una acogida alentadora. Y dentro de la variedad de los estrenos —tragedia, comedia y poema escénico— existe una unidad en el propósito de apartarse del teatro vulgar, chabacano y taquillero al uso e incorporarse, en lo posible, al teatro de pensamiento y sentimiento en el camino universal.

(*«Madrid», 12-IV-46*)

ZARZUELA
TODOS LOS DIAS
¡¡SENSACIONAL!!
EDUARD DUISBERG
presenta la gran compañía internacional de revistas

FANTASIA 1946
Nuevas atracciones
Precios popularísimos
BUTACAS, 12 PESETAS
General, 2 pesetas

JUANITA REINA

belleza, arte y gracia española, que con su espectáculo "Solera de España número 3" triunfa a diario en Fontalba

Pero «la realidad es el ideal venido a menos», según la máxima goethiana. Y así como en los tres estrenos preside una unidad de elevación, se advierte una unidad de procedimiento con marcado acento «actualista». El espíritu vivifica, pero la letra mata. Las tres obras ofrecen resonancias de los éxitos «a la moda» en la pantalla y en la escena, y los temas y los ambientes tienen frescas «las heridas del tiempo». La racha «simbolista» se adueña de los personajes; cuando no es la Mujer, la Madre, el Soñador, el Cínico —dimensiones excesivas para el espectador corriente—, prevalecen en el reparto nombres de novela o de película «a la moda»: Brown, Nisette, Esther, Norman, Aldoux. Los sueños, las apariciones, los oscuros, en suma, «la moda», «la letra», son árboles que impiden ver el bosque ideal, mental y sentimental. De cualquier modo, en Arte Nuevo hay algo más que el balbuceo principiante y que la grafomanía novel.

Así, en «Umbrales borrosos» descuella, sobria y fantasmal, la ternura materna. En «Un día más», la gracia estudiantil y la melancolía femenina; en «Uranio 235», el ímpetu de una inventiva fértil y de una sátira ambiciosa.

El cuadro escénico suple su falta de experiencia y ejercicio con disciplina y voluntad, en un conjunto lo mejor posible, en «Umbrales borrosos». Angelines Montenegro dió a Nisette una versión sentida, inteligente, y Justo Sanz, a René, juvenil arrebato. Amparito Conde, en «Un día más», penetró las melancolías de Gisela, y Enrique Cerro, el temperamento de Norman. Y Manuel Ruiz, en el profesor de «Uranio 235» disparó, diestro Sagitario, algunas flechas certerísimas.

El público, que está más harto de lo que parece de teatro chabacano y taquillero, y más propicio de lo que se cree a cambiar de rumbo, llamó a escena en varios mutis y al final de cada obra a los autores, que saludaron en unión de los intérpretes.–**Cristóbal de Castro.**

(«Madrid», 12-IV-1946.)

Las Grandes Figuras

TINA GASCÓ
y
Fernando GRANADA
dice:

Siendo el arte maravilla,
vámonos maravillando
con el arte de Jandilla.
¡Delicia en finos cristales
para las gentes de gusto
y los amigos cabales!
¡El vino que está triunfando
en los buenos paladares!
Lo firman

TINA.
F. Fernando

"Siendo el arte maravilla, vámonos maravillando con el arte de Jandilla. ¡Delicia en finos cristales para las gentes de gusto y los amigos cabales! ¡El vino que está triunfando en los buenos paladares! Lo firman
TINA y FERNANDO."

ARA CALIDAD
DOMECQ

GIBBERT.—Arenal, 1 (Puerta del Sol)

SELECCION DE TEXTOS Y GRAFICOS: DIEGO GALAN Y FERNANDO LARA

En su libro «Del leninismo al stalinismo», Ignacio Sotelo distingue entre la fase leninista de la Revolucion sovietica y el periodo de control autocrático protagonizado por Stalin. El abismo que separa a uno y otro dirigente radica en la cuestión del capitalismo de Estado.

Leninismo y stalinismo

Valentín Medel Ortega

LA actual crisis por la que atraviesa el capitalismo pone de rabiosa actualidad estudios como el de **Ignacio Sotelo** (1) sobre el modelo alternativo que tradicionalmente ha sido ofrecido por la izquierda y que consistía, como es obvio, en la implantación de la patria socialista según el único modelo existente, el de la U. R. S. S., aunque con todas las matizaciones lógicas.

Sin embargo, este trabajo se incluye dentro de una poderosa corriente que ya no sólo ha superado el deseo, lógico por otra parte en su contexto, de implantar un determinado modelo organizativo, que se aceptaba sin más por el solo hecho de haber sido la respuesta «socialista» en un momento y en un país determinado, sino que incluso lleva a plantearse una cuestión de suma importancia: ¿El sistema político instaurado en la U. R. S. S. es un sistema socialista? y, en el caso de que la respuesta sea negativa, ¿a qué se debe?

(1) **Ignacio Sotelo: «Del leninismo al stalinismo».** *Ed. Tecnos. Madrid, 1976.*

Esta es la línea que sigue Sotelo en su estudio para lo cual arranca de la «realidad» sociopolítica de la Rusia zarista, en una confrontación dialéctica con aquellos postulados que el marxismo considera básicos para que se pueda dar el paso del capitalismo al socialismo.

Evidentemente, una versión academicista del marxismo señalaría la imposibilidad de pasar al socialismo antes de que el capitalismo hubiera llegado a desarrollar en su seno sus últimas contradicciones; es decir, hasta que la dicotomía entre las relaciones de producción y el modo de producción produjera una brecha insalvable, con lo cual el papel del proletariado —y sobre todo de su vanguardia organizada (el Partido)— tendría un valor insignificante, ya que estaría en función del proceso de socialización de la producción, proceso que vendría marcado por las necesidades de la burguesía.

Para contestar a esta pregunta, mejor dicho, para enfrentarnos con las distintas respuestas que se han dado al cambio ocurrido en Rusia desde 1917, el autor nos va presentando las dintintas variables que han contribuido a formar la realidad que se nos ofrece.

La primera peculiaridad del proceso ruso consiste en tener que aplicar a una sociedad subdesarrollada y con un fuerte predominio campesino unos esquemas que habían sido elaborados tomando como ejemplo una sociedad, como la inglesa, en la que el desarrollo del capitalismo (y de su contrario, el proletariado) permitía intuir en qué dirección iba a resolverse el enfrentamiento.

Sin embargo, en Rusia nos encontramos con una sociedad precapitalista en la que se encuentra instalada una «intelligentsia» con tendencias «blanquistas» y que lleva a que predominen las corrientes populistas, partidarias de un socialismo original de tipo agrario. La adaptación del marximo a una sociedad agraria, con un capitalismo incipiente y dependiente, es obra indiscutible de Lenin, lo que llevó a Deutscher a definir **el leninismo** como la especificación del marxismo a las condiciones particulares del subdesarrollo.

En efecto, Lenin resuelve la contradicción entre la «intelligentsia» terrorista que acabamos de ver y un incipiente proletariado que por sí sólo se agotaba en un sindicalismo reformista, según el modelo de la socialdemocracia. Como señala Sotelo, para Lenin el sujeto de la Revolución ni es el proletariado ni es la «intelligentsia», sino la fusión de ambos en el Partido. El Partido será desde el III Congreso (primero que se celebra sin el ala menchevique) el núcleo que se preparará, de una forma profesional, para hacer caer sobre sus hombros la responsabilidad, primero de organizar y más tarde de recibir el control del Estado para la clase que representa. Es decir, el Partido constata que sólo la fracción más avanzada del proletariado, en nombre del socialismo y desde la perspectiva socialista que le es inherente, está dispuesta a ponerse al frente de un proceso revolucionario, que en un país predominantemente agrícola no podía tener más que un carácter pequeño-burgués.

La Revolución de febrero y la existencia de un doble poder (soviets-gobierno provisional), es decir, el vacío de poder que se produce en Rusia al negarse tanto los soviets como los mencheviques y populistas a llenarlo, llevan a Lenin a constatar la ausencia de una burguesía que propulse su propia revolución, y también a formular las «tesis de abril», cuyo correcto planteamiento permitiría el éxito de la Revolución de Octubre.

No obstante, aquí radica el auténtico problema no sólo para la URSS, sino para toda la izquierda marxista, sobre todo europea. ¿El nuevo Estado es un Estado socialista? Para Sotelo parece claro que no, pero también está claro que no es un Estado capitalista. Si, como el autor señala, lo que se da no es socialismo, habrá que preguntarse si es un régimen de

Para entender plenamente el significado de la Revolución de Octubre, es preciso arrancar de la realidad sociopolítica de la Rusia zarista, caracterizada por la más brutal de las injusticias y por una total diferencia de clases. (En la foto, Nicolás II y la zarina.)

transición del capitalismo al socialismo o si, por el contrario, ha dado lugar a la creación de una nueva formación social, no prevista por Marx, y que podríamos denominar burocratismo. Sotelo no se conforma con este planteamiento y nos lleva a buscar las causas por

poder, se descubre como una organización perfectamente eficaz, aunque en sentido nontario al que deseó Lenin. Es decir, la dictadura ya no la ejercerá el Partido (en nombre del proletariado) sino la burocracia del mismo a través de su Secretario General.

las que nos encontramos con este interrogante, pero al precio de plantearnos uno nuevo, como es el de descubrir si la no realización del socialismo se debe a factores exógenos a la propia revolución (como pueden ser el predominio agrario, la falta del ciclo revolucionario previsto, etc.), o a factores endógenos, como podrían ser la propia organización del Partido o la actuación de ciertos líderes que han falseado el proceso.

Para Sotelo, el desarrollo de la Revolución ha seguido el único curso que podía seguir: ante la falta de una industria y un proletariado fuerte y mayoritario, los primeros objetivos a alcanza por el Partido, una vez superada la fase de «comunismo de guerra», tenderán a forzar la industrialización y habrán de pactar con las únicas fuerzas capaces de lograrlo, el campesinado medio (mediante la NEP), que produzca excedentes con qué alimentar a la población urbana, y la burocracia del antiguo régimen, única con los conocimientos suficientes para poner en marcha la compleja máquina técnica y administrativa. Ante las reacciones que esto provoca entre los viejos revolucionarios, el Partido, organizado militarmente para la etapa previa de la toma del

Sin embargo y como es lógico, Sotelo distingue entre la fase leninista y el período de **control autocrático de Stalin.** Para Lenin está clara en 1917 la dificultad que conlleva la toma del poder y la construcción del socialismo en Rusia, pero cuenta para su éxito con el cumplimiento de tres premisas: la fragilidad de la situación política, el inicio de un ciclo revolucionario en Europa y, por último, la existencia de los soviets como organización obrera capaz de destruir el aparato estatal burgués. Ante el fallo de los dos últimos supuestos, en 1921 Lenin se planteará la necesidad de ir a la construcción del socialismo mediante la nueva organización económica impuesta, es decir, el capitalismo de Estado. Aquí es donde el autor señala el abismo que separa a Lenin de Stalin. Mientras que para el primero lo existente no pasa de ser un «Estado de control obrero» que debe avanzar hacia el socialismo, Stalin da por supuesto que el capitalismo de Estado **ya es socialismo** y, para imponer su teoría, se ayuda de dos elementos (independientes del terror, al que llegaría más tarde): por un lado, señala que si los medios de producción no son propiedad de particulares y son del Estado, que **ya es** representación de la

La primera peculiaridad del proceso ruso consiste en tener que aplicar a una sociedad subdesarrollada y con fuerte predominio agrícola unos esquemas que habían sido elaborados para una colectividad —como Inglaterra— de mucho mayor desarrollo capitalista. (Las imágenes muestran el éxodo campesino de 1917 y el descanso de unos soldados revolucionarios.)

clase obrera, eso ya es socialismo (en esta línea, el desconocimiento del marxismo que le era manifiesto, le lleva a no alcanzar la distinción, muy clara en Marx, entre propiedad jurídica y propiedad real). Por otro lado y para impedir la oposición a su planteamiento, a partir de la muerte de Lenin se **canoniza** a éste por medio de dos mecanismos: uno, impidiendo cualquier crítica, extremo que no se había dado en vida de aquél ya que las discrepancias habían sido numerosas; y otro, aprovechando una selección de textos de la amplia producción literaria de Lenin quien, como buen marxista, había ido adaptando la teoría a la realidad cambiante que se había impuesto en cada momento. A partir de Stalín, se invierte el proceso: la realidad habrá que adaptarla a la teoría. Así, en la polémica con Trotsky, el único capaz de haber cambiado el rumbo de los acontecimientosn Stalin se arrogará la auténtica interpretación del nuevo marxismo-leninismo, acusándole de representar intereses aparentemente ultraízquierdistas pero realmente pequeño-burgueses.

En definitiva, Sotelo analiza y rechaza las distintas explicaciones «críticas» que se dan sobre el carácter del nuevo Estado: Hofman, sociedad socialista pero deformada; Rosemberg, capitalismo de Estado; Trotsky, degeneración burocrática de la época de transición; y en las que todos tienen en común el aceptar como socialismo lo existente en la URSS.

Para Sotelo, no es socialismo ni capitalismo, sino una nueva formación social, con lo que pone en cuestión que la única alternativa al capitalismo sea el socialismo. Afirmación que, independientemente de coincidir con las teorías americanas de la Revolución de los «Managers», necesitaría un desarrollo más amplio que el dado por el autor (le dedica sólo 5 páginas). Entiendo también que ello está en contradicción con todos los supuestos mantenidos en la obra, ya que si intenta demostrar que el socialismo ruso no es tal, porque no es superación sino creación de un tipo de «capitalismo», parece evidente que no puede ser presentado como etapa superadora de sí mismo.

En definitiva, la obra puede ayudar en la búsqueda de los caminos para llegar a la implantación de un socialismo que sea, como señala Althusser, no sólo la no negación de las libertades formales burguesas, sino su superación cuantitativa y cualitativa. Es decir, no se trata de negar las libertades formales burguesas, sino de quitarlas ese carácter de «formales». ■

V. M. O.

Como ha señalado Althusser —en la foto—, la implantación del socialismo no consiste sólo en la no negacion de las libertades formales burguesas, sino en su verdadera superación cuantitativa y cualitativa, despojándolas de ese atributo de «formales».

Apuntes para una Historia de la Censura

Lo que era "malo" y lo que era "bueno" en 1911

Las «perniciosas y disolventes ideas volterianas» eran el latiguillo decimonónico con que se anatematizaba las obras que no respondían a la más arcaica ortodoxia católica. Voltaire —en el grabado— servía como arma arrojadiza incluso contra textos perfectamente inocuos.

Carlos Sampelayo

REBUSCANDO los domingos por la mañana en los «Encantes» barceloneses, he encontrado muchos libros antañones, a precios inverosímiles por lo baratos, y colecciones o trozos de colecciones de revistas que harían las delicias de un archivo periodístico retrospectivo.

Junto a un folleto sobre interpretación de los sueños por orden alfabético, llamó mi atención un precioso tomito —precioso a pesar de que está empolvado y amarillento— titulado **«Representaciones escénicas malas, peligrosas y deshonestas»**, editado en Barcelona en 1911. Autor, un fraile franciscano llamado Amado de Cristo Bruguera y Serrano. Sólo me costó cincuenta pesetas, sin regateo...

Y en verdad lo he pasado «bomba», tanto que no puedo por menos de darle cuenta a los lectores de muchas de las ideas que en la España moral y sus ex colonias había de diversos escritores de teatro y diversas piezas escénicas, todavía al comenzar la segunda década del siglo actual.

La divertida obra de Tirso de Molina —precisamente otro fraile, Fray Gabriel Téllez— «Don Gil de las calzas verdes», es tachada por Fr. Amado de Cristo de «mala», no por juicio crítico teatral, sino entre otras circunstancias «por lo deshonesto e inmoral de la fábula, lo casi procaz de sus chistes y lo repugnante de su desenlace».

Los episodios, novelas y dramas de don Benito Pérez Galdós, el mejor escritor español del XIX, son «engendros del Infierno» y a él irán todos los que antes vayan al teatro a ver cualquiera de sus producciones.

El admirable narrador ruso Nicolás Gogol no se podía considerar válido en 1911. Razones: «Sus escenas, llenas de vida, resultan peligrosas».

Beaumarchais merece el siguiente comentario de Fr. Amado de Cristo: «Este autor enriqueció con los negocios y arruinose luego, suministrando armas y municiones para los revolucionarios de su patria, y ayudando, asimismo, a la impresión de las obras de Voltaire».

Una preciosa obrita de don Ramón del Valle-Inclán, **«Cuento de abril»**, se censuraba totalmente. Razones: «Ser de una mundanidad frívola, elegante y malsana; en ella resuena la libidinosidad y no pocas veces asoma por sus páginas la faz fría y antipática de Voltaire». Esta aseveración se lee en una llamada a pie de página, firmada por Severino Aznar, frecuente apellido en los anales del periodismo español.

No se aconseja ir al teatro a ver dramas o comedias de Esquilo, Aristófanes, Sófocles, Eurípides, Plauto, Terencio, Séneca y otros, «por ser autores paganos». De Shakespeare se dice: «No es recomendable, pues aun cuando está lleno de un mérito que se concibe, no es fácil de explicar». ¿Por qué? Fr. Amado de Cristo corre un velo. Seguramente es que él no lo ha entendido, aunque salva esa falta de entendimiento al «concebir el mérito» del Cisne de Avon.

Tanto los autores del Romanticismo como los naturalistas, están en entredicho.

Al infeliz Alejandro Dumas, hijo, como consecuencia de apiadarse de una pecadora tísica —**«Dama de las camelias»—**, Fr. Amado de Cristo le anatematiza con todas sus fuerzas en estas palabras: «Sus obras, en general, son licenciosas, al par que antirreligiosas, mereciendo por ello el terrible anatema de la Iglesia. En cuanto a las dramáticas, ensalza la idea de la más cruel venganza y justifica el asesinato».

De George Sand, en vista de que no fregaba los platos ni cocinaba la comida y se ponía vestidos masculinos y bebía café en los cafés, asegura que las novelas que escribía «dan aires de grandeza al crimen, y rebajan cuanto pueden la hermosura de la virtud».

Alfredo de Musset hace «un teatro insípido y malsano».

Xavier de Montepin también es combatido por el fraile de 1811, diciendo: «Sus obras le valieron mucho dinero a cambio del peligro moral de los espectadores». (Se observa que con los que han ganado dinero con la literatura se ensaña menos.)

Merimée hizo obras «sucias e impías».

Y llegamos a Unamuno, a quien se le presta mayor atención en estos términos: «Es actualmente rector de la Universidad de Salamanca. Mientras los de su **cuerda** ponen por las nubes la poesía y la prosa de este desahogado catedrático, los hombres de espíritu sereno se entristecen al ver que dicha poesía se

Para el fraile franciscano Amado de Cristo Bruguera y Serrano, los libros de don Benito Pérez Galdós (al que vemos en compañía de Margarita Xirgu) eran nada menos que «engendros del Infierno»...

Ni siquiera Shakespeare se libraba de las admoniciones de «Representaciones escénicas malas, peligrosas y deshonestas» donde se consideraba al dramaturgo (aquí, en escultura de MacMonnies) como «no recomendable», pues «no es fácil de explicar».

convierte en versificación loca de atar, y la prosa en parrafadas confusas, sin pies ni cabeza, escépticas, ateas, habiendo perdido todo el prestigio literario en el pataleo que el público ha dado a sus últimos esperpentos dramáticos».

Retrocede hasta Moratín y le mete en sus redes moralistas: «Protegido por don Manuel Godoy, escribió varias comedias, pero se afrancesó y manchó sus poesías con feas ideas volterianas, por lo que sus producciones resultan, por ello, peligrosas».

También vitupera la ópera. Las de Verdi, «desde el viso moral, son detestables». Wagner: «La tendencia de sus óperas es desmoralizadora».

Se mete con Goethe a propósito de la ópera «Fausto» musicada por Arrigo Boito, y dice así: «Es lo que podríamos llamar obra de loca imaginación, cuyos pensamientos dominantes pertenecen al mundo de la lobreguez y la congoja; nótase gran mezcolanza de ideas teológicas y místicas, que la tornan inaceptable».

Al llegar aquí se dirán ustedes que el padre franciscano Amado de Cristo Bruguera y Serrano es un crítico destructivo y no constructivo. Nada de eso. También dice a las gentes de su tiempo lo que deben ver y leer. Por ejemplo: **«Vocación de San Luis Gonzaga a la Compañía de Jesús»**, obra dramática en tres actos. **«La victoria de San Luis Gonzaga»**, drama en verso por G. de V. (¿?). **«El venerable padre Gaspar Dragonetti»**, zarzuela en tres actos y en verso. **«Un examen de primera comunión»**, obrita en un acto y en verso. **«Los pastores de Nazareth»**, idilio en cuatro actos. **«Nadie se muere hasta que Dios quiere»**, comedia en tres actos. **«El mal apóstol y el buen ladrón»**, drama. Y otras producciones por el estilo. En resumen, hace un **«septálogo»** de lo que se puede ver. Copio:

«Las obras honestas a las que se puede asistir sin peligro alguno son aquellas que:

1.º **No edifican, pero tampoco destruyen.**
2.º **Las que llevan algún chiste algo atrevido.**
3.º **Las disparatadas.**
4.º **Las científicas y artísticas, no tendenciosas.**
5.r **Las de asunto religioso.**
6.º **Las moralizadoras.**
7.º **Las infantiles no laicas».**

Con la referencia a este hallazgo creo hacer un favor a las personas de estricta moralidad en nuestra época. Todo aquel que se decida a presenciar una función teatral puede telefonearme y yo veré, con ayuda del librito del padre Amado de Cristo, si la comedia que desea conocer es «mala, peligrosa u honesta». Tendré gran placer en consultar los conceptos de esta extraña publicación, y le aclararé su posible indecisión. Si alguna Dirección General desea una fotocopia del tratado, se la enviaré también con mucho gusto. Podría servirle de orientación... ■ **C. S.**

Incluso en el terreno de la ópera, fray Amado de Cristo tenía algo que decir: según él, «desde el viso moral, las óperas de Verdi —en la foto— son detestables».

LOS ORIGENES DEL CATALANISMO

El presente trabajo de **Juan J. Trías Vejarano** (1) es una versión aligerada, por una parte, y completada por otra, de la tesis doctoral que su autor presentó en la Facultad de Ciencias políticas y Económicas de la Universidad Complutense de Madrid en abril de 1971. Se trata de un estudio ampliamente documentado, sobre la labor desarrollada en el **renacimiento del nacionalismo catalán** por **Valentín Almirall** durante el último tercio del siglo pasado.

Trías Vejarano abre su estudio con una exposición de los orígenes del catalanismo en el siglo XIX y la trayectoria de la burguesía catalana en el mismo período, remontándose a los antecedentes detectables en los dos siglos anteriores, durante los cuales la llamada «decadencia» catalana llega a su punto álgido. Siguiendo sobra todo las tesis del historiador francés Pierre Vilar (que ya sirvieron como base a las desarrolladas por Jordi Solé-Tura), y enfrentándose, por lo tanto, a la de historiadores catalanistas como Prat de la Riba y Rovira i Virgili, Trías Vejarano considera que los orígenes del catalanismo no hay que buscarlos en un renacimiento cultural predeterminado por unas raíces históricas, sino más bien en el conjunto de una serie de condicionamientos de todo tipo (culturales, desde luego, pero también, y sobre todo, económicos y políticos) que conforman la estructura político-social necesaria para que este renacimiento se produzca. La industrialización de la Cataluña del siglo XIX se sitúa en el marco de una España extenuada que apura los últimos recursos coloniales. Y la capitalización de esta industrialización tiene su origen en la liberación que, a partir de Carlos III, se experimenta en el comercio entre la metrópoli y las colonias americanas, aparte de un progresivo desarrollo del comercio interior (Cataluña-resto del Estado español). Es precisamente durante este período cuando se produce una mayor integración del Principado con el resto de España, lo cual conlleva una pérdida más acusada de la conciencia **nacional.** La tímida revolución burguesa que se inicia durante la ocupación napoleónica, no enfrenta, en principio, como sucedería más tarde, los intereses de la burguesía industrial con los de los grandes terratenientes. Si por algo se significan los diputados catalanes en las Cortes de Cádiz es por su moderación frente a los conflictos políticos planteados y por su adhesión a las Juntas de Defensa ante la «invasión extranjera». Cuando la pérdida de la totalidad de las colonias americanas se consuma con el «desastre» del 98, asoman con toda su crudeza esos conflictos latentes entre una economía eminentemente mercantil y paraindustrial y otra que sigue fundamentada en la explotación agraria cuasifeudal. Y a partir de ahí, el catalanismo cobra su verdadera carta de naturaleza.

Con la anterior interpretación, se resquebraja la tan cacareada fachada cultural presentada por la burguesía para embellecer sus últimas apetencias mercantiles. Acontecimientos muy posteriores, entre los que serían cruciales los años de la última guerra civil, terminaron de poner las cosas en claro. Pero hasta ahí no pretende llegar el trabajo de Trías Vejarano, centrado en la labor de Almirall. Tras el análisis de los orígenes, el autor estudia la personalidad de Almirall y el papel jugado por Cataluña en la revolución de 1868, que se inscribe dentro de las tendencias demoliberales del federalismo español (o de las tendencias federalistas del demoliberalismo español). En este punto cabe hacer una clara distinción entre las ideas federales de un Pi y Margall, por ejemplo, y las de un Almirall, más radical (y menos racional, menos «científico»). La experiencia de la I República sería decisiva para marcar los caminos que en lo sucesivo iba a seguir el catalanismo político.

Antes de que esta experiencia fracasara, Almirall atraviesa su etapa de mayor confianza en el movimiento federalista como instrumento adecuado para la modernización del país. Pero, a diferencia de lo que sucedería en Italia, pongamos por caso, los centros de decisión política no coinciden, en España, con los de mayor actividad económica, lo cual va creando un progresivo sentimiento de frustración en los segundos y una progresiva «política de defensa» en los primeros. Al producirse el fracaso de la I República, Almirall advierte la necesidad de liquidar absolutamente todos los residuos del Antiguo Régimen y encaminarse hacia una democracia de carácter liberal burgués, cuyos modelos más próximos y admirados podrían situarse en las democracias federales de Suiza y los Estados Unidos de América. Por el contrario, con la restauración nace una «visión de España» típicamente catalana. De una política que hasta la fecha (y desde Carlos III) ha sido, mal que bien, española, se pasa a una política esencialmente «madrileña», marcando cada vez con más agudeza la

(1) **Juan J. Trías Vejarano: «Almirall y los orígenes del catalanismo».** Siglo XXI de España, Editores. Madrid, 1975. 457 págs.

dualidad entre Cataluña y Castilla. Naturalmente, la burguesía catalana, pacata, no excesivamente consciente del papel histórico que, como clase dominante, le toca jugar, se espanta ante lo radical de la citada opción y prefiere seguir una política ambigua que tiene por norte el pacto sistemático con las fuerzas políticas del pasado. Otra cosa hubiera significado, además, el reconocimiento del proletariado urbano como fuerza política con poder de decisión, e incluso la importancia que, en la supremacía de la economía catalana en el conjunto de la del Estado español, había tenido y seguía teniendo el campo, la Cataluña del interior, con su papel decisivo en la capitalización del desarrollo industrial y mercantil. A partir de ahí se va acentuando la divergencia entre los presupuestos defendidos por Almirall y aquellos otros en que se basa la política seguida por la burguesía dominante, divergencia que terminaría por anular la influencia política del primero, a pesar de que intentara, en todo momento, encontrar el equilibrio necesario entre su ideario y las necesidades políticas impuestas por una situación que no evolucionaba de acuerdo con aquél. Con la escisión del «Centre Català», la personalidad de Valentín Almirall queda completamente al margen de la política practicada por los sectores mayoritarios, y más conservadores o «temerosos», de la burguesía catalana.

El trabajo de Trías Vejarano se completa con varios apéndices, que recogen diversos y significativos documentos en torno al período y la temática estudiados. Estos apéndices son una ayuda sustancial para que el lector enriquezca su conocimiento y haga sus propias deducciones sobre el particular. Especialmente si tiene en cuenta que Trías Vejarano se muestra más atento a la reseña y glosa de la no escasa bibliografía acumulada sobre el tema objeto de su estudio, que a ceder ante la tentación de aventurar una interpretación propia a partir de los elementos que le hubiera proporcionado una investigación de primera mano. Se echa de menos, asimismo, un índice temático, o cuando menos onomástico, que posibilitaría la localización y conexión de las diversas partes y autores citados entre sí. Claro que, en tal caso, se haría más evidente el carácter de reseña o glosa que tal vez tiene este trabajo.

■ **JOSE BATLLO.**

LA MASONERIA MODERNA

Gracias a la aparición de este libro (1), la historiografía española cuenta con un estudio sistemático sobre la imprecisa masonería, estudio que se hacía necesario a causa de las muchas veces que pensadores de todas las corrientes han apuntado las posibles influencias de esta secta en el curso sociopolítico de nuestro país, pero siempre sin profundizar en ellas.

«Las bases de un conflicto», el primero de los cuatro volúmenes que el autor ha englobado bajo el título de **«Masonería, Iglesia e Ilustración»,** supone el comienzo de un ingente trabajo y la culminación de la labor investigadora que **Ferrer Benimeli** (2) realiza desde hace varios años; recordemos sus anteriores publicaciones en torno a la misma temática: «La Masonería después del Concilio» (Barcelona, 1968), «Masonería e Inquisición en Latinoamérica durante el s. XVIII» (Caracas, 1973) y «La Masonería Española en el s. XVIII» (Madrid, 1974). La obra sobresale por la marcada erudición que encierra y que se manifiesta en el manejo de las fuentes: archivos y bibliotecas de cincuenta y cinco ciudades europeas y consultas e intercambio de opiniones con especialistas de todo el mundo.

El planteamiento de la investigación ha sido el comprobar la presencia de los masones en Europa, verificar las hipótesis, previa aportación de datos positivos, que otros historiadores han desarrollado acerca de sus actuaciones tanto políticas como religiosas, y razonar a base de numerosas pruebas documentales la importancia del papel que la Masonería jugó en el devenir del s. XVIII. Una vez cumplido este objetivo, y tras señalar reiteradamente la participación masónica, se analizan la ideología y mentaliadad de la sociedad, el porqué de su secreto, y la fuerza que —en parte por su sentido de clandestinidad— adquirió a lo largo del siglo y que motivó una serie de condenas eclesiásticas y civiles.

Como punto de partida del panorama dieciochesco, nos encontramos una introducción donde con minuciosidad y detalle se describen los orígenes de la masonería y las distintas teorías que sobre su procedencia se han escrito. El Templo de Salomón y la leyenda de Hiram sirven de preámbulo a acertadas reflexiones sobre los primeros gremios de albañiles que existieron en el Medievo, para así definir claramente cómo la llamada Masonería Operativa, propia de la organización profesional de constructores de catedrales, deriva hacia la Masonería Especulativa que adquiere su consistencia en 1723 con las Constituciones de Anderson. Los ritos de iniciación, fórmulas de juramento y emblemas masónicos, en especial los hispánicos, se exponen en este apartado con gran exactitud; y las opiniones de La Fuente, Tirado y Rojas y demás clásicos en la materia acerca de las marcas de picapedreros en España se relatan con la correcta metodología del verdadero investigador.

El siglo XVIII es, por consiguiente, el período cumbre para la gestación de la masonería moderna y por ello es imprescindible profundizar en los aspectos estatales de los países donde ésta arraigó con mayor poder; en páginas sucesivas se hace manifiesto cómo los móviles que llevan a los Gobiernos a dictar persecucio-

(1) **Ferrer Benimeli, J. A.: «Masonería, Iglesia e Ilustración. I - Las bases de un conflicto (1700 - 1739)».** *F. Universitaria Española. Madrid, 1975.*

(2) *De José A. Ferrer Benimeli, TIEMPO DE HISTORIA ha publicado dos amplios trabajos:* **«Masonería española: mito o realidad»** *(número 2, enero de 1975) y* **«Masonería española: Siglos XIX y XX»** *(número 11, octubre de 1975)*

nes radican en los puntos constitucionales masones más o menos conflictivos en cuanto a la ortodoxia religiosa y política. La atmósfera de tolerancia y fraternidad en que se desenvolvió la orden, la no distinción de sus miembros por dignidad ni fortuna, y demás principios, fueron por tanto precedentes de las prohibiciones y sentencias que en años posteriores se promulgan en su contra. La primera condena pontificia, que ocurre en 1738, a los 15 años de haberse declarado las Constituciones de Anderson, es el producto de resoluciones y decretos anteriores en los cuales se da la circunstancia de que la iniciativa para el primer veto nace en un sistema protestante. La postura que adopta el Santo Oficio y la actitud de la Inquisición española, que apoya a Roma, se hacen patentes en los edictos y dictámenes. Por último, los incidentes que surgen a nivel de Iglesia, el ambiente que rodeó a Clemente XII, los sucesos de Florencia y las repercusiones de la decisión papal en toda Europa, se nos presentan como buena prueba del miedo que las altas jerarquías padecieron ante el despliegue masónico.

Por lo que respecta a las peculiaridades internas de la masonería, no cabe duda de que el autor conoce sus características y condicionamientos en forma exhaustiva. Su seguridad en este terreno viene dada por la recopilación de una completa bibliografía que no por densa distancia al lector de la materia sino, todo lo contrario, provoca un más íntimo acercamiento a medida que se avanza en la lectura. No hay que olvidar tampoco el apéndice de 215 documentos que informan sobre fórmulas de juramentos prestados en distintas logias, oraciones invocatorias, decretos prohibitivos, correspondencias, discursos e intervenciones en el Consejo, y noticias de cardenales, nobles y Papas en torno siempre a la misma problemática. Otro acierto ha sido el insertar la reproducción de los signos lapidarios españoles por orden alfabético de lugares y nombres de las iglesias, colegiatas y catedrales en que se hallan; a ésta se añaden las clasificaciones de Díaz-Pérez, Lampérez y Domínguez Fontela. De igual interés es la inclusión de la lista de las primeras 129 logias regulares, que se acompaña con los signos de las tabernas donde estaban establecidas en 1736; la riqueza simbólica de la relación es grande y muy valiosa para la ciencia de los emblemas.

Destaca finalmente las apreciaciones que encontramos referentes a las actividades masónicas en España. Se hace constar cómo el Libro de Actas de la Gran Logia de Inglaterra indica que nuestro país había sido la primera nación del Continente que solicitó fundar una logia regular, fundación que llevó a cabo el duque de Wharton en 1728. La vida del duque y las incidencias de sus viajes se relatan con abundantes notas bibliográficas de manera agradable, y lo mismo ocurre con todo lo relativo a la logia madrileña de Las Tres Flores de Lis, cuya sede estaba en la calle de San Bernardo, n.º 17. El origen de las logias de Gibraltar y Cádiz y su evolución dejan ver el carácter militar de la primera y portuario de la segunda; las que aparecen más tarde en otras ciudades, y la intervención que todas ellas pudieron tener en la política exterior de los Borbones, reflejan la complejidad del trabajo y a la vez reitera lo necesario que este libro se hace para los historiadores de la Edad Moderna.

«Masonería, Iglesia e Ilustración» (3) es, por tanto, un manual clave para aquellos que piensen estudiar la masonería, ya sea desde el punto de vista socio-político o bien con la intención de profundizar en sus doctrinas esotéricas y crípticas. Aunque el enfoque expositivo de la obra reste en algunas ocasiones sentido crítico al autor, quizá por la copiosa bibliografía, es preciso elogiar a Ferrer Benimeli por su sistemática y ordenada exposición y por haber trabajado los documentos con tanta habilidad que, sin perder éstos su valor científico, ocultan la dureza característica de las fuentes históricas.

■ **SAGRARIO MUÑOZ CALVO.**

(3) En el momento de escribir esta reseña, se anuncia para fecha inminente la aparición del segundo volumen de esta obra.

LA PREHISTORIA DE UN EJERCITO DE RESERVA

«La cuarta clase es la de braceros y jornaleros. Estos hombres no tienen nada más que sus brazos y con ellos han de ganar su sustento... Los braceros son muchos y toda su ambición está circunscrita a la tierra situada a media legua de distancia...». Nunca una distancia tan corta fue tan larga y nunca algo situado tan cerca resultó tan inalcanzable para aquellos que lo ambicionaban con tanta fiebre y con un ardor secular. Cuando Pablo de Olavide escribía la frase arriba citada en su Informe sobre la Ley Agraria corría el año 1767. Un siglo después la situación era sustancial e idénticamente la misma. Y sólo otro siglo después, en nuestros días, aquellos braceros y jornaleros aquejados siglo tras siglo del «hambre de tierra», convertidos ahora en el socorrido ejército de reserva laboral de España y Europa, renunciaban a esa tierra y ponían no ya media legua sino millares de por medio y marchaban en busca de su sustento al otro lado de Despeñaperros.

Y sin embargo parece que esta madre que los arrojó de su suelo tuvo un momento en que a punto estuvo de tomar el papel que luego ocuparon Cataluña o el País Vasco. Porque, efectivamente, Andalucía fue la pionera española de la revolución industrial y su burguesía mercantil la más espabilada durante no poco tiempo.

Así lo muestra **Antonio María Calero** en su libro **«Movimientos sociales en Andalucía (1820-1936)»,** editado ahora por Siglo XXI en la colección «Estudios de Historia Contemporánea», nacida hace dos años bajo los auspicios de Tuñón de Lara y en la que han aparecido interesantes estudios de síntesis sobre diversas regiones españolas (Cataluña por Balcells, Aragón por Eloy Fernández, Asturias por David Ruiz...).

Calero señala cómo en 1844, por ejemplo, las provincias de Málaga y Sevilla producen el ochenta por ciento del hierro colado español. O cómo Cádiz era el principal núcleo mercantil de la península en el primer tercio del siglo XVIII... A pesar de esos buenos principios «a finales del XIX, salvo algunos casos aislados, Andalucía era ya una región de predominio rural, descapitalizada, con desequilibrios y contradicciones sociales agudas». Entretanto el capital producido en Andalucía había saltado Sierra Morena y estaba engordando el desarrollo de Cataluña, el País Vasco o Madrid. Justamente es-

taba enseñando el camino —el camino obligatorio— a los nietos de los que con su sudor habían generado aquellos capitales y que un siglo más tarde habrían de saltar la cordillera en busca de trabajo.

Hasta qué punto buena parte de ese capital tuvo interés en no invertir en Andalucía para mantener así la mano de obra barata y abundante es cosa que habría que estudiar. Esta es una de las muchas preguntas que Calero se hace a lo largo de su trabajo, que tanto como datos y soluciones a problemas planteados, presenta inquisiciones y sugerencias. No hay duda que el capital (o parte del capital, al menos) vería con malos ojos una industrialización que absorbería algu-

nos de los brazos tan fácilmente disponibles para la agricultura. De hecho en nuestros días ha podido asistirse a un fenómeno diferente en apariencia, pero idéntico en el fondo. En alguna comarca andaluza se han establecido ciertos planes de reparto de parcelas. Y el reparto se ha hecho de tal forma que la cantidad de terreno asignada no da para vivir al ciudadano. Entonces éste se ve obligado a realizar faenas de peonaje en los latifundios próximos, que de esa manera se aseguran así una mano de obra que empezaba a resultar escasa a consecuencia de la emigración.

Porque la expresión hambre de tierra, tan empleada, no es una expresión retórica. Debe tomarse en sentido literal. Eran más de doscientas mil las familias que vivían o malvivían del trabajo en la tierra sin tener ni un palmo de ella. En situación semejante nada de extraño tiene que se produjeran ocupaciones de tierras y que Blanqui considerara a Andalucía como la región más revolucionaria de España en el siglo XIX. El autor hace extensivo el juicio del francés a la época republicana del siglo XX. Y a ninguno de ellos les falta razón. El análisis de las cuatro etapas estudiadas por Calero en este siglo largo, lo confirma.

La primera se inicia con un pronunciamiento militar de signo liberal (Riego, 1820) y termina con el de Martínez Campos en Sagunto. Es la etapa de las desamortizaciones, que van configurando la definitiva estructura de la propiedad agraria; y es también la de introducción del socialismo utópico y la llegada, ya a finales del período, de la I Internacional, aquella que Sagasta llamó «piedra filosofal del crimen», nada menos.

La etapa de la Restauración alfonsina es la segunda. Anarquistas y socialistas de la UGT libran en Andalucía una lucha duradera contra el sistema canovista. Campos y minas del Sur serán testigos de levantamientos y de duras represiones. Con la llegada al poder del general Primo de Rivera y la aplicación del corporativismo, hubo un período de expectación y espera, previo al que ocupa la República, donde se destaparían los conflictos latentes. ■ **VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.**

EL TRABAJO, EN PERSPECTIVA HISTORICA

En Historia la inquietud primordial debe dirigirse hacia la búsqueda de la verdad, de la exactitud y de la sobriedad, en contra del estilo ensalzante, hiperbólico y emocional todavía tan corriente.

El ideal de objetividad es, sin duda, mucho más complejo y difícil de alcanzar que lo que pretenden los vendedores ambulantes de «gadgets» metodológicos. Es necesario mucho más que una cierta adhesión a las reglas técnicas de la verificación, o el recurso a una terminología y un vocabulario abstruso y desprovisto de carácter emotivo. Exige un compromiso moral frente a la justicia, el evitar las trampas del entusiasmo y de la crítica acerba, y la valentía de resistir a las seducciones.

El libro de **Miguel Angel González Muñiz** O1), que es un verdadero manual sintético de **Historia Social del Trabajo,** cumple a mi juicio con esta inquietud. Presentado al estudiante español en un estilo accesible también a un público bastante extenso, es un verdadero acierto editorial que viene a colmar una laguna en el tan paradójicamente extenso panorama de la bibliografía social.

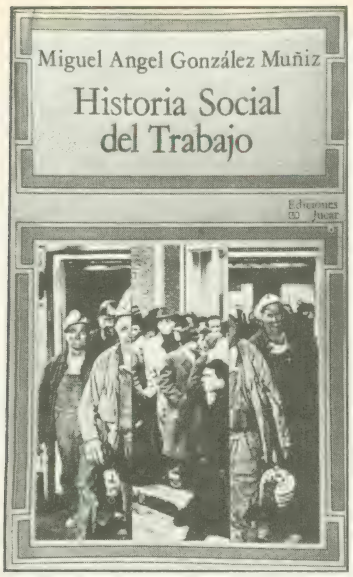
Abarca desde las estructuras sociales helénicas a las más complejas manifestaciones de los cambios y conflictos sociales que configuran el proceso evolutivo del fenómeno sindical contemporáneo, en una visión panorámica y detenida, estableciendo las relaciones entre las mutaciones sociales y el desarrollo gradual del trabajo humano «como esfuerzo aplicado a la producción de riqueza». Respecto a Europa, el estudio alcanza hasta la primera guerra mundial, concluyendo en lo referente a España con nuestra guerra civil.

Ningún acontecimiento esencial olvidado, ningún error de información, lectura agradable, citas casi siempre oportunas. Muy útil la bibliografía general al final de cada capítulo, así como el índice alfabético de temas y el índice de nombres citados.

Muy discreta la limitación —clásica en este tipo de trabajos— derivada del «plan histórico» (tal período sigue a tal otro) que privilegia la importancia de los «acontecimientos» en la explicación (las revoluciones, las guerras, las rupturas o las reunificaciones sindicales, los cambios de régimen) a expensas de una explicación basada sobre los cambios estructurales (evolución de las técnicas, de las estructuras capitalistas, de la composición de la clase obrera). Otro riesgo de un resumen tal, que González Muñiz ha sabido salvar, es el de una peligrosa dosificación en la periodificación.

Quizá en su excesivo cuidado de guiar y ayudar al lector, González Muñiz manifiesta o crea más lazos,

(1) *«Aproximación a la Historia Social del Trabajo».* Ediciones Júcar. Madrid, 1975.



correspondencias o contrastes entre los historiadores y sociólogos del trabajo de los que éstos hubieran deseado. En este sentido, el libro constituye mucho más que el resumen de una recopilación. Resulta una interpretación original de la Historia Social del Trabajo (o, para ser más exactos, tres interpretaciones), ya que los enfoques del historiador, del sociólogo y del jurista vienen aparentemente más yuxtapuestos que coordinados e integrados. De todas formas, y dado el estado actual de la sociología de la Historia y del Derecho, resulta bastante difícil obtener mayores logros y ser, por tanto, más original.

Posiblemente la metodología estructuralista sería la única que, con sus fascinantes malabarismos verbales y conceptuales apoyados con sus inevitables elucubraciones seudo - matemáticas, podría hacernos sentir nuevas y emocionantes sensaciones en este campo.

Obra —en definitiva— fundamentalmente didáctica, y aun más, con voluntad pedagógica algo agresiva, que desde aquí me permitiría recomendar a los profesores de la asignatura «Historia Social del Trabajo» en las Escuelas Sociales, a la hora de establecer los programas de la misma; ya que, además ofrece una visión general de la evolución del trabajo, tomando nuestro país como eje principal, sin descuidar los aspectos europeos de este problema universal. ■ **RAFAEL MORENO GALVEZ.**

IDEAS Y FORMAS POLITICAS

Con el título de **«Estudios de pensamiento político»** (1), ha sido editado recientemente un libro que recoge una serie de artículos cuyos autores son los profesores **Enrique Tierno Galván** y **Raúl Morodo.** Los trabajos que aparecen ahora reunidos habían sido publicados con anterioridad, en unos casos como presentación o prólogo a obras de autores clásicos del pensamiento político y, en otros, como aportación investigadora, también en el campo de la ciencia política, en diversas revistas de ámbito académico.

¿A qué responde la publicación de estos trabajos actualmente? Aparte de cumplir la función de facilitar unas lecturas de otro modo difíciles de encontrar, el profesor Tierno Galván en una breve presentación del libro da cuenta de alguno de los motivos: «Por razones de amistad, de ejemplaridad respecto del proceso generacional y de una común proyección respecto de problemas vigentes y de cierto intrínseco interés que estos ensayos aún no han perdido, me parece que si no sobran razones tampoco faltan para que la obra se publique y para que el lector haga por su cuenta el ensayo de leerlo».

El lector que aborde tal lectura estará de acuerdo con las razones aducidas y, quizá, por su cuenta encuentre alguna más. La ejemplaridad generacional es patente, puesto que es apreciable la calidad de unos trabajos de quienes en un tiempo fueran profesor y alumno; jerarquía que se borra para ser sustituida por otra relación que se proyecta a un nivel de iguales en una parcela común de la ciencia.

El libro, en su primera parte, ofrece los ensayos del profesor Tierno Galván que giran en torno a Thomas Hobbes, Baruch Spinoza, Jerónimo de Merola, «El político» de Baltasar Gracián, Montesquieu, y «El contrato social» de Rousseau. En la segunda parte, aparecen varios estudios del profesor Morodo que desarrollan los siguientes temas: «Modelos y antimodelos políticos: Montesquieu y España», «La reforma constitucional en Jovellanos y Martínez Marina», «Fundamentos ideológicos de la constitución, la legalidad y la legitimidad», «Las doctrinas políticas sobre la reforma constitucional», «Notas sobre las ideologías de la colonización y la descolonización», y «Joaquín Costa y Manuel Azaña».

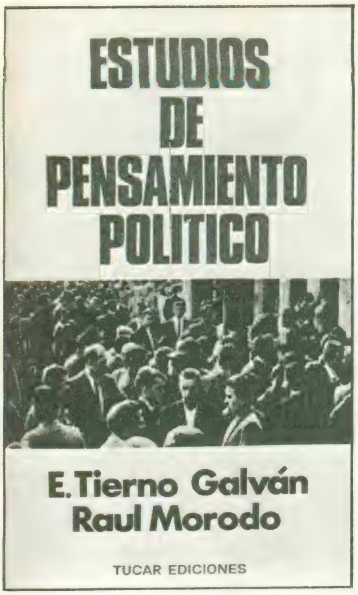
A pesar de la diversidad de los temas tratados, un punto, al menos, sirve de nexo a todos los trabajos. Fundamentalmente, la mayoría de ellos fueron publicados en la década 1960-70 y estos diez años pasarán, en el orden cultural entre otros, como los años en los que se trató de romper un aislamiento y se intentó salir de una situación asfixiante donde lo que abundaba era la carencia.

En este sentido, comentaba el profesor Tierno refiriéndose a Rousseau: «La educación académica española es tan superficial que la lectura de un clásico sorprende siempre». Y continuaba en otro párrafo: «¿Por qué los clásicos políticos, que en los países europeos están asimilados como tales, conservan en España un valor polémico directamente enlazado con los comportamientos y actitudes?».

Afirmaciones o preguntas como las anteriores —extensibles al resto de los autores estudiados— muestran de forma evidente cómo el aspecto de polígrafo manifestado por el profesor Tierno Galván, en el presente libro y a lo largo de toda su densa obra investigadora, es debido no tan sólo a una vocación irreprimible por el estudio, sino también a una auténtica necesidad del momento cultural en que tales cuestiones fueron planteadas y que de algún modo había que resolver.

Esta misma actitud de curiosidad intelectual y de necesidad por aproximar temas de estudio a la realidad cultural anodina de los años sesenta, es palpable también en los trabajos del profesor Morodo. No en vano habría que destacar aquellos ensayos en los que trata de problemas relativos a la legalidad, la legitimidad y la reforma constitucional; problemas que han cobrado un mayor interés al ser tan debatidos por la socie-

(1) **Enrique Tierno Galván y Raúl Morodo.** Túcar Ediciones. Madrid, 1976. 248 págs.



dad española en los últimos meses. Predomina en el tratamiento de estos ensayos un enfoque jurídico, que irá pasando a una interpretación de tipo sociológico en los de fecha más reciente. No es desdeñable tampoco la virtud expresa en el profesor Morodo de señalar sin apuntar hacia la situación española, en una época en la que había que jugar cuidadosamente, diluyendo realidades concretas y próximas en las generalidades doctrinales y científicas.

Otro aspecto que justificaría la reedición de estos trabajos, saltando así desde las páginas de revistas especializadas a una vía de amplia difusión, sería el bibliográfico. Los libros a que remiten las notas a pie de página en la fecha original de publicación de estos ensayos eran sólo accesibles a unos lectores privilegiados —frecuentadores de cátedras o seminarios universitarios—, mientras que actualmente, en muchos casos, son de fácil acceso. No todo el mundo en 1962, por poner un ejemplo, tenía en su biblioteca «El asalto a la razón», de Lukács. Hoy, pues, el lector que haga por su cuenta el ejercicio de leer este libro encontrará una cierta familiaridad no sólo con los temas tratados por los profesores Tierno Galván y Morodo, sino además con la bibliografía a la que remiten. ■ **JOSEFINA PASCUAL.**

LA POLEMICA ENTRE KAUTSKY Y LENIN

La polémica de 1918 entre Lenin y Kautsky puso de manifiesto las diferencias a nivel teórico entre socialistas y comunistas. Ya han pasado más de cincuenta años desde entonces y, pese a ello, dicha polémica sigue revistiendo hoy un interés extraordinario, pues el paso de estos años no hace sino permitir una mayor comprensión de su importancia y sus consecuencias (como ya se puso de manifiesto en la entrevista a Fernando Claudín, realizada por M. Pérez Ledesma y María Ruipérez, en el n.º 15 de TIEMPO DE HISTORIA).

La polémica se inicia con los dos textos que hoy son publicados, unidos, por Ed. Ayuso en su «Biblioteca de Textos Socialistas»: **«La dictadura del proletariado»** de **Karl Kautsky,** y la respuesta a éste por parte de **Lenin: «La revolución proletaria y el renegado Kautsky».**

Estamos ante dos obras cuyo conocimiento es desigual, como se señala en el prefacio de la edición que estamos considerando. El libro de Kautsky apenas si ha sido reeditado, y refleja claramente la postura de la II Internacional entre democracia y socialismo; en tanto que el de Lenin lo ha sido en numerosas ocasiones.

Desde una óptica actual, creemos que las posturas de los grupos que inicialmente representaron cada uno de los puntos de vista evidenciados en la polémica se han visto notablemente modificados, y que podríamos esquematizar, de modo aproximado, el planteamiento actual de la discusión en los siguientes términos:

● Un planteamiento que considera que no existe contradicción entre el parlamentarismo (base actual del orden institucional en buen número de países), la configuración actual del movimiento obrero (sindicato-partido), y el proceso revolucionario.

● Otras posturas que, por el contrario, piensan que dicha «contradicción» existe, y que la sociedad capitalista no soporta una transformación real del poder en sus centros decisivos, y que en ella las instituciones representativas sólo sobreviven como formas aparentes o convertidas en simples instrumentos de mediación adaptados al sistema.

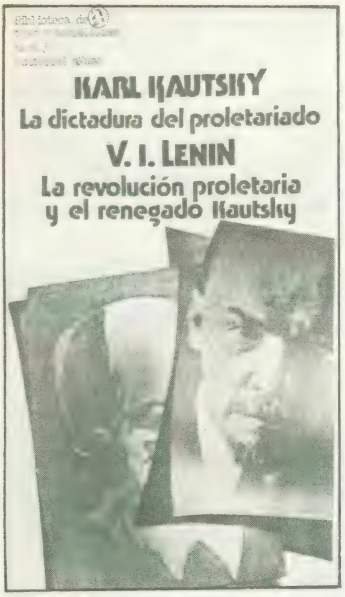
El núcleo del cual surge el problema, centrado en si se trata de formas en las que existe una contradicción, ha sido sintetizado claramente por Fernando Claudín, y lo podemos ver recogido en la entrevista que mencionábamos al comienzo.

Como allí se señala, la clase obrera se encuentra en una situación contradictoria. Forma parte del sistema capitalista y el mejoramiento de su situación material, mientras exista el capitalismo, está ligado al desarrollo del sistema. Al mismo tiempo y desde el punto de vista de sus objetivos como clase, está interesada en todo momento en la destrucción del capitalismo.

Si desde este enfoque planteamos la polémica de 1918 entre Kautsky y Lenin, debemos señalar que Kautsky plantea la situación desde el punto de vista de la socialdemocracia alemana, que opera en un país industrialmente desarrollado y cuenta con una importante organización obrera que puede arrancar con sus fuerzas mejoras sustanciosas al capitalismo y opta por la vía reformista y el parlamentarismo como forma de actuación. Planteamiento que vendría a reflejar el momento de las reivindicaciones inmediatas de la clase obrera.

Ante el problema concreto de la guerra, Kautsky, que había diagnosticado en 1909 la guerra internacional como una crisis del sistema capitalista, se retracta en los artículos publicados en 1914 (recopilados posteriormente con el título «Internationalismus und der Krieg») al punto de vista según el cual los socialdemócratas debían apoyar a la parte cuya victoria contribuyera más a la causa socialista. Con ello, Kautsky parece instalarse en la creencia de que la burguesía respetará en todo momento, incluso en los de crisis, y dentro siempre de la democracia burguesa, las conquistas democráticas del proletariado. Y aquí será donde se centre la crítica de que le hará objeto Lenin.

El planteamiento de Lenin se sitúa en una óptica totalmente diferente: eran muy pocas —según él— las reivindicaciones obreras que podían



arrancarse a un sistema que aún contaba con importantes ingredientes feudales. Por ello, y siendo consciente del carácter imperialista de la guerra («la guerra imperialista de 1914-1918 es una guerra entre los grupos de la burguesía imperialista que se disputan el reparto del mundo, el reparto del botín que quieren expoliar y ahogar a las naciones pequeñas y débiles»), mantenía que era precisamente en estos momentos cuando la clase obrera había de lanzarse a alcanzar sus objetivos de clase y conseguir la destrucción del capitalismo, transformando la guerra imperialista en guerra civil del proletariado contra la burguesía para, de este modo, derrocar el poder burgués. Actuar, pues, en un momento en el que se evidenciaba más claramente que nunca cómo la clase obrera cargaba con la parte más pesada de lo que no era sino una consecuencia del enfrentamiento existente entre las burguesías imperialistas en un momento de crisis.

A partir de aquí, del triunfo sobre la burguesía, habría de constituirse la «democracia proletaria», la «democracia para los pobres», lo que viene a significar la «dictadura del proletariado» sobre la burguesía como forma transitoria hasta conseguir la democracia pura, lo que sólo ocurrirá con la desaparición de las clases; en este momento ya no tendrá sentido hablar de democracia, pues ésta se daría «de facto».

Llevando más adelante su análisis, Lenin afirma: «Determinar en qué países, en qué condiciones específicas nacionales de un capitalismo u otro se va a aplicar (de un modo exclusivo o preponderante) una restricción determinando una violación de la democracia para los explotadores, es algo que depende de las particularidades nacionales de cada capitalismo, de cada revolución». Añadiendo más adelante: «Los soviets son la forma rusa de la dictadura del proletariado». Es aquí donde el planteamiento de Lenin se vio debilitado en la práctica, ya que los acontecimientos posteriores, como ya ha señalado Claudín, frenaron y limitaron la democracia soviética. Este era el punto débil de Lenin, el dar por sentado que estaban dispuestas las condiciones para que los soviets fueran la realización plena de la «dictadura del proletariado» en Rusia.

Por último, debemos señalar lo acertado de la edición conjunta de los textos, ya que de este modo se facilita su lectura y su confrontación, lo que contribuye a una mejor comprensión del tema; así como también destacaremos el rigor en la elección de las traducciones empleadas. ■ **LUIS GALIANO.**

OTROS LIBROS RECIBIDOS

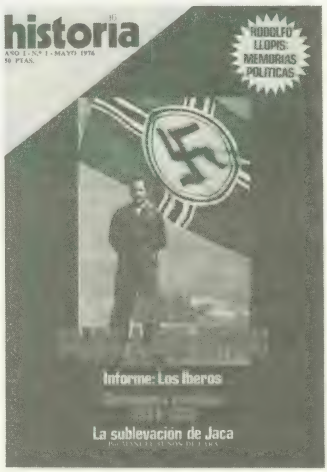
GELB, Igance J.: HISTORIA DE LA ESCRITURA. Alianza Editorial. Colección Alianza Universidad, número 155. Primera edición. Madrid, 1976.

PEREZ GALDOS, Benito: Episodios Nacionales 1: TRAFALGAR. Editorial Alianza Hernando. Primera edición. Madrid, 1976.

PEREZ GALDOS, Benito: Episodios Nacionales 2: LA CORTE DE CARLOS IV. Editorial Alianza Hernando. Primera edición. Madrid, 1976.

PEREZ GALDOS, Benito: Episodios Nacionales 3: EL 19 DE MARZO Y EL 2 DE MAYO. Editorial Alianza Hernando. Primera edición. Madrid, 1976.

PERRY - BOUQUET, Anne: SAN NICOLAS MI BUEN PATRONO y MIENTRAS HAYA CABALLOS BLANCOS. Editorial Cuadernos para el Diálogo. Primera edición, Madrid, 1976.



Con fecha 1 de mayo, salió a la calle «Historia 16», bajo la dirección de Jesús Pardo de Santayana y editada por Información y Publicaciones, la misma empresa que «Cambio 16». Varios de los colaboradores habituales de ésta figuran también en el primer número, cuyos temas destacados en portada son «Berlín: salvad a José Antonio», un informe sobre los iberos, un artículo sobre el Estatuto de Autonomía catalán y otro, de Manuel Tuñon de Lara, en torno a la sublevación de Jaca. En formato casi idéntico a TIEMPO DE HISTORIA y similar número de páginas, «Historia 16» es la cuarta de las revistas especializadas en el tema que hoy están en el mercado, tras «Historia y Vida», TIEMPO DE HISTORIA, e «Historia Internacional».

"El gran dictador", 36 años después

Desde los treinta y seis años de retraso con que contemplamos en España «El gran dictador», podemos afirmar que el film de Chaplin es hoy algo muy distinto de una pieza de museo. Se trata de un testimonio vivo que sólo envejecerá, con toda dignidad, cuando no queden dictaduras en el mundo. En este fotograma de la película, Hynkel (Hitler) y Napaloni (Mussolini) saludan al gentio.

Cuando, en 1919, Adolfo Hitler acude por primera vez a una reunión del Partido Obrero (Nacionalsocialista) Alemán, otro hombre de su misma edad, pero mucho más conocido que él, pone a punto, muy lejos de allí, una película titulada «Sunnyside», una comedia desenfadada y poética en la que un pobre empleado de granja se evade soñando con ninfas y danzas campestres. Este hombre, Charles Spencer Chaplin, piensa hacer muy pronto otra película, dedicada a desmitificar burlonamente la figura de Napoleón Bonaparte.

Diez años más tarde, el proyecto ha cambiado: no será Napoleón, sino Mussolini, el objeto de la caricatura. Y tampoco ahora se hará realidad. Chaplin está absorto ya en la creación de una obra que va a suponer un giro decisivo en su trayectoria, creándole serios conflictos de carácter político: «Tiempos modernos». En este momento (1932) Hitler es ya candidato oficial a la presidencia alemana y las SA siembran el terror táctico en las calles. Ahora Chaplin decide utilizar su viejo Napoleón para ridiculizar al nuevo canciller del Reich, mediante una comedia de corte clásico, de «qui-pro-quo» y personajes confundidos.

Entre tanto, el estreno de «Tiempos modernos» (febrero de 1935) provoca las iras de los grandes de Wall Street, de la poderosa Prensa del clan Hearst... y hasta del mismísimo Goebbels, que intenta procesar a Chaplin, acusándolo de plagiar «A nous la liberté» de René Clair (la cinta francesa era propiedad de una compañía controlada por el ministro de propaganda del Reich). Los ataques se recrudecen cuando Chaplin deja entrever su propósito de redactar el guión definitivo de lo que entonces se llama simplemente «producción número 6». En el primer esquema hay ya un judío que actúa como doble de Hitler. La reacción alemana se transforma en ofensiva diplomática. El cónsul nazi en Hollywood y el embajador Dieckhoff amenazan a los productores americanos con un boicot total si alguien se atreve a mofarse del Führer.

Mientras tanto, los hechos van ofreciendo incesantemente nuevos materiales de primera mano para el trabajo de Chaplin, que no duda en incorporarlos a su obra: en marzo de 1938 se decide, con aprobación plebiscitaria, la anexión de Austria al Reich; en septiembre, Hitler se hace en Munich con los Sudetes; en octubre da la orden secreta de liquidar el resto de Checoslovaquia.

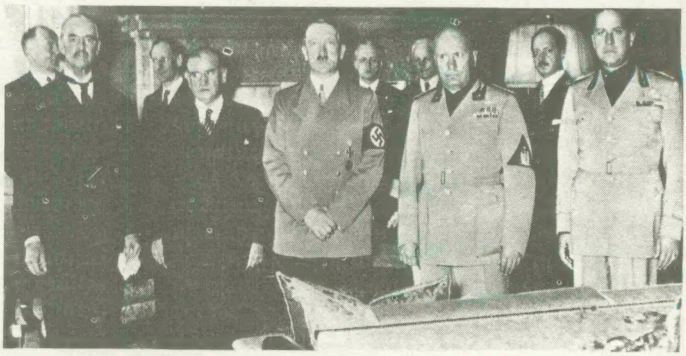
Cuando se produce efectivamente la invasión,

marzo de 1939, el guión está ya terminado y comienza el rodaje de lo que ahora se llama «Los dictadores», dado que Mussolini ocupa también un lugar destacado.
El trabajo se verá interrumpido de nuevo cuando Inglaterra y Francia declaren la guerra al Reich, en septiembre de 1939. Los aislacionistas americanos están dispuestos a impedir toda manifestación anti-nazi que pueda lesionar sus intereses. De ello se encarga la Comisión de Actividades Antiamericanas, presidida por Martin A. Dies, como preludio de la «caza de brujas» que se desencadenará pocos años después. La defensa a ultranza de las inversiones yanquis en Europa y el fácil y socorrido pretexto de la lucha antibolchevique, hacen que nadie pueda levantar la voz en Estados Unidos contra la barbarie fascista que asola Europa. Hollywood, siempre dócil, dadas sus vinculaciones con los grandes grupos financieros, guarda silencio.
Sólo Chaplin, encerrado en sus propios y anticuados estudios independientes, sigue adelante, con una obstinación digna de un personaje de Buster Keaton. La película se estrena por fin en Nueva York el 15 de octubre de 1940, suscitando una clamorosa polémica y un rechazo generalizado. Los Estados Unidos tardarán todavía 14 meses en declarar la guerra al eje Berlín-Roma. Hitler estaba en el cénit de su poder cuando recibió la pedrada solitaria y simbólica del pequeño David chapliniano.
Lógicamente, estos breves apuntes cronológicos no pretenden explicar la Historia, ni la obra de arte, a través de la psicología de sus personajes. Hitler era mucho más que un loco y Chaplin quería ir más allá de la risa burlona. Aunque resulte ingenioso, «El gran dictador» no puede reducirse, como quería Bazin, a una venganza de Charlot contra el hombre que se atrevió a robarle su bigotillo característico...
Aquí se trata sólo de situar de nuevo la película en el contexto histórico en que apareció. Porque a España ha llegado con 36 años de retraso, envuelta en la aureola mítica de una prohibición que, quizá por inexplicable, lo explica todo demasiado bien. Y ahora, cuando tanto se ha escrito y discutido sobre ella, es muy fácil despacharla con un simple «no era para tanto», o con un análisis cinematográfico o ideológico que ponga de manifiesto exclusivamente sus limitaciones.
Limitaciones que existen de hecho, sin duda. Desde el punto de vista cinematográfico, por ejemplo, la estructura dual, la contraposición constante entre el ghetto judío y el palacio hitleriano, convertida en contraposición puntual entre el barbero amnésico y Hynkel, ofrece notables debilidades y desequilibrios; los engarces entre ambas líneas resultan a veces forzados y, en general, como es frecuente en los largometrajes de Chaplin, el «gag» aislado suele ser muy superior al conjunto. Pero recuérdese un momento como el del ballet con el globo terráqueo, a los sones del «Lohengrin» de Wagner, y se aceptará que no posee sólo un valor coreográfico o de mímesis (como ocurre, por ejemplo, en la secuencia paralela en la que el barbero ritma su trabajo con la «Danza húngara» de Brahms, también brillante pero mucho más cerrada en sí misma), sino una auténtica reinterpretación de la vivencia del dictador... y una premonición genial del desenlace.

A nivel ideológico, la discusión, ya clásica, se ha centrado en dos puntos fundamentales: la posibilidad de que Chaplin se haya limitado a ofrecer una aproximación psicologista y simplificadora del nazismo (muy a su pesar, puesto que ya en 1931 había afirmado expresamente que «los dictadores actuales son fantoches en manos de los industriales y financieros») y, sobre todo, el sentido último del típico humanismo chapliniano. Un humanismo blando y sentimental que impregna toda la historia del ghetto (aunque no impide que el autor se distancie suavemente de sus personajes, superando el mero maniqueísmo racial, para llevar a cabo una crítica tan brillante como la contenida en la escena de las monedas) y que reaparece al final, en el célebre discurso, reproducido junto a estas líneas.

Ese discurso, en el que las llamadas ardientes a la democracia y a la rebelión militar se mezclan con citas evangélicas y afanes voluntaristas de concordia universal, es, con todo, el reflejo fiel de la mentalidad y el talante de Charles S. Chaplin, configurado ya mucho antes en el personaje de Charlot. Un Charlot que se desvanece y muere ahora en la tribuna de Hynkel para dar paso a su propio autor, que quiere dirigirse ya sin mediaciones a una humanidad situada ante una encrucijada trágica. Y con todas sus contradicciones liberales y humanistas, ese discurso es también expresión de una postura firme y combativa, de una actitud de rebelión solitaria, que se atrevió a romper la conspiración de silencio creada en torno a los dictadores de edad contemporánea.
Aunque solo fuera por eso, y ya hemos visto que hay bastante más, «El gran dictador» es hoy, desde nuestros 36 años de retraso, algo muy distinto de una pieza de museo. Es un testimonio vivo, que sólo envejecerá, con toda dignidad, cuando no queden dictaduras en el mundo y cuando la aportación del artista a la colectividad no tenga que adoptar la forma exclusiva de un grito marginal y exasperado.
■ **JUAN ANTONIO PEREZ MILLAN.**

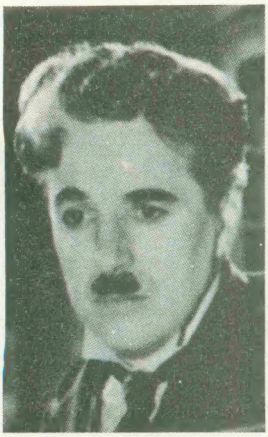
Junto a una de las típicas expresiones oratorias de Hitler, vemos el momento histórico que quedaba satirizado en la imagen anterior: el encuentro entre los dictadores de Alemania e Italia. A su alrededor. Chamberlain (Inglaterra), Daladier (Francia) y Ciano, reunidos en Munich para firmar el Tratado de paz de 1938.



Discurso final de «El gran dictador»

«El poder que han usurpado al pueblo volverá al pueblo»

Charles Chaplin



Realmente lo siento pero no aspiro a ser emperador, Eso no es para mí. No pretendo regentar, ni conquistar nada de nada.
Me gustaría ayudar en lo posible a cristianos y judíos... negros y blancos. Todos tenemos el deseo de ayudarnos mutuamente. La gente civilizada es así. Queremos vivir de nuestra dicha mutua... no de nuestra mutua desdicha. No queremos despreciarnos y odiarnos mutuamente. En este mundo hay sitio para todos. Y la buena tierra es rica y puede garantizar la subsistencia de todos. El camino de la vida puede ser libre y magnífico, pero hemos perdido ese camino.
La voracidad ha envenenado el alma de los hombres, ha rodeado el mundo con un círculo de odio y nos ha hecho entrar marcando el paso de la oca en la miseria y la sangre. Hemos mejorado la velocidad pero somos esclavos de ella. La mecanización que trae consigo la abundancia nos ha alejado del deseo. Nuestra ciencia nos ha vuelto cínicos. Nuestra inteligencia duros y brutales. Pensamos en exceso y no sentimos bastante. Tenemos más necesidad de espíritu humanitario que de mecanización. Necesitamos más la amabilidad y la cortesía que la inteligencia. Sin estas cualidades la vida sólo puede ser violenta y todo estará perdido.
La aviación y la radio nos han acercado los unos a los otros. La naturaleza misma de estos inventos requería la bondad del hombre y reclamaba una fraternidad universal para la unión de todos. En este momento mi voz llega a miles de seres esparcidos por el mundo.
A aquellos que puedan comprenderme les digo: no desesperéis. La desgracia que ha caído sobre nosotros no es más que el resultado de un apetito feroz, de la amargura de unos hombres que temen el camino del progreso humano. El odio de los hombres pasará y los dictadores perecerán, y el poder que han usurpado al pueblo volverá al pueblo. ¡Y mientras existan hombres que sepan morir, la libertad no podrá perecer!
Soldados, no os entreguéis a esos brutos... hombres que os desprecian y os tratan como esclavos, hombres que regimentan vuestras vidas, imponen vuestros actos, vuestros pensamientos y vuestros sentimientos; que os amaestran, os hacen ayunar, os tratan como ganado y ¡os utilizan como carne de cañón! No os pongáis en manos de esos hombres contra natura, de esos hombres-máquina con corazones de máquina. ¡Vosotros no sois máquinas! ¡Vosotros no sois ganado! ¡Vosotros sois hombres! ¡Vosotros lleváis el amor de la humanidad en vuestros corazones! No odiéis. Sólo los que no son amados odian. Los que no son amados y los anormales... Soldados, ¡no cambatáis por la esclavitud! Combatid por la libertad.
En el capítulo diecisiete del Evangelio según San Lucas está escrito: «El reino de Dios está en el hombre mismo». No en un solo hombre, ni en un grupo de hombres, ¡en todos los hombres! Y ¡vosotros! Vosotros, el pueblo, tenéis el poder para crear máquinas. El poder para crear la felicidad.
Vosotros el pueblo tenéis el poder para crear esa vida libre y espléndida... para hacer de esa vida una radiante aventura. Entonces, en nombre de la democracia, utilicemos ese poder... ¡unámonos todos! Luchemos por un mundo nuevo, un mundo limpio que ofrezca a todos la posibilidad de trabajar, que de a la juventud un porvenir y resguarde a los ancianos de la necesidad.
Prometiendo estas cosas gente ambiciosa se ha hecho con el poder. Pero ¡han mentido! No han mantenido sus promesas, ¡ni las mantendrán jamás! Los dictadores se han liberado pero han domesticado al pueblo.
Combatamos ahora para que se cumpla esta promesa.
Combatamos por un mundo equilibrado... Un mundo de ciencia en el que el Progreso lleve a todos la felicidad.
*¡Soldados! en nombre de la Democracia, ¡unámonos!** ■

* Discurso incluido en el libro «Charlie Chaplin», de André Bazin y Eric Rohner (Fernando Torres Editor).

NUMEROS ATRASADOS

Si usted desea recibir algún número atrasado de nuestra revista (salvo el 3 y el 4, que se hallan agotados), basta con que nos lo solicite a TIEMPO DE HISTORIA, plaza del Conde del Valle de Suchil, número 20, Madrid-15, acompañando a su petición 60 pesetas en sellos de correos por cada ejemplar solicitado, o pagándolo mediante giro postal.

RECORTE O COPIE ESTE BOLETIN Y REMITANOSLO A: «TIEMPO DE HISTORIA»
CONDE DEL VALLE DE SUCHIL, 20.TEL. 447 27 00. MADRID-15

NOMBRE Y APELLIDOS .....

CALLE O PLAZA .....N º.....

TELEF. ..... CIUDAD ..... D. POSTAL ....

PROVINCIA ..... PAIS .....

Firma,

SUSCRIBANME POR UN PERIODO DE UN AÑO (12 números)

a partir del próximo número del mes de ....

Envío GIRO POSTAL

Formas de pago ☐ Adjunto TALON BANCARIO nominativo a favor de «Tiempo de Historia». ☐ núm. .....

PRECIOS DE SUSCRIPCION ANUAL (12 números): España: 600 pesetas. Extranjero: 850 pesetas

Cuando el suscriptor solicite expresamente el envío de los ejemplares por avión, o certificados, a las tarifas anteriores se incrementarán las sobretasas postales vigentes.

TIEMPO DE HISTORIA

EN ESTE NUMERO DE

José Batlló

«La ciutat cremada»

DIEZ AÑOS DE HISTORIA CATALANA (1899-1909)

Una de las barricadas erigidas en Barcelona durante la «Semana Trágica» de 1909, según reconstrucción del film «La ciutat cremada».